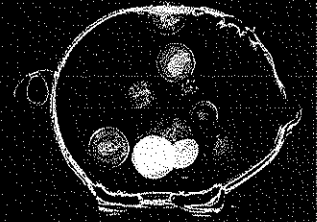


David Harvey

**El enigma
del capital**
y las crisis del capitalismo



Diseño de interior y cubierta: RAG

Traducción de
Juanmari Madariaga

Reservados todos los derechos.
De acuerdo a lo dispuesto en el art. 270
del Código Penal, podrán ser castigados con penas
de multa y privación de libertad quienes sin la preceptiva autorización
reproduzcan, plagien, distribuyan o comuniquen públicamente,
en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica,
fijada en cualquier tipo de soporte.

Título original: *The Enigma of Capital and the Crises of Capitalism*

© David Harvey, 2010

© Ediciones Akal, S. A., 2012
para lengua española

Sector Foresta, 1
28760 Tres Cantos
Madrid - España

Tel.: 918 061 996
Fax: 918 044 028

www.akal.com

ISBN: 978-84-460-3544-2
Depósito legal: M-5.800-2012

Impreso en Lavel, S. A.
Humanes (Madrid)

El enigma del capital y las crisis del capitalismo

David Harvey



Preámbulo

Este libro trata de los flujos de capital.

El capital es el flujo vital que nutre el cuerpo político de todas las sociedades que llamamos capitalistas, llegando a veces como un goteo y otras como una inundación, hasta el último rincón del mundo habitado. Gracias a ese flujo adquirimos quienes vivimos bajo el capitalismo nuestro pan cotidiano, así como nuestras viviendas, automóviles, teléfonos móviles, camisas, zapatos y todos los demás artículos necesarios para mantener nuestra vida diaria cotidiana. Mediante ese flujo se crea la riqueza que proporciona los muchos servicios que nos sustentan, entretienen, educan, reaniman o restablecen y, gracias a los impuestos sobre él, aumentan su poder los Estados; no sólo su poderío militar, sino también su capacidad para mantener un nivel de vida adecuado para sus ciudadanos. Si se ve frenado o, peor aún, si se interrumpe o bloquea, nos encontraremos con una crisis del capitalismo en la que la vida cotidiana no puede proseguir de la forma acostumbrada.

Entender los flujos de capital, sus trayectorias cambiantes y la extraña lógica de su comportamiento es por tanto crucial para nuestra comprensión de las condiciones en que vivimos. En los primeros tiempos del capitalismo economistas políticos de todo tipo se esforzaron por entender esos flujos y comenzó a surgir una apreciación crítica de cómo funcionaba el sistema, pero últimamente nos hemos apartado de la búsqueda de tal comprensión crítica, y en su lugar hemos elaborado modelos matemáticos muy sofisticados, hemos analizado incansablemente los datos, hemos examinado las hojas de cálculo hasta el último detalle, enterrando bajo una montaña de papeles, informes y predicciones cualquier concepción sistémica de los flujos de capital.

Cuando su majestad la reina Isabel II preguntó a los investigadores de la London School of Economics en noviembre de 2008 cómo podía ser que no hubieran pre-

visto la llegada de la actual crisis (una pregunta que estaba seguramente en el ánimo de todos pero que sólo una monarca feudal podía plantear con tanta sencillez, esperando una respuesta inteligible), los economistas guardaron silencio. Unidos bajo la égida de la academia británica, sólo pudieron confesar en una carta colectiva a su majestad –tras seis meses de estudio, reflexiones y largas consultas con los principales dirigentes políticos– que de alguna forma habían perdido de vista lo que llamaban «los riesgos sistémicos» y que, como todos los demás, se habían extraviado en una «política de denegación». Pero ¿qué es lo que estaban denegando?

Se suele presentar a mi tocayo del siglo XVII William Harvey (quien, como yo, era un «hombre de Kent») como la primera persona que mostró correcta y sistemáticamente cómo circula la sangre por el cuerpo humano. En aquellos estudios se basó la ciencia médica para explicar cómo los infartos de miocardio y otras dolencias podían perjudicar seriamente, cuando no bloquear, la fuerza vital del cuerpo humano. Cuando la sangre deja de fluir, el cuerpo muere. Nuestros conocimientos médicos actuales son, por supuesto, mucho más precisos y completos de lo que Harvey pudiera haber imaginado, pero todavía se basan en los sólidos descubrimientos que realizó.

Cuando se trata de examinar las serias arritmias del corazón del cuerpo político, nuestros economistas, hombres de negocios y gobernantes, a falta de una concepción sistémica de la naturaleza del flujo de capital, han resucitado antiguas prácticas o han aplicado concepciones posmodernas. Por un lado las instituciones internacionales y los trujamanes del crédito siguen chupando como sanguijuelas tanto fluido vital como pueden de todos los pueblos del mundo –por empobrecidos que éstos se vean–, mediante los llamados «programas de ajuste estructural» y todo tipo de estrategias (como duplicar de repente las tasas que pagamos por nuestras tarjetas de crédito). Por otro lado, los bancos centrales están inundando sus economías e inflando el cuerpo político global con un exceso de liquidez, con la esperanza de que tales transfusiones de emergencia sean capaces de curar una enfermedad que exige diagnósticos e intervenciones mucho más radicales.

En este libro intento restablecer algunos conocimientos que ya se tenían sobre qué son y cómo funcionan los flujos de capital. Si conseguimos una mejor comprensión de los trastornos y desastres a que nos vemos expuestos, podríamos comenzar a saber qué hacer para evitarlos o remediarlos.

David Harvey
Nueva York, octubre de 2009

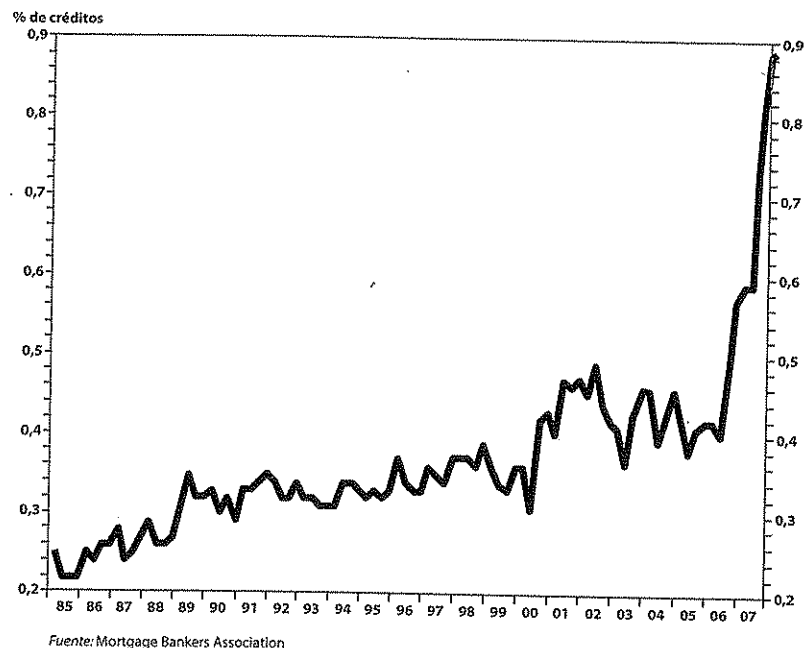
I

El terremoto

En 2006 comenzó a propagarse por Estados Unidos un fenómeno ominoso: la tasa de desahucios hipotecarios en áreas de bajos ingresos de viejas ciudades como Cleveland o Detroit se incrementó notablemente. Pero los portavoces del gobierno y los medios no se hicieron eco de aquel suceso porque las familias afectadas eran humildes, principalmente afroamericanas, inmigrantes (latinoamericanas) o mujeres separadas con hijos. Los afroamericanos en particular venían experimentando dificultades en la financiación de sus viviendas desde finales de la década de los noventa. Entre 1998 y 2006, antes de que los desahucios se generalizaran y estallara la crisis, se estima que perdieron entre 71 y 93 millardos de dólares en activos por contraer los llamados créditos hipotecarios *subprime* (hipotecas-basura) sobre sus viviendas. Pero no se hizo nada. Una vez más, como sucedió ante la irrupción de la pandemia del sida durante la administración Reagan, el coste humano y financiero para la sociedad de no prestar suficiente atención al fenómeno desde el principio, en buena parte por los propios prejuicios contra los que se hallaban en la primera línea de fuego, fue incalculable.

A mediados de 2007, cuando la oleada de desahucios golpeó a la clase media blanca en áreas urbanas y periféricas –hasta entonces en expansión y significativamente republicanas– en el sur (en particular en Florida) y el oeste (California, Arizona y Nevada) de Estados Unidos y el asunto se comentó en los medios de mayor tirada o audiencia, las autoridades comenzaron a preocuparse. Se desaceleró la construcción de nuevos edificios (a menudo en «ciudades dormitorio» o en zonas urbanas periféricas). A finales de 2007 casi dos millones de personas habían perdido sus hogares y se pensaba que otros cuatro millones estaban en peligro de desahucio. El precio de la vivienda cayó en picado en casi todo Estados Unidos y muchas familias se encontraron debiendo por sus casas más de lo que valían, lo que

Hipotecas residenciales en Estados Unidos, desahucios iniciados, 1985-2007



de todo el mundo, fondos de pensiones, pequeños bancos europeos regionales y gobiernos municipales desde Noruega hasta Florida, que habían caído en la tentación de invertir en depósitos de hipotecas titularizadas «altamente valorados», se vieron en posesión de papeles sin valor e incapaces de satisfacer sus obligaciones o de pagar a sus empleados. Para empeorar aún más las cosas, gigantes de los seguros como AIG, que habían respaldado las arriesgadas apuestas de los bancos estadounidenses y de otros países, tuvieron que ser rescatados debido a las enormes reclamaciones que se les exigían. Las bolsas se vinieron abajo cuando las acciones de los bancos y otras sociedades perdieron casi todo su valor; los fondos de pensiones se hundieron bajo la presión; los presupuestos municipales se contrajeron y el pánico se extendió a todo el sistema financiero.

Iba quedando cada vez más claro que sólo un rescate masivo por parte del gobierno podía restaurar la confianza en el sistema financiero. La Reserva Federal redujo los tipos de interés casi a cero. Poco después de la bancarrota de Lehman, unos cuantos banqueros y funcionarios del Tesoro, incluido el secretario del Tesoro Henry Paulson, anteriormente presidente y director ejecutivo de Goldman Sachs, así como quien lo había sucedido en ese puesto, Lloyd Blankfein, salieron de una sala de conferencias con un documento en tres páginas en el que exigían un rescate del

sistema bancario por 700 millardos de dólares, amenazando en otro caso con el Armagedón en los mercados. Parecía como si Wall Street hubiera decidido dar un golpe financiero contra el gobierno y el pueblo de Estados Unidos. Pocas semanas después, con salvedades aquí y allá y mucha retórica, el Congreso y el entonces presidente George Bush aceptaron el ultimátum y se repartió el dinero a espaldas, sin ningún tipo de control, a todas las instituciones financieras consideradas «demasiado grandes para dejarlas caer».

Pero el mercado del crédito seguía congelado. Un mundo que poco antes parecía «inundado de liquidez excesiva» (como informaba repetidamente el FMI) se encontró de repente falto de dinero en efectivo e inundado de casas, oficinas y tiendas a la venta, con una capacidad productiva excedentaria y más mano de obra sobrante que antes.

A finales de 2008 todos los sectores de la economía estadounidense se veían con grandes problemas. La confianza de los consumidores se desplomaba, se detenía la construcción de nuevas viviendas, se debilitaba la demanda efectiva, disminuían las ventas al por menor, crecía el desempleo y cerraban almacenes y fábricas. Muchas de las figuras emblemáticas tradicionales de la industria estadounidense, como General Motors, estuvieron cerca de la bancarrota, y hubo que organizar un rescate temporal de las compañías automovilísticas de Detroit. La economía británica se encontraba también en serias dificultades, y el impacto llegaba a la Unión Europea, aunque de forma desigual, viéndose seriamente afectados España, Irlanda y varios de los países del este de Europa que se habían incorporado recientemente a la Unión. En Islandia los tres principales bancos, que habían especulado desafortunadamente en los mercados financieros, tuvieron que ser nacionalizados.

A principios de 2009 el modelo de industrialización basado en las exportaciones que había generado un crecimiento tan espectacular en el este y sudeste de Asia se contraía a una velocidad alarmante (muchos países, como Taiwán, China, Corea del Sur y Japón, vieron caer sus exportaciones un 20 por 100 o más en sólo dos meses). El comercio internacional global cayó una tercera parte en pocos meses, creando tensiones en economías exportadoras como las de Alemania y Brasil. Los productores de materias primas, con buenas expectativas y resultados hasta el verano de 2008, vieron de repente hundirse los precios, por ejemplo del petróleo, lo que creó serias dificultades para los países productores como Rusia, Venezuela y los países del Golfo. El desempleo comenzó a crecer a una velocidad alarmante. En China 20 millones de personas perdieron su empleo y aparecían señales perturbadoras de agitación laboral. En Estados Unidos el número de desempleados aumentó en más de cinco millones en pocos meses (concentrándose una vez más en las comunidades afroamericana e hispana). En España la tasa de desempleo subió encima del 17 por 100.

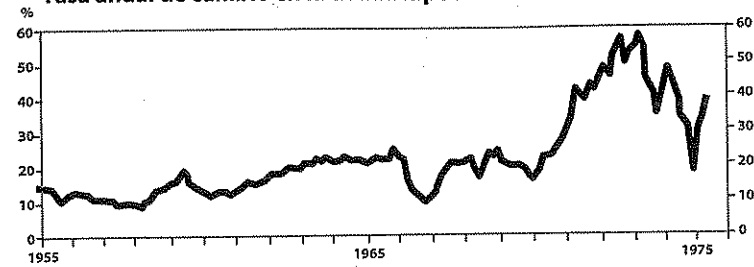
En la primavera de 2009 el Fondo Monetario Internacional estimaba que se habían destruido activos con un valor superior a 50 billones de dólares en todo el mundo

(aproximadamente el valor de la producción mundial total de bienes y servicios en un año). La Reserva Federal estadounidense estimaba en 11 billones de dólares las pérdidas de las familias estadounidenses, tan sólo en 2008. Para entonces el Banco Mundial predecía el primer año de crecimiento negativo en la economía mundial desde 1945.

Se trataba, sin duda, de la madre de todas las crisis; pero también se podía ver como culminación de una serie de crisis financieras que se habían ido haciendo más frecuentes y profundas con el paso de los años desde la última gran crisis del capitalismo durante la década de los setenta. La crisis financiera que estalló en el este y sudeste de Asia en 1997-1998 ya fue considerable, y sus derivaciones en Rusia (que suspendió el pago de su deuda en 1998) y luego en Argentina en 2001 (precipitando un colapso total que suscitó una gran inestabilidad política, ocupaciones y tomas de fábricas, bloqueos espontáneos de autopistas y la formación de comités vecinales) fueron catástrofes a escala local. En Estados Unidos la caída en 2001 de compañías de primera fila como WorldCom y Enron, que operaban básicamente en instrumentos financieros llamados «derivados», seguía la estela de la bancarrota en 1998 del fondo de inversiones de alto riesgo Long Term Capital Management (en cuya Junta de Directores figuraban dos premios Nobel de Economía). Había muchos presagios de que no todo iba bien en lo que se conocía como «sistema bancario en la sombra», dedicado a insólitas operaciones de ingeniería financiera que proliferaban como hongos desde 1990 aprovechando la desregulación de los mercados.

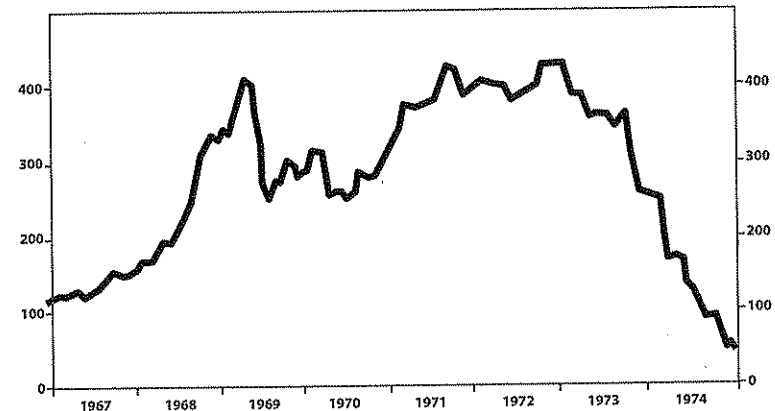
Mientras que entre 1945 y 1973 hubo muy pocas crisis financieras, desde 1973 ha habido cientos por todo el mundo, muchas de ellas en el mercado de la propiedad inmobiliaria o el desarrollo urbano. La primera crisis a escala global del capitalismo desde la Segunda Guerra Mundial comenzó la primavera de 1973, seis meses antes de que el embargo árabe del petróleo hiciera subir meteóricamente su precio. Se originó en el mercado inmobiliario, hizo zozobrar a varios bancos y afectó seriamente a las finanzas, no sólo de gobiernos municipales (como el de la ciudad de Nueva York, que entró técnicamente en bancarrota en 1975 y hubo de ser rescatado por el gobierno federal) sino también de algunos Estados de la Unión. El *boom* japonés de la década de los ochenta acabó con un colapso bursátil y una caída vertiginosa de los precios del suelo (que todavía no se han recuperado). El sistema bancario sueco tuvo que ser nacionalizado en 1992 a raíz de una crisis nórdica que también afectó a Noruega y Finlandia, causada por los excesos en el mercado inmobiliario. Uno de los desencadenantes del colapso en el este y sudeste de Asia en 1997-1998 fue el excesivo desarrollo urbano, alentado por el aflujo de capital especulativo extranjero a Tailandia, Hong Kong, Indonesia, Corea del Sur y Filipinas. Y la prolongada crisis de 1984-1992 en Estados Unidos vio cómo desaparecían más de 1.400 empresas de crédito y ahorro y 1.860 bancos, con un coste de unos 200 millardos de dólares para los contribuyentes estadounidenses (una situación que irritó tanto a William Isaac, entonces presidente de la Corporación

Tasa anual de cambio en la deuda hipotecaria en Estados Unidos



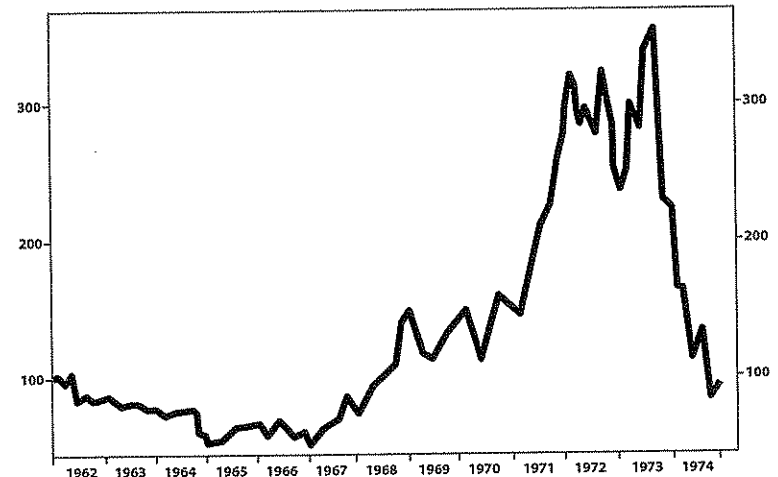
Fuente: Department of Commerce

Cotizaciones en bolsa de los trust de inversiones inmobiliarias-Estados Unidos



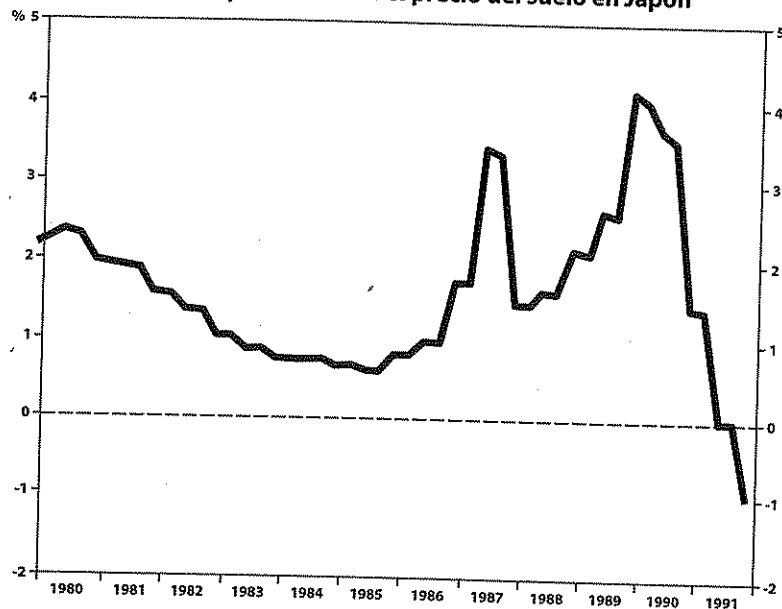
Fuente: Fortune Magazine

Cotizaciones en bolsa en el sector inmobiliario-Gran Bretaña

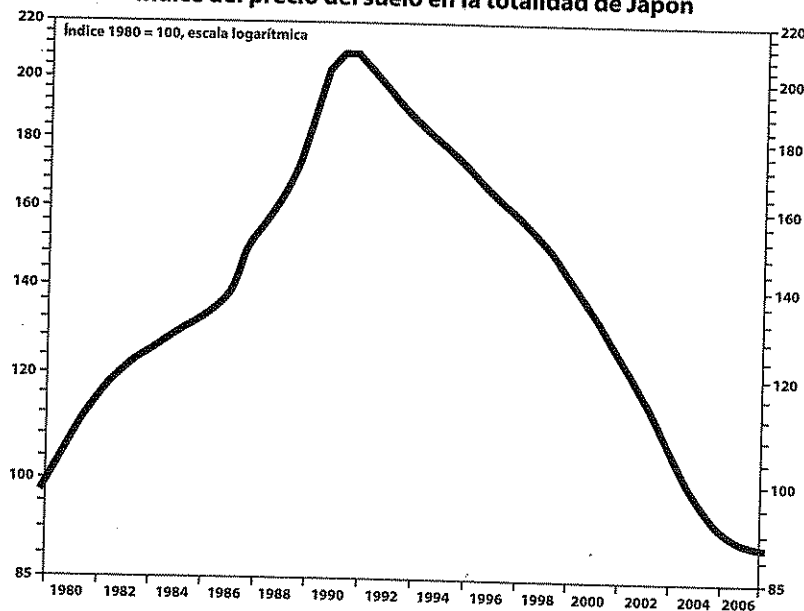


Fuente: Investors Chronicle

Cambio porcentual en el precio del suelo en Japón



Índice del precio del suelo en la totalidad de Japón



Federal de Seguro de Depósitos [Federal Deposit Insurance Corporation, FDIC], que en 1987 amenazó a la Asociación de Banqueros Americanos con la nacionalización si no enmendaban su comportamiento). Las crisis derivadas de problemas en el mercado inmobiliario suelen prolongarse más que las que afectan directamente al mercado bursátil y bancario, porque, como veremos, las inversiones en el entorno construido, apoyadas en créditos y con mayor riesgo, tardan en dar fruto; si se hace patente un exceso de inversión (como sucedió recientemente en Dubái), el embrollo financiero que se había ido enredando durante años tarda también muchos años en desenredarse.

Así pues, no hay nada de nuevo en el colapso actual, aparte de su envergadura y profundidad; tampoco hay nada inusitado en cuanto a su génesis en el desarrollo urbano y el mercado de la propiedad inmobiliaria. Tendremos pues que concluir que existe cierta conexión interna, que requiere un cuidadoso estudio.

¿Cómo tenemos entonces que interpretar el caos actual? ¿Señala esta crisis, por ejemplo, el final del neoliberalismo de libre mercado como modelo económico prevalente para el desarrollo capitalista? La respuesta depende de lo que se entienda por «neoliberalismo». En mi opinión el término alude a un proyecto de clase que cobró vida durante la crisis de los años setenta; enmascarado bajo una espesa capa retórica sobre la libertad individual, la responsabilidad personal, las virtudes de la privatización, el libre mercado y el libre comercio, en la práctica legitimó políticas draconianas destinadas a restaurar y consolidar el poder de la clase capitalista. Este proyecto ha tenido éxito, a juzgar por la increíble centralización de riqueza y poder observable en todos los países que emprendieron la vía neoliberal, y no hay ninguna prueba de que se haya debilitado.

Uno de los principios pragmáticos básicos que surgieron en la década de los ochenta, por ejemplo, fue que el poder estatal debía proteger las instituciones financieras a cualquier precio. Ese principio, contradictorio con el no intervencionismo que prescribía la teoría neoliberal, surgió de la crisis presupuestaria de la ciudad de Nueva York a mediados de la década de los setenta, y luego se extendió internacionalmente a México en la crisis de la deuda que sacudió a aquel país hasta sus cimientos en 1982. Dicho crudamente, consistía en privatizar los beneficios y socializar los riesgos: salvar los bancos a expensas del pueblo (en México, por ejemplo, el nivel de vida de la población cayó aproximadamente una cuarta parte en cuatro años tras el rescate financiero de 1982). El resultado fue lo que se conoce como «riesgo moral» sistémico. Los bancos actúan perversamente porque no tienen que asumir ninguna responsabilidad por las consecuencias negativas de su comportamiento de alto riesgo. El actual rescate de los bancos es esa misma vieja historia, sólo que mayor y esta vez concentrada en Estados Unidos.

Del mismo modo que el neoliberalismo surgió como respuesta a la crisis de la década de los setenta, la vía elegida hoy definirá el carácter de la futura evolución del capi-

talismo. La política actual propone salir de la crisis con una mayor consolidación y centralización del poder de la clase capitalista. En Estados Unidos sólo quedan cuatro o cinco instituciones bancarias importantes, pero Wall Street sigue prosperando. Lazard, por ejemplo, especializada en fusiones y adquisiciones, está haciendo dinero a manos llenas y al «grupo de inversión» Goldman Sachs (al que muchos se refieren irónicamente como «gobierno Sachs» aludiendo a su influencia sobre las decisiones del Tesoro) le va muy bien, gracias. Algunas grandes fortunas se están quedando fuera, cierto, pero como observó en una ocasión Andrew Mellon (banquero estadounidense, secretario del Tesoro entre 1921 y 1932), «en una crisis, los activos vuelven a sus verdaderos propietarios» (en particular, a él mismo). Y así volverá a ser ahora a menos que surja un movimiento político capaz de impedirlo.

Las crisis financieras sirven para racionalizar las irracionalidades del capitalismo. Propician generalmente nuevas configuraciones, nuevos modelos de desarrollo, nuevas esferas de inversión y nuevas formas de poder de clase. Esto podría salir mal políticamente, pero la clase política estadounidense ha cedido hasta ahora frente al pragmatismo financiero y ha preferido no tocar las raíces del problema. Los asesores económicos del presidente Obama son de la vieja escuela: Larry Summers, director de su Consejo Económico Nacional, era secretario del Tesoro en la administración Clinton cuando el fervor por la desregulación de las finanzas alcanzó su punto culminante; Tim Geithner, actual secretario del Tesoro [desde 2009], antes presidente del Banco de la Reserva Federal en Nueva York, tiene relaciones muy íntimas con Wall Street. Lo que se podría llamar «el partido de Wall Street» tiene tanta influencia en el Partido Demócrata como en el Republicano (Charles Schumer, el poderoso senador demócrata por Nueva York, ha recabado millones de dólares en Wall Street durante años, no sólo para sus propias campañas políticas, sino para todo el Partido Demócrata).

Están ahora de nuevo al timón los que apostaron por el capital financiero durante la presidencia de Clinton. Eso no significa que no vayan a rediseñar la arquitectura financiera, porque tienen que hacerlo. Pero ¿en beneficio de quién lo van a hacer? ¿Nacionalizarán los bancos y los convertirán en instrumentos al servicio del pueblo? ¿Se convertirán los bancos, como proponen influyentes voces incluso en el *Financial Times*, en instituciones públicas reguladas? Lo dudo. ¿Tratarán simplemente los poderes que prevalecen ahora de depurar el problema a expensas del pueblo para devolver luego los bancos a quienes nos metieron en este lío? Parece que ése es el camino que llevamos, a menos que una oleada de oposición política dicte otra cosa. En los márgenes de Wall Street se están formando ya rápidamente lo que se llaman «bancos de inversión *boutique*»*, dispuestos a calzarse los zapatos de Lehman y Merrill Lynch. Entretanto, los grandes bancos que quedan en pie atesoran fondos

* Pequeños bancos de inversión especializados en el mercado de capitales [N. del T.].

con los que reanudar en su día el pago de las colosales primas de bonificación con que se lucraban sus directivos antes del crac.

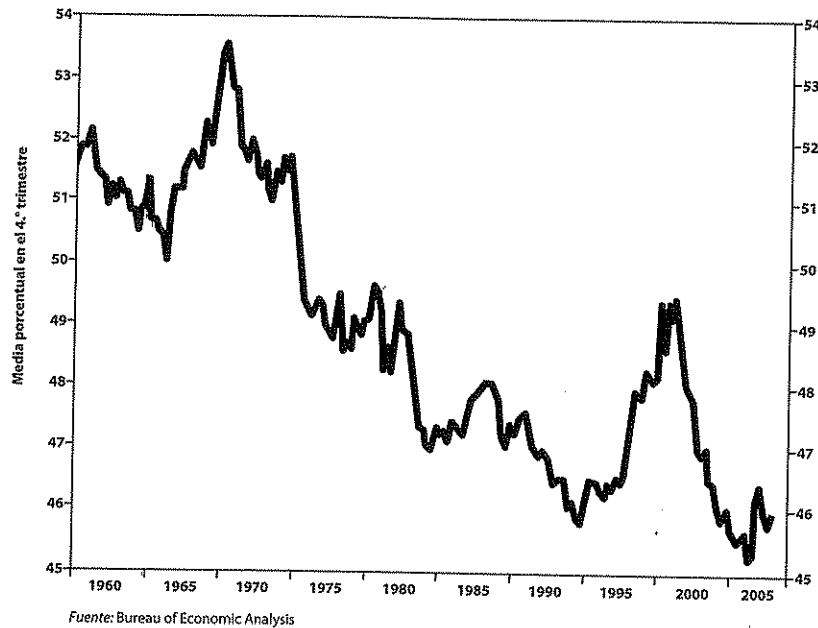
* * * * *

Que podamos salir de esa crisis de un modo diferente depende mucho de la relación de fuerzas entre las clases, de que la gran mayoría de la población se alce y diga: «¡Ya basta! ¡Cambiamos este sistema!». Cualquiera currela (aun en el caso de que sea fontanero o fontanera) tendría buenas razones para decirlo. En Estados Unidos, por ejemplo, los ingresos de las familias se han estancado en general desde la década de los setenta, mientras se acumulaba una inmensa riqueza en manos de los capitalistas. Por primera vez en la historia de Estados Unidos, los trabajadores han quedado al margen de las ganancias derivadas del aumento de productividad; llevamos treinta años de contención salarial. ¿Cómo y por qué se produjo esto?

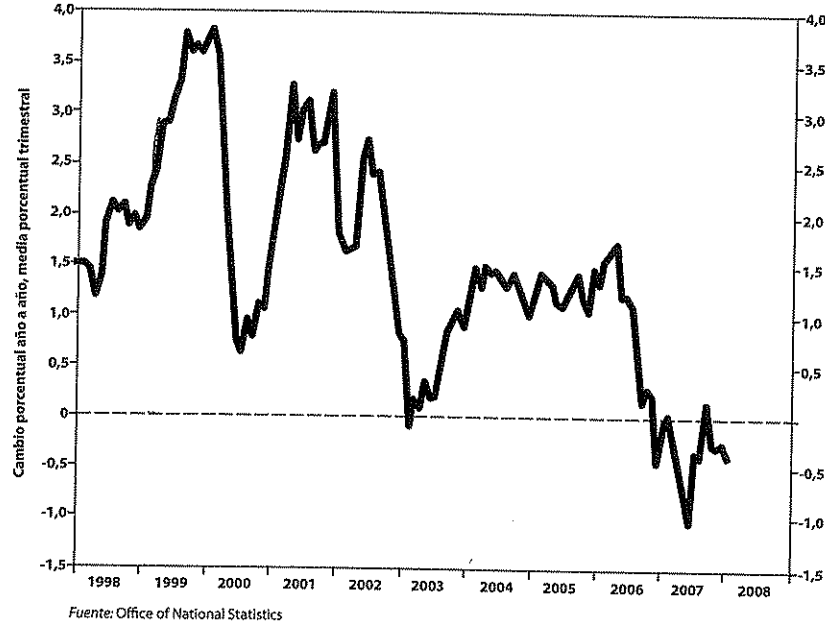
Una de las principales barreras para la acumulación continua de capital y la consolidación del poder de la clase capitalista durante la década de los sesenta fue el movimiento obrero organizado: había escasez de mano de obra tanto en Europa como en Estados Unidos; los trabajadores estaban bien organizados, razonablemente bien pagados y tenían influencia política. Sin embargo, el capital pretendía disponer de una oferta de mano de obra más dócil y más barata, para lo que existían varios medios. Uno de ellos era alentar la inmigración; la Ley de Inmigración y Nacionalidad de 1965, que abolió las cuotas según el origen nacional, permitió al capital estadounidense acceder a la población excedente global (hasta entonces tenían ventaja los inmigrantes europeos y blancos en general). A finales de la década de los sesenta el gobierno francés subvencionaba la importación de mano de obra del norte de África, los alemanes recurrían a los turcos, Suecia importaba a yugoslavos y Gran Bretaña importaba a habitantes de su pasado imperio.

Otro método consistía en la invención de tecnologías capaces de ahorrar trabajo, como la robotización en la fabricación de automóviles, que provocaba desempleo. Aunque se aplicaron en cierta medida, suscitaban mucha resistencia por parte de los trabajadores, que insistían en acuerdos sobre la productividad. La consolidación del poder de los monopolios también debilitó la tentación de desplegar nuevas tecnologías, porque los mayores costes laborales podrían cargarse al consumidor con precios más altos (lo que daba lugar a una continua inflación). Las «tres grandes» compañías automovilísticas de Detroit optaron casi siempre por esta solución, hasta que su poder monopolístico quedó finalmente roto por la irrupción de las empresas japonesas y alemanas en el mercado estadounidense del automóvil en la década de los ochenta. La intensificación de la competencia durante toda la década de los setenta obligó a recurrir a las tecnologías de ahorro de trabajo, pero hasta entonces no fue una tendencia tan marcada.

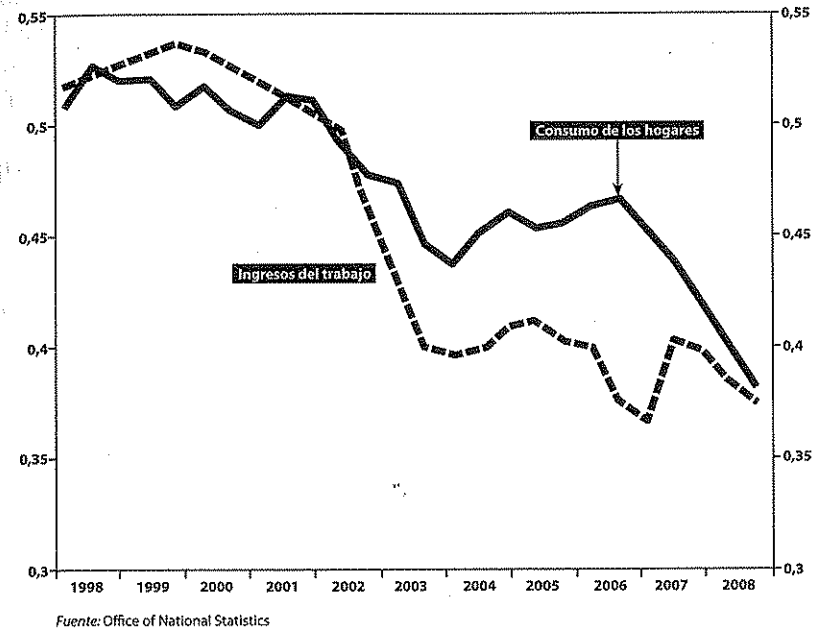
Relación entre la masa salarial y el PIB en Estados Unidos



Promedio real de ganancias en el Reino Unido



China: ingresos del trabajo y consumo de los hogares en relación con el PIB, 1980-2005



En cualquier caso, aquello no parecía bastante y entre bambalinas acechaba gente como Ronald Reagan, Margaret Thatcher y el general Augusto Pinochet, armados con la doctrina neoliberal y dispuestos a emplear el poder del Estado para aplastar el movimiento obrero organizado. Mientras que Pinochet y los generales brasileños y argentinos lo hicieron mediante la fuerza militar, Reagan y Thatcher emprendieron una batalla menos dramática pero igualmente eficaz contra los grandes sindicatos, bien directamente –en el caso de Reagan contra los controladores del tráfico aéreo y en el de Thatcher contra los mineros e impresores–, o indirectamente permitiendo el aumento del desempleo. Alan Budd, el principal asesor económico de Thatcher, admitió más tarde que «la política de los años ochenta de combatir la inflación estrangulando la economía y el gasto público fueron una cobertura para derrotar a los trabajadores» y crear así un «ejército de reserva industrial» que socavaría el poder de los sindicatos y permitiría a los capitalistas obtener después grandes beneficios. En Estados Unidos el desempleo creció vertiginosamente como consecuencia de las medidas antiinflacionistas, hasta alcanzar el 10 por 100 en 1982, lo que provocó el estancamiento de los salarios; esto se vio acompañado por una política de criminalización y encarcelamiento de los más pobres con una la población reclusa de más de dos millones de personas en 2000.

El capital también tenía la posibilidad de trasladarse allí donde existía un excedente de mano de obra. En el Tercer Mundo las mujeres del campo se incorporaron a la mano de obra asalariada en todas partes, desde las Barbados a Bangladesh y desde Ciudad Juárez a Dongguan. El resultado fue una creciente feminización del proletariado, la destrucción de los modos de producción campesinos autosuficientes «tradicionales» y la feminización de la pobreza en todo el mundo. El tráfico internacional de mujeres para la esclavitud doméstica y la prostitución se multiplicó al tiempo que más de 2.000 millones de personas, atestadas en infraviviendas, chabolas, favelas y guetos de ciudades insalubres, trataban de sobrevivir con menos de dos dólares al día.

Las corporaciones basadas en Estados Unidos, inundadas de capital excedente, comenzaron de hecho a deslocalizar y trasladar la producción desde mediados de la década de los sesenta, pero ese movimiento no cobró fuerza hasta una década después. A partir de entonces las piezas fabricadas en casi cualquier parte del mundo —preferiblemente allí donde la mano de obra y las materias primas eran más baratas— podían transportarse a Estados Unidos donde se ensamblaban para su venta final cerca del mercado. El «automóvil global» y el «televisor global» se convirtieron en artículos estándar en la década de los ochenta. El capital tenía ahora acceso a la oferta de mano de obra barata en todo el mundo. Añadiéndose a todo ello, el colapso del comunismo, espectacularmente en el exbloque soviético y gradualmente en China, agregó alrededor de 2.000 millones de personas a la fuerza de trabajo asalariada global.

La «globalización» se vio facilitada por una reorganización radical de los sistemas de transporte que reducía los costes del movimiento. La containerización —una innovación clave— permitía que las piezas de automóvil fabricadas en Brasil se ensamblaran en Detroit. Los nuevos sistemas de comunicación permitían la organización precisa de la producción en cadena de mercancías en todo el planeta (novedades de la moda presentadas en París podían ser enviadas casi inmediatamente a Manhattan desde los talleres de trabajo esclavo de Hong Kong). Las barreras artificiales al comercio como las tarifas aduaneras y las cuotas se redujeron drásticamente. Por encima de todo, se creó una nueva arquitectura financiera global para facilitar el flujo internacional de capital líquido allí donde se pudiera emplear con mayor rentabilidad. La desregulación de las finanzas iniciada a finales de la década de los setenta se aceleró a partir de 1986 y se hizo imparable en la década de los noventa.

La disponibilidad de fuerza de trabajo ya no es un problema para el capital, desde hace al menos veinticinco años. Pero una fuerza de trabajo sin poder político significa bajos salarios, y los trabajadores empobrecidos no constituyen un mercado vibrante. La persistente contención salarial plantea por tanto el problema de la falta de demanda para la creciente producción de las corporaciones capitalistas. Se ha superado una barrera para la acumulación de capital —la resistencia obrera— a ex-

pensas de crear otra, la insuficiencia del mercado. ¿Cómo se podía entonces superar o eludir esta segunda barrera?

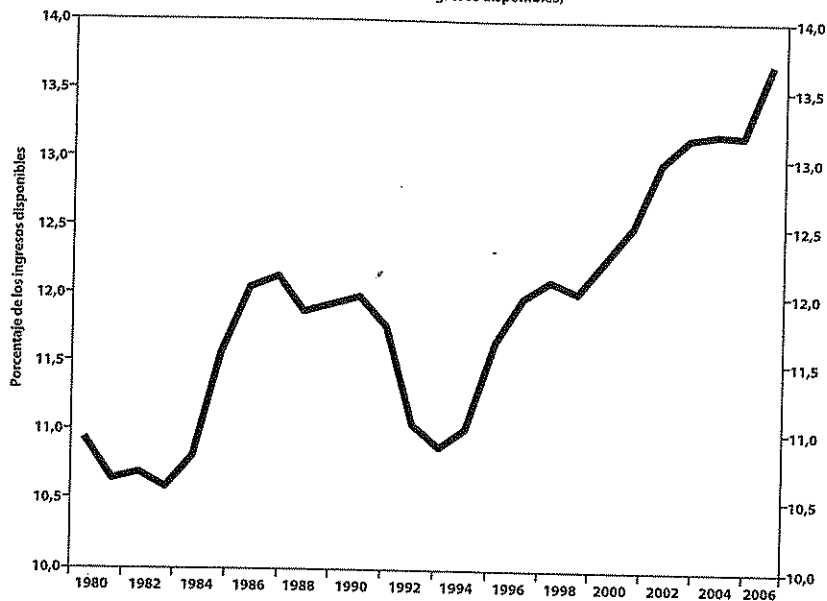
* * * * *

La brecha entre lo que los trabajadores ganaban y lo que podían gastar se cubrió con la aparición de las tarjetas de crédito y las facilidades para el endeudamiento. En 1980 la familia media estadounidense debía alrededor de 40.000 dólares (constantes), pero ahora la deuda es de 130.000 dólares para cada familia, incluyendo las hipotecas. La deuda de las familias ha aumentado vertiginosamente, pero esto requería que las instituciones financieras apoyaran y promovieran las deudas de los trabajadores cuyos salarios no crecían en la misma medida. Al principio lo hacían únicamente con aquellos que contaban con un empleo fijo, pero a finales de la década de los noventa tuvieron que ir más allá porque ese mercado se había agotado, extendiéndolo a los que tenían ingresos más bajos. Se ejerció una considerable presión política sobre instituciones financieras como Fannie Mae y Freddie Mac para que relajaran las condiciones de crédito para todos, y se comenzó a financiar las compras de gente que no tenía ingresos fijos. De no haber sido así, ¿quién habría comprado todas las nuevas casas y pisos que los promotores inmobiliarios estaban construyendo? El problema de la demanda se resolvió temporalmente financiando las deudas de los promotores y de los propios compradores. Las instituciones financieras ¡controlaban así conjuntamente tanto la oferta como la demanda de vivienda!

Lo mismo ocurrió con todo tipo de créditos al consumo, desde la compra de automóviles y cortadoras de césped hasta los regalos de Navidad en Toys “R” Us y Wal-Mart. Todo ese endeudamiento era obviamente arriesgado, pero se podía asumir gracias a la maravillosa innovación financiera de la titulización, que supuestamente disminuía el riesgo al dispersarlo y hasta creaba la ilusión de que había desaparecido. El capital financiero ficticio se hizo con el control y nadie quería ponerle freno porque quienes podían hacerlo parecían estar ganando montones de dinero. En Estados Unidos las contribuciones a los partidos desde Wall Street subieron como la espuma. ¿Recuerdan ustedes la famosa pregunta retórica de Bill Clinton cuando se hizo cargo de la presidencia? «¿Pretenden decirme que el éxito del programa económico y de mi reelección depende de la Reserva Federal y de un puñado de mercaderes de bonos?» Clinton no era sino un rápido aprendiz.

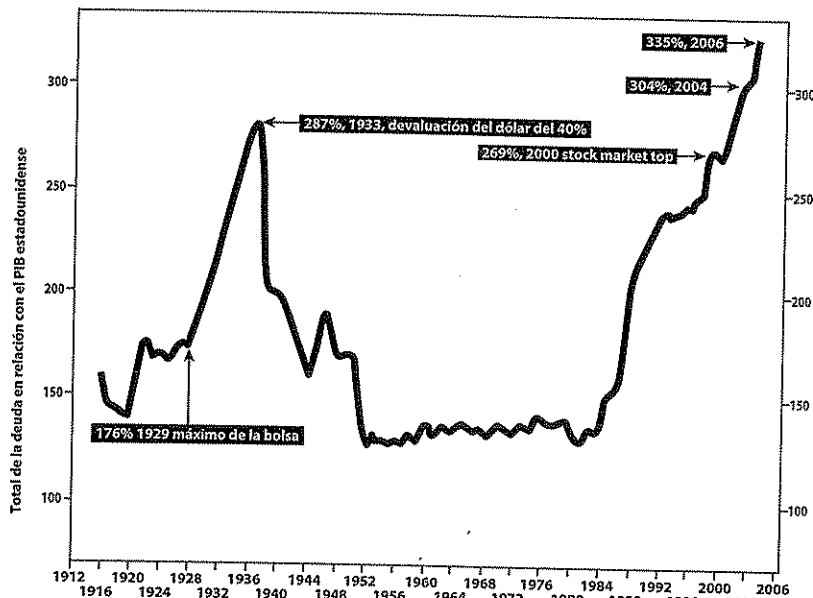
Pero había otra forma de resolver el problema de la demanda: la exportación de capital y el cultivo de nuevos mercados en todo el mundo. Esta solución, tan vieja como el propio capitalismo, fue emprendida con vigor redoblado desde la década de los sesenta en adelante. Los bancos de inversión de Nueva York, entonces inundados de petrodólares excedentes de los países del Golfo y desesperados por hallar

Proporción del servicio de la deuda de los consumidores (en relación con los ingresos disponibles)



Fuente: Board of Governors, Federal Reserve Board, Household Debt Services and Financial Obligations Ratios

La gran burbuja de la deuda estadounidense



Fuente: Barron's, 21 de febrero, puesta al día en 2006

nuevas oportunidades de inversión en una época en la que el potencial de inversión rentable en Estados Unidos estaba exhausto, se dedicaron a prestar masivamente a países en desarrollo como México, Brasil, Chile y hasta Polonia, porque, como decía Walter Wriston, presidente y director ejecutivo del Citibank, los países no pueden desaparecer; uno siempre sabe dónde encontrarlos en caso de dificultades.

Las dificultades surgieron pronto, con el estallido de la crisis de la deuda soberana en la década de los ochenta. Más de 40 países, principalmente latinoamericanos y africanos, se vieron en problemas para pagar sus deudas cuando los tipos de interés aumentaron repentinamente a partir de 1979. México amenazó con la suspensión de pagos en 1982. Estados Unidos revigorizó apresuradamente el Fondo Monetario Internacional (que el gobierno de Reagan había tratado de dismantelar en 1981 ateniéndose a la ortodoxia neoliberal más estricta) como comité disciplinario global encargado de asegurar que se devolviera el dinero a los bancos mediante los «programas de ajuste estructural» que proliferaron a partir de entonces por todo el mundo. El resultado fue una marea creciente de «riesgo moral» en las prácticas crediticias de los bancos internacionales. Durante un tiempo esas prácticas tuvieron mucho éxito. En el vigésimo aniversario del rescate de México los principales directivos de Morgan Stanley lo alabaron como «un factor que apuntaló una creciente confianza de los inversores en todo el mundo y que contribuyó a impulsar el crecimiento del mercado de finales de la década de los noventa, así como la sobresaliente expansión económica en Estados Unidos». La estrategia de salvar los bancos a costa del pueblo daba maravillosos resultados... para los banqueros.

Para que todo esto fuera verdaderamente eficaz, había que construir un sistema globalmente entrelazado de mercados financieros. En Estados Unidos las restricciones geográficas sobre la banca se fueron dismantelando paso a paso desde finales de la década de los setenta. Hasta entonces todos los bancos, excepto los de inversión —que estaban legalmente separados de las instituciones de depósito—, se veían limitados a operar dentro de un solo Estado, y la financiación de las hipotecas quedaba a cargo de las compañías de crédito y ahorro, que se mantenían separadas de los bancos de depósito. Pero la integración financiera de los mercados nacionales y globales parecía vital, y esto llevó en 1986 a la vinculación de los mercados globales financieros y de valores. El Big Bang, como se le llamó entonces, unió a Londres y Nueva York e inmediatamente después a todos los mercados financieros importantes del mundo en un único sistema comercial. A partir de entonces, los bancos podían operar libremente por encima de las fronteras (en 2000 la mayoría de los bancos mexicanos eran de propiedad extranjera y HSBC [Hongkong and Shanghai Banking Corporation] estaba en todas partes, proclamándose orgullosamente como «el banco local del mundo [sic]»). Esto no significa que no hubiera barreras a los flujos internacionales de capital, pero las técnicas y logísticas se habían relajado

mucho. El dinero líquido podría recorrer más fácilmente el mundo en búsqueda de lugares donde la tasa de ganancia fuera mayor. La suspensión en 1999 de la distinción entre bancos de inversión y bancos de depósito que estaba en vigor en Estados Unidos desde la Ley Glass-Steagall de 1933 integró aún más todo el sistema bancario en una única red gigantesca de poder financiero.

Pero, a medida que el sistema financiero se globalizaba, la competencia entre centros financieros —principalmente en Londres y Nueva York— se cobraba su peaje coercitivo. Las ramas de bancos internacionales como Goldman Sachs, Deutsche Bank, UBS, RBS y HSBC internalizaron la competencia. Si el régimen regulador británico era menos estricto que el estadounidense, las ramas establecidas en la City de Londres realizaban negocios con más facilidad que Wall Street. Como los negocios lucrativos se desplazaban naturalmente allí donde el régimen regulador era más laxo, crecía la presión política sobre los reguladores para que aflojaran la manija. Michael Bloomberg, el billonario alcalde de Nueva York, encargó en 2005 un informe que concluía que la excesiva regulación estadounidense amenazaba el futuro del sector financiero de su ciudad. Todos los círculos de Wall Street y el «partido de Wall Street» en el Congreso pregonaron a los cuatro vientos aquellas conclusiones.

* * * * *

El éxito de la política de contención salarial a partir de 1980 permitió a los ricos enriquecerse mucho más aún. Se nos dice que eso es bueno porque los ricos invertirán en nuevas actividades (evidentemente, después de satisfacer su necesidad competitiva de consumo de lujo). Bueno, sí, invierten pero no necesariamente en la producción. La mayoría de ellos prefiere invertir en títulos, por ejemplo en la bolsa, con lo que las acciones suben y vuelven a invertir en ellas, sin tener en cuenta cómo les va a las empresas en las que invierten (¿recuerda alguien aquellas predicciones de finales de la década de los noventa de que el índice Dow Jones llegaría a 35.000 puntos?). La bolsa funciona como una pirámide de Ponzi, haya o no un Bernie Madoff que lo pretenda deliberadamente. Los ricos compran todo tipo de activos, incluidas acciones, propiedades inmobiliarias, recursos, petróleo, contratos de futuros y objetos de arte. También invierten en capital cultural mediante el patrocinio de museos y todo tipo de actividades culturales (convirtiendo así el llamado «sector cultural» en un terreno privilegiado para el desarrollo económico urbano). Cuando Lehman Brothers se fue a pique, el Museo de Arte Moderno de Nueva York perdió un tercio de sus ingresos por patrocinio.

Surgieron nuevos mercados insólitos impulsados por lo que se conoció como «sistema bancario en la sombra», que permitían invertir en «permutas de incumplimiento crediticio» (*credit default swaps* o CDS), derivados sobre el tipo de cambio

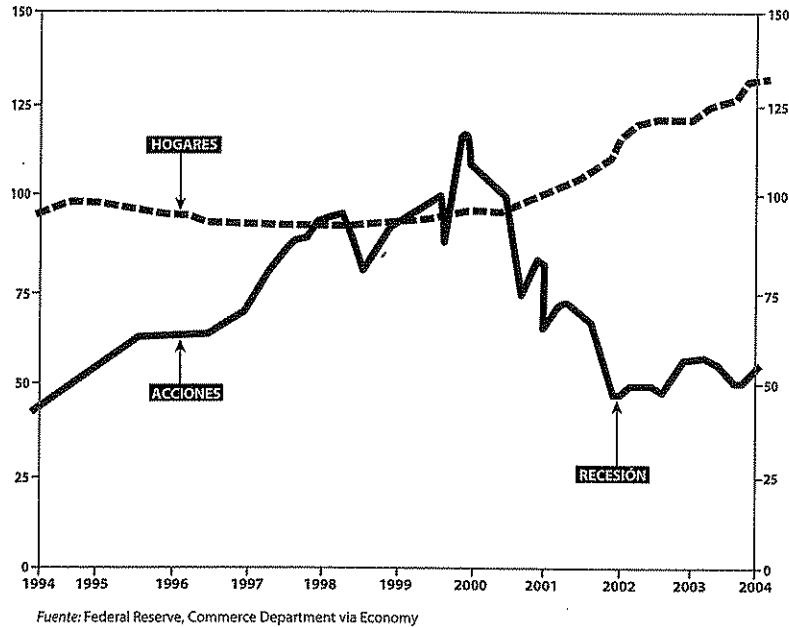
de las monedas y cosas parecidas. El mercado de futuros lo abarcaba todo, desde las transacciones comerciales sobre «derechos de emisión» de gases contaminantes hasta las apuestas sobre el tiempo; de hecho creció prácticamente desde la nada en 1990 a unos 250 billones de dólares en 2005 (el producto total del planeta sólo alcanzaba entonces 45 billones de dólares) y quizá hasta 600 billones de dólares en 2008. Los inversores podían ahora invertir en derivados de valores y en último término hasta en derivados de los contratos de seguros sobre los derivados de valores. En ese ambiente prosperaron los fondos de inversión de alto riesgo [*hedge funds*], con enormes beneficios para quienes invertían en ellos. Sus gestores amasaron enormes fortunas (más de 1.000 millones de dólares como remuneración personal anual para varios de ellos en 2007 y 2008, y hasta tres millardos de dólares para los principales ganadores).

Se generalizó así la tendencia a invertir en bolsa. Desde la década de los ochenta han venido apareciendo periódicamente informes que sugerían que muchas grandes corporaciones no financieras estaban haciendo más dinero en sus operaciones financieras que en la fabricación de objetos reales, por ejemplo, en la industria del automóvil. Al frente de esas empresas había ahora más contables que ingenieros y sus divisiones financieras, encargadas de los créditos a los consumidores, eran altamente rentables. La corporación financiera creada por General Motors*, que hasta entonces se ocupaba principalmente del lucrativo negocio de financiar la compra de automóviles, se convirtió pronto en uno de los mayores propietarios privados de hipotecas inmobiliarias. Pero lo que es aún más importante: el intercambio interno en el seno de una corporación que producía piezas de automóvil en el mundo entero permitía manipular en distintas monedas los precios y las declaraciones de beneficios, realizando estas últimas en los países donde los tipos impositivos eran más bajos y aprovechando las fluctuaciones de las monedas para obtener colosales ganancias, aunque también debían protegerse frente a eventuales movimientos inesperados en los tipos de cambio.

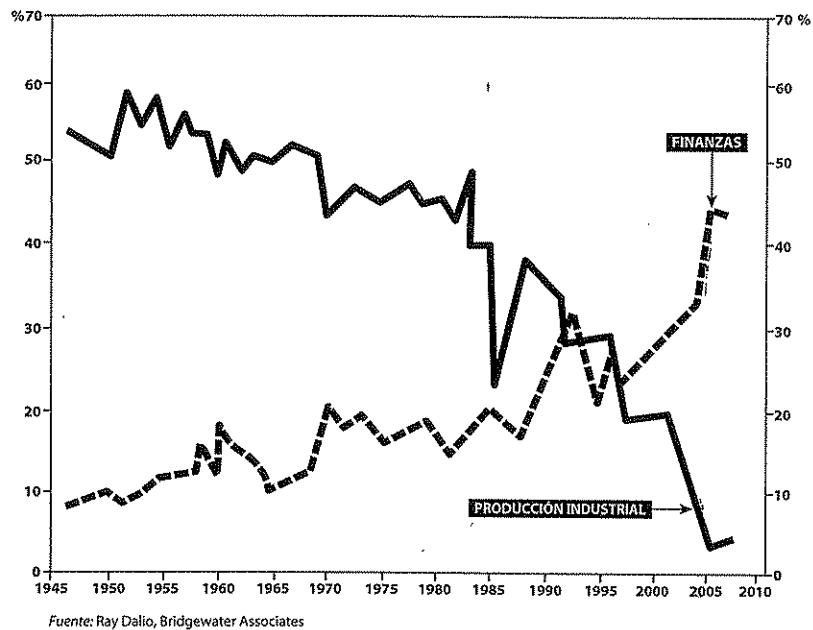
El colapso en 1973 del sistema de tipos de cambio fijos de la década de los sesenta dio lugar a una mayor volatilidad de los tipos de cambio entre las monedas. Durante la década de los setenta se constituyó en Chicago un nuevo mercado de futuros sobre las monedas, aunque había reglas estrictas para el juego. Luego, hacia finales de la década de los ochenta, para contrarrestar la volatilidad, se extendió la práctica de la cobertura [*hedging*] (adquisición o venta de acciones, índices, opciones, futuros, etc., relacionados con aquel cuyo riesgo se pretende cubrir; en el caso de los tipos de cambio, se apuesta en los dos sentidos, al alza y a la baja). Surgió un mercado *over the counter* al margen de los marcos reguladores y de sus reglas, en el

* Desde diciembre de 2008 lleva el nombre de Ally Financial Inc. [N. del T.].

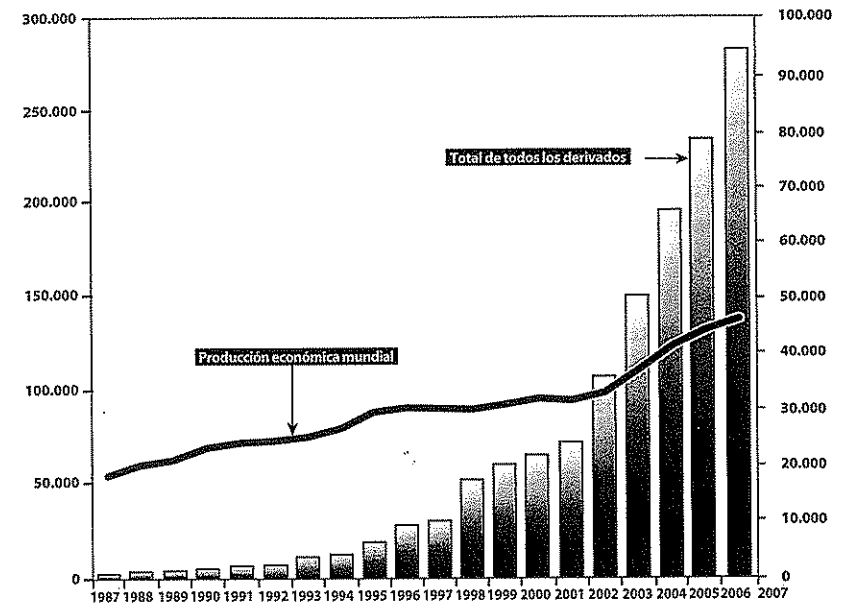
Valor de las acciones y hogares en Estados Unidos como porcentaje del PIB



La inversión del origen de los beneficios empresariales en Estados Unidos, 1950-2004



Vuelco del mercado de derivados en relación con la producción económica mundial



que las dos partes debían ponerse de acuerdo sobre las modalidades de liquidación del instrumento financiero negociado. A partir de ahí se desencadenó durante la década de los noventa una avalancha de nuevos productos financieros –permutas de incumplimiento crediticio, derivados sobre el tipo de cambio de las monedas, permutas de los tipos de interés y muchos otros– que acabaron constituyendo todo un sistema bancario en la sombra, totalmente desregulado, en el que se volcaron muchas empresas. Si ese sistema podía funcionar en Nueva York, ¿por qué no también en Londres, Fráncfort, Zúrich o Singapur? ¿Y por qué limitar su actividad a los bancos? Se suponía que Enron se dedicaba a la generación y distribución de energía, pero pronto se enfrascó en el comercio de futuros de la energía, hasta el punto de que, cuando fue a la quiebra en 2002, se demostró que no era más que una compañía comercial de derivados atrapada en mercados de alto riesgo.

Dado que lo sucedido parece increíblemente opaco, permítaseme contar una anécdota para ilustrarlo. Un joven de veintinueve años, Andy Krieger, quien había tenido cierto éxito comercial operando con futuros monetarios en el banco de inversiones Salomon Brothers, se incorporó a la firma Bankers Trust en 1986 justo a tiempo para participar en el Big Bang. Encontró una fórmula matemática clara para prever los movimientos en los tipos de cambio y obtener grandes beneficios en el

mercado de divisas, que manipulaba mediante opciones de compra de un gran volumen de determinada moneda en cierta fecha futura, lo que atraía a otros operadores a comprar esa moneda tan rápidamente como podían. Krieger les vendía entonces la cantidad que había comprado antes de que subiera su precio y a continuación cancelaba su opción; aunque perdía el depósito sobre ésta, hacía un gran negocio con la diferencia entre lo que había pagado y el precio de venta; pero, si podía hacerlo, es porque se trataba de intercambios *over the counter*, esto es, contratos privados fuera del marco del mercado de futuros monetarios (IMM) de Chicago. Realizaba grandes operaciones —apostando en una ocasión el valor total de la producción de kiwis en Nueva Zelanda, lo que llevó al pánico al gobierno neozelandés— y consiguió alrededor de 250 millones de dólares de beneficios en 1987, un año de crisis financiera en el que el resto de Bankers Trust tuvo pérdidas, de forma que consiguió al parecer mantener la firma por sí solo. Le habían prometido una bonificación del 5 por 100, lo que en aquella época habría sido una suma enorme y, cuando sólo recibió tres millones de dólares, dimitió «por principio». Entretanto Bankers Trust, sin comprobar sus cifras, realizó declaraciones tranquilizadoras sobre su rentabilidad para impulsar al alza su cotización en bolsa. Las cifras de Krieger resultaron erradas en 80 millones de dólares, pero, en lugar de admitir que su rentabilidad se había volatilizado, el banco intentó todo tipo de prácticas contables «creativas» para encubrir la diferencia antes de tener que admitir al final la pifia cometida.

Repasemos ciertos elementos del cuento. En primer lugar, el comercio desregulado *over the counter* permite todo tipo de innovaciones financieras y prácticas oscuras con las que sin embargo se puede ganar mucho dinero. En segundo lugar, los bancos apoyan tales prácticas, aunque no las entiendan (en particular, las matemáticas), porque a menudo son mucho más rentables que los negocios ordinarios y con ellas mejoran la cotización de sus acciones. En tercer lugar entra en el cuadro la contabilidad creativa y, en cuarto lugar, la valoración de los activos mediante las prácticas contables habituales es extremadamente incierta en mercados volátiles. Por último, toda la operación fue diseñada y llevada a la práctica por un joven operador cuyas habilidades parecían situarlo en una categoría especial. Frank Partnoy, en su relato de los hechos *Infectious Greed [Codicia Infecta]* (publicado, obsérvese, en 2003), escribe:

En unos pocos años los reguladores habían perdido el limitado control que podían tener sobre los intermediarios de mercado; éstos habían perdido el limitado control que pudieran haber tenido sobre los directivos de las empresas, y éstos habían perdido el limitado control que tenían sobre sus empleados. La cadena de pérdida de control llevó a una asunción de riesgos exponencial en muchas empresas, en gran medida a espaldas del gran público. Dicho simplemente, la apariencia de control en los mercados financieros era una ficción.

Al elevarse la cotización de las acciones y otros títulos, el impulso se transmitía a toda la economía. Las acciones eran una cosa, pero la propiedad inmobiliaria era otra. Comprar una vivienda en Manhattan o incluso alquilarla se hizo imposible a menos que uno se endeudara increíblemente. Todos quedaron atrapados en esa inflación de activos, incluidos los trabajadores cuyos ingresos no aumentaban. Si los millonarios podían hacerlo, ¿por qué no un trabajador que podía comprarse una casa con créditos fáciles y hacer uso de ella como si se tratara de un cajero automático para cubrir las emergencias sanitarias, enviar a los niños al instituto o realizar un crucero por el Caribe?

Pero la inflación de activos no podía durar eternamente. Ahora le toca a Estados Unidos experimentar el dolor de la caída de valores, si bien los políticos estadounidenses hacen cuanto pueden por exportar su perversa versión del capitalismo al resto del mundo.

* * * * *

En el capitalismo, la relación entre representación y realidad siempre ha sido problemática. La deuda está relacionada con el valor futuro de bienes y servicios y siempre incluye una apuesta que se expresa en el tipo de interés, una tasa de descuento hacia el futuro. El aumento de la deuda desde la década de los setenta está relacionado con un problema subyacente clave que yo llamo «el problema de la absorción del capital excedente». Los capitalistas siempre producen excedente en forma de beneficio, una parte del cual están obligados a recapitalizar y reinvertir para seguir compitiendo. Pero esto requiere que encuentren nuevas oportunidades de inversión rentables.

El eminente economista británico Angus Maddison ha pasado toda su vida reuniendo datos históricos de la acumulación de capital. En 1820 —calcula— la producción total de bienes y servicios en la economía capitalista mundial ascendía a 694 millardos de dólares (en dólares constantes de 1990). En 1913 esa cantidad había aumentado hasta 2,7 billones de dólares; hacia 1950 era de 5,3 billones de dólares; en 1973 alcanzó los 16 billones de dólares, y en 2003 casi 41 billones. El Informe sobre el Desarrollo más reciente del Banco Mundial, el de 2009, sitúa la cifra (en dólares corrientes) en 56,2 billones de dólares, de los que Estados Unidos aporta 13,9 billones de dólares. Eso supone en promedio, durante toda la historia del capitalismo, una tasa de crecimiento compuesto en torno al 2,25 por 100 anual (negativa durante la década de los treinta, y mucho más alta —aproximadamente del 5 por 100— en el periodo 1945-1973). Entre los economistas y en la prensa financiera existe cierto consenso en que una economía capitalista «saludable», en la que la mayoría de los capitalistas puedan obtener un beneficio razonable, se expande con una tasa (acumulativa) del 3 por 100 anual. Con un crecimiento por debajo de esa cifra se considera que la economía está estancada y, si baja del 1 por 100 se habla de recesión y crisis (muchos capitalistas no obtienen beneficios).

Crecimiento del PIB: el mundo y las principales regiones, 1950-2030

| | Niveles en millardos de dólares PPP de 1990 | | | | | Tasa media anual de cambio | |
|--------------------------|---|---------------|---------------|---------------|---------------|----------------------------|-------------|
| | 1950 | 1973 | 1990 | 2003 | 2030 | 1990-2003 | 2003-2030 |
| Europa occidental | 1.396 | 4.097 | 6.033 | 7.857 | 12.556 | 2,05 | 1,75 |
| Estados Unidos | 1.456 | 3.537 | 5.803 | 8.431 | 16.662 | 2,91 | 2,56 |
| Otros occidentales | 180 | 522 | 862 | 1.277 | 2.414 | 3,07 | 2,39 |
| Japón | 161 | 1.243 | 2.321 | 2.699 | 3.488 | 1,17 | 0,95 |
| «RICOS» | 3.193 | 9.399 | 15.019 | 20.264 | 35.120 | 2,33 | 2,06 |
| Europa oriental | 185 | 551 | 663 | 786 | 1.269 | 1,33 | 1,79 |
| Rusia | 315 | 872 | 1.151 | 914 | 2.017 | -1,76 | 2,98 |
| Otros países de la URSS | 199 | 641 | 837 | 638 | 1.222 | -2,17 | 2,43 |
| Latinoamérica | 416 | 1.389 | 2.240 | 3.132 | 6.074 | 2,61 | 2,48 |
| China | 245 | 739 | 2.124 | 6.188 | 22.983 | 8,56 | 4,98 |
| India | 222 | 495 | 1.098 | 2.267 | 10.074 | 5,73 | 5,68 |
| Otros países de Asia | 363 | 1.387 | 3.099 | 5.401 | 14.884 | 4,36 | 3,83 |
| África | 203 | 550 | 905 | 1.322 | 2.937 | 2,96 | 3,00 |
| «RESTO» DEL MUNDO | 2.148 | 6.624 | 12.117 | 20.648 | 61.460 | 4,19 | 4,12 |
| | 5.341 | 16.022 | 27.136 | 40.913 | 96.580 | 3,21 | 3,23 |

El primer ministro británico Gordon Brown, en un brote de optimismo injustificado, argumentó a finales del otoño de 2009 que podíamos esperar que la economía mundial volviera a duplicarse en los próximos veinte años, y Obama también espera que volvamos al 3 por 100 de crecimiento «normal» en 2011. Si fuera así, la producción mundial estaría por encima de los 100 billones de dólares en 2030. Eso significa que habría que encontrar oportunidades de inversión rentable para tres billones de dólares más, lo que constituye una exigencia muy considerable.

Pensémoslo ahora de esta forma. Cuando el capitalismo consistía principalmente en la actividad fabril en un radio de unas 50 millas en torno a Manchester y Birmingham en Inglaterra y un puñado de lugares más en 1750, la acumulación aparentemente sin fin del capital con una tasa acumulativa del 3 por 100 anual no suponía un gran problema. Pero, si pensamos en un crecimiento acumulativo sin fin en relación, no sólo con todo lo que se hace en Norteamérica, Oceanía y Europa, sino también en el este y sudeste de Asia, así como en gran parte de la India y Oriente Medio, Latinoamérica y áreas significativas de África, la tarea de mantener el capitalismo creciendo a esa tasa acumulativa parece sobrecogedora. Pero ¿por qué el 3 por 100 de crecimiento presupone un 3 por 100 de reinversión? Éste es un enigma que merece cierto estudio. (¡Mantengáanse atentos!)

Desde la crisis de 1973-1982, en particular, se ha venido generando un grave problema sobre cómo absorber cantidades cada vez mayores de excedente de capital en la producción de bienes y servicios. Durante los últimos años autoridades monetarias como el FMI han comentado repetidamente que «el mundo está inun-

dato de liquidez excedente», esto es, que hay una creciente masa de dinero a la espera o en busca de oportunidades de inversión rentable. Volviendo a la crisis de la década de los setenta, en los países del Golfo se amontonaron grandes excedentes de dólares como resultado de la subida del precio del petróleo. Éstos se reintrodujeron entonces en la economía global a través de los bancos de inversión de Nueva York, que los prestaron durante un tiempo a los países en desarrollo hasta que estalló la crisis de la deuda del mundo subdesarrollado en la década de los ochenta.

El capital absorbido en la producción ha sido cada vez menor (a pesar de lo que viene sucediendo en China) porque los márgenes de beneficio en ella comenzaron a caer tras una breve recuperación en la década de los ochenta. En un intento desesperado de hallar nuevos nichos donde invertir el capital excedente, por todo el mundo se extendió una vasta oleada de privatizaciones amparada en el dogma de que las empresas públicas son por definición ineficientes y abúlicas y que la única forma de mejorar su rendimiento es transferirlas al sector privado. Ese dogma no resiste un examen detallado; algunas empresas públicas son efectivamente ineficientes, pero otras no lo son. Compárese por ejemplo la red ferroviaria francesa con la británica o la estadounidense, patéticamente privatizadas. Posiblemente no hay ningún sistema sanitario más ineficiente y manirroto que el estadounidense basado en los seguros privados (Medicare, el segmento público, tiene costes mucho más bajos). No importa. Los sectores a cargo del Estado, según reza el mantra, debían abrirse al capital privado que no tenía otro lugar donde ir, y servicios públicos como el suministro de agua, electricidad, telecomunicaciones y transportes –por no hablar de la vivienda, la educación y la sanidad públicas– tenían que recibir alborozadamente las bendiciones de la empresa privada y la economía de mercado. En algunos casos se han obtenido efectivamente mejoras en la eficiencia pero en otros no, y lo que quedó patente, en cualquier caso, fue que los empresarios que se apoderaban de esos activos públicos, normalmente a un precio rebajado, se hacían rápidamente multimillonarios. El mexicano Carlos Slim Helú, considerado por la revista *Forbes* el hombre más rico del mundo en 2010 y 2011, dio su gran golpe con la privatización del sistema de telecomunicaciones en México a principios de la década de los noventa. La oleada de privatizaciones en ese país, cuyo nivel de pobreza relativa es el más alto de la OCDE, catapultó en poco tiempo a otros varios mexicanos a la lista de los más ricos de *Forbes*. Del mismo modo, la terapia de choque impuesta por el FMI en Rusia entregó en pocos años el control de casi la mitad de la economía a siete oligarcas (con los que Putin viene lidiando desde entonces).

A medida que iba entrando más capital excedente en la producción durante la década de los ochenta, particularmente en China, la intensificada competencia entre los productores comenzó a ejercer una presión a la baja sobre los precios (como se ve en el fenómeno Wal-Mart, donde los precios para los consumidores estadouni-

denses son cada vez más bajos). Los beneficios comenzaron a caer desde 1990, poco más o menos, a pesar de la abundancia de mano de obra con bajos salarios (esa combinación de bajos salarios con bajos beneficios resulta peculiar). Como consecuencia, el dinero se volcaba cada vez más en la especulación financiera, porque era allí donde se obtenían mayores beneficios. ¿Por qué invertir en la producción para obtener escasos beneficios, cuando uno puede pedir un crédito en Japón con un 0 por 100 de interés e invertirlo en Londres al 7 por 100, protegiendo además su inversión frente a una eventual modificación nociva en el tipo de cambio entre el yen y la libra esterlina? En cualquier caso, fue entonces cuando se afianzó la inflación de la deuda y el nuevo mercado de derivados que, junto con la infausta burbuja de las firmas punto.com de internet, absorbían grandes cantidades de capital excedente. ¿Por qué preocuparse por invertir en la producción cuando aquello funcionaba tan bien? Fue entonces cuando comenzó a manifestarse verdaderamente la tendencia a la financiarización presente en las crisis más profundas del capitalismo.

La tasa de crecimiento compuesto del 3 por 100 se está encontrando con serias restricciones. Las hay medioambientales, de mercado, de rentabilidad, espaciales (sólo quedan por colonizar plenamente para la acumulación de capital zonas sustanciales de África, que ya se han visto devastadas por la explotación de sus recursos naturales, junto con algunas regiones remotas del interior de Asia y Latinoamérica).

El giro hacia la financiarización desde 1973 nació de la necesidad. Ofrecía una vía para superar, aunque fuera provisionalmente, el problema de la absorción de excedente. Pero ¿de dónde venía ese excedente de capital líquido? Durante la década de los noventa la respuesta estaba clara: del aumento de apalancamiento. Los bancos solían prestar, digamos, el triple del valor de sus depósitos, basándose en la suposición admisible de que los depositantes nunca reclamarían su dinero todos al mismo tiempo; si eso sucediera, el banco tendría que echar el cierre casi con seguridad, porque nunca tendrá dinero suficiente a mano para cubrir todas sus obligaciones. Desde la década de los noventa, los bancos elevaron la proporción deuda/depositos, a menudo prestándose entre sí; el sector bancario se endeudó más que ningún otro sector de la economía. En 2005 la proporción de apalancamiento llegó a un asombroso 30 a 1. No es de extrañar pues que el mundo pareciera estar inundado de liquidez excedente. El capital ficticio excedente creado por el sistema bancario ¡estaba absorbiendo el excedente real! Parecía como si la comunidad bancaria se hubiera retirado al ático del capitalismo, donde fabricaba montañas de dinero comerciando y apalancándose entre sí sin preocuparse en absoluto por lo que estuviera haciendo el pueblo trabajador que vivía en los sótanos.

Pero, cuando un par de bancos se vieron con problemas, la confianza entre ellos se erosionó y la liquidez apalancada ficticia se evaporó. Comenzó el desapalancamiento, generando enormes pérdidas y devaluaciones del capital bancario. A los

que vivían en los sótanos les quedó claro entonces lo que los habitantes del ático habían estado haciendo durante los últimos veinte años.

Las decisiones gubernamentales han exacerbado el problema en lugar de mitigarlo. El término «rescate nacional» es muy inadecuado. Con el dinero de los contribuyentes se rescata a los bancos, a la clase capitalista, perdonándoles sus deudas y sus transgresiones pero sólo a ellos; en Estados Unidos, hasta el momento al menos, no se rescata a los propietarios de casas que se han visto desahuciados ni a la población en general. Y los bancos están utilizando el dinero, no para prestarlo a nadie, sino para reducir su apalancamiento y comprar otros bancos; están demasiado ocupados consolidando su poder. Ese trato desigual ha suscitado un estallido de indignación populista de quienes viven en los sótanos contra las instituciones financieras, aunque la derecha y la mayoría de los medios fustiguen la irresponsabilidad de los hipotecados que pretendían vivir por encima de sus posibilidades. Se han propuesto algunas medidas, tibias y tardías, para ayudar a alguna gente y aplacar lo que podría ser una seria crisis de legitimación para la clase capitalista en el poder. Pero ¿podremos volver a la economía impulsada por el crédito una vez que los bancos comiencen a prestar de nuevo? Y, si no, ¿por qué no?

* * * * *

Durante los últimos treinta años se ha producido una espectacular reconfiguración de la geografía de la producción y el emplazamiento del poder político-económico. Al final de la Segunda Guerra Mundial todos entendían que la competencia intercapitalista y el proteccionismo del Estado habían desempeñado un importante papel en las rivalidades que habían llevado a la guerra. Para restablecer y mantener la paz y la prosperidad, había que crear un marco más abierto y seguro para las negociaciones políticas internacionales y el comercio, un marco del que todos pudieran en principio beneficiarse. La principal potencia capitalista de la época, Estados Unidos, aprovechó su posición dominante para crear, junto con sus principales aliados, un nuevo marco para el orden global. Forzó la descolonización y el desmantelamiento de los antiguos imperios (británico, francés, neerlandés, etc.) y apadrinó el nacimiento de las Naciones Unidas y los acuerdos de Bretton Woods en 1944 que definían las reglas del comercio internacional. Cuando estalló la Guerra Fría, Estados Unidos utilizó su poderío militar para ofrecer («vender») protección a los Estados que elegían alinearse en el mundo «libre».

En resumen, Estados Unidos asumió el papel de potencia hegemónica del mundo no comunista, al frente de una alianza global para mantener la mayor parte posible del mundo abierta para la absorción de capital excedente. Promovía así su propia agenda al tiempo que parecía actuar en pro del bien universal. El apoyo que

ofreció para estimular la recuperación capitalista en Europa y Japón inmediatamente después de la Segunda Guerra Mundial fue un claro ejemplo de esa estrategia. Prevalcía mediante una combinación de coerción y consentimiento.

En la conferencia de Bretton Woods de 1944 el negociador británico, el famoso economista John Maynard Keynes, preconizó una moneda global fuera del control de cualquier ningún otro país. Estados Unidos rechazó la idea, insistiendo en que el dólar estadounidense desempeñara ese papel, respaldado por un tipo de cambio fijo del dólar contra el oro. Todas las demás monedas fijarían entonces su tipo de cambio frente al dólar para facilitar el comercio global. Obviamente no había lugar para un mercado de futuros monetario, porque el tipo de cambio al cabo de seis meses era conocido de antemano, salvo en el caso de que se produjera alguna devaluación repentina. Las crisis financieras —a diferencia de las crisis de sobreproducción del tipo de las que originaron severas contracciones en 1958 y 1966— eran excepcionales en aquel régimen. Los poderes del capital financiero, aunque importantes, estaban circunscritos y eran razonablemente transparentes.

El sistema funcionó bien mientras Estados Unidos se abstuvo de utilizar su poder para imprimir dólares en su propio provecho. Sin embargo, la guerra de Vietnam y los programas contra la pobreza de la «Gran Sociedad» en la década de los sesenta (una estrategia de «cañones y mantequilla», como se decía en la época) provocaron una crisis del dólar hacia 1969, aproximadamente. Fue poco más o menos en esa época cuando las grandes corporaciones estadounidenses comenzaron a trasladar al extranjero su capital excedente. Los dólares excedentes, fuera del control estadounidense, se acumulaban en el sistema bancario europeo. La fe en el tipo de cambio fijo del dólar frente al oro comenzó a erosionarse. Pero ¿había algo que lo pudiera sustituir?

La propuesta de Keynes de una moneda global neutral en forma de «derechos especiales de giro», basada en el valor de las cinco monedas principales y gestionada por el FMI, resurgió en 1969; pero amenazaba la hegemonía estadounidense. Una solución más aceptable para Estados Unidos, elaborada en una serie de complicados acuerdos internacionales entre 1968 y 1973, fue la de abandonar el tipo de cambio fijo con el oro. Las principales monedas del mundo flotarían entonces con respecto al dólar. Aunque esto introducía mayor flexibilidad y cierta volatilidad en el sistema comercial internacional, la moneda de reserva global permanecía bajo el control estadounidense.

El efecto fue sustituir un desafío a la hegemonía estadounidense por otro. Para que el dólar permaneciera fuerte, la economía productiva estadounidense tenía que funcionar tan bien o mejor que la de sus rivales. En la década de los ochenta estaba claro que las economías de Japón y Alemania occidental iban por delante de la estadounidense en términos de productividad y eficiencia y que acechaban otras amenazas competitivas. Estados Unidos no podía volver al proteccionismo. Como mucho, podía

intentar tomar la delantera presionando por un comercio internacional cada vez más libre como medio para la absorción del excedente de capital, y competir con sus aliados. El capitalismo, que hasta entonces se había desarrollado siguiendo líneas monopolistas en el marco del Estado-nación, se hizo mucho más competitivo internacionalmente (como atestigua la repentina invasión del mercado automovilístico estadounidense por los fabricantes japoneses y alemanes). El capital financiero estadounidense tenía que salir a la palestra, tanto interna como internacionalmente, para transferir el capital excedente allí donde la tasa de beneficio fuera más alta.

En muchos sectores no era en Estados Unidos donde esto sucedía, no al menos en los centros tradicionales de producción en el noreste y en el medio oeste, sino en todo caso en el oeste y en el sur. El resultado fue la incesante reorganización y reubicación de la producción en el mundo entero. La desindustrialización de los viejos centros de producción tuvo lugar en todas partes, desde la industria del acero en Pittsburgh, Sheffield y Essen hasta la industria textil de Bombay, y se vio acompañada por un desarrollo asombroso de la industrialización de nuevos espacios, particularmente de los que gozaban de ventajas específicas de recursos u organizativas, como Taiwán, Corea del Sur, Bangladesh y zonas especiales de producción como la de las maquiladoras (plantas de ensamblaje libres de impuestos) en el norte de México o las plataformas para la exportación creadas en el delta del río Perla en el sur de China. Los desplazamientos globales de la capacidad de producción acompañados por innovaciones tecnológicas muy competitivas, muchas de las cuales ahorran trabajo, contribuyeron al sometimiento de la mano de obra global.

Aunque hubiera perdido su anterior prevalencia (no su importancia) en el campo de la producción, Estados Unidos mantenía un inmenso poder financiero. Dependía cada vez más de la extracción de rentas, bien sobre la base de sus ventajas en la innovación tecnológica y financiera, bien por los derechos de propiedad intelectual; pero esto significaba que las finanzas no debían verse obstaculizadas por una regulación excesiva.

El hundimiento del sector financiero estadounidense en 2008-2009 ha puesto en peligro la hegemonía de Estados Unidos. Su capacidad para lanzar por sí solo un plan de recuperación financiado mediante la deuda se ve limitada políticamente por la terca oposición conservadora y por el peso de la deuda acumulada desde la década de los noventa. Estados Unidos se ha venido endeudando unos dos millardos de dólares al día durante varios años y, aunque los prestamistas —como el Banco Central Chino y los de otros países de Asia oriental, así como los de los países del Golfo— le han seguido concediendo crédito porque la economía estadounidense es demasiado grande para dejarla caer, su creciente influencia sobre la política económica estadounidense es palpable. Por otra parte, la posición del dólar como moneda de reserva global se ve también amenazada. El gobierno chino ha resucitado la sugerencia ori-

ginal de Keynes y ha urgido la creación de una moneda global de derechos especiales de giro que sería gestionada por un FMI presumiblemente democratizado (en el que el gobierno chino tendría un peso importante). Todo esto amenaza la hegemonía financiera estadounidense.

El fin de la Guerra Fría también ha quitado relevancia a la protección militar contra la amenaza comunista a medida que los países del exbloque soviético, así como China y Vietnam por vías muy diferentes, se han integrado en el sistema económico capitalista global. Aunque esto crea nuevas oportunidades para la absorción de excedente, también plantea el problema de acelerar su creación. Los intentos de movilizar al resto del mundo bajo el paraguas militar estadounidense para la protección contra otro enemigo –la llamada guerra contra el terror– no han tenido apenas éxito.

En ese contexto hay que entender las délficas profecías del Consejo de Inteligencia Nacional estadounidense, publicadas poco después de la elección de Obama, sobre cómo será el mundo en 2025. Quizá por primera vez, una institución oficial estadounidense ha predicho que para entonces Estados Unidos, aunque seguirá siendo un poderoso protagonista en los asuntos mundiales, ya no será el principal. El mundo será multipolar y menos centrado, y además crecerá la importancia de los actores no estatales (desde las organizaciones terroristas hasta las ONG). Por encima de todo, «proseguirá el tránsito sin precedentes ya iniciado desde Occidente hacia Oriente en cuanto a riqueza relativa y poder económico».

Ese «tránsito sin precedentes» ha invertido la prolongada transferencia de valor desde el este, sudeste y sur de Asia hacia Europa y Norteamérica que venía produciéndose desde el siglo XVIII y del que ya se lamentó Adam Smith en *La riqueza de las naciones*. El ascenso de Japón en la década de los sesenta, seguido por el de Corea del Sur, Taiwán, Singapur y Hong Kong en la década siguiente, el rápido crecimiento de China desde 1980 y la incipiente eclosión industrial en Indonesia, India, Vietnam, Tailandia y Malasia durante la década de los noventa, han desplazado el centro de gravedad del desarrollo capitalista, pese a algún que otro tropiezo como la crisis financiera de 1997-1998 en el este y sudeste de Asia, durante la cual el flujo de riqueza se interrumpió e incluso se invirtió durante un breve intervalo dirigiéndose de nuevo hacia Wall Street y los bancos europeos y japoneses.

Si las crisis son momentos de reconfiguración radical en el desarrollo capitalista, el hecho de que Estados Unidos se vea en dificultades financieras y esté teniendo que recurrir a un déficit colosal cubierto en gran medida por los países con superávit –Japón, China, Corea del Sur, Taiwán y los países del Golfo– sugiere que ésta puede ser la ocasión para tal reconfiguración, e incluso se pueden interpretar las actuales dificultades de Estados Unidos y el Reino Unido como un resarcimiento por lo que Wall Street y la City de Londres le hicieron al este y sudeste de Asia en 1997-1998.

Reconfiguraciones planetarias de ese tipo han ocurrido ya antes, como describía detalladamente Giovanni Arrighi en su libro de 1994 *The Long Twentieth Century**. Allí mostraba una clara pauta según la cual los periodos de financiarización preceden a un cambio de hegemonía. Para reacomodar la acumulación sin fin, la hegemonía se desplaza con el tiempo de entidades políticas más pequeñas (como Venecia) a otras mayores (como los Países Bajos, luego Gran Bretaña y por último Estados Unidos). La hegemonía corresponde generalmente a la entidad política que administra el territorio en el que se produce la mayor proporción del excedente, o a la que afluye la mayor parte del excedente en forma de tributos o extracciones imperialistas. Cuando en 2008 la producción mundial total se situaba en torno a los 56,2 billones de dólares, la proporción estadounidense de 13,9 millones de dólares todavía la situaba como el mayor participante en el capitalismo global, capaz de impartir órdenes con respecto a las decisiones globales (como hace en su papel de socio principal en instituciones internacionales como el Banco Mundial y el FMI).

Pero el mapa de la actividad productiva y la acumulación de riqueza en el mundo es hoy radicalmente diferente del que era en 1970. Asia se ha puesto rápidamente al día. Pequeñas ciudades chinas como Shenzhen y Dongguan, próximas a Hong Kong, se han convertido de la noche a la mañana en megalópolis con 10 millones de habitantes y grandes centros productivos. Gran parte del excedente global ha sido absorbido en la producción de esos nuevos espacios de actividad capitalista, así como en las infraestructuras requeridas para facilitar su creciente volumen de comercio internacional (por ejemplo, aeropuertos y puertos de contenedores). Los lugares concretos a los que se ha desplazado la actividad no venían dados de antemano, sino determinados por todo un conjunto de factores contingentes y locales, dependientes en parte de los recursos llamados «naturales», así como de los humanos y de ventajas de localización (como la proximidad del norte de México al mercado estadounidense). La especificidad de la política estatal (inversión en infraestructuras, subvenciones a la inversión, regulación de la mano de obra o legislación especial como la de las «maquilas» en México y las «zonas económicas especiales» a partir de 1980 en China) ha desempeñado también un importante papel.

La geografía de ese desarrollo y las subsiguientes crisis ha sido desigual. Los países más derrochadores en la promoción de la burbuja de la vivienda –Estados Unidos, Gran Bretaña, Irlanda y España– fueron los centros iniciales de la crisis, pero había muchos centros secundarios en otros lugares. Los epicentros financieros fueron Nueva York y Londres, que habían compartido la dirección en cortar en rodajas y luego en dados y en titularizar las hipotecas inmobiliarias y otras formas de deuda, y en confeccionar los instrumentos financieros (principalmente obligaciones de deu-

* Ed. cast.: *El largo siglo XX*, Madrid, Akal, 1999 [N. del T.].

da garantizadas [*collateralised debt obligations*, CDO] y fondos de inversión especiales) para llevar al mercado y comercializar esa deuda, junto con los mecanismos secundarios de seguros, cobertura y permuta. La estructura financiera surgida tras la unificación de los mercados financieros globales en el Big Bang de 1986 implicaba que la menor convulsión en Londres o Nueva York repercutiera inmediatamente en todo el planeta. Después de todo, fue ese sistema financiero el que permitió a un oficinista de Singapur, Nicholas Leeson, operar en el mercado de Tokio de tal forma que provocó la bancarrota del venerable Barings Bank de Londres en 1995. Por eso la sacudida propinada al sistema financiero global por la bancarrota de Lehman Brothers fue tan inmediata y profunda.

El colapso de los mercados de crédito tuvo empero un impacto diferente según el grado de dependencia con respecto a ellos de la actividad económica. Islandia, que había asumido el papel de intermediario especulador bancario y crediticio, perdió casi toda su riqueza en títulos en cuestión de semanas, dejando a los inversores (principalmente británicos) con inmensas pérdidas y a su gobierno bajo sospecha. Muchos países de Europa oriental, que se habían unido recientemente a la Unión Europea y se habían endeudado notablemente, se vieron en la insolvencia y al borde de la bancarrota (el gobierno de Letonia se vino abajo después de nacionalizar el segundo banco más grande del país, Parex Banka).

Por otro lado, los países que no habían integrado plenamente su sistema financiero en la red global, como China y la India, estaban más protegidos. Al retraerse el consumo, los países como Estados Unidos y el Reino Unido en los que la deuda hipotecaria era muy grande con respecto a los ingresos, se vieron más afectados, al igual que los países, como Estados Unidos de nuevo, en los que era más débil la protección social contra el creciente desempleo (en general los países europeos estaban mucho mejor dotados a este respecto y por eso no tuvieron que introducir paquetes de estímulos especiales). Los países que dependían de Estados Unidos como principal mercado para sus exportaciones, en particular en el este y el sudeste de Asia, sufrieron dificultades y sus mercados de valores, que a principios de 2008 cotizaban al alza y se consideraban inmunes a la crisis, vieron de repente hundirse los precios de sus materias primas y de las mercancías que producían en el segundo semestre de 2008. El precio del petróleo, que había subido hasta cerca de 150 dólares el barril en el verano de 2008 (lo que dio lugar a mucha cháchara sobre su «subida incontenible»), bajó de nuevo hasta 40 dólares el barril a los pocos meses, lo que causó todo tipo de problemas a Rusia, Venezuela y los países del Golfo. El colapso del *boom* de la construcción basado en las rentas del petróleo en estos últimos obligó a volver a casa a miles de trabajadores inmigrantes de la India, Palestina y el sudeste de Asia.

México, Ecuador, Haití y el estado de Kerala en la India, muy dependientes de las remesas de los emigrantes a países ricos, vieron de repente drásticamente redu-

cidos los ingresos familiares al desaparecer los empleos en la construcción y despedir a las trabajadoras domésticas. En muchos de esos países más pobres reaparecieron la desnutrición y las muertes por inanición, desmintiendo la idea de que las poblaciones marginadas no se ven prácticamente afectadas por un crac financiero en el mundo capitalista avanzado.

La crisis fue contagiándose de una esfera a otra y de un emplazamiento geográfico a otro, con todo tipo de trasiegos y efectos retroactivos que parecían casi imposibles de controlar, y menos aún de frenar o impedir. Aunque la población parecía al principio estupefacta por el giro de los acontecimientos, poco a poco resurgieron las protestas populares contra los métodos del capital internacional —que se habían multiplicado tras los acontecimientos de Seattle en 1999, pero habían disminuido a raíz del 11 de Septiembre—, aunque ahora con un blanco más claro pese a las evidentes desigualdades geográficas. Se produjeron huelgas en Francia, protestas en China, levantamientos rurales en la India y revueltas estudiantiles en Grecia. En Estados Unidos comenzó a configurarse un movimiento de los desahuciados para ocupar casas vacías o abandonadas.

Lo que quedaba claro es que el modelo angloamericano de desarrollo económico mundial que había prevalecido durante el periodo posterior a la Guerra Fría y el triunfalismo del libre mercado durante la década de los noventa estaban quedando desacreditados.

Pero ¿por qué genera periódicamente tales crisis el capitalismo? Para responder a esta pregunta, necesitamos entender mejor cómo funciona el capitalismo. El problema es que las teorías económicas ortodoxas que fueron manifiestamente incapaces de predecir la crisis siguen dando forma a nuestros debates, dominan nuestro pensamiento y subyacen a la acción política. Sin desembarazarse de esas concepciones mentales dominantes, no puede haber ninguna alternativa (como le gustaba decir a Margaret Thatcher), aparte de un regreso humillado al tipo de capitalismo que nos metió en este desastre. ¿Cómo podemos pues entender mejor el carácter proclive a las crisis del capitalismo y qué medios nos permitirán definir una alternativa? Ésas son las preguntas que alientan el análisis que sigue a continuación.

II

Cómo se reúne el capital

¿Cómo sobrevive el capitalismo y por qué es tan proclive a las crisis? Para responder a estas preguntas, describiré primero las condiciones necesarias para que prospere la acumulación de capital; a continuación señalaré las barreras potenciales que se alzan frente a un crecimiento perpetuo y examinaré cómo se han superado generalmente en el pasado, antes de mostrar cuáles son ahora los principales bloqueos.

El capital no es una cosa, sino un proceso en el que se expide continuamente dinero en busca de más dinero. El aspecto de los capitalistas –los que ponen en movimiento ese proceso– puede ser muy diverso: los financieros tratan de obtener más dinero prestando el que tienen a otros a cambio de un interés; los comerciantes compran barato y venden caro; los terratenientes obtienen rentas porque la tierra y otras propiedades que poseen son recursos escasos; los rentistas cobran arriendos, regalías y derechos de propiedad intelectual; los bolsistas intercambian títulos (acciones y participaciones, por ejemplo), deudas y contratos (como los de seguros) asegurándose un beneficio en la permuta; hasta el Estado puede actuar como un capitalista, cuando por ejemplo invierte los ingresos obtenidos de los impuestos en infraestructuras que estimulan el crecimiento y generan así nuevos ingresos para el Estado.

Pero el tipo de capital que se hizo dominante desde mediados del siglo XVIII es el industrial o productivo; en este caso el capitalista empieza con cierta cantidad de dinero y, tras haber seleccionado una tecnología y una forma organizativa, acude al mercado y compra la cantidad necesaria de fuerza de trabajo y medios de producción (materias primas, plantas y equipo, productos intermedios, maquinaria, energía y demás). La fuerza de trabajo se combina con los medios de producción mediante un proceso de trabajo activo supervisado por el capitalista. El resultado es una mercancía cuyo propietario –el capitalista– vende en el mercado obteniendo un

beneficio. A continuación, por razones que enseguida resultarán evidentes, toma una porción de ese beneficio, lo convierte en nuevo capital y reinicia el proceso a una escala ampliada. Si la tecnología y las formas organizativas no cambian, eso significa comprar más fuerza de trabajo y más medios de producción para obtener más beneficios en el siguiente ciclo. Y así prosigue su afán indefinidamente.

En los sectores de los servicios y el entretenimiento este proceso parece algo diferente porque la mercancía que se vende es el propio proceso de trabajo (cortar el pelo o entretener a una multitud) y no hay separación o demora entre la producción y la venta de la mercancía (aunque también puede haber mucho tiempo de preparación). La necesidad de reinvertir y expandirse, dada la naturaleza de los servicios que se ofrecen, no es tan urgente, aunque también se expanden los supermercados, las cadenas de cines, las cafeterías y hasta los centros de educación privados.

En la circulación del capital es muy importante la continuidad del flujo. El proceso no se puede interrumpir sin sufrir pérdidas. También hay fuertes incentivos para acelerar la velocidad de circulación. Los que pueden cubrir más rápidamente las distintas fases de la circulación del capital obtienen mayores beneficios que sus competidores. La aceleración casi siempre da lugar a mayores beneficios. Las innovaciones que promueven esa aceleración son muy deseadas. Nuestros ordenadores, por ejemplo, son cada vez más rápidos.

Cualquier interrupción del proceso amenaza con la pérdida o devaluación del capital empleado. Los atentados del 11 de septiembre de 2001 en Estados Unidos, por ejemplo, interrumpieron los flujos de entrada y salida de mercancías, servicios y personas de la ciudad de Nueva York (y otros lugares) e hicieron cerrar los mercados financieros durante unos días. Al cabo de tres días, empero, quedó claro que había que reanudar esos flujos o la economía se vería con graves problemas. Se hicieron enérgicos llamamientos públicos para que todo el mundo saliera a comprar, viajara, consumiera y volviera a su trabajo (particularmente en el sector financiero). ¡Era un deber patriótico ayudar a la economía a recuperarse saliendo a comprar! El presidente George W. Bush realizó incluso algo inusitado al aparecer en una línea aérea comercial urgiendo a todos a olvidar sus temores y volver a volar. Aunque las interrupciones temporales del tipo de del 11 de Septiembre pueden salvarse sin mayor daño, una interrupción prolongada supondría una amenaza muy seria para el capitalismo.

La circulación del capital también supone su movimiento espacial. El dinero se reúne en un lugar particular y se lleva a otro para utilizar los recursos de trabajo que provienen quizá de otro sitio. Yo puedo depositar dinero en una cuenta de ahorro en mi banco local en Baltimore y el dinero acaba en manos de un empresario chino que construye una fábrica de calcetines en Dongguan contratando a trabajadores inmigrantes (principalmente a mujeres jóvenes) del campo. Los medios de producción (incluidas las materias primas) tienen que traerse de algún otro sitio para pro-

ducir una mercancía que a su vez se vende un mercado quizá muy alejado del lugar de producción.

Las fricciones internas o las barreras a ese movimiento espacial exigen tiempo para mitigarlas y frenan la circulación. Durante toda la historia del capitalismo se han realizado muchos esfuerzos para reducir la fricción de la distancia y las barreras al movimiento. Las innovaciones en los transportes y comunicaciones han sido decisivas. También se consideran esenciales a largo plazo el aumento de la porosidad de las fronteras estatales con respecto al comercio y las finanzas, la firma de acuerdos de libre comercio y el afianzamiento de marcos legales adecuados para el comercio internacional. Imaginemos que las barreras aduaneras en Europa no se hubieran abolido nunca. Por tomar otro ejemplo reciente, la titulización de las hipotecas inmobiliarias y su venta a inversores de todo el mundo se consideró como una forma de conectar áreas con escasez de capital con las que disponían de un excedente, asumiendo un riesgo supuestamente mínimo.

Durante toda la historia del capitalismo se ha observado su tendencia a la reducción general de las barreras espaciales y a la aceleración de las transacciones. Las configuraciones espacio-temporales de la vida social se ven periódicamente trastornadas (tal como sucedió con el despliegue de vías ferroviarias en el siglo XIX o actualmente con las redes informáticas y de comunicación electrónica). El movimiento se hace más rápido y las relaciones espaciales más estrechas. Pero esa tendencia no es uniforme ni irreversible; puede volver el proteccionismo, se pueden volver a alzar barreras y las guerras civiles pueden obstruir los flujos. Además, las revoluciones en las relaciones espacio-temporales producen tensiones y crisis (como los difíciles ajustes en muchas ciudades debidos a la desindustrialización generalizada en los países más avanzados durante la década de los ochenta, cuando la producción se desplazó hacia Asia oriental). Las alteraciones geográficas a que esto induce se examinarán más adelante.

Pero ¿por qué reinvierten expansivamente los capitalistas parte de los beneficios en lugar de consumirlos íntegramente gozando de una vida placentera? Ahí es donde desempeñan un papel decisivo «las leyes coercitivas de la competencia». Si un capitalista no reinvierte y se expande mientras que algún rival sí lo hace, es probable que al cabo de un tiempo quede fuera del negocio. Cada uno tiene que proteger y expandir su cuota de mercado, tiene que reinvertir para seguir siendo un capitalista. Pero esto supone la existencia de un entorno competitivo, y debemos por tanto explicar cómo se perpetúa la competencia frente a la tendencia a la monopolización u otras barreras sociales o tradicionales al comportamiento competitivo. Volveré sobre este problema enseguida.

Hay sin embargo otra motivación adicional para reinvertir. El dinero es una forma de poder social de la que se pueden apropiar personas privadas. Además es una forma de poder social que no tiene ningún límite intrínseco. Hay un límite a la cantidad de tie-

rra que uno pueda poseer, o a los activos físicos de los que pueda disponer. Imelda Marcos tenía 6.000 pares de zapatos, como se descubrió tras el derrocamiento de su marido en Filipinas, pero también esa desmesura tiene un límite, del mismo modo que los muy ricos no pueden poseer millones de yates o de grandes mansiones; en cambio no hay un límite intrínseco a los millardos de dólares que un individuo puede acopiar. La ausencia de límites del dinero y el inevitable anhelo de disponer del poder social que confiere proporcionan un amplio abanico de incentivos sociales y políticos para desear cada vez más, y una de las formas clave para obtener más es invertir una parte de los fondos excedentes logrados ayer para generar más excedente mañana. También hay, por triste que sea decirlo, muchas otras formas de acumular el poder social que otorga el dinero: fraude, corrupción, bandidaje, robo y tráfico ilegal; pero me concentraré aquí principalmente en las formas legalmente sancionadas, aunque se puede argumentar muy seriamente que en el capitalismo las formas extralegales son fundamentales y no periféricas (los tres sectores mayores del comercio exterior mundial son las drogas, las armas ilegales y el tráfico de seres humanos).

Aun así, no cabe exagerar la importancia de la naturaleza ilimitada del poder asociado al dinero. Los gestores de los principales fondos de cobertura o de inversión libre [*hedge funds*] de Nueva York obtuvieron una remuneración personal de 250 millones de dólares cada uno en 2005; en 2006 el más destacado de todos ellos ganó 1.700 millones y, en 2007, que fue un año desastroso para las finanzas mundiales, cinco de ellos (incluido George Soros) obtuvieron alrededor de tres millardos de dólares cada uno. Eso es lo que quiero decir con la ausencia de límites del dinero como forma de poder social. ¿Cabe imaginar que a George Soros le pagaran en pares de zapatos?

La codicia individual de oro no es nada nuevo, por supuesto, pero desde hace mucho tiempo se construyeron sistemas sociales que pretendían constreñir la concentración excesiva de poder personal que confiere la posesión de riqueza monetaria. Lo que los antropólogos llaman *potlatch*, en las sociedades no capitalistas, por ejemplo, confiere prestigio a quienes reparten o en algunos casos destruyen directamente, en ceremonias muy elaboradas, las posesiones materiales que han acumulado. Aunque el término proviene de las lenguas indígenas de la costa occidental de Norteamérica, en muchos otros pueblos se practican diversas formas de intercambio de donaciones. La generosidad filantrópica tiene una larga tradición, incluso en la historia del capitalismo (recuérdense las fundaciones Carnegie, Ford, Rockefeller, Gates, Leverhulme y Soros). Instituciones no capitalistas como el Vaticano pueden también acumular riquezas (durante la Edad Media la Iglesia católica vendía indulgencias —una especie de billetes de entrada al cielo— a los comerciantes ricos). Durante el siglo pasado muchos Estados capitalistas avanzados optaron por los impuestos progresivos, redistribuciones en especie y considerables impuestos sobre la herencia, frenando así la concentración excesiva de riqueza y poder personal.

¿Por qué se relajaron entonces las limitaciones a la excesiva concentración de poder y riqueza personales en Estados Unidos y otros países desde 1980? Las explicaciones en términos de un brote repentino de «codicia infecciosa» (como la llamó Alan Greenspan) no sirven de mucho, ya que el ansia de riqueza y poder siempre ha estado ahí. ¿Por qué se rindió tan fácilmente el presidente Bill Clinton a los tenedores de bonos? ¿Por qué se opuso tan enérgicamente Larry Summers, cuando era secretario del Tesoro con Clinton, a la regulación de las finanzas, y por qué Joseph Stiglitz, quien ahora se sitúa a la izquierda del pensamiento dominante pero que era el principal asesor económico de Clinton en la década de los noventa, apoyaba iniciativas que «casualmente» acababan siempre beneficiando a los más ricos? ¿Optó George W. Bush por principios impositivos que favorecían inmensamente a los ricos sólo porque le gustaban o porque necesitaba su apoyo para la reelección? ¿Era todo simplemente consecuencia de que el «partido de Wall Street» hubiera tomado el poder tanto en el Congreso como en el poder ejecutivo? En tal caso, ¿por qué Gordon Brown, entonces a cargo de la cartera de Economía y Hacienda en el gobierno del nuevo laborismo en Gran Bretaña, le siguió la corriente tan fácilmente? (¿Estaba también él al servicio de la City londinense?) ¿Y por qué resultó que los ricos se hicieron inmensamente más ricos en todas partes, desde Rusia y México hasta la India e Indonesia?

En ausencia de límites o barreras, la necesidad de reinvertir a fin de seguir siéndolo impulsa a los capitalistas a expandirse exponencialmente, lo que crea una necesidad perpetua de hallar nuevos campos de actividad para absorber el capital reinvertido: de ahí «el problema de la absorción del capital excedente». ¿De dónde provendrán las nuevas oportunidades de inversión? ¿Existen límites? Evidentemente, no hay un límite intrínseco a la capacidad monetaria de alentar el crecimiento (como se hizo obvio en 2008-2009, cuando los Estados se conjuraron para sacar, al parecer de la nada, billones de dólares con los que rescatar un sistema financiero que se derrumbaba).

Pero hay otras barreras potenciales a la circulación del capital, cada una de las cuales, si resulta insuperable, puede dar lugar a una crisis (entendida como estado de bloqueo para la producción de excedentes y la reinversión). El crecimiento se detiene entonces y parece haber un exceso o sobreacumulación de capital con respecto a las oportunidades de invertirlo rentablemente. Si no se reanuda el crecimiento, entonces el capital sobreacumulado queda devaluado o destruido. La geografía histórica del capitalismo está plagada de ejemplos de tales crisis de sobreacumulación, algunas locales y de corta vida (como tras la crisis del sistema bancario sueco en 1992), y otras a una escala algo mayor (la larga depresión que viene afectando a la economía japonesa desde 1990, aproximadamente). En otras ocasiones afecta a todo el sistema y en último término se convierte en una crisis mundial (como en 1848, 1929, 1973 y 2008). En

una crisis general, una buena proporción del capital se devaluía (los 50 billones de dólares poco más o menos de pérdidas en activos globales estimados para la crisis actual es uno de esos casos). El capital devaluado puede existir en muchas formas: fábricas desiertas y abandonadas; edificios de oficinas y supermercados vacíos; mercancías excedentes que no pueden ser vendidas; dinero que permanece inactivo sin producir beneficios; caída del valor de los activos en acciones, obligaciones, tierra, propiedades, objetos de arte, etcétera.

Tanto Karl Marx como Joseph Schumpeter llenaron muchas páginas sobre las tendencias «creativas-destructivas» inherentes al capitalismo. Aunque Marx admiraba claramente la creatividad del capitalismo (al igual que más tarde Lenin y toda la tradición marxista), también insistió en su autodestructividad. Los seguidores de Schumpeter han alabado siempre la creatividad sin límites del capitalismo, considerando su destructividad, como mucho, como coste normal del negocio (aunque admitan que esa destructividad se sale ocasionalmente de madre). Aunque los costes (particularmente cuando se miden en las vidas perdidas en dos guerras mundiales que fueron, después de todo, guerras intercapitalistas) hayan sido mucho mayores de lo que los schumpeterianos suelen conceder, podrían estar básicamente acertados desde la perspectiva de la *longue durée*, al menos hasta hace poco. Después de todo, el mundo se ha hecho y rehecho varias veces desde 1750, y tanto la producción global como el nivel de vida medido en bienes materiales y servicios ha aumentado significativamente para un número cada vez mayor de personas privilegiadas, aunque la población total haya aumentado en mayor proporción, desde menos de 2.000 millones de seres humanos hasta cerca de 7.000 millones. Durante los dos últimos siglos el capitalismo ha sido asombrosamente creativo; pero la situación podría estar hoy día más cerca que nunca de lo que Marx presagió, y no sólo porque las desigualdades sociales y de clase se hayan agudizado en una economía mucho más volátil (ya había sucedido antes esto, particular y ominosamente durante la década de los veinte, antes de la última gran depresión).

El capitalismo ha sobrevivido hasta ahora pese a muchas predicciones de su inminente desaparición, lo que sugiere que dispone de suficiente fluidez y flexibilidad para superar todos los límites, aunque no, como demuestra también la historia de sus crisis periódicas, sin violentas correcciones. Marx presentaba una útil lectura de ese carácter flexible en sus cuadernos de notas, publicados finalmente en 1941 como *Grundrisse der Kritik des politischen Ökonomie*, contrastando en ellos la ausencia potencial de límites de la acumulación monetaria, por un lado, con los aspectos potencialmente limitadores de la actividad material (producción, intercambio y consumo de mercancías), por otro, y sugería que el capital no puede tolerar tales limitaciones, señalando que «cada límite aparece como una barrera que debe superarse». Así pues, en la geografía histórica del capitalismo se da una pugna perpetua por conver-

tir límites aparentemente absolutos en barreras que se puedan superar o bordear. Pero ¿cómo sucede esto y cuáles son los límites de principio?

El examen del flujo de capital a través de la producción revela seis barreras potenciales a la acumulación que el capital debe superar para reproducirse: 1) insuficiente capital-dinero inicial; 2) escasez de la oferta de trabajo o dificultades políticas para agenciárselo; 3) medios inadecuados de producción, incluidos los llamados «límites naturales»; 4) tecnologías y formas organizativas inadecuadas; 5) resistencias o ineficiencias en el proceso de trabajo, y 6) escasez de demanda respaldada por dinero para pagar en el mercado. El bloqueo en cualquiera de esos puntos trastorna la continuidad del flujo de capital y, si se prolonga, acaba produciendo una crisis de devaluación. Consideremos esas barreras potenciales una por una.

* * * * *

La acumulación originaria de capital a finales de la Edad Media en Europa supuso violencia, depredación, saqueos, fraudes y robo. Mediante esos medios extralegales, piratas, clérigos y comerciantes, además de los usureros, reunieron suficientes riquezas como para comenzar a hacer circular sistemáticamente el dinero como capital. El saqueo por los españoles del oro de los aztecas e incas fue un ejemplo paradigmático. En sus primeras fases, no obstante, el capital no se invertía directamente en la producción sino que tomaba muchas otras formas, como el capitalismo agrario, comercial, inmobiliario y a veces el de mercantilismo de Estado; pero esas formas no eran las idóneas para absorber el vasto aflujo de oro procedente de las colonias. Era demasiado oro para muy pocas mercancías. El resultado fue la «gran inflación» del siglo XVI en Europa. Hasta que los capitalistas no aprendieron a hacer circular el capital a través de la producción empleando trabajo asalariado, a mediados del siglo XVIII poco más o menos, no pudo ponerse en marcha el crecimiento exponencial característico del capitalismo moderno.

La burguesía en ascenso asentó gradualmente su poder dinerario, ejerciéndolo para reconfigurar la forma del Estado y asumiendo en último término una influencia determinante sobre las instituciones militares y los sistemas administrativos y legales. Entonces pudo utilizar formas legalmente sancionadas de acumulación de riqueza y poder mediante la desposesión y destrucción de formas precapitalistas de aprovisionamiento social. Lo hizo tanto dentro del propio país —mediante, por ejemplo, el cercamiento de las tierras comunales y la monetización de las rentas en Gran Bretaña— como externamente, mediante prácticas coloniales e imperialistas (con la exacción del impuesto sobre la tierra en la India, por ejemplo). Así se anudó un estrecho lazo entre las finanzas y el Estado, en particular mediante el aumento de la deuda nacional (normalmente para hacer la guerra).

En el núcleo del sistema de crédito reside un conjunto de dispositivos que constituyen lo que llamaré el «nexo Estado-finanzas», aludiendo a la confluencia del poder estatal con el financiero y discrepando de la tendencia analítica a considerar Estado y capital como entidades claramente separadas. Eso no significa que el Estado y el capital constituyeran entonces o ahora una misma entidad, sino que hay estructuras de gobernanza (como la acuñación del reino en el pasado o los bancos centrales y los departamentos del Tesoro actuales) en las que no se puede separar la circulación del capital de la gestión estatal de creación de capital y de los flujos monetarios, que forma parte de ella. También se cumple la relación inversa cuando los impuestos o empréstitos fluyen hacia las arcas del Estado y cuando las funciones del Estado se monetizan, se mercantilizan y en último término se privatizan.

Cuanto más excedente creado ayer se convierte en nuevo capital hoy, mayor es la proporción del dinero invertido que proviene de los beneficios obtenidos ayer. Esto parecería hacer superflua la acumulación violenta practicada en otros tiempos, pero la «acumulación por desposesión» sigue desempeñando un papel para reunir el dinero con el que iniciar un negocio. Para ello se emplean medios tanto legales como ilegales y se recurre a la violencia, la criminalidad, el fraude y prácticas depredadoras como las que se han descubierto recientemente en el mercado de las hipotecas *subprime*, y más aún en el tráfico de drogas. Los medios legales incluyen la privatización de lo que en otro tiempo se consideraban recursos de propiedad común (como el agua y la educación), la expropiación para apoderarse de activos, prácticas generalizadas de fusiones y adquisiciones hostiles y operaciones parecidas que dan lugar a una «liquidación de activos», incumpliendo las obligaciones contraídas con respecto a pensiones y cuidados sanitarios mediante quiebras fraudulentas. Las pérdidas de activos que muchos han experimentado durante esta última crisis pueden considerarse como una forma de desposesión que dará lugar a una nueva acumulación, ya que los especuladores compran barato hoy determinados activos con vistas a venderlos a un mayor precio cuando el mercado mejore. Eso es lo que los bancos y los fondos de inversión de alto riesgo hicieron durante la crisis de 1997-1998 en Asia oriental y sudoriental: enormes pérdidas en aquella parte del mundo llenaron las arcas de los principales centros financieros de Occidente.

Si sólo se pudieran capitalizar para expandirse los beneficios obtenidos ayer, con el tiempo veríamos aumentar gradualmente la concentración de capital en muy pocas manos; pero el sistema del crédito permite reunir muy rápidamente grandes cantidades de dinero por otros medios. Esto resulta importante porque, como argumentó hace mucho tiempo el pensador utópico francés Saint-Simon, permite la «asociación de capitales» a gran escala para emprender proyectos formidables como el de los ferrocarriles en el siglo XIX, necesarios para mantener el desarrollo del capitalismo a largo plazo. Así fue como los hermanos Péreire, grandes financieros pa-

risienses del siglo XIX educados en la teoría saintsimoniana, ayudaron al barón Haussmann mediante nuevas instituciones de crédito a transformar entre 1853 y 1870 el entorno construido del París del Segundo Imperio (los bulevares que hoy vemos provienen de aquel periodo).

Las sociedades limitadas y anónimas y otras formas organizativas empresariales desarrolladas durante el siglo XIX reunieron y centralizaron enormes cantidades de dinero (a menudo procedente de millares de pequeños ahorradores) bajo el control de unos pocos directores y gestores. Las adquisiciones (tanto amistosas como hostiles), fusiones y compras apalancadas forman parte por tanto desde hace tiempo de los grandes negocios. Ese tipo de actividades puede suponer nuevas oleadas de acumulación por desposesión. Hace bien poco, grupos de inversión en empresas no registradas en bolsa [*private equity groups*] (como Blackstone) se han dedicado a apoderarse de otras que sí lo estaban [*public firms*], reorganizarlas, liquidar sus activos y despedir a los trabajadores antes de revenderlas al público obteniendo un sustancioso beneficio. Hay también todo tipo de trucos mediante los que el gran capital puede desplazar al pequeño (la regulación estatal, particularmente molesta para los pequeños negocios, induce una nueva centralización del capital). La desposesión de los pequeños operadores (tiendas de barrio o granjas familiares) para dar paso a grandes empresas (cadenas de supermercados y agronegocios), frecuentemente con la ayuda de mecanismos de crédito, es también una práctica con larga tradición.

La cuestión de la organización, configuración y cantidad de capital líquido disponible en el momento de partida de la circulación nunca está ausente. Construir una fundición de acero o una vía férrea o poner en funcionamiento una línea aérea requiere una gigantesca inversión inicial de capital líquido antes de que la producción pueda siquiera empezar, y los plazos entre la iniciación y la puesta en marcha pueden ser sustanciales. Hasta hace muy poco era prácticamente imposible, por ejemplo, que consorcios privados de capitales asociados, y no el Estado, emprendieran proyectos infraestructurales masivos como el túnel del canal que une Gran Bretaña con el continente europeo. Esos proyectos infraestructurales tan vastos se hacen cada vez más necesarios a medida que el capitalismo aumenta de escala gracias al crecimiento compuesto.

También se han construido redes geográficas para facilitar los flujos financieros globales que conectan zonas con excedente de capital con regiones en las que éste escasea. Ahí también hay una larga historia de innovaciones en los servicios financieros y en las relaciones estatales e interestatales, cuyo objetivo primordial es superar cualquier bloqueo potencial a la libre circulación de capitales por todo el mercado mundial. Esto abre la posibilidad de «composturas espaciales» en cascada para el problema de la absorción del capital excedente. ¿Demasiado capital excedente en Gran Bretaña a finales del siglo XIX? Entonces se envía a Estados Unidos, Argentina

o Sudáfrica, donde puede invertirse rentablemente. ¿Excedente de capital en Taiwán? Se transfiere a China o a Taiwán para crear allí talleres de trabajo esclavo. ¿Exceso de capital en los países del Golfo durante la década de los setenta? Se invierte en México a través de los bancos de inversión de Nueva York.

Pero el funcionamiento efectivo de todo esto requiere en último término la creación de instituciones internacionales paraestatales como las establecidas en los acuerdos de Bretton Woods para facilitar y regular los flujos internacionales de capitales. El Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional, junto con el Banco de Pagos Internacionales de Basilea, son decisivos a este respecto, pero también desempeñan un papel influyente otras instituciones como la Organización para la Cooperación al Desarrollo Económico (OCDE) y el G-7 (posteriormente G-8), ahora ampliado a G-20, mientras los bancos centrales y departamentos del Tesoro de todo el mundo trazan de coordinar sus acciones para constituir una arquitectura financiera global en evolución que represente una versión internacional del nexo Estado-finanzas.

Hay sin embargo dos cuestiones importantes que señalar con respecto al papel de ese nexo Estado-finanzas. El primero es que extrae intereses e impuestos a cambio de sus servicios. Además, su posición de poder en relación con la circulación le permite extraer rentas monopolísticas de aquellos que necesitan sus servicios. Por otro lado, a fin de atraer de nuevo el dinero ocioso a la circulación, tiene que ofrecer a sus clientes depositantes seguridad y eficiencia en las transacciones o unos tipos de interés atractivos a los ahorradores con excedente de dinero. Se basa pues en la diferencia entre el coste de sus servicios y el tipo de interés ofrecido a los ahorradores y el tipo de interés o las tasas que carga a los usuarios para mantener su propia rentabilidad. Pero los bancos pueden también prestar más de lo que se deposita en ellos, y tiene gran importancia si prestan 3 o 30 veces las cantidades que tienen en depósito. El aumento del apalancamiento durante los últimos años significaba simplemente creación de dinero desde el sistema bancario y un rápido crecimiento de los beneficios. En la carrera hacia la actual crisis, la rentabilidad del sector financiero aumentó vertiginosamente. En Estados Unidos el porcentaje de los beneficios totales correspondiente a los servicios financieros aumentó desde alrededor del 15 por 100 en 1970 al 40 por 100 en 2005.

El sistema de crédito y las instituciones que se especializan en la recolección y distribución de capital líquido han ido adquiriendo por eso con el tiempo cada vez mayor importancia. Una configuración inadecuada del sistema de crédito o cualquier crisis en su seno del tipo de las que ahora contemplamos constituye un punto de bloqueo potencial para una nueva acumulación de capital.

Esta centralización del capital líquido mediante el sistema de crédito tiene todo tipo de consecuencias para la trayectoria del desarrollo capitalista. Como poco, otorga a una clase privilegiada de financieros un inmenso poder social sobre los productores, comerciantes, terratenientes, promotores inmobiliarios, trabajadores asalariados y consumidores. La centralización del capital plantea además el peligro de un creciente poder monopolista y una mengua de la competencia, lo que puede conducir al estancamiento. Por eso los Estados capitalistas se han visto a veces obligados a incentivar la competencia legislando contra el excesivo poder de los monopolios (por ejemplo, con la legislación antitrust en Estados Unidos o la Comisión sobre los Monopolios en Europa). Pero es igualmente probable que el nexo Estado-finanzas, dominado por el poder de crédito centralizado, se consolide en lo que habría que llamar «capitalismo monopolista de Estado». Así es como muchos teóricos críticos estadounidenses describieron la situación que se vivía en la década de los sesenta. Paul Baran y Paul Sweezy, por ejemplo, publicaron en 1966 su célebre texto *El capital monopolista [Monopoly Capital]*, y también la línea oficial durante esa década del influyente Partido Comunista francés era la lucha contra el «capitalismo monopolista de Estado».

La circulación del capital es intrínsecamente arriesgada y siempre especulativa. Con la palabra «especulación» se suele aludir a una situación en la que se dedica un exceso de capital a actividades cuyos rendimientos habituales son negativos, aprovechando que la ebullición en el mercado permite disfrazar esa situación. Enron, por ejemplo, disfrazó eficazmente sus pérdidas durante la década de los noventa (como hizo poco después la totalidad del sistema bancario) y siguió presentando beneficios ficticios aunque en realidad se tratara de pérdidas. Ésos son los casos especiales a los que generalmente nos referimos como «desenfrenos especulativos»; pero es vital recordar que toda, absolutamente toda la circulación del capital, es especulativa. «Debe usted entender —escribía en *L'Argent* (1891) el novelista francés Émile Zola— que la especulación, la apuesta, es el mecanismo central, el corazón mismo de un vasto negocio como el nuestro. Sí, atrae sangre, la recibe de todas partes en pequeños arroyos, la encauza, la envía de nuevo como ríos en todas direcciones, y establece así una enorme circulación de dinero, que es la propia vida de las grandes empresas [...]».

El dinero que se lanza a la circulación al amanecer no se recupera necesariamente con beneficio cuando anochece. Cuando eso sucede, alabamos la capacidad de previsión, imaginación y creatividad del empresario, pero, si no es así (a menudo sin que el empresario haya cometido ningún error particular), ¡lo solemos tildar de especulador! En el plazo de un año Kenneth Lay, el director ejecutivo de Enron, pasó de ser un genio empresarial a convertirse en un denostado especulador.

Aunque hay que hacer todo lo posible para asegurar que el capital genere (produzca) y obtenga (realice) su excedente al acabar el día, las cosas salen mal muchas

veces, lo que indica que las expectativas, creencias, anticipaciones, deseos y «espíritus animales» (como los llamó en la década de los treinta John Maynard Keynes) desempeñan un papel importante en la decisión de lanzar el capital a la circulación. No se puede ignorar la psicología del inversor ni tampoco el estado de confianza en la integridad del sistema financiero que recaba muchos pequeños ahorros y se los presta a un capitalista a cambio del pago de un interés. Si no puedo confiar en los bancos, entonces es mejor que guarde mi dinero bajo el colchón, lo que disminuiría el capital del que pueden disponer como préstamo los capitalistas. La sentencia «tan seguro como el Banco de Inglaterra» expresaba popularmente esa confianza. Si el sistema monetario es sustancialmente católico, el de crédito es más bien protestante —decía Marx—, ya que descansa únicamente sobre la fe*.

Sin embargo, de cuando en cuando las expectativas son tan excesivas y la financiación tan pródiga que se genera una crisis específicamente dineraria** en el propio sistema financiero. Marx ofrecía una breve descripción de éstas en el capítulo 3 del libro I de *El capital*: «La burguesía [léase Wall Street], ebria de prosperidad y arrogantemente segura de sí misma, acababa de proclamar que el dinero era una ilusión huera: ¡sólo las mercancías [léase: tan seguras como casas] son dinero! Pero ahora resuena en el mercado mundial el dictamen opuesto: ¡sólo el dinero [léase: la liquidez] es una mercancía! Como el ciervo que brama por agua fresca, así brama el alma del burgués por dinero, la única riqueza. En la crisis la oposición entre la mercancía y su forma valor, el dinero, se alza al nivel de contradicción absoluta». Esa contradicción da lugar a que las expectativas se vean zarandeadas por el miedo (ni las casas ni el Banco de Inglaterra parecen tan seguros como antes se presumían) y la financiación resulta demasiado escasa como para apoyar una nueva acumulación.

Las crisis financieras y monetarias forman parte desde hace mucho tiempo de la geografía histórica del capitalismo; pero su frecuencia y profundidad se han incrementado notablemente desde 1970, poco más o menos, y tenemos que investigar por qué está sucediendo esto y qué es lo que se podría hacer al respecto. La tasa de crecimiento compuesta de la acumulación global de capital ha ejercido una presión inmensa sobre el nexo Estado-finanzas para encontrar nuevas formas de reunir y distribuir el capital-dinero en cantidades, formas y lugares que ofrezcan las mejores posibilidades de explotar las oportunidades rentables. Muchas de las recientes innovaciones financieras estaban destinadas a superar las barreras alzadas por los dispositivos institucionales y reguladores existentes. La presión en pro de la desregulación se hizo al parecer irresistible, pero movimientos de ese tipo crean invariablemente una seria probabilidad de que la financiación sin restricciones se desboque y provoque una crisis. Esto es

* *Das Kapital*, III, 35 [ed. cast.: *El capital*, Madrid, Akal, 2000] [N. del T.].

** *Geldkrise* [N. del T.].

lo que sucedió en la crisis de 1868 cuando el *Crédit Mobilier* y la *Société Immobilière* de los hermanos Péreire quebraron, arrastrando consigo al presupuesto municipal de París, y eso es lo que ha sucedido con el sistema financiero global en 2008.

El nexo Estado-finanzas ha funcionado durante mucho tiempo como «sistema nervioso central» de la acumulación de capital. Cuando las señales internas de su funcionamiento se descomponen, se produce obviamente una crisis. Mucho de lo que sucede en los bancos centrales y departamentos del Tesoro de los Estados contemporáneos está oculto a la vista y envuelto en el misterio, por lo que parece muy adecuado el título que William Greider le dio a su exhaustiva investigación de 1989 sobre el funcionamiento de la Reserva Federal: *Secrets of the Temple*. Marx calificó al mundo de las altas finanzas como el «Vaticano» del capitalismo. En el mundo de hoy podría ser aún más irónico llamarlo el «Kremlin», ya que parece más probable que el mundo acabe siendo gobernado por la dictadura de los bancos centrales que por los trabajadores. El nexo Estado-finanzas tiene todas las características de una institución feudal, llena de intrigas y pasadizos secretos, que ejerce un poder extraño y totalmente antidemocrático, no sólo sobre la circulación y acumulación del capital, sino sobre todos los aspectos de la vida social. La fe ciega en los poderes correctivos de que dispone ese nexo Estado-finanzas apuntala la confianza y las expectativas que Keynes consideraba tan decisivas para sostener el capitalismo.

En cada país predomina una forma particular del nexo Estado-finanzas. Las variaciones geográficas en los dispositivos institucionales son considerables y también influyen los mecanismos para la coordinación interestatal como el Banco de Pagos Internacionales de Basilea y el Fondo Monetario Internacional. Los poderes implicados en la construcción de esos dispositivos, como los que se reunieron en Bretton Woods en 1944 para tomar decisiones clave sobre la futura arquitectura financiera del sistema comercial mundial, suelen ser generalmente tecnócratas o expertos de elite carentes de ningún respaldo popular, y así sigue siendo en esta época. Sólo los iniciados en las vías más secretas son llamados a corregirlas.

Sin embargo, son frecuentes las luchas políticas de amplia base sobre o en torno al nexo Estado-finanzas. Esas protestas, a menudo más populistas que guiadas por criterios de clase, se suelen concentrar en las decisiones de la fracción de clase que controla el nexo Estado-finanzas. La campaña «Cincuenta años bastan» —contra la prolongación del mandato del Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial a finales de la década de los noventa— puso en pie una alianza variada de intereses que unió por ejemplo a trabajadores y ecologistas en las movilizaciones de 1999 en Seattle contra la OMC con el lema «Camioneros y tortugas unidos por fin». El interés se concentraba sobre todo en el carácter autoritario, neocolonial e imperialista de esas instituciones. El movimiento obrero, por su parte, se suele mantener a cierta distancia de esas luchas, pero puede ser fácilmente arrastrado a una política de indignación populista (a

menudo encabezada por intereses pequeñoburgueses e incluso nacionalistas; recordemos cuando en 1956 el canciller británico en la sombra Harold Wilson clamaba contra los poderes de los que llamaba «gnomos de Zúrich» que coartaban la economía británica). Con mayor frecuencia el populismo se centra en las enormes ganancias de los magnates de las altas finanzas, las inmensas fortunas que acumulan y el abrumador poder social que a menudo ejercen para dictar las condiciones de vida de todos los demás. El furor despertado en 2009 por las ganancias y bonificaciones de los banqueros, tanto en Europa como en Estados Unidos, ilustra ese tipo de movimiento populista y sus límites. Se parece a la rabia e indignación que se alzó en Estados Unidos contra los banqueros y financieros a los que se achacaban los males de la Gran Depresión de los años treinta. La simpatía popular hacia los ladrones de bancos Bonnie y Clyde forma parte del folclore legendario de aquella época.

Las fuerzas sociales comprometidas en la configuración y el funcionamiento del nexo Estado-finanzas —que no son exactamente las mismas en todas partes— difieren por tanto de la lucha de clases entre el capital del trabajo generalmente privilegiada en la teoría marxista. No quiero sugerir con esto que las luchas políticas contra las altas finanzas no tengan interés para el movimiento obrero, porque desde luego lo tienen; pero hay muchas cuestiones como los impuestos, aranceles, subsidios y políticas reguladoras, tanto internas como externas, en las que el capital industrial y el movimiento obrero organizado pueden ser aliados más que enemigos, al menos en determinadas circunstancias geográficas. Eso es lo que ocurrió con la exigencia de un rescate para la industria automovilística estadounidense en 2008-2009. Las empresas y sindicatos del automóvil se unieron en el intento de preservar los puestos de trabajo y de salvar las empresas de la quiebra. Por otro lado, hay muchos grupos de interés, aparte del movimiento obrero, enfrentados al poder de las altas finanzas. Cuando los financieros dominan a todos los demás sectores, como viene ocurriendo en Estados Unidos desde mediados de la década de los ochenta, y cuando los que deberían ser regulados se apoderan del aparato regulador del Estado, entonces el nexo Estado-finanzas se inclina en favor de intereses particulares y no del conjunto del cuerpo político. La indignación populista prolongada es entonces esencial para restaurar el equilibrio.

Sin embargo, cuando el sistema financiero y el nexo Estado-finanzas se resquebrajan, como sucedió en 1929 y en 2008, entonces todos reconocen que existe una amenaza para la supervivencia del capitalismo y no se deja una piedra sin voltear ni un eventual compromiso sin examinar en el empeño por resucitarlo. Al parecer no podemos vivir sin él por mucho que nos quejemos de sus males.

Una vez que se reúne el dinero en manos de quienes sabrán sacarle provecho, en el lugar y el momento adecuados, hay que ponerlo a trabajar para movilizar las materias primas, las plantas y el equipo, los flujos de energía y la fuerza de trabajo a fin de producir mercancías. Consideremos pues los diversos elementos que hay que ensamblar para que tenga lugar la producción.

La acumulación perpetuamente acrecentada depende de la disponibilidad permanente de reservas suficientes y accesibles de fuerza de trabajo. Lo que Marx llamaba «ejército de reserva industrial» es pues condición necesaria para la reproducción y expansión del capital. Ese ejército de reserva debe ser accesible, socializado, disciplinado y con la calidad requerida (esto es, flexible, dócil, manipulable y experto cuando sea necesario). Si no se cumplen estas condiciones, el capital encuentra una seria barrera para la acumulación continua.

La desposesión de la mayoría de la población del acceso directo a los medios de producción (en particular de la tierra) conduce al mercado la fuerza de trabajo como una mercancía más. Puede que la presentación de Marx de la llamada «acumulación primitiva» fuera un tanto exagerada y simplificada, pero es innegable su verdad sustancial: de una forma u otra la gran mayoría de la población se vio obligada a trabajar para el capital si quería sobrevivir. La acumulación primitiva no acabó con el ascenso del capitalismo industrial en Gran Bretaña a finales del siglo XVIII; durante los últimos treinta años, por ejemplo, se han agregado a la fuerza de trabajo global disponible alrededor de 2.000 millones de nuevos asalariados mediante la apertura de China y el colapso del comunismo en Europa central y oriental. En el mundo entero se ha producido una integración de buena parte de la población campesina rural, antes independiente, en la fuerza de trabajo mercantilizada. Lo más espectacu-

lar ha sido la incorporación de las mujeres, que ahora forman la espina dorsal de la fuerza de trabajo global. Así, ha quedado disponible para la expansión capitalista un enorme depósito de fuerza de trabajo.

Sin embargo, el mercado laboral está geográficamente segmentado. Se puede estimar en unas cuatro horas el tiempo máximo que un trabajador puede emplear diariamente para ir y volver desde su domicilio al trabajo. Lo lejos que se pueda llegar en dos horas de camino depende, por supuesto, de la velocidad y los costes de transporte, pero la inevitable segmentación geográfica del mercado laboral significa que la cuestión de la oferta de trabajo se reduce a una serie de problemas locales insertos en estrategias regionales y estatales, mitigados por los movimientos migratorios (tanto del capital como de la fuerza de trabajo). El Estado interviene, *inter alia*, en lo que se refiere a las leyes de inmigración y laborales (salarios mínimos, jornada laboral, regulación de las condiciones de trabajo), la dotación de infraestructuras sociales (como la educación, la formación profesional y los cuidados sanitarios) que afectan a la calidad de la oferta de trabajo y los planes diseñados para mantener el ejército industrial de reserva (políticas de bienestar social).

Los capitalistas pueden afrontar o eludir los límites potenciales de la oferta de trabajo, incluso a escala local, de muy diversas formas. Se puede obtener cierta expansión derivada del aumento de población (y en algunos casos políticas pronatalistas por parte del Estado, tales como los subsidios a las familias numerosas en Francia, tienen un claro impacto sobre las condiciones de la oferta de trabajo en beneficio del capital). De hecho, existe una relación genérica entre el aumento de la población y la acumulación de capital. El asombroso crecimiento del capitalismo en China desde 1980, por ejemplo, se debe entre otras cosas a la reducción radical de la mortalidad infantil durante los años de gobierno de Mao, que dio lugar más tarde a una descomunal cantidad de jóvenes en busca de empleo.

De no alterarse la productividad, la acumulación conduce a un relativo pleno empleo de los recursos locales de mano de obra. La escasez de fuerza de trabajo da lugar a un aumento de los salarios y, o bien éstos siguen subiendo de forma que no interfieran con la creciente acumulación (porque se emplean más trabajadores), o bien la acumulación se frena junto con la demanda de fuerza de trabajo, presionando sobre los salarios a la baja. En algunas ocasiones los capitalistas se ponen en huelga y se niegan a reinvertir, dado que los salarios más altos reducen la rentabilidad, con la esperanza de que el desempleo resultante obligue a los trabajadores a aceptar salarios más bajos.

Aunque se pueden constatar tales casos de «huelga de capitales» (la «recesión de Reagan» en 1980-1982, cuando el desempleo subió en Estados Unidos por encima del 10 por 100, era de ese estilo), el capital dispone de formas más ventajosas para resolver los problemas de escasez de mano de obra. Las tecnologías que ahorran trabajo y las innovaciones organizativas pueden dar lugar a despidos, haciendo cre-

cer el ejército de reserva industrial. El resultado es un ejército «flotante» de obreros despedidos cuya propia existencia ejerce una presión a la baja sobre los salarios. El capital manipula simultáneamente la oferta y la demanda de trabajo.

Las organizaciones obreras, que lo saben muy bien, a menudo se oponen a la introducción de nuevas tecnologías (como sucedió con el movimiento llamado ludista a principios del siglo XIX). Tras la Segunda Guerra Mundial cobraron importancia en la negociación sindical, al menos en los países capitalistas avanzados, los «acuerdos de productividad» que aceptaban nuevas tecnologías a cambio de seguridad en el empleo. Una estrategia capitalista alternativa consiste en incorporar a sectores de la población todavía no proletarizados; el más obvio sería la población campesina rural (como ha sucedido en China en los últimos años). En los países capitalistas avanzados, donde ese tipo de población ha desaparecido prácticamente, se ha producido un giro importante hacia la incorporación de mujeres a la fuerza de trabajo, junto con la proletarianización de sectores de la población que habían conseguido hasta ahora mantenerse económicamente al margen del trabajo asalariado. En Estados Unidos los pequeños granjeros y tenderos vienen siendo importantes objetivos de la proletarianización desde la década de los treinta. En muchos aspectos, la incorporación de esas reservas es preferible a aumentar el desempleo mediante los despidos y el cambio tecnológico, algo que puede resultar políticamente problemático y económicamente costoso si el Estado debe hacerse responsable de los subsidios de desempleo.

Dado que la escasez de mano de obra es siempre un fenómeno local, la movilidad geográfica del capital o del trabajo (o de ambos) resulta vital para regular la dinámica de los mercados laborales locales. Movimientos a corta distancia (como el de los negocios situados en el centro de las ciudades estadounidenses, muy sindicalizados, a la periferia donde había abundantes reservas latentes no sindicalizadas, en particular de mujeres, a partir de la década de los cincuenta) pueden alterar radicalmente la relación de fuerzas entre las clases con respecto a los salarios y las condiciones de trabajo. Los movimientos a larga distancia, como el que se produjo desde el noreste y medio oeste de Estados Unidos, industrializados y sindicalizados, hacia el sur y el oeste, o la larga migración de mano de obra excedente desde el sur hacia las ciudades del norte desde la década de 1920, también modifican los términos en que se plantea el problema de la oferta y demanda de trabajo. En tiempos recientes los flujos de mano de obra han cobrado nueva importancia. Mientras que en 1970 la población estadounidense nacida en el extranjero se situaba en torno al 5 por 100, actualmente es del 12,5 por 100. Una consecuencia negativa de tales modificaciones ha sido una marea creciente de animosidad contra los inmigrantes acompañada de brotes de racismo y discriminación étnica en el seno de la clase obrera.

Los capitalistas han tratado siempre de mantener el control sobre la fuerza de trabajo enfrentando entre sí a los trabajadores en una competencia más o menos

lar ha sido la incorporación de las mujeres, que ahora forman la espina dorsal de la fuerza de trabajo global. Así, ha quedado disponible para la expansión capitalista un enorme depósito de fuerza de trabajo.

Sin embargo, el mercado laboral está geográficamente segmentado. Se puede estimar en unas cuatro horas el tiempo máximo que un trabajador puede emplear diariamente para ir y volver desde su domicilio al trabajo. Lo lejos que se pueda llegar en dos horas de camino depende, por supuesto, de la velocidad y los costes de transporte, pero la inevitable segmentación geográfica del mercado laboral significa que la cuestión de la oferta de trabajo se reduce a una serie de problemas locales insertos en estrategias regionales y estatales, mitigados por los movimientos migratorios (tanto del capital como de la fuerza de trabajo). El Estado interviene, *inter alia*, en lo que se refiere a las leyes de inmigración y laborales (salarios mínimos, jornada laboral, regulación de las condiciones de trabajo), la dotación de infraestructuras sociales (como la educación, la formación profesional y los cuidados sanitarios) que afectan a la calidad de la oferta de trabajo y los planes diseñados para mantener el ejército industrial de reserva (políticas de bienestar social).

Los capitalistas pueden afrontar o eludir los límites potenciales de la oferta de trabajo, incluso a escala local, de muy diversas formas. Se puede obtener cierta expansión derivada del aumento de población (y en algunos casos políticas pronatalistas por parte del Estado, tales como los subsidios a las familias numerosas en Francia, tienen un claro impacto sobre las condiciones de la oferta de trabajo en beneficio del capital). De hecho, existe una relación genérica entre el aumento de la población y la acumulación de capital. El asombroso crecimiento del capitalismo en China desde 1980, por ejemplo, se debe entre otras cosas a la reducción radical de la mortalidad infantil durante los años de gobierno de Mao, que dio lugar más tarde a una descomunal cantidad de jóvenes en busca de empleo.

De no alterarse la productividad, la acumulación conduce a un relativo pleno empleo de los recursos locales de mano de obra. La escasez de fuerza de trabajo da lugar a un aumento de los salarios y, o bien éstos siguen subiendo de forma que no interfieran con la creciente acumulación (porque se emplean más trabajadores), o bien la acumulación se frena junto con la demanda de fuerza de trabajo, presionando sobre los salarios a la baja. En algunas ocasiones los capitalistas se ponen en huelga y se niegan a reinvertir, dado que los salarios más altos reducen la rentabilidad, con la esperanza de que el desempleo resultante obligue a los trabajadores a aceptar salarios más bajos.

Aunque se pueden constatar tales casos de «huelga de capitales» (la «recesión de Reagan» en 1980-1982, cuando el desempleo subió en Estados Unidos por encima del 10 por 100, era de ese estilo), el capital dispone de formas más ventajosas para resolver los problemas de escasez de mano de obra. Las tecnologías que ahorran trabajo y las innovaciones organizativas pueden dar lugar a despidos, haciendo cre-

cer el ejército de reserva industrial. El resultado es un ejército «flotante» de obreros despedidos cuya propia existencia ejerce una presión a la baja sobre los salarios. El capital manipula simultáneamente la oferta y la demanda de trabajo.

Las organizaciones obreras, que lo saben muy bien, a menudo se oponen a la introducción de nuevas tecnologías (como sucedió con el movimiento llamado ludista a principios del siglo XIX). Tras la Segunda Guerra Mundial cobraron importancia en la negociación sindical, al menos en los países capitalistas avanzados, los «acuerdos de productividad» que aceptaban nuevas tecnologías a cambio de seguridad en el empleo. Una estrategia capitalista alternativa consiste en incorporar a sectores de la población todavía no proletarizados; el más obvio sería la población campesina rural (como ha sucedido en China en los últimos años). En los países capitalistas avanzados, donde ese tipo de población ha desaparecido prácticamente, se ha producido un giro importante hacia la incorporación de mujeres a la fuerza de trabajo, junto con la proletarización de sectores de la población que habían conseguido hasta ahora mantenerse económicamente al margen del trabajo asalariado. En Estados Unidos los pequeños granjeros y tenderos vienen siendo importantes objetivos de la proletarización desde la década de los treinta. En muchos aspectos, la incorporación de esas reservas es preferible a aumentar el desempleo mediante los despidos y el cambio tecnológico, algo que puede resultar políticamente problemático y económicamente costoso si el Estado debe hacerse responsable de los subsidios de desempleo.

Dado que la escasez de mano de obra es siempre un fenómeno local, la movilidad geográfica del capital o del trabajo (o de ambos) resulta vital para regular la dinámica de los mercados laborales locales. Movimientos a corta distancia (como el de los negocios situados en el centro de las ciudades estadounidenses, muy sindicalizados, a la periferia donde había abundantes reservas latentes no sindicalizadas, en particular de mujeres, a partir de la década de los cincuenta) pueden alterar radicalmente la relación de fuerzas entre las clases con respecto a los salarios y las condiciones de trabajo. Los movimientos a larga distancia, como el que se produjo desde el noreste y medio oeste de Estados Unidos, industrializados y sindicalizados, hacia el sur y el oeste, o la larga migración de mano de obra excedente desde el sur hacia las ciudades del norte desde la década de 1920, también modifican los términos en que se plantea el problema de la oferta y demanda de trabajo. En tiempos recientes los flujos de mano de obra han cobrado nueva importancia. Mientras que en 1970 la población estadounidense nacida en el extranjero se situaba en torno al 5 por 100, actualmente es del 12,5 por 100. Una consecuencia negativa de tales modificaciones ha sido una marea creciente de animosidad contra los inmigrantes acompañada de brotes de racismo y discriminación étnica en el seno de la clase obrera.

Los capitalistas han tratado siempre de mantener el control sobre la fuerza de trabajo enfrentando entre sí a los trabajadores en una competencia más o menos

encontrada por los mejores empleos. En la medida en que la fuerza de trabajo potencial se divide por razones de género, raza, etnia, tribu, lengua, orientación sexual o política y creencias religiosas, esas diferencias se convierten en instrumentos mediante los que los capitalistas pueden condicionar el funcionamiento del mercado laboral y la oferta de trabajo privilegiando a determinados sectores de la mano de obra y aprovechando en su beneficio, por ejemplo, el racismo y el sexismo latentes. La propia historia de la acumulación primitiva pone de relieve cómo se manipularon proclamaciones de superioridad «natural» —esto es, basada en la biología— para legitimar formas jerárquicas de poder o de dominación de clase frente a las reivindicaciones religiosas o laicas de igualdad a ojos de Dios o del Estado (las revoluciones americana y francesa). Durante toda su historia, el capital no ha vacilado en explotar, cuando no promover, tales fragmentaciones, mientras los propios trabajadores se esforzaban por definir medios colectivos de acción que con demasiada frecuencia se avenían a los límites de las identidades étnicas, religiosas, raciales o de género. De hecho, en Estados Unidos durante la década de los cincuenta y sesenta, las organizaciones obreras trataron de contrarrestar la competencia en el mercado laboral imponiendo exclusiones basadas en la raza y el género.

La capacidad para preservar tales distinciones queda ilustrada por el hecho de que, tras casi medio siglo de campañas por el principio «a igual trabajo, igual salario», la diferencia salarial entre hombres y mujeres no ha desaparecido ni siquiera en Estados Unidos, que es donde esas presiones han sido probablemente más intensas. En otros lugares, por ejemplo en Asia oriental, las disparidades de género son mucho peores y es allí, por supuesto, donde el grueso de la población recientemente proletarizada está formado por mujeres. En Estados Unidos también persisten, de forma similar, las diferencias salariales entre blancos y negros, hispanos y asiáticos, que incluso han aumentado con los años en algunos casos. En otros lugares, como en la India, las distinciones de casta han seguido siendo una barrera formidable en el mercado laboral, pese a las disposiciones constitucionales contra las discriminaciones. Dado que todos los mercados laborales son locales, más para los trabajadores que para los capitalistas, la solidaridad social y política, para que signifique algo, tiene que construirse en primer lugar sobre una base geográfica local, antes de que se pueda materializar como movimiento nacional o internacional. Si bien los capitalistas también se muestran divididos por líneas étnicas y de otro tipo (aunque normalmente sean mucho más homogéneos que su mano de obra), a los trabajadores les resulta difícil aprovechar sistemáticamente tales diferencias en su propio beneficio; más aún, el antisemitismo populista contra los financieros de Wall Street ha desempeñado a menudo un papel lamentable.

Desde mediados de la década de los sesenta, las innovaciones en la tecnología del transporte facilitaron el traslado de la producción a lugares con bajos salarios y organi-

zaciones obreras débiles. Durante las últimas décadas, como he señalado antes, desplazamientos gigantescos en la actividad productiva han alterado radicalmente el funcionamiento de los mercados laborales, comparado con el prevaleciente hasta 1970.

Pero en la dinámica de la oferta de trabajo quedan internalizados muchos aspectos contradictorios, derivados de las prácticas de organización de clase y de la política tal como la han vivido individual y colectivamente los trabajadores en sus respectivos mercados laborales. El salario real medio queda determinado por el coste de los bienes y servicios necesarios para reproducir la fuerza de trabajo con un nivel de vida aceptable, aunque lo que es o no «aceptable» sea producto de la lucha de clases, del nivel acostumbrado y del contrato social vigente (muy a menudo tácito pero también a veces explícito, como el derecho a una atención sanitaria y una educación decentes), alcanzado normalmente en el seno de determinada colectividad social territorializada (de ahí, una vez más, la importancia del Estado como marco institucional clave para definir algún tipo de consenso sobre la regulación de la vida social). Dado que los mercados laborales son siempre locales, esas cuestiones de costes y nivel de vida varían geográficamente, incluso a corta distancia (Nueva York no es Búfalo, a unos 640 kilómetros de distancia, y ninguna de esas dos ciudades se parece, por supuesto, a Bombay). El marco institucional en el que tiene lugar la negociación salarial también varía de la escala estatal (como en Suecia y hasta muy recientemente el Reino Unido) a la estrictamente local (Estados Unidos). En este último caso el resultado han sido «campañas por el salario mínimo vital», que evidentemente varía de una localidad a otra, desde mediados de la década de los noventa, cuando el gobierno federal se opuso a la fijación de un salario mínimo a escala nacional. La militancia, grado de organización y nivel de aspiraciones de los movimientos obreros locales varían de un lugar a otro y de una época a otra, de forma que las barreras potenciales a la acumulación continua de capital pueden reforzarse en un lugar y desvanecerse en otro. El último recurso del movimiento obrero —abandonar el puesto de trabajo y hacer huelga— está siempre al alcance de la mano, pero también a ese respecto existe con demasiada frecuencia una terrible asimetría de poder, ya que los que disponen de reservas de dinero (los capitalistas) pueden aguantar más de los que no lo tienen (los trabajadores y sus sindicatos), si bien la amenaza a largo plazo para el capitalismo de una agitación obrera generalizada siga siendo un arma de reserva de gran importancia.

Pero en ese mar de luchas hay habitualmente suficientes periodos de calma en los que el capital puede abrirse camino con relativa facilidad y asegurar que la oferta de fuerza de trabajo se adecue a sus propósitos. Creo que no yerro al decir que desde 1980 la combinación de represión política (incluido el colapso de los regímenes comunistas), cambios tecnológicos, mayor movilidad del capital y una oleada masiva de acumulación primitiva en zonas anteriormente periféricas (así como la inmigra-

ción desde ellas) han resuelto de hecho el problema de la oferta de fuerza del trabajo para el capital. Aunque existan aquí y allá restricciones locales, la disponibilidad de reservas formidables de mano de obra (incluso con alto nivel de formación, cada vez más desde India y Asia oriental) en todo el mundo es innegable y gravita pesadamente sobre la lucha de clases ofreciendo grandes ventajas al capital.

En estas circunstancias los intereses de la clase capitalista ilustrada (a diferencia de los de los capitalistas individuales, en intensa competencia mutua, que a menudo adoptan la divisa *après moi le déluge*) pueden agruparse en torno a un proyecto político para subvencionar la oferta de artículos de consumo más baratos para mantener bajo el valor de la fuerza de trabajo (como sucedió cuando los industriales británicos trataron de reducir los aranceles sobre el trigo importado a fin de abaratar la oferta de pan a mediados del siglo XIX, y como ha sucedido en Estados Unidos con la aparición del fenómeno Wal-Mart de artículos baratos procedentes de China). También pueden apoyar la inversión en mejoras de la calidad de la oferta de trabajo mediante la atención sanitaria, la educación y la vivienda, y en último término, como hizo Henry Ford cuando estableció un salario de cinco dólares por una jornada laboral de ocho horas en la década de los veinte, proponer salarios más altos y un consumo más racional de los obreros con el fin de asegurar una mayor demanda efectiva en el mercado.

El papel del poder estatal en relación con tales hechos no es ni mucho menos constante. Evidentemente, si el movimiento obrero está bien organizado y es muy poderoso en un lugar determinado, la clase capitalista tratará de inducir al aparato estatal a cumplir su función, tal como sucedió, como señalé anteriormente, con Pinochet, Reagan, Thatcher, Kohl y otros. Pero las organizaciones obreras y los partidos políticos de izquierda pueden presionar en la dirección opuesta, como sucedió en diversos lugares (como Escandinavia) en ciertas épocas (por poner un ejemplo, con el consenso «socialdemócrata» de la década de los sesenta en parte de Europa occidental). Pero el uso del poder estatal para superar la barrera de una fuerte organización obrera ha sido muy eficaz desde mediados de la década de los setenta en buena parte del mundo. Otro método consiste en facilitar, o subvencionar directamente, la movilidad del capital, de manera que pueda desplazarse allí donde las condiciones para hacer negocios, incluidas las de abundante oferta de trabajo y escasa organización de la mano de obra (por ejemplo los estados sureños en Estados Unidos, con el llamado «derecho a trabajar» antisindical), son más ventajosas para el capital. La competencia interurbana, interregional e internacional por la inversión de capital desempeña a este respecto un importante papel. Las autoridades (locales, regionales o nacionales) se responsabilizan de garantizar una oferta de fuerza de trabajo en cantidad y de calidad suficiente (incluida la formación profesional, experiencia y docilidad política) en relación con la demanda empresarial de fuerza de trabajo. Así pues, aunque el aparato estatal se incline por seguir la agenda empresaria-

rial más que la del movimiento obrero, también puede haber en determinados lugares intereses creados que apoyen oportunidades educativas de alta calidad (universidades e institutos locales) a fin de atraer empresas de alta tecnología que contribuirán en mayor medida con sus impuestos a la prosperidad local.

Algunos autores marxistas han elaborado una teoría específica sobre la generación de las crisis a partir de las barreras que estorban una oferta de trabajo suficiente. La llamada «teoría de la contracción de los beneficios» gira en torno al problema siempre escabroso de las relaciones laborales y la lucha de clases, tanto en el proceso de trabajo como en el mercado laboral. Cuando esas relaciones suponen una barrera para una nueva acumulación de capital, se produce una crisis, a menos que el capital pueda hallar una forma (o más probablemente una combinación de las señaladas anteriormente) para superar o eludir esa barrera. Algunos autores, como Andrew Glyn (véase su impresionante informe, escrito en colaboración con Bob Sutcliffe, *El capitalismo británico, los trabajadores y la contracción de beneficios* [*British Capitalism, Workers and the Profits Squeeze*, 1972]), interpretan lo que sucedió a finales de la década de los sesenta y durante la de los setenta (particularmente en Europa y Norteamérica) como un excelente ejemplo de tal contracción de beneficios. Lo cierto es que la gestión de la fuerza de trabajo como recurso económico y la presión de las organizaciones obreras con respecto a la oferta de trabajo dominó la política de aquella época. Las organizaciones de la clase obrera eran relativamente poderosas en gran parte de Europa e incluso en Estados Unidos y los aparatos de Estado contemplaban con preocupación en todas partes el poder del movimiento obrero, llegando a doblegarse en parte a sus intereses tal como los expresaban los partidos políticos de izquierda. Tampoco cabe cuestionar que esto constituyera una seria barrera para la acumulación continua de capital, y la forma en que el capital superó esa barrera gracias al ascenso del neoliberalismo durante la década de los sesenta define en muchos aspectos la naturaleza de los dilemas que afrontamos ahora.

La supervivencia del capitalismo depende de su superación o elusión reiterada de esa barrera potencial a la acumulación continua. A finales de 2009, cuando escribo estas líneas, hay sin embargo muy escasas señales de una contracción de los beneficios. En todas partes hay reservas suficientes de mano de obra y hay pocas barreras geográficas para que los capitalistas puedan acceder a ellas. La ofensiva política contra el movimiento obrero en todo el mundo ha reducido su resistencia a niveles muy modestos casi en todas partes. La crisis iniciada en 2008 no puede entenderse por tanto en términos de contracción de los beneficios. La contención o descenso de los salarios debido a la superabundante oferta de mano de obra y la consiguiente falta de demanda efectiva de consumo es un problema mucho más serio.

Pero eso no quiere decir que la amenaza del movimiento obrero se haya desvanecido. La agitación obrera puede convertirse en un serio problema en cualquier mo-

mento y en cualquier lugar. Las noticias que llegan de China, por ejemplo, sugieren una marea creciente de agitación a medida que el declive económico mundial da lugar también allí a un aumento del desempleo mal recibido y desacostumbrado (se estimaba que a principios de 2009 se había llegado en China a los 20 millones de desempleados) en una población recientemente proletarizada. Es importante atender al desarrollo geográfico desigual de las luchas obreras.

Las relaciones entre capital y trabajo siempre desempeñan un papel decisivo en la dinámica del capitalismo y en ellas puede hallarse la raíz de las crisis; pero en la actualidad el problema principal reside en el hecho de que el capital es demasiado poderoso y el movimiento obrero demasiado débil, y no al contrario.

* * * * *

Cuando los capitalistas reinvierten, necesitan encontrar medios de producción adicionales disponibles en el mercado. Los insumos que necesitan son de dos tipos: productos intermedios (ya configurados por el trabajo humano) que se puedan incorporar al proceso de producción (como la energía y el tejido necesario para fabricar un abrigo) y capital fijo, constituido por la maquinaria, edificios e infraestructuras físicas como los sistemas de transporte, canales y puertos que sostienen la actividad productiva. La categoría de los medios de producción es evidentemente muy amplia y complicada; pero, si escasea alguno de esos medios de producción, se alza una barrera a la nueva acumulación de capital. La industria automovilística no puede expandirse sin una producción mayor de acero, plástico, componentes electrónicos y neumáticos de caucho, y esa expansión tampoco tendrá sentido, dicho sea de paso, a menos que existan autopistas por las que conducir. Las innovaciones tecnológicas en una parte de lo que llamamos «cadena de suministro» a la producción hacen necesarias siempre innovaciones en otro lugar. El aumento de la productividad en la industria del algodón durante el siglo XIX tras la invención de los telares mecánicos —señalaba Marx— requería otras innovaciones en la producción de algodón (por ejemplo, desmotadoras), el transporte y las comunicaciones, las técnicas de tinte químico e industrial, etcétera.

La conversión de parte de los beneficios de ayer en nuevo capital depende, por tanto, de la disponibilidad de una cantidad siempre creciente de medios de producción, así como de una cantidad creciente de bienes de consumo para mantener a los trabajadores adicionales que se quiere emplear. El problema consiste en organizar el abastecimiento de *inputs* materiales de forma que se mantenga la continuidad del flujo de capital. Dicho con otras palabras, el capital ¿tiene que producir por adelantado las condiciones para su propia expansión continua! ¿Cómo lo puede hacer uniformemente y sin perturbaciones?

La respuesta es, como dijo ingeniosamente Marx, que «el verdadero amor nunca transcurre sin turbulencias». Siempre hay escaseces en algún sitio y excedentes en otro, y ocasionalmente esas escaseces o excedentes se multiplican constituyendo barreras formidables para la expansión, que dificultan la continuidad del flujo de capital. Los mercados con funcionamiento eficiente y con expresión abierta del movimiento libre de los precios como reflejo de la situación de la oferta y la demanda han suministrado empero históricamente un medio de coordinación bastante bueno. Han facilitado una división social del trabajo cada vez más compleja y aumentos en lo que se denominan «desviaciones de la producción» (que indican el número de etapas independientes en que se divide el proceso antes de llegar al producto acabado). El creciente número de componentes incorporados al producto final (por ejemplo, los sistemas GPS u otros dispositivos electrónicos incorporados a los automóviles) aumentan la complejidad de los flujos de abastecimiento, y esto exige la creación de estructuras de mercado más o menos «honestas» y fiables, con especificaciones de precio adecuadas, para asegurar la continuidad de la circulación del capital. Esta conexión interna entre la expansión compuesta del capital y el uso de señales de mercado para coordinar los flujos exige la regulación estatal, por ejemplo contra la monopolización, arrinconamiento o manipulación de los mercados, así como la reducción de cualquier barrera social (aranceles, cuotas o demoras innecesarias) que obstruya el movimiento libre de las mercancías. La desaparición en la década de los ochenta de los controles fronterizos en el tráfico camionero en Europa tuvo un impresionante efecto sobre la regularidad de los flujos de insumos en muchos procesos de producción. Recíprocamente, las tensiones geopolíticas entre Estados pueden entorpecer el flujo libre de insumos vitales y también, por lo tanto, la acumulación de capital. Las interrupciones en 2008 de los flujos de petróleo y gas natural ruso a través de Ucrania, debidas a disputas políticas, generaron graves problemas para los productores y consumidores en Alemania y Austria.

Pero el mercado no es el único medio de coordinación imaginable. Cada vez más, los productores tratan directamente con los distribuidores y transmiten, con modelos optimales de programación y suministro, los encargos de piezas a sus abastecedores y las entregas «justo a tiempo» a la cadena de distribución, minimizando el coste de almacenamiento ocioso. En muchos sectores industriales (automóvil, electrónica, etc.) esa coordinación directa ha llegado a suplantar al mercado abierto. Los productores calculan por adelantado cuántos medios de producción extra necesitarán y los abastecedores deciden en consonancia con ello la cuantía de su producción. En ciertos casos de fracaso del mercado, el Estado puede intervenir con sus propios modelos *input-output* para planear la totalidad o un componente clave de una cadena de abastecimiento que le resulta difícil de organizar al capital (como el suministro de agua o energía y toda una panoplia de infraestructuras físicas para

la producción). Aunque es una creencia muy extendida, particularmente en Estados Unidos, que las intervenciones del Estado inducen ineficiencias, la historia de la industrialización de Japón o de Singapur, por señalar sólo un par en una larga lista de ejemplos, muestra que la planificación, coordinación, intervención y reorganización de los flujos de capital por el Estado puede ser más eficaz que la anarquía de la coordinación del libre mercado. Si las empresas han evitado con éxito la anarquía del libre mercado mediante dispositivos planificados de optimización del suministro de sus proveedores, ¿por qué no puede hacer lo mismo la sociedad en un ámbito más amplio?

Dejando a un lado la contienda ideológica sobre la planificación estatal frente al mercado, lo que todo esto significa es que la continuidad del flujo de capital en un mundo en el que la división social del trabajo es cada vez más complicada descansa en la existencia de dispositivos institucionales adecuados que faciliten esa continuidad en el espacio y el tiempo. Donde esos dispositivos son deficientes o inexistentes, el capital encontrará serias barreras. Aunque puede hallar formas de operar con éxito en condiciones, digamos, de desgobierno, corrupción y vaguedad del derecho de propiedad, éstas no constituyen en general el ambiente óptimo para que prospere el capital. El ajuste de los «Estados fallidos» y la creación de «un buen ambiente de negocios» (incluida la supresión de la corrupción y el desgobierno) se han convertido por tanto en misiones primordiales de las instituciones financieras internacionales como el FMI y el Banco Mundial, así como de las agencias imperialistas estadounidenses y europeas en muchos lugares del mundo. Los acuerdos de la OMC, por ejemplo, codifican el «buen comportamiento» de los Estados que los han firmado (y muchos Estados no tienen otra opción que firmarlos si desean mantener sus relaciones comerciales con Estados Unidos y Europa) en favor de la libertad de las empresas para hacer negocios sin una excesiva regulación o interferencia del Estado.

Desgraciadamente, tales prácticas atacan siempre formas de producción y valoración alejadas de las que vienen dadas por el mercado y, si tienen éxito (lo que no siempre sucede), disuelven aspectos de significado cultural y solidaridad social que desempeñan un papel importante en el sostén de la vida cotidiana, tanto material como socialmente, fuera de la producción ordinaria de mercancías. Los modos de vida no mercantilizados y no capitalistas se consideran, en resumen, una barrera a la acumulación de capital y deben ser por tanto disueltos para dejar la vía abierta a la tasa de crecimiento compuesto del 3 por 100 que constituye el precepto supremo del capitalismo. La complicada historia de la disolución del límite absoluto contra la acumulación de capital en la República Popular China tras las reformas de 1978, reduciéndolo a una serie de barreras cada una de las cuales va siendo gradualmente superada o esquivada, es por supuesto una de las más significativas desde el punto de vista político y económico en las últimas décadas.

Pero resulta que también hay ciertas tensiones y contradicciones potenciales en las cadenas de abastecimiento que pueden llevar a lo que se llaman «crisis de desproporción». Al final del volumen segundo de *El capital*, Marx expuso lo que llamaba «esquemas de reproducción» para analizar las relaciones dinámicas entre los dos grandes sectores o ramas de la economía: el que produce «bienes de consumo» (para alimentar, mantener y reproducir a los trabajadores, más tarde ampliado para incluir los «artículos de lujo» para el consumo personal de la clase capitalista) y el que produce «medios de producción» (para su uso por los capitalistas en la producción). Marx se preguntaba entonces cómo se puede desplazar el capital de un sector al otro, dada la tendencia a la igualación de la tasa de ganancia en todos los sectores mediante la competencia, y mostraba que pueden surgir fácilmente situaciones en las que la reinversión de capital crea desproporciones entre los sectores y que esas desproporciones pueden retroalimentarse provocando una crisis. El problema surge porque, tratando de maximizar su tasa de beneficio, los capitalistas individuales tienden a una mala distribución del flujo de capital entre los dos sectores. Posteriores investigaciones basadas en los argumentos de Marx pero que utilizaban modelos matemáticos más sofisticados sugerían que Marx estaba acertado en su razonamiento general. El economista japonés fallecido recientemente Michio Morishima (1923-2004) mostraba por ejemplo que, dependiendo de la dinámica del cambio tecnológico y la concentración de capital en los dos sectores, se darían, bien «oscilaciones explosivas», bien una «divergencia monótona» con respecto a un crecimiento equilibrado de la economía. Esta observación confirmaba las conclusiones de modelos anteriores (basados indirectamente en la obra pionera de Marx sobre los esquemas de reproducción) del crecimiento económico obtenidas por los economistas Roy Harrod y Evsey Domar durante las décadas de los treinta y cuarenta, según las cuales el crecimiento económico se movía siempre «en el filo de la navaja» del crecimiento equilibrado y podía muy fácilmente desviarse de esa estrecha senda y caer a un lado o al otro dando lugar a importantes crisis.

Lo que también mostraron fue que las crisis son de hecho no sólo inevitables sino también necesarias, ya que es la única forma de restaurar el equilibrio y de resolver, al menos temporalmente, las contradicciones internas de la acumulación de capital. Las crisis son, por decirlo así, racionalizadoras irracionales de un capitalismo siempre inestable. Durante una crisis como la que estamos viviendo, es importante tener siempre presente ese hecho. Siempre hay que preguntarse: ¿qué es lo que se está racionalizando aquí y en qué dirección se producen las racionalizaciones, dado que eso será lo que definirá no sólo el modo de salir de la crisis sino el carácter futuro del capitalismo? En tiempos de crisis siempre hay opciones, y cuál se elija depende de la relación de fuerzas entre las clases y de las concepciones mentales sobre lo que podría ser posible. No era inevitable la opción de Roosevelt por el New Deal, como tampoco lo era la contra-

rrvolución de Reagan-Thatcher de principios de la década de los ochenta; pero las posibilidades tampoco son infinitas. A los analistas y pensadores les corresponde descubrir lo que podría ser posible ahora y afianzarlo en relación con lo que cabe deducir del estado actual de las relaciones de clase en el mundo entero.

* * * * *

En la base de la larga cadena de abastecimiento que aporta los medios de producción a los capitalistas, acecha un problema más profundo de límites naturales potenciales. El capitalismo, como cualquier otro modo de producción, depende de la generosidad de la naturaleza. El agotamiento y degradación de la tierra y los llamados recursos naturales no tiene más sentido a largo plazo que la destrucción del poder colectivo de los trabajadores, ya que en ambos se basa la producción de toda riqueza; pero los capitalistas individuales, afanándose por sus propios intereses a corto plazo, impelidos por las leyes coercitivas de la competencia, se ven perpetuamente tentados a adoptar como divisa *après moi le déluge* con respecto tanto a los trabajadores como a la naturaleza. Y, aunque no fuera así, la pretensión de una acumulación perpetua ejerce una enorme presión sobre los recursos naturales, mientras que el inevitable aumento de la cantidad de productos de desecho pone a prueba la capacidad de los ecosistemas para absorberlos resistiendo su toxicidad. Ahí también el capitalismo puede encontrar límites y barreras cada vez más difíciles de superar o eludir.

Durante toda la historia del capitalismo, la idea que más se ha repetido y con mayor vehemencia con respecto a los límites del capital ha sido la de la escasez de los recursos naturales. Los famosos economistas de la Ilustración Thomas Malthus y David Ricardo pensaban que la disminución tendencial del rendimiento en la agricultura llevaría finalmente a la tasa de ganancia a caer a cero, lo que supondría el fin del capitalismo tal como lo conocemos, porque todos los beneficios serían absorbidos por la renta de la tierra y la obtención de recursos naturales. Malthus fue aún más lejos, insistiendo (en la primera versión de su teoría de la población) en que el conflicto entre el aumento de población y los límites naturales tenía que dar lugar (y de hecho ya lo estaba haciendo) a hambrunas, pobreza, epidemias y guerras, fuera cual fuera la política que se aplicara.

Aunque Marx no era renuente a considerar el fin del capitalismo, criticaba ferozmente las opiniones de Malthus y Ricardo. Con respecto a este último, objetaba que la caída de los costes de transporte y la apertura de nuevas tierras de notable fertilidad, en particular en las Américas, desmentían la idea de que la caída de los beneficios (que Marx aceptaba sin dificultad como tendencia) y las crisis tuvieran nada que ver con escaseces naturales. Cuando se enfrenta a una crisis —observaba irónicamente Marx—, Ricardo «se refugia en la química orgánica». En el caso de Malthus, la principal obje-

ción de Marx era que el capitalismo genera pobreza en virtud de sus relaciones de clase y su imperiosa necesidad de mantener un excedente de mano de obra empobrecida para su futura explotación; pero la atribución del bajo nivel de vida a escaseces naturales (en lugar de atribuirlo a la opresión del capital) ha resucitado periódicamente. Las explicaciones de tipo ecológico estuvieron de moda durante la crisis de la década de los setenta —el influyente libro de Donella H. Meadows *Limits to Growth** se publicó en 1972 y el primer «Día de la Tierra» se celebró en 1970— y a nadie puede sorprender que en tiempos de turbulencia económica se venga invocando desde 2006 una amplia variedad de cuestiones medioambientales —que van desde las subidas vertiginosas del precio del petróleo y de otras mercancías (al menos hasta el otoño de 2008) hasta el calentamiento global—, como explicaciones subyacentes, o al menos como factores coadyuvantes, de nuestras actuales dificultades económicas.

Resulta que hay todo tipo de vías para afrontar los supuestos límites de la naturaleza, a veces para superarlos y más a menudo para eludirlos. La dificultad está en que la categoría «naturaleza» es tan amplia y complicada que abarca prácticamente todo lo que existe materialmente (incluyendo, por supuesto, la llamada «segunda naturaleza» producida mediante actividades humanas que consideraremos separadamente más adelante). Es por tanto extremadamente difícil tropezar con un planteamiento que atribuya exclusivamente a las escaseces naturales (diferenciándolas de las escaseces debidas a las manipulaciones del mercado) el origen de las crisis. El concepto de «recursos naturales» depende de una valoración técnica, social y cultural, por lo que cualquier escasez aparentemente natural puede en principio mitigarse, si no eludirse totalmente, mediante cambios tecnológicos, sociales y culturales; pero resulta que las formas culturales son frecuentemente tan rígidas y problemáticas como cualesquiera otras.

Los tiburones son cazados insensatamente hasta la extinción para satisfacer el apego cultural chino a la deliciosa sopa que con sus aletas se prepara, como lo eran los elefantes africanos por sus colmillos de marfil que, reducidos a polvo, tienen supuestamente poderes afrodisíacos (¡la comercialización de la Viagra puede haber salvado a los pocos elefantes que quedaban!). Las preferencias culturales occidentales por dietas basadas en la carne tienen graves consecuencias para el gasto de energía y el calentamiento global, tanto directamente (el ganado produce enormes nubes de gas metano) como indirectamente (los insumos de energía en la cría de ganado son exorbitantes, comparados con la energía aportada por la carne a la población humana). La preferencia cultural «anglosajona» por la «vivienda propia» en una parcela ha generado pautas urbanísticas que despilfarran suelo y energía. En ninguno de estos casos sería formalmente correcto acusar al capitalismo per se por el de-

* Ed. cast.: *Los límites del crecimiento*, México, Fondo de Cultura Económica, 1972 [N. del T.].

sarrollo y persistencia de esas preferencias culturales medioambientalmente perversas, aunque hay que decir que un capitalismo igualmente perverso está totalmente dispuesto a colmar, comercializar y en algunos casos promover intensamente tales preferencias culturales (como la de las casitas con parcela y el consumo desproporcionado de carne), siempre y cuando con ello se pueda hacer negocio.

Además, la «naturaleza» es un término demasiado simple para captar la inmensa diversidad geográfica de modos de vida y la infinita complejidad de los ecosistemas entrelazados en ella, en las que la desaparición de un humedal aquí, una especie local allá y un hábitat particular acullá puede parecer trivial o inevitable, dados los imperativos derivados del aumento de la población humana, por no mencionar la continuidad de la acumulación sin fin de capital; pero es precisamente la adición de tales cambios a pequeña escala la que puede producir problemas macroecológicos como la deforestación global, la pérdida de hábitats y de diversidad, la desertización y la contaminación oceánica.

La concepción de las relaciones con la naturaleza como algo intrínsecamente dialéctico apunta a una amplia variedad de posibles modificaciones del comportamiento humano, así como a un proceso de evolución natural que incluye la producción humana de la propia naturaleza, lo que hace esta relación dinámica y perpetuamente abierta. Aunque tal formulación cuestionaría la posibilidad de una crisis ambiental prolongada, por no decir definitiva y mucho menos aún «final», también lleva consigo la perspectiva de un encadenamiento de consecuencias imprevistas con efectos perturbadores generalizados para la continuidad de la vida cotidiana, tal como la conocemos. ¿Quién habría pensado que los equipos de refrigeración, que han salvado tantas vidas y han hecho posible la urbanización a gran escala mediante la preservación de la calidad de la comida, podrían causar el agujero de la capa de ozono debido a los clorofluorocarbonos (CFC) utilizados como refrigerantes?; ¿que el de DDT se difundiría de tal modo a lo largo de la cadena alimenticia hasta causar la muerte de los pingüinos antárticos?; ¿o que el amianto y las pinturas con plomo tendrían efectos tan nocivos sobre la salud humana muchas décadas después de su uso? Desde hace mucho tiempo (al menos desde los antiguos griegos) se sabe que las consecuencias medioambientales imprevistas de las actividades humanas pueden ser de muy largo alcance y que la mera utilización del fuego desde tiempos muy antiguos para dejar los campos abiertos a la roturación o la suelta de ovejas y cabras, por no hablar del amplio abanico de efectos tóxicos sobre los ecosistemas del empleo de fertilizantes y plaguicidas durante las últimas décadas, pueden modificar ampliamente y profundamente el entorno hasta el punto de que nada de lo que llamamos naturaleza queda libre de la influencia humana.

Pero la tasa de crecimiento compuesto de la acumulación de capital da lugar inevitablemente a que las consecuencias de esas modificaciones medioambientales

también se hagan más profundas y más amplias con el tiempo. Poco después de que las fábricas de algodón de Manchester comenzaran a emitir humo alrededor de 1780, los brezales y turberas de las colinas Peninas fueron víctimas de las lluvias ácidas; pero aquello no fue nada comparado con la destrucción de los bosques y lagos de Nueva Inglaterra por las centrales eléctricas del valle de Ohio o de los escandinavos por las centrales británicas desde la década de los cincuenta.

Lo que llamamos «naturaleza» no es una entidad pasiva, sino, como dijo en cierta ocasión el filósofo Alfred North Whitehead, «un sistema en búsqueda perpetua de novedad». Para empezar, los movimientos tectónicos bajo la superficie de la tierra generan inestabilidades que dan lugar a terremotos, erupciones volcánicas, maremotos y otros sucesos, mientras que la inestabilidad de la circulación atmosférica y oceánica provoca huracanes, tornados, tormentas de nieve, sequías y oleadas de calor que tienen todo tipo de consecuencias sobre los seres humanos, aunque su distribución geográfica o social sea muy desigual. Además, los negocios realizados aprovechando los desastres humanos inducidos por los sucesos naturales constituyen un rasgo demasiado recurrente del capitalismo como para tomárselo a la ligera.

Aunque la acción humana ha eliminado con éxito la peste bubónica y la viruela, ahora tiene que afrontar nuevos agentes patógenos y enfermedades como el sida, la neumonía atípica, el virus del oeste del Nilo, el Ébola y la gripe aviar, por no hablar de la posibilidad de una nueva pandemia de gripe del tipo de la que mató a millones de personas en 1918. El clima lleva mucho tiempo sometido a una amplia variedad de fuerzas que combinan incómodamente elementos inducidos por los humanos y otros no humanos, de un modo que hace difícil determinar cuál es cuál, aun cuando las mejores mentes científicas trabajan sobre ello para discernir las consecuencias climáticas globales de las acciones humanas. Aunque los efectos son indiscutibles, es casi imposible determinar la totalidad de sus consecuencias. Los cambios en el pasado, antes de que los seres humanos comenzaran a cambiar la faz de la tierra, han sido a veces muy rápidos —al menos medidos en términos geológicos (cientos de años) y bastante impredecibles, con efectos de gran alcance (tal como las oleadas de extinción de especies)—. *Ceteris paribus*, los efectos inducidos indiscutiblemente por los humanos están sujetos a la regla de la tasa de crecimiento compuesto, lo que debería causar cierta preocupación y exigir como mínimo una seria investigación y una acción reguladora preventiva internacional (del tipo del protocolo de Montreal de 1989 que limitó el uso de clorofluorocarbonos). Pero, incluso así, quienquiera que piense que puede predecir los cambios climáticos futuros con cierta seguridad se engaña a sí mismo.

Sin embargo, la geografía histórica del capitalismo se ha visto marcada por una increíble fluidez y flexibilidad con respecto a la relación con la naturaleza, incluyendo todo tipo de consecuencias inesperadas (buenas o malas desde la perspectiva del

bienestar humano). De ahí la falsedad del argumento de que existen límites absolutos en nuestra relación metabólica con la naturaleza, que no pueden ser superados ni eludidos de ningún modo; pero esto no significa que las barreras no sean a veces muy serias y que su superación no lleve consigo algún tipo de crisis medioambiental general (a diferencia del colapso de la población de tiburones, que se podría considerar como «meramente» lamentable, si no fuera por el efecto impredecible pero probablemente considerable que tendrá sobre todo el ecosistema oceánico).

Gran parte de la política capitalista, en particular estos días, consiste en asegurar que los dones gratuitos de la naturaleza son fácilmente accesibles para el capital y que así seguirá siendo en el futuro. Las tensiones en la política capitalista sobre ese tipo de cuestiones pueden a veces ser muy agudas. Por ejemplo, el deseo de mantener un flujo creciente de petróleo barato ha sido decisivo para la actitud geopolítica de Estados Unidos durante los últimos cincuenta o sesenta años, precisamente porque la absorción de capital en la urbanización periférica de las grandes ciudades a partir de 1945 dependía de la disponibilidad de petróleo barato. La pretensión de garantizar el acceso a las reservas mundiales de petróleo ha llevado a Estados Unidos al conflicto en Oriente Medio y en otros lugares, y la política energética, por poner un ejemplo de una relación crucial con la naturaleza, ha aparecido con frecuencia en el primer plano de las preocupaciones estatales y en las relaciones interestatales.

Por otro lado, el programa de petróleo barato ha generado problemas de explotación excesiva, además del calentamiento global y muchas otras cuestiones relacionadas con la calidad de la atmósfera (deterioro de la capa de ozono, nieblas tóxicas, lluvias ácidas, etc.) que plantean riesgos crecientes para la población humana. La expansión urbana descontrolada (que conlleva un consumo desproporcionado de energía) ha producido un abuso disparatado del concepto de «suelo urbanizable» que ha favorecido las consecuencias desastrosas de las inundaciones al cegar las torrenteras y cauces fluviales, así como la creación de «islas de calor» urbanas. Estos impactos medioambientales complementan el agotamiento de los recursos naturales requeridos para mantener una industria automovilística que desempeñó un papel tan decisivo en la absorción de capital excedente desde la década de los treinta en adelante.

Algunos marxistas, encabezados por el economista californiano Jim O'Connor, fundador de la revista *Capitalism, Nature, Socialism*, se refieren a las barreras naturales como «la segunda contradicción del capitalismo» (siendo la primera, por supuesto, la relación capital-trabajo). En nuestros días es evidentemente cierto que esa «segunda contradicción» absorbe tanta atención política como la cuestión laboral —si no más— y existe mucha preocupación, ansiedad política y esfuerzos centrados en la idea de una crisis en la relación con la naturaleza como fuente sostenible de materias primas, como suelo para nuevos desarrollos capitalistas (urbanos y agrícolas) y como sumidero para un vertido creciente de desperdicios tóxicos, pero existe

el peligro de exagerar los límites supuestamente «naturales» en lugar de atender a la dinámica capitalista que impone cambios medioambientales y a las relaciones sociales (particularmente de clase) que impulsan esa dinámica en direcciones ecológicamente perversas. La clase capitalista, no hace falta decirlo, se complace al ver su responsabilidad desplazada y enmascarada, al menos en ese asunto, por una retórica ecologista que la difumina como principal causante del problema. Cuando el precio del petróleo se disparó durante el verano de 2008, en lugar de culpar a las compañías petrolíferas y los especuladores, todo el mundo hablaba de la «escasez natural» de los combustibles fósiles.

En la obra de O'Connor esa segunda contradicción del capitalismo llegó a desplazar a la primera tras las derrotas del movimiento obrero y socialista durante la década de los setenta. Para él, el movimiento ecologista constituye (debería constituir) la vanguardia de la agitación anticapitalista y, de hecho, durante las décadas de los ochenta y noventa pareció a veces como si fuera el único movimiento anticapitalista realmente vivo. Dejaré que cada uno saque sus conclusiones sobre lo lejos que se puede llevar ese tipo de política; pero lo cierto es, en cualquier caso, que la barrera en la relación con la naturaleza no debe tomarse a la ligera y que sus tensiones se vienen haciendo, junto con todo lo demás, más globales.

Puede haber una crisis inminente en nuestra relación con la naturaleza que requerirá adaptaciones generalizadas (culturales, sociales y técnicas) si se quiere superar con éxito esa barrera, al menos por un tiempo, sin salirse del marco de la acumulación sin fin del capital. El hecho de que en el pasado el capitalismo haya superado con éxito las barreras naturales, y de que lo haya hecho tan rentablemente, dado que las tecnologías «respetuosas con el medio ambiente» se han convertido en grandes negocios que pueden ser todavía mucho mayores (como propone el gobierno de Obama), no significa que nuestra relación con la naturaleza pueda convertirse nunca en una especie de límite insuperable; pero, en términos de la crisis inmediata de nuestra época iniciada en 2006, no se le puede otorgar la primacía a la cuestión de los límites naturales; en cuanto al llamado «pico del petróleo» y sus efectos sobre el precio de la energía, creo que merece un comentario algo más detallado.

Como punto de partida hay que señalar que lo que comenzó a parecer el mayor de los límites naturales potenciales al desarrollo capitalista en Gran Bretaña durante el siglo XVIII fue fácilmente superado recurriendo a los combustibles fósiles y gracias a la invención de la máquina de vapor. Antes de aquella época había que servirse de la tierra tanto para obtener alimentación como para la producción de energía (de la biomasa) e iba quedando cada vez más claro que no se podía utilizar para ambos fines con una tasa de crecimiento compuesto teniendo en cuenta la capacidad de transporte de la época. A partir de 1780, poco más o menos, la energía podía obtenerse del subsuelo (empleando las reservas de carbón creadas durante el periodo Carbonífero)

y así se podía utilizar la tierra únicamente para la producción de alimentos. Un siglo después se pudieron aprovechar igualmente las inmensas reservas de energía del Cretácico en forma de petróleo y gas natural. Si hago esta observación, es para señalar la obvia estupidez de tratar de responder a la supuesta escasez contemporánea recurriendo a la producción de etanol, que hace retroceder la obtención de energía a la tierra (utilizando en general más energía que la que de hecho se obtiene realmente) con efectos inmediatos y muy graves sobre el precio del grano. La perversidad de una política que nos retrotrae a la trampa británica «energía frente a alimentos» durante el siglo XVIII es ciertamente chocante. ¿Cómo ha llegado a suceder esto?

La idea del «pico del petróleo» se remonta a 1956, cuando un geólogo que entonces trabajaba para la Shell Oil en Texas, M. King Hubbert, predijo, basándose en una fórmula que relaciona la tasa de nuevos descubrimientos con la tasa de explotación, que la producción de petróleo en Estados Unidos alcanzaría un máximo en la década de los setenta y que a partir de entonces iría disminuyendo gradualmente. Perdió su empleo en la Shell, pero sus predicciones se demostraron correctas y desde la década de los setenta Estados Unidos viene dependiendo cada vez más del petróleo extranjero a medida que se iban agotando sus fuentes domésticas. Estados Unidos importa ahora alrededor de 300 millardos de dólares de petróleo anualmente, lo que supone casi una tercera parte de un déficit comercial creciente que debe cubrir pidiendo prestados al resto del mundo más de dos millardos de dólares diarios. El reciente giro al etanol combina un intento de disminuir la vulnerabilidad político-económica de Estados Unidos en lo que hace a su dependencia del extranjero con una sustanciosa subvención a un poderoso grupo de agronegocios que domina el muy antidemocrático Senado estadounidense (donde los estados rurales controlan el 60 por 100 de los votos) y que viene siendo desde hace tiempo uno de los grupos de presión más poderosos de Washington (el alto nivel de subvenciones agrícolas en Estados Unidos ha sido una de las cuestiones más contenciosas en las negociaciones con el resto del mundo en la OMC). El subsiguiente aumento del precio del grano para la alimentación, absolutamente predecible, fue también una buena noticia para los agronegocios, mientras que los neoyorquinos vieron casi de repente aumentar el precio de sus roscas tradicionales un 50 por 100. El consiguiente agravamiento del hambre en el mundo no es ninguna broma. Como señalaba un crítico de la tesis de Hubbard, «llenar el tanque de gasolina de un todoterreno con 100 litros de etanol puro requeriría más de 200 kilogramos de maíz, lo que suponen calorías suficientes para alimentar a una persona durante un año. Si se mantiene la actual tendencia (2008), el número de personas crónicamente hambrientas podría duplicarse de aquí a 2025, llegando a los 1.200 millones».

Todo esto se ve respaldado por la creciente evidencia (y mucha retórica) de que la fórmula del «pico del petróleo» que Hubbert aplicó a Estados Unidos podría

aplicarse igualmente para predecir la evolución de la oferta global de petróleo. Dado que el máximo en la tasa mundial de descubrimientos se alcanzó, según los datos, a mediados de la década de los ochenta, se podría anticipar genéricamente que la producción de petróleo llegará a un punto máximo alrededor de 2010. Varios países productores de petróleo, y no sólo Estados Unidos, han dado por válida la fórmula del pico de Hubbert, entre ellos Kuwait, Venezuela, el Reino Unido, Noruega y México. Aunque la situación en otros lugares, en particular en Arabia Saudí (donde circulan rumores de que ya se ha llegado al máximo de la producción), Oriente Medio en general, Rusia (donde el presidente Putin declaró recientemente, aunque seguramente más por razones políticas que factuales, que el máximo de la producción de petróleo había quedado atrás) y África, es difícil de seguir con cierta fiabilidad, el aumento del precio del petróleo desde menos de 20 dólares el barril en 2002 a 150 dólares el barril (duplicando el precio en las gasolineras para los consumidores estadounidenses) en el verano de 2008 parecía ofrecer todas las pruebas necesarias para demostrar que se había llegado a ese «pico del petróleo» y que la producción global iría disminuyendo a partir de entonces. Afortunada o desafortunadamente, según la opinión de cada uno, el precio del petróleo descendió repentinamente a menos de 50 dólares el barril a finales de 2008, planteando un gran interrogante popular sobre la validez de la teoría y abriendo la vía a una relajación del temor de los bancos centrales a que el aumento del precio del petróleo disparara la inflación, de forma que los tipos de interés pudieron reducirse en Estados Unidos hasta cerca de cero a finales de 2008. Dado que a menudo se menciona un precio del petróleo de 50 dólares el barril como límite por encima del cual el etanol resulta rentable, la gran inversión realizada desde 2006 para casi duplicar el número de plantas productoras de etanol en Estados Unidos podría estar ahora en peligro.

Hay que explicar cómo y por qué la escasez supuestamente debida a la naturaleza y representada tan expresivamente por la fórmula del pico del petróleo puede ser tan volátil en el mercado. Pero, para entrar en ello, debemos introducir otra categoría distributiva, que Marx dejó como otras «para más tarde»: la renta de la tierra y los recursos naturales. Hay dos tipos de renta importantes al respecto (dejaré de lado una tercera categoría a la que Marx proponía llamar «renta absoluta», porque francamente no creo que sea útil). El primero se suele llamar «renta diferencial» y proviene de la diferencia de fertilidad o rendimiento de tierras, minas o pozos de petróleo con respecto a las menos productivas que haya que explotar para satisfacer las necesidades del mercado. La renta diferencial puede tener también con frecuencia un componente local (el suelo próximo al centro de una ciudad suele ser más valioso que el de la periferia y los pozos de petróleo en tierra son más fáciles de explotar que en el fondo del mar o en lugares del Ártico). En el caso del petróleo, para que los capitalistas se decidan a explotar un yacimiento, deben obtener de él al menos

los costes de explotación de los pozos menos productivos y menos accesibles más una tasa de beneficio estándar sumada a la media, y eso es lo que establece el precio básico del petróleo. Todos los demás productores obtienen mayores beneficios, ya que sus costes de producción y accesibilidad son menores y su rendimiento mayor que en los campos más marginales. ¿A quién va a parar ese mayor beneficio? Dado que se pueden ejercer derechos de propiedad sobre la tierra y sobre los pozos de petróleo, el poseedor de esos derechos (ya sea un individuo o el Estado) puede reclamar una tasa o regalía para permitir que otro acceda a la tierra o al recurso del que se trate. Esa tasa puede ser un pago en dinero (renta) por el uso del recurso, una parte de los beneficios que obtiene la entidad explotadora o, si ésta es también propietaria del recurso en cuestión (como en el caso de una compañía petrolífera de propiedad estatal), puede ser un recargo sobre el precio con que lo vende en el mercado. En cualquiera de esos casos, el propietario tiene un «precio de reserva» mínimo que suele demandar y cobrar antes de ceder el recurso para que otros lo exploten, y que puede cubrir toda o la mayor parte de la renta diferencial si es lo bastante hábil y la producción todavía no ha comenzado.

La propia existencia de ese precio de reserva atestigua la renta de monopolio vinculada a todo tipo de derechos de propiedad reconocidos por los dispositivos institucionales que caracterizan al capitalismo. El propietario de un terreno puede vetar el acceso a él y negarse a cederlo hasta que se alcance su precio de reserva. En situaciones competitivas ese precio de reserva suele ser bastante bajo porque existe abundante tierra disponible, los productores pueden optar por otra localización y, si no se les cede ese terreno (mediante venta, arrendamiento u otro tipo de alquiler) a un precio razonable, buscarán otro. En algunos casos el precio de reserva se reduce casi a cero, aunque quizá entonces el interés del propietario por ceder su terreno sea muy escaso.

Pero, llegados a este punto, tenemos que reconocer también que la fertilidad o productividad del recurso no se debe enteramente a la naturaleza, sino también a las inversiones en tecnología y mejoras que elevan la productividad del recurso original a nuevos niveles. En el caso de la tierra, su fertilidad puede modificarse. El propietario de un terreno estará interesado, naturalmente, en que su usuario mejore su productividad. En el periodo de mayor éxito de la «agricultura intensiva» en Gran Bretaña durante el siglo XIX, antes de la larga depresión agrícola iniciada en 1873, los propietarios preferían los largos arrendamientos, ya que animaban a los arrendatarios a emprender mejoras a largo plazo (como el drenaje, fertilización y técnicas de rotación de cultivos) que mejoraban la fertilidad en lugar de degradarla. En este caso la renta diferencial quedaría en manos de un usuario durante el tiempo del arrendamiento como ganancias por la inversión de capital en mejoras a largo plazo. Pero ¿qué podemos decir de la tierra extremadamente fértil drenada o ganada al mar durante el siglo XVI?

La renta diferencial como categoría única envuelve bellamente la dificultad de discernir lo que viene dado por la naturaleza y lo que surge como resultado de la acción humana, si bien pone de relieve la decisión estratégica que debe afrontar el propietario de cualquier recurso: explotarlo con eficiencia despiadada hasta que se agote (ya se deba su productividad a la naturaleza o a la acción humana), o cuidarlo y mejorarlo para un uso futuro y potencialmente sostenible a largo plazo.

En el caso de los pozos petrolíferos, no obstante, se trata de un recurso no renovable, cuyo precio de reserva viene dado por las condiciones de relativa escasez. La renta diferencial que se obtiene de ellos (ya provenga de mejoras en la tecnología de la producción o de las condiciones naturales, digamos, de la elevada presión y gran cantidad en el subsuelo) aparece aquí subsumida en la renta de monopolio, como viene sucediendo obviamente en el caso del control de la OPEP sobre la oferta de petróleo al mercado mundial con un ritmo que permite mantener o estabilizar los precios a un nivel determinado. El margen de maniobra de la OPEP está limitado, por supuesto, por el hecho de que no todos los países con petróleo pertenecen al cártel; pero, pese a las objeciones usuales, tanto los productores como los usuarios se benefician en general de la razonable estabilidad de los precios de mercado debida a las decisiones de la OPEP. Así pues, ¿de dónde proviene esa volatilidad del precio del petróleo?

Esto nos lleva al núcleo del problema, porque el mercado del petróleo se ve condicionado tanto por las escaseces derivadas de las condiciones sociales, económicas y políticas como por la escasez natural. La renta y los futuros del petróleo son objeto de inversión especulativa y la creencia en alguna escasez inminente (ya se deba a inestabilidades políticas, guerras o picos del petróleo) eleva espectacularmente los precios, particularmente en momentos en que se da una escasez temporal de la oferta conjugada con cierto «pico» de la demanda, como el que se produjo a mediados de la década de los noventa cuando China y la India entraron en el mercado del petróleo con la misma fuerza con que crecía su economía. Las rentas de futuros del petróleo se capitalizan así como una especie de capital ficticio y pretenden también circular de forma que todos los operadores en esos mercados cubran sus apuestas, por lo que crean todo tipo de derivados tratando de manipular el mercado de forma que los favorezca. Cuando el precio del petróleo sube, se ponen en explotación (en algunos casos se reabren) todo tipo de fuentes marginales, simplemente porque la definición del margen fluctúa con gran volatilidad. Las arenas bituminosas de Athabasca en Canadá son caras de explotar, pero resultan altamente rentables cuando el precio del petróleo sube por encima de los 150 dólares por barril; el problema es que lleva un tiempo considerable iniciar la explotación de nuevas fuentes o reanudar la de otras abandonadas, y por eso la respuesta a un aumento de la demanda es lenta a menos que exista capacidad ociosa, como la controlada por la OPEP, que puede ponerse en funcionamiento más fácil-

mente. Pero también a este respecto toda la operación, incluido el refinado, es intensiva en capital y muy sensible a la situación en el mercado de capitales, a los márgenes de beneficio y a lo que esté sucediendo en el mercado de futuros del petróleo, que es uno de los grandes casinos de apuestas y se ve muy influido por la disponibilidad de capital excedente. Cuando el mundo está inundado de liquidez, ¿por qué no dedicar parte de ella a apostar en el mercado de futuros del petróleo, en particular cuando hay quien dice que su último y definitivo pico está a la vuelta de la esquina?

Lo que queda claro como consecuencia de todo esto es que la relación con la naturaleza es una vía de dos direcciones, en la que los caprichos y contingencias de los cambios y la evolución que se produce naturalmente se ven compensados por los caprichos y contingencias de las situaciones sociales, económicas y políticas que definen tanto el significado como la relación con la naturaleza. Las barreras a la acumulación se disuelven y reconstituyen permanentemente en torno a la cuestión de las llamadas escaseces naturales y, de vez en cuando, como podría haber dicho Marx, esas barreras se pueden transformar en contradicciones y crisis absolutas.

* * * * *

La humanidad viene modificando la naturaleza desde hace milenios. El medio ambiente es una categoría que tiene que incluir los montes deforestados, los bosques talados y replantados, los campos roturados, los pantanos y humedales drenados, los ríos desviados y estuarios dragados, canales, diques, acequias y otros sistemas de regadío, conducciones de agua y alcantarillado, las carreteras, ferrocarriles, puertos y embarcaderos, los aeropuertos y terminales construidos, los generadores y redes de energía eléctrica, telegráficas, telefónicas y de comunicaciones, grandes ciudades, urbanizaciones periféricas, fábricas, escuelas, casas, hospitales, supermercados y centros turísticos. Esos entornos, además, están habitados por especies totalmente nuevas (como los perros, gatos, nuevas especies de ganado y pollos sin plumas) que se han creado mediante prácticas de hibridación selectiva (a las que se han añadido recientemente las de ingeniería genética que modifican plantas de cultivo como los cereales y tomates) o que han sufrido mutaciones o han encontrado nuevos nichos ambientales (piénsese en la evolución de agentes patógenos como el de la gripe aviar que, después de mutar, encontró un primer caldo de cultivo en las granjas recientemente construidas para la producción de pollos sin plumas). Queda muy poco de la superficie del planeta que se pueda imaginar como naturaleza pura y prístina carente de modificaciones humanas. Por otra parte, no hay nada antinatural en que las especies, incluida la muestra, modifiquen su entorno de forma que facilite su propia reproducción. Lo hacen las hormigas, lo hacen las abejas y lo hacen, espectacularmente, los castores. Del mismo modo que no hay nada antinatural

en un montículo construido por termitas, tampoco lo hay en la edificación de la ciudad de Nueva York.

Todo esto ha supuesto, no obstante, grandes dosis de energía e ingenio. El entorno construido constituye un vasto campo de medios colectivos de producción y consumo que absorbe enormes cantidades de capital, tanto para su construcción como para su mantenimiento. La urbanización es una forma eminente de absorber el excedente de capital.

Pero proyectos de ese tipo no se pueden poner en marcha sin disponer de un enorme poder financiero, y el capital invertido en tales proyectos tiene que estar dispuesto a esperar largo tiempo sus ganancias. Esto implica la participación del Estado o de un sistema financiero lo bastante robusto como para reunir el capital e invertirlo y esperar pacientemente los deseados efectos y retribuciones a largo plazo. Esto ha supuesto normalmente innovaciones radicales en el nexo Estado-finanzas. Desde la década de los setenta innovaciones financieras como la titulización de las deudas hipotecarias y el prorrateo de los riesgos de inversión mediante la creación de los mercados de derivados, todos ellos respaldados tácitamente (y ahora, como vemos, también explícitamente) por los poderes estatales, han canalizado el flujo de un enorme excedente de liquidez hacia todas las facetas de la urbanización y la construcción del entorno en el mundo entero.

Las innovaciones en el nexo Estado-finanzas eran necesarias para canalizar los excedentes hacia la urbanización y proyectos infraestructurales (por ejemplo, la construcción de presas y autopistas). Pero la inversión excesiva en tales proyectos durante los últimos treinta años se ha convertido una y otra vez en detonante del estallido de crisis. Como he señalado antes, varias de las crisis financieras acontecidas desde 1970 se han debido a una hiperampliación del mercado de la propiedad inmobiliaria.

La tasa de crecimiento compuesto inserta en el núcleo del modo de producción capitalista no se puede alcanzar sin crear primero las condiciones infraestructurales físicas necesarias. Una expansión económica en determinado país impulsada por las exportaciones requiere instalaciones adecuadas de transportes y puertos, del mismo modo que una fábrica no puede funcionar sin el suministro adecuado (a veces muy abundante) de agua y energía y una infraestructura de transportes y comunicaciones que evite al proceso de producción demasiados cuellos de botella en el abastecimiento de insumos (incluida la fuerza de trabajo) y en la comercialización posterior del producto. Por otra parte, los trabajadores tienen que vivir, comprar, educar a sus hijos y satisfacer sus necesidades de ocio en algún lugar relativamente cercano.

Las vastas infraestructuras que constituyen el entorno construido son una condición material necesaria para que tenga lugar la producción, circulación y acumulación capitalista. Esas infraestructuras exigen además un mantenimiento constante para que

puedan funcionar adecuadamente, por lo que hay que dedicar a ese fin una parte creciente del producto económico. Los fallos de mantenimiento (como la caída de una red eléctrica, la interrupción del suministro de agua o trastornos en los sistemas de transportes y comunicaciones) son bastante corrientes hasta en las economías capitalistas más avanzadas (en los últimos años buena parte de los desastres infraestructurales, como el hundimiento de puentes y disfunciones en las redes de suministro de energía, se han producido en Estados Unidos). La renovada acumulación de capital se basa además, en buena medida, en la construcción de nuevas infraestructuras. La supervivencia del capitalismo está por tanto muy relacionada con la planificación y financiación de inversiones infraestructurales materiales apropiadas a una tasa de crecimiento compuesto. El capital tiene que crear en cada momento un entorno adecuado a sus propias exigencias —una segunda naturaleza construida a su propia imagen y semejanza, por decirlo así—, que reformará inevitablemente en un momento posterior a fin de posibilitar una nueva acumulación acrecentada.

Pero ¿qué incentivos existen para que el capital invierta en esas infraestructuras? La respuesta obvia es una tasa de ganancia apetitosa, y esto significa que hay que hacer pagar de algún modo el uso de esas infraestructuras a quienes se benefician de ellas. Aunque eso es bastante fácil de imaginar con respecto a las casas, tiendas y fábricas que se pueden alquilar, arrendar o vender a los usuarios, y también es imaginable (aunque no necesariamente deseable) para ciertos bienes de uso colectivo (tales como las autopistas, escuelas, universidades u hospitales) que se pueden financiar cobrando una tasa por servicio, hay todavía muchos aspectos del entorno construido de uso común y por los que es muy difícil extraer un pago directo. Corresponde entonces al Estado el papel decisivo en la financiación, para lo que se vale de la extracción de impuestos. La teoría de los gastos productivos del Estado de la que fueron precursores los financieros saint-simonianos en el París del Segundo Imperio y que más tarde generalizó Keynes sugiere que la base impositiva debería aumentar en la medida en que el capital privado responda positivamente a las posibilidades generadas por las nuevas aportaciones infraestructurales. El resultado es cierto tipo de circulación Estado-capital en el que las inversiones estatales no sólo quedan compensadas sino que proporcionan ingresos extraordinarios que se pueden invertir en nuevas infraestructuras.

Consideraciones de este tipo requieren que liberemos el concepto de producción de su confinamiento acostumbrado. La imagen de la producción que prevalece habitualmente es la de los obreros que se esfuerzan duramente, por ejemplo, en la línea de montaje de una fábrica de automóviles. Pero los trabajadores que construyen y mantienen las autopistas, los sistemas de abastecimiento de agua, el alcantarillado y las casas, y los que se ocupan de la arquitectura del paisaje o de la decoración interior, son igualmente relevantes. Una multitud de firmas y trabajadores están activa-

mente dedicados a la producción (casi siempre financiada mediante la deuda) urbanística, o lo que quizá habría que llamar, más genéricamente, producción de nuevos espacios, lugares y entornos. Las luchas políticas que surgen en ese campo suelen mostrar características bastante peculiares: los obreros de la construcción que bregran ferozmente con los contratistas por sus salarios, condiciones de trabajo y seguridad suelen apoyar sin embargo los proyectos de desarrollo tanto privados como públicos, sean del tipo que sean; cuando esos proyectos suscitan oposición por razones medioambientales, políticas o sociales, o porque casi siempre implican la desposesión de derechos sobre la tierra de poblaciones con frecuencia vulnerables, puede suceder que distintos sectores de la clase obrera se enfrenten, en lugar de unirse en una lucha anticapitalista.

La producción de espacios y lugares ha absorbido, con el tiempo, grandes cantidades de excedente de capital. Se han creado nuevos paisajes y nuevas geografías en las que el capital circula a menudo aquejado de graves contradicciones. Para obtener rendimiento de la gran cantidad de capital fijo inserto en la tierra (la próxima vez que tome un avión, mire por la ventanilla para apreciar la vastedad de esa inversión), debe ser usado y amortizado aquí y ahora por productores capitalistas. Abandonar todos esos activos, como sucedió en muchas viejas ciudades industriales en la gran oleada de desindustrialización de la década de los ochenta, supondría pérdidas (tanto sociales como infraestructurales) y podría dar lugar a crisis que afectarían no sólo a los acreedores de muchas de esas inversiones infraestructurales, sino al conjunto de la economía. Ahí es donde se hace más visible la tesis de Marx de que el capitalismo encuentra inevitablemente barreras por su propia naturaleza (en este caso, en los espacios, lugares y entornos que ha producido).

* * * * *

Las relaciones entre el capital y el trabajo, así como entre el capital y la naturaleza, se ven mediadas por la elección de tecnologías y formas organizativas. Creo que una de las mejores teorizaciones de Marx es la de las fuerzas que impulsan esas opciones y la razón de que los capitalistas fetichicen las tecnologías (en particular la maquinaria) y las nuevas formas organizativas. Si se encuentran con un problema, tiene que haber a su juicio una solución tecnológica u organizativa.

Las máquinas no pueden producir beneficios por sí mismas, pero los capitalistas que disponen de mejores tecnologías y formas organizativas obtienen prácticamente siempre una tasa de beneficio más alta que sus competidores y acaban expulsándolos del negocio. Al hacerlo, el coste de los bienes consumidos por los trabajadores suele disminuir debido al aumento de productividad. Se pueden reducir entonces los costes laborales sin disminuir el nivel de vida y los trabajadores, generando un

beneficio mayor para todos los capitalistas. Si el aumento de productividad es muy grande, el nivel de vida material de los obreros puede aumentar aunque bajen los salarios; esto, lo que sucedió en Estados Unidos después de la década de los noventa con el sistema Wal-Mart de ventas basado en importaciones baratas de China. Obsérvese que la ventaja para Wal-Mart era más de tipo organizativo que de maquinaria.

El resultado es un perpetuo incentivo para el dinamismo organizativo y tecnológico. Como señala Marx en el capítulo sobre «Maquinaria y gran industria» del primer volumen de *El capital*, «la industria moderna nunca considera o trata la forma existente de un proceso de producción como definitiva. Su base técnica es por lo tanto revolucionaria, mientras que en todos los modos de producción anteriores era esencialmente conservadora». Éste es un tema recurrente en los textos de Marx. Como señalaron perspicazmente él y Engels en el *Manifiesto comunista*, «la burguesía no puede existir sin revolucionar incesantemente los instrumentos de la producción, y con ellos las relaciones de producción y todas las relaciones sociales [...]. La revolución continua de la producción, la incesante conmoción de todas las condiciones sociales, la incertidumbre y agitación permanente distinguen la época burguesa de todas las anteriores».

Pero ¿por qué se da ese impulso revolucionario en el núcleo del capitalismo, y por qué es éste tan diferente de otros modos de producción? A los seres humanos les fascina claramente la perpetua búsqueda de novedades, pero las condiciones sociales y culturales bajo las que esa fascinación puede convertirse en una fuerza impulsora decisiva de la evolución humana son muy especiales. La mayoría de los órdenes sociales que han existido hasta ahora eran intrínsecamente conservadores. Trataban de preservar el statu quo, de proteger a una clase dirigente y de reprimir los impulsos humanos hacia la innovación y las nuevas ideas. Éste fue, por ejemplo, un rasgo distintivo persistente de la civilización china, y en último término fue también el talón de Aquiles del comunismo realmente existente; la osificación burocrática de la estructura de poder se convirtió en su gran problema.

Por razones muy debatidas y que probablemente nunca dejarán de serlo, entre la Inquisición católica que persiguió a Galileo a principios del siglo XVII y la invención por Watt de la máquina de vapor a finales del siglo XVIII, en toda Europa y en Gran Bretaña en particular tuvo lugar una reconfiguración radical de las condiciones sociales, políticas, culturales y legales que convirtieron la innovación y las nuevas ideas en la fórmula mágica para la creación de riqueza y poder. La clase dominante siguió dominando pero no necesariamente a través de las mismas personas o de sus descendientes biológicos.

El tipo de sociedad que surgió de ahí se basaba en el derecho de propiedad privada, el individualismo jurídico y cierta versión del librecambismo y el libre mercado, y asignaba al Estado la tarea de gestionar esa economía, lo que ciertamente le

ofrecía la posibilidad de aumentar su riqueza y poder. Aunque nada de esto funcionaba exactamente según las prescripciones de John Locke y Adam Smith —basta leer *Casa desolada*, de Charles Dickens, con sus interminables querellas jurídico-legales en el Tribunal de la Cancillería, para percibir que la sociedad británica seguía (y sigue) debatiéndose en una lucha perpetua por el poder entre el antiguo régimen y el nuevo orden social—, tanto en Gran Bretaña como en sus antiguas colonias como los Estados Unidos de América, las leyes coercitivas de la competencia que derivaban de esos nuevos dispositivos institucionales pudieron imponerse en general por encima de las fronteras de clase y de estatus.

El mecanismo primario que libera la innovación de la represión y el control regulador es, por lo tanto, la competencia. Ésta produce por regla general una corriente perpetua de innovaciones tecnológicas y nuevas formas organizativas, simplemente porque los capitalistas que aplican procesos de trabajo más eficientes, eficaces y productivos obtienen mayores beneficios que el resto. La búsqueda de mayor eficiencia abarca de hecho todos los aspectos de la circulación de capital, desde el acceso a la mano de obra y medios de producción (de ahí la estructura de la cadena de abastecimiento de la corporación moderna, basada en la entrega justo a tiempo de empresas subcontratadas) mediante estrategias de mercado eficientes y de bajo coste (el síndrome Wal-Mart). Las entidades capitalistas, desde los empresarios individuales a las grandes corporaciones, están por eso obligadas a atender escrupulosamente a las formas organizativas y tecnológicas y andan al acecho de innovaciones que les puedan proporcionar mayor beneficio, al menos durante un tiempo. El problema es que el beneficio excedente que obtienen así es efímero, porque los competidores pueden ponerse al día más o menos fácilmente e incluso dar un salto por encima de su ventaja tecnológica y organizativa.

La competencia feroz, que los capitalistas llaman a veces «ruinosa», tiende por tanto a producir innovaciones a saltos que muy a menudo llevan a los capitalistas a fetichizar la innovación tecnológica y organizativa como respuesta a todas sus oraciones (incluido el sometimiento de los trabajadores, tanto en el mercado laboral como en el proceso de trabajo). Ese fetichismo se ve alimentado hasta el punto de que la propia innovación se convierte en un negocio que trata de configurar su propio mercado persuadiendo a todos y cada uno de nosotros de que no podemos sobrevivir sin disponer del último artilugio salido de sus gabinetes de investigación. El miedo al impacto destructivo y potencialmente ruinoso de las nuevas tecnologías provoca a veces intentos de controlar o incluso suprimir las innovaciones amenazadoras. En tiempos recientes se ha hablado del monopolio o compra de patentes o de la obstrucción sistemática de ciertas innovaciones (como los automóviles eléctricos), pero, tal como vemos actualmente en el caso de la industria automovilística de Detroit, ese tipo de respuesta es inviable a largo plazo.

Pero no sólo importa la competencia entre los capitalistas. Hay otras instancias de toma de decisiones que desempeñan un papel decisivo en el fomento de la innovación, la más importante de las cuales es el aparato estatal. En 1648 se estableció en Europa un sistema interestatal potencial mediante el Tratado de Westfalia. Se constituyeron entidades soberanas, cuya integridad territorial se suponía que debía ser respetada o protegida, por la fuerza si era necesario. Desde aquel momento, muchos Estados se dedicaron a obtener una tecnología militar, formas organizativas y sistemas de transportes y comunicaciones mejores que los de sus vecinos. «Sociedades ilustradas» patrocinadas por el Estado, aunque nominalmente autónomas—como la Académie Française y la British Royal Society—, comenzaron a patrocinar iniciativas de investigación como la famosa búsqueda de un cronómetro que funcionara con precisión en alta mar facilitando así la navegación (aunque los aristócratas que todavía controlaban el poder se negaron a reconocer el logro de un simple artesano, John Hudson, que fue quien resolvió de hecho el problema en 1772). Lo que más tarde se iba a llamar «complejo militar-industrial» surgió premonitoriamente muy pronto en la historia del desarrollo del Estado capitalista (la Escuela Real de Ponts et Chaussées [Puentes y Calzadas], fundada en 1747, se hizo legendaria en Francia por su experiencia científica y tecnológica en problemas de infraestructura y construcción militar). Pero no fue hasta después de la Segunda Guerra Mundial cuando ese aspecto de la innovación cobró una importancia fundamental; la carrera armamentística de la Guerra Fría, la carrera espacial y otras implicaron directamente al Estado en las actividades de investigación y desarrollo junto con empresas capitalistas de diversos sectores económicos (desde la energía nuclear a la captación y transmisión de imágenes desde satélites y la sanidad pública). Los periodos de guerra o de tensión política (como la Guerra Fría, y más recientemente la llamada «guerra contra el terror») han desempeñado así un papel decisivo en la orientación de las vías de innovación. Del mismo modo que el nexo Estado-finanzas desempeña un papel clave en el desarrollo capitalista, surgió también un nexo Estado-corporaciones en torno a cuestiones de investigación y desarrollo en sectores de la economía considerados de importancia estratégica (y no solamente militar) por el Estado. La vigilancia se convirtió también en un gran negocio.

En la medida en que la I + D potencia una ventaja comparativa en la competencia económica global, múltiples departamentos del aparato estatal (que se ocupan de la sanidad, alimentación y agricultura, transportes, comunicaciones y energía, así como de asuntos más tradicionales como el armamento militar y la vigilancia), respaldados por un enorme sistema semipúblico de investigación universitaria y asociados con la industria, desempeñan actualmente un papel vital en la innovación tecnológica y organizativa en las principales potencias capitalistas. En Japón fue el Estado el que organizó burocráticamente las actividades empresariales en torno a un programa de investi-

gación organizativa y tecnológica que permitió a Japón un gran desarrollo industrial (modelo que fue seguido a continuación en Corea del Sur, Taiwán, Singapur y Brasil, y que ocupa ahora un lugar preeminente en la estrategia de desarrollo china).

A medida que todas esas fuerzas confluyen, el ritmo del cambio tecnológico y organizativo se acelera y produce una rápida sucesión de nuevas fronteras en la innovación y desarrollo de los productos, así como en los métodos de producción. Tales oleadas de innovación pueden llegar a ser destructivas y ruinosas incluso para el propio capital, en parte porque hay que arrumbar las tecnologías y formas organizativas del pasado antes de haberse amortizado (como el ordenador con el que estoy trabajando) y porque la incesante reorganización del proceso de trabajo trastorna la continuidad del flujo y desestabiliza las relaciones sociales. La devaluación de inversiones anteriores (maquinaria, plantas y equipo, entorno construido, redes de comunicaciones), antes de que su valor se haya amortizado, se puede convertir en un serio problema. De forma parecida, los rápidos cambios en las exigencias de calidad de la fuerza de trabajo (por ejemplo, la repentina necesidad de nuevas habilidades como el manejo de ordenadores) que superan la capacidad de la mano de obra existente genera tensiones en el mercado laboral. A las infraestructuras sociales y educativas les resulta difícil adaptarse con suficiente rapidez a la constante necesidad de «nueva formación» de los trabajadores, que ejerce una gran presión, no sólo sobre los recursos públicos, sino también sobre la capacidad y las energías individuales, ya que el proceso de desespecialización y reespecialización genera una inseguridad crónica en el empleo asociada al desempleo inducido tecnológicamente (alrededor del 60 por 100 de las pérdidas de empleo en Estados Unidos durante los últimos años se puede atribuir a cambios tecnológicos, mientras que sólo el 30 por 100 se debe a la tan criticada deslocalización de las empresas reubicadas en México, China y otros lugares).

El desarrollo desigual de las capacidades tecnológicas en diferentes sectores, que produce por ejemplo desequilibrios en la producción de bienes de consumo comparados con los medios de producción, puede dar lugar también a crisis de desproporcionalidad en espiral. Cambios espectaculares en las relaciones espacio-temporales derivadas de las innovaciones en los transportes y comunicaciones pueden revolucionar el panorama global de la producción y el consumo (tal como hemos argumentado ya en el caso de la desindustrialización) y originar «crisis de reorientación» (cambios repentinos en los flujos de inversión de capital de un «punto caliente» a otro) en un sistema tornadizo de desarrollo geográfico desigual. Las repentinas aceleraciones en la circulación de capital (como las transacciones informatizadas en los mercados financieros, a las que se acusa con frecuencia de las recientes dificultades en Wall Street) pueden ser caóticas y perturbadoras pero también ventajosas y altamente rentables para aquellos cuyos modelos matemáticos funcionan mejor (al menos durante un tiempo).

La historia de los cambios tecnológicos y organizativos en el capitalismo resulta bastante peculiar, pero es, evidentemente, una espada de doble filo que puede ser tan perturbadora y destructiva como progresiva y creativa. El propio Marx pensaba que había descubierto una explicación irrefutable de la caída de rentabilidad que constituía poco más que una hipótesis en las teorías de Malthus y Ricardo. En su opinión se debía al efecto general de las innovaciones que ahorran trabajo sobre la tasa de beneficio. El desalojo del trabajo, fuente de cualquier nueva riqueza, de la producción, resultaría contraproducente a la larga para la rentabilidad. La caída tendencial de la tasa de ganancia (de la que ya había hablado Ricardo) y las crisis a las que inevitablemente conduce serían así características intrínsecas del capitalismo, inexplicables en términos de límites naturales; pero es difícil entender cómo funciona la teoría marxista de la caída de la tasa de beneficio cuando las innovaciones ahorran también capital o medios de producción (mediante, por ejemplo, un uso más eficiente de la energía), además de ahorrar fuerza de trabajo. El propio Marx elaboró una lista de varias influencias que contrarrestan la caída de la tasa de ganancia, entre ellas el aumento de la tasa de explotación de la mano de obra, la disminución del coste de los medios de producción (innovaciones que ahorran capital), el comercio exterior que disminuye el coste de los recursos, un aumento masivo del ejército de reserva industrial que debilita estímulos para el empleo de nuevas tecnologías, además de la constante devaluación del capital, la absorción del capital excedente en la producción de infraestructuras físicas, así como, finalmente, la monopolización y la apertura de nuevas líneas de producción intensivas en trabajo. La lista es tan larga que hace más que discutible la explicación de una «ley» de la caída tendencial de la tasa de beneficio basada mecánicamente en las innovaciones tecnológicas que ahorran trabajo.

El último apartado de la lista de influencias contrarias a la disminución tendencial de la tasa de ganancia que presentó Marx merece mayor elaboración, porque el problema de la absorción de capital excedente habría hecho sonar hace tiempo las campanadas fúnebres del capitalismo de no haber sido por la apertura de nuevas líneas de producción. Desde los días de Marx el hallazgo de nuevas líneas y nichos de producción ha sido un salvavidas para el desarrollo capitalista, al mismo tiempo que ha transformado la vida cotidiana hasta en los países llamados «en desarrollo» pese a su modesto nivel de ingresos (como atestigua la rápida proliferación de radiotransistores y teléfonos móviles en todo el mundo en las últimas décadas). Las tecnologías hogareñas a disposición de la burguesía profesional y las capas altas y medias de los países capitalistas avanzados (que ahora incluyen, además de Europa y Norteamérica, a gran parte del este y sudeste de Asia) son simplemente asombrosas. La I + D de esos productos, como de todo lo demás, se ha convertido en sí misma en un gran negocio, aplicable no sólo a la mejora de los productos existentes (como los automóviles), sino también a sectores totalmente nuevos de la industria (como los ordenadores y la electrónica y su enorme campo de aplicacio-

nes en la administración, la industria farmacéutica, la sanidad, la organización empresarial, el entretenimiento y muchas otras cosas, así como los artículos para el hogar). Buena parte de esto depende, por supuesto, de los gustos de los consumidores y de su nivel de demanda efectiva (cuestiones que consideraré dentro de poco). Pero la asombrosa inclinación a crear líneas de producción totalmente nuevas, y la aceleración que ha tenido lugar en el desarrollo de nuevos productos desde la década de los cincuenta, poco más o menos, ha situado el consumismo y una demanda efectiva creciente en el centro de la sostenibilidad del capitalismo contemporáneo hasta un punto que al propio Marx le habría resultado difícil reconocer.

Lo que se deduce de eso, en cualquier caso, es que cualquier debilitamiento de las leyes coercitivas de la competencia, por ejemplo, mediante leyes de patentes y monopolización, la creciente centralización del capital o la intervención de un Estado pesadamente burocratizado, tendrá un efecto sobre el ritmo y la forma de las revoluciones tecnológicas. En Estados Unidos las universidades dedicadas a la investigación, que son difíciles de regular y someter a un control central aunque dependan cada vez más de la financiación procedente del Estado y de fundaciones empresariales, desempeñan un papel crucial en el mantenimiento de la ventaja tecnológica comparativa frente al resto del mundo. Las formas organizativas particularmente laxas de la universidad contrarrestan la tendencia a la osificación (y la corrupción tácita) en el solapamiento entre las burocracias corporativas y estatales. Significativa y tardíamente, europeos, japoneses y chinos reconocen ahora la importancia de ese sector universitario-estatal para su propio futuro competitivo y tratan desesperadamente de ponerse al día invirtiendo grandes cantidades en la educación superior y en la financiación de los equipos de investigación y desarrollo.

Los diversos aspectos de la lucha de clases también merecen cierta consideración. Los movimientos de oposición –incluido el sabotaje– a las nuevas tecnologías y formas organizativas (como el ludita que pretendía impedir la introducción de las máquinas a principios del siglo XIX y del que se ocupó Marx) tienen una larga historia. Esa oposición surge porque el capital usa con frecuencia las nuevas tecnologías como arma en la lucha de clases y los obreros se resisten a ellas instintivamente. A medida que los trabajadores se ven tratados como meros apéndices de las máquinas que operan, menor es su libertad de maniobra, menos cuentan sus habilidades particulares y más vulnerables resultan frente al desempleo tecnológicamente inducido. De ahí la frecuente oposición de los trabajadores a la introducción de nuevas tecnologías. Una solución de compromiso han sido en el pasado los acuerdos entre los sindicatos y el capital en los que ambas partes se repartían los beneficios derivados del aumento de productividad. Pero esos acuerdos, muy corrientes en muchos de los sectores avanzados del mundo capitalista durante las décadas de los cincuenta y sesenta (favoreciendo un aumento del nivel de vida para sectores privilegiados de la clase obrera), se hicieron

cada vez más difíciles de alcanzar tras la crisis de mediados de la década de los setenta. Desde entonces, la mayor parte de los beneficios derivados del aumento de productividad ha ido a parar a los capitalistas y sus agentes de clase alta, mientras que los ingresos de los trabajadores se han estancado o incluso han disminuido relativamente.

Pero hay dos consecuencias más del dinamismo tecnológico y organizativo, que son de gran importancia para entender la trayectoria seguida por el capitalismo. Aunque ambos vienen de lejos, han ido cobrando cada vez mayor relevancia desde la Segunda Guerra Mundial, hasta el punto de hacerse preeminentes desde la década de los setenta en adelante.

En primer lugar, se ha aducido durante mucho tiempo la existencia en la historia del capitalismo de las llamadas «ondas largas» o «ciclos de Kondratief», con una duración media de medio siglo, debidas a la confluencia en determinados lugares y momentos de innovaciones tecnológicas que se desarrollan y difunden a todo el sistema durante un tiempo hasta agotar su potencial renovador, lo que exige un nuevo haz de innovaciones que supere y deje atrás al anterior. Retrospectivamente es posible definir ciertas «eras» del desarrollo capitalista que corresponden a grandes rasgos a los ferrocarriles y buques de vapor, la industria del carbón y del acero y el telégrafo; el automóvil, el petróleo, el caucho, el plástico y la radio; el motor de reacción, los frigoríficos y acondicionadores de aire, los metales ligeros (aluminio) y la televisión, y los ordenadores y la nueva industria electrónica que impulsaron la «nueva economía» de la década de los noventa. Lo que falta en esa presentación es una explicación de las consecuencias sociales revolucionarias y contradictorias de la dinámica capital-Estado y sus cambios asociados en las formas organizativas (de las empresas familiares a las corporaciones verticalmente integradas y luego a los sistemas horizontalmente ligados en redes de producción y distribución).

La tesis de oleadas regularmente espaciadas en el tiempo (con su correspondiente difusión espacial) de innovaciones tecnológicas y organizativas, que se suceden mecánicamente, no es válida en mi opinión, aunque sí lo es la idea de que ciertas formas tecnológicas y organizativas cobran preeminencia durante un tiempo hasta que se agotan sus posibilidades, para ser sustituidas después por algo distinto, y resulta aún más significativa a medida que se agrava el problema de la absorción del capital excedente. ¿Dónde encontraría oportunidades de inversión rentable el creciente excedente de capital, si no fuera por esas oleadas de innovación? Cuanto más excedente hay, más probable es que se dirija frenéticamente a las nuevas tecnologías en una vasta oleada especulativa que deja en ridículo el *boom* de la expansión del ferrocarril y las crisis del siglo XIX. El nexo Estado-finanzas se integra aquí con el nexo Estado-corporaciones en torno a cuestiones de I + D, ya que sin los adelantos del capital-riesgo muchas innovaciones habrían languidecido en la sombra en vez de haber tenido éxito tan rápidamente.

Los dispositivos institucionales y las culturas estatales y burocráticas desempeñan un papel crítico a este respecto, pero es probable, en cualquier caso, que las oleadas de innovación cobren mayor velocidad, se compriman y se hagan más especulativas como respuesta a la tasa de acumulación compuesta de capital y la urgente necesidad de encontrar nuevas oportunidades para la absorción de capital excedente. ¿Dónde se producirá entonces nuestra próxima burbuja especulativa inducida por la innovación? Yo apostaría actualmente por la ingeniería biomédica y genética (ahí es donde están concentrando sus actividades las grandes organizaciones filantrópicas financiadas por aquellos que, como Bill Gates y George Soros, han sustituido parcialmente el Estado en la financiación de la investigación), junto con las llamadas tecnologías «verdes» (que sospecho que son más limitadas de lo que generalmente se imagina).

Consideremos, en segundo lugar, las consecuencias revolucionarias para la sociedad en general de los cambios tecnológicos y organizativos. Desde hace mucho tiempo el afán de crear nueva riqueza y poder mediante las innovaciones en la producción y la organización ha permitido a la clase dominante seguir siéndolo, aunque no se encarnara necesariamente en las mismas familias o sus descendientes biológicos. Piénsese en Andrew Carnegie, Jay Gould, los Vanderbilt, Andrew Mellon y los demás «barones ladrones» estadounidenses tras la Guerra Civil y en la gran riqueza que acumularon partiendo prácticamente de la nada en la construcción de vías férreas y la creación de compañías ferroviarias; piénsese en Henry Ford, John D. Rockefeller (de la Standard Oil) y todos los demás cuyo creciente poder de clase descansaba sobre el automóvil y, por último, piénsese en Bill Gates, Paul Allen, Jack Welch, Michael Bloomberg y quienes junto a ellos tomaron las riendas a partir de 1980 sobre la base de las nuevas tecnologías electrónicas y de comunicaciones, a los que hay que añadir a los magnates financieros George Soros, Sandy Weill, Robert Rubin, Bruce Wasserstein, Charles Sanford y el resto de la banda de Wall Street.

Dicho con pocas palabras, la «perturbación incesante de todas las condiciones sociales» y la «permanente incertidumbre y agitación», como decían Marx y Engels, se aplican tanto a la composición de la clase capitalista como a cualquier otra cosa. La clase capitalista experimenta una revolución tras otra, y no siempre pacíficamente. Los que en otro tiempo disfrutaban del poder tratan a menudo de cerrar el paso a los «arribistas» y «nuevos ricos» envolviéndolos en redes de exclusión y de cultura difíciles de romper, cuando no orquestando directamente su caída (como hicieron en 1868 los muy enraizados Rothschild con los «recién llegados» Péreire y sus nuevas instituciones de crédito en París). La reconstitución radical de las relaciones de clase mediante la financiarización no ha hecho más que empezar.

Pero todavía hay otra dimensión de las transformaciones de las relaciones sociales derivadas de las nuevas tecnologías y formas organizativas. Marx consideraba una virtud

de las tecnologías creadas por la modernidad capitalista que hicieran transparentes y comprensibles procesos productivos que durante mucho tiempo habían sido opacos y misteriosos. La ciencia y la tecnología de la pasteurización, de la fabricación de acero, de la máquina de vapor, de los materiales industriales y de la construcción estaban ahora a disposición de todos y no encerradas en las mentes y prácticas habituales de los artesanos. Pero parece como si ahora hubiéramos cerrado el círculo. Muchas de las tecnologías actuales (desde la energía nuclear hasta la ciencia de los materiales o la electrónica) son tan complicadas que nos vemos cada vez más sometidos al «dominio de los expertos». Todos hemos estado en la consulta de un médico o un dentista y le hemos oído interpretar como buena o mala noticia una imagen obtenida con rayos X que la mayoría de nosotros no sabría ni cómo comenzar a interpretar. Diagnosticar lo que funciona mal en un sistema computerizado no es una tarea fácil (y tratar con piratas informáticos, virus y ladrones de identidad resulta aún más difícil). La mayoría de nosotros dependemos de un sistema supuestamente fácil de usar que sin embargo, cuando se estropea, debe arreglar un experto (que a menudo parece hablar en lenguas extrañas incluso para gente razonablemente culta). Es mucho lo que depende de la confianza en el conocimiento experto. Los que disponen de ese conocimiento adquieren cierto poder de monopolio, del que pueden fácilmente abusar (algo a lo que he oído llamar tecnofascismo).

Cualquier quiebra de la confianza puede llegar a ser catastrófica. Los recientes acontecimientos en los servicios financieros ilustran precisamente ese problema. A mediados de la década de los ochenta los ordenadores en Wall Street eran escasos y todavía primitivos. Los mercados eran entonces relativamente simples, transparentes y estrechamente regulados. Los agentes de bolsa basaban sus actividades en cierta combinación de intuición e información (a veces de acceso restringido, lo que conllevaba el riesgo de ser descubierto y procesado, como de hecho sucedía en alguna que otra ocasión). Veinte años después dominan el mercado, con frecuencia fuera del ámbito regulado y documentado, opciones, permutas y derivados totalmente nuevos (por valor de 600 billones de dólares en 2008, ¡frente a una producción total de bienes y servicios en la economía mundial de alrededor de 55 billones!). Uno de los propósitos de esa oleada de innovaciones era evitar las regulaciones y crear nuevos campos en los que los excedentes de capital pudieran invertirse rentablemente y sin trabas en mercados «libres» (esto es, no regulados). Eran innovaciones ad hoc y privadas, más parecidas a las actividades del «manitas» que a las del sistematizador, con las que se eludían las regulaciones y se «liberaba» el mercado. A mediados de la década de los noventa los agentes de bolsa eran a menudo matemáticos y físicos entrenados (muchos de ellos llegaban directamente del MIT con doctorados en esos campos) que se complacían en la compleja modelización de los mercados financieros siguiendo las líneas propuestas en 1972 por Fischer Black, Myron Scholes y

Robert Merton (cofundador del fondo Long-Term Capital Management, que tuvo que ser rescatado en 1998 con cerca de 4.000 millones de dólares) en una fórmula matemática –por la que los dos últimos (Black había muerto en 1995) obtuvieron el premio Nobel de Economía en 1997– que supuestamente permitía valorar con exactitud las opciones sobre acciones. Los operadores detectaban y aprovechaban las deficiencias en los mercados y distribuían los riesgos, pero, dadas las pautas totalmente nuevas de ese tipo de transacciones, esto permitía manipulaciones extremadamente difíciles de regular o siquiera de descubrir, porque estaban enterrados en la intrincada «caja negra» matemática de los programas informáticos que orientaban las transacciones fuera del mercado regulado).

¡Así se ha desvanecido la esperanza de Marx de que las nuevas tecnologías y formas organizativas hicieran las cosas más fácilmente comprensibles y transparentes! Las ganancias obtenidas por muchos agentes individuales aumentaron vertiginosamente y las bonificaciones subieron hasta la estratosfera, pero lo mismo sucedió con las pérdidas. En 2002 la sentencia parecía dictada: un joven operador de Singapur llamado Nicholas Leeson echó abajo el venerable banco Baring, y compañías como Enron, WorldCom, Global Crossing y Adelphia mordieron el polvo como lo habían hecho el fondo Long-Term Capital Management y el gobierno del condado de Orange en California, todos ellos como resultado de los negocios emprendidos en esos nuevos mercados no regulados (derivados y opciones), que ocultaban mediante todo tipo de tretas contables y sistemas de evaluación matemáticamente sofisticados.

Las innovaciones tecnológicas y financieras de ese tipo nos han puesto a todos en riesgo bajo el dominio de unos expertos que no ponen ningún cuidado en proteger el interés público y cuya preocupación principal es la de aprovechar el poder monopolista que les concede su «experiencia» para ganar enormes beneficios y que aspiran a hacerse millonarios en diez años y asegurarse así su incorporación instantánea a la clase dominante capitalista.

La conclusión más general es que hay que entender la innovación tecnológica y organizativa como una espada de doble filo. Desestabiliza al mismo tiempo que abre nuevas vías de desarrollo para la absorción de capital excedente, por lo que las oleadas de innovación tecnológica y organizativa vienen a asociadas siempre con crisis de «destrucción creativa» en las que un conjunto de formas dominantes se ve desplazado por otro. Aunque la tesis de Marx de que los procesos de cambio tecnológico y organizativo generan inevitablemente una tendencia a la caída de la tasa de ganancia pueda ser exageradamente simplista, su perspicaz intuición de que tales cambios desempeñan un papel clave en la desestabilización de todos los procesos económicos y originan así crisis de un tipo u otro es indudablemente correcta.

La aplicación del trabajo humano a la transformación de materias primas (ya vengan dadas por la naturaleza o hayan sido parcialmente modificadas por la acción humana) para fabricar un nuevo producto nos lleva al núcleo del proceso de trabajo, donde bajo el control de los capitalistas se preserva el antiguo valor y se crea uno nuevo (incluida la plusvalía). Ahí es donde se produce el beneficio. El trabajo es fundamental para la vida humana, porque los materiales naturales tienen que convertirse en artículos de utilidad para los seres humanos; pero, bajo las relaciones sociales que dominan en el capitalismo, el trabajo adopta una forma muy particular en la que la mano de obra, las tecnologías y las formas organizativas de la producción se conjugan bajo el control de los capitalistas durante un tiempo determinado de contrato con el fin de producir una mercancía rentable.

Las relaciones humanas asociadas al proceso de trabajo son siempre asuntos complejos, por rígida que sea la disciplina, por automatizada que pueda ser la tecnología y por represivas que sean las condiciones de trabajo. Uno de los logros más relevantes de Marx fue reconocer que es de hecho el trabajador —el que realiza efectivamente el trabajo— el que dispone de un poder real en el proceso de trabajo, aunque parezca que el capitalista dispone de todos los derechos legales y de la mayoría de los medios políticos e institucionales (en particular mediante su control del Estado). En el proceso de trabajo, no obstante, el capitalista depende en último término del trabajador, que es quien produce capital en forma de mercancías y reproduce así al capitalista. Si el obrero se niega a trabajar, abandona sus herramientas, trabaja siguiendo estrictamente el programa establecido o vierte arena en la máquina, el capitalista se ve inerte. Aunque el capitalista pueda organizar el proceso de trabajo, su agente activo es el trabajador. La negativa a cooperar, tal como han insistido marxistas como Mario Tronti desde la perspectiva llamada «autonomista», es un elemento crucial de bloqueo potencial, en el que los trabajadores tienen la posibilidad de imponer sus límites.

Cuando pensamos en la lucha de clases, nuestra imaginación evoca con demasiada frecuencia la figura del obrero que lucha contra la explotación del capital; pero en el proceso de trabajo (como en otros casos) la lucha se desarrolla realmente en sentido contrario: es el capital el que tiene que esforzarse por someter a los trabajadores allí donde son potencialmente todopoderosos y, para lograrlo, se vale de la organización de las relaciones sociales en la fábrica, en los campos, oficinas e instituciones y mediante las redes de transporte y comunicaciones. Para que el capital se reproduzca, esas relaciones sociales deben promover la colaboración y la cooperación; esto se puede lograr a veces mediante la fuerza bruta, la coerción y artificios técnicos de regulación, pero casi siempre se aplican métodos de organización social que generan confianza, lealtad y formas sutiles de interdependencia que, aunque reconozcan la fuerza potencial de los trabajadores, pretenden en definitiva ponerla al servicio del capital. Con ese fin se conceden frecuentemente al movimiento obre-

ro ciertas licencias, por no hablar de ventajas materiales, con tal de que se mantenga la reproducción ampliada del capital.

Cierto es que en multitud de casos los obreros trabajan bajo el látigo de capataces violentos, sometidos a todo tipo de abusos verbales y de violencia física y psicológica, y que uno de los hilos conductores más persistentes en la historia de la innovación tecnológica ha sido el deseo de arrebatar a los obreros tanto poder como fuera posible y situar la capacidad de movimiento y de decisión en la propia máquina, o al menos «en lo alto», en alguna sala remota de control; pero el proceso de trabajo es siempre un campo de batalla constante que depende del lugar de producción y que se realiza a puerta cerrada, sobre la que está escrita, como dijo Marx, el credo capitalista: «¡Prohibida la entrada salvo para hacer negocios!». En general no sabemos lo que ocurre tras esas puertas cerradas, aun cuando los que trabajan dentro lo sepan muy bien y adopten formas de lucha y de compromiso que tienen enormes consecuencias de conjunto para la dinámica funcional del capitalismo (de hecho, allí es donde se decide si sigue funcionando y produciendo rentablemente).

La constitucionalidad burguesa puede dar buen resultado en los asuntos de mercado, pero le resulta extraordinariamente difícil extender su alcance a la producción. Aun así, el movimiento obrero ha ido cediendo con los años en cuestiones como las condiciones de empleo, la seguridad en el puesto de trabajo, la regulación de las relaciones sociales (legislación contra el acoso y por un trato igual), la definición de capacidades especializadas y otros asuntos por el estilo. La regulación legal de la organización del trabajo puede conceder más o menos poderes a los delegados de personal, representantes sindicales o comités de fábrica, que pueden intervenir directamente en el proceso de trabajo y arbitrar las relaciones sociales en el lugar de trabajo, al tiempo que se relacionan con movimientos de clase más amplios (como los sindicatos de alcance nacional y los partidos políticos de izquierda). Pero la organización en el lugar de trabajo no siempre es fácil e incluso, cuando se consigue, suele regular el proceso de trabajo en beneficio del capital y quizá no tanto de los trabajadores; en los últimos años se han producido revelaciones escandalosas (no siempre alentadas por la inquina contra los inmigrantes) sobre el empleo de trabajadores indocumentados en Estados Unidos violando las leyes laborales, en parte porque la capacidad del gobierno para ponerlas en vigor ha sido sistemáticamente socavada por los intereses empresariales. El estatus legal de la regulación laboral varía mucho de un lugar a otro, no obstante, de forma que la desigualdad geográfica de la actividad sindical y de los regímenes reguladores del proceso de trabajo es muy marcada en todo el mundo capitalista.

Hay que prestar atención a la gran variedad de tácticas capitalistas en el proceso de trabajo. Es ahí, en particular, donde los capitalistas aprovechan más intensamente el poder de las diferencias sociales en su propio beneficio. Las cuestiones de género a menudo cobran una importancia primordial en el lugar de trabajo, y lo mis-

mo sucede con las de etnia, religión, raza e incluso orientación sexual. En los talleres de trabajo esclavo del mundo llamado «en desarrollo», son las mujeres las que soportan la mayor explotación capitalista, exprimiendo sus talentos y capacidades en condiciones muy parecidas a las del dominio patriarcal. Esto es así porque, en un desesperado intento de ejercer y mantener el control sobre el proceso de trabajo, el capitalista tiene que fomentar cualquier relación social diferencial, cualquier distinción dentro de la división social del trabajo, cualquier referencia o hábito cultural especial, para socavar la inevitable comunidad de intereses en el lugar de trabajo y evitar que se consolide en un movimiento de solidaridad social, manteniendo a los trabajadores fragmentados y divididos. La cultura del puesto de trabajo, en resumen, se convierte en un rasgo característico crucial y es ahí donde los valores culturales más arraigados —como el patriarcado, el respeto a la autoridad, las relaciones sociales de dominio y subordinación— son invocados para que desempeñen un papel en el proceso de producción. Basta acudir a cualquier lugar de trabajo —ya sea un hospital o un restaurante— y observar el género, el color de la piel o la etnia de los que realizan las diferentes tareas y queda evidenciado cómo están distribuidas entre los diferentes grupos sociales las relaciones de poder dentro del proceso colectivo de trabajo. La persistencia de tales relaciones sociales y su resistencia al cambio tienen tanto que ver con las tácticas del capital como con el conservadurismo intrínseco de las relaciones sociales y el deseo de preservar privilegios menores (incluido el acceso a empleos mal pagados) por parte de los diferentes grupos.

Ahora tenemos la suerte de disponer de innumerables estudios etnográficos, sobre todo de antropólogos y sociólogos laborales, realizados en una amplia variedad de situaciones y en contextos culturales radicalmente diferentes. Dejando a un lado los intereses creados que puedan tener tales investigadores en estudiar las culturas de la diferencia y la especificidad, el cuadro de conjunto que aparece es el de una variedad aparentemente infinita de relaciones sociales y costumbres culturales, aunque se sitúen en un marco general de restricciones.

La coacción está en cualquier caso siempre presente, pese a los intentos ideológicos y prácticos de disfrazarla bajo una multiplicidad de formas. Suceda lo que suceda en el proceso de trabajo, el capital tiene siempre presente el peligro de un bloqueo revolucionario del tipo que preconizan los «autónomos» de los que habla Tronti y debe evitarlo a cualquier precio, porque tanto el capital como el capitalista deben ser reproducidos continuamente por los trabajadores mediante su actividad laboral. Los detalles al respecto son infinitos en su variedad y merecen ciertamente una investigación detallada. Las luchas sociales a escala de fábrica y taller y en los campos, oficinas y tiendas, así como en la construcción y mantenimiento de edificios, espacios y lugares, definen un punto de bloqueo potencial para la acumulación de capital perpetuamente presente y que el capitalismo debe eludir constantemente para sobrevivir.

IV

El capital acude al mercado

La última barrera potencial frente a la acumulación sin fin de capital se sitúa a la entrada en el mercado de la nueva mercancía, ya sea un objeto o un servicio de algún tipo, para ser intercambiada por el dinero original más un beneficio. La particularidad de la mercancía debe convertirse en la universalidad del dinero, lo que es mucho más problemático que pasar del dinero (la representación universal del valor) a las mercancías. Para que la venta sea posible, alguien debe necesitar, echar en falta o desear esa mercancía en particular. Si nadie la quiere, entonces es inútil y carece de valor. Pero quienes necesitan, echan en falta o desean esa mercancía deben disponer también de dinero para comprarla. Sin dinero no pueden hacerlo. Si nadie dispone de él o puede procurárselo para comprarla, entonces no hay venta, no se obtiene un beneficio y el capital inicial se pierde.

Con el fin de condicionar y manipular las carencias, necesidades y deseos de las poblaciones humanas y asegurar un mercado potencial, se ha empleado un inmenso esfuerzo, incluida la formación de un vasto sector publicitario, pero está en juego algo más que la publicidad; lo que se requiere es la creación de condiciones de la vida cotidiana que requieran la absorción de determinado conjunto de bienes y servicios a fin de sostenerla. Considérese, por ejemplo, el desarrollo de las carencias, necesidades y deseos asociados con el ascenso de cierto estilo de vida en la periferia de las grandes ciudades estadounidenses tras la Segunda Guerra Mundial. No estamos hablando únicamente de la necesidad de automóviles, gasolina, autopistas, urbanizaciones periféricas y centros comerciales, sino también de cortadoras de césped, frigoríficos, acondicionadores de aire, cortinas, muebles (de interior y de exterior), equipos de entretenimiento en el interior (la televisión) y todo un conjunto de sistemas de mantenimiento para sustentar esa vida cotidiana. Esos mínimos

requerimientos para la vida cotidiana en las urbanizaciones periféricas estadounidenses se convirtieron, con el desarrollo de éstas, de carencias y deseos en necesidades absolutas. El perpetuo surgimiento de nuevas necesidades es una condición crucial para la continuidad de la expansión sin fin de la acumulación de capital. Ahí es donde aparecen en escena las tecnologías y políticas de la creación de nuevas necesidades, como espolón de la acumulación sostenible. Así se entiende que la «opinión del consumidor» y la «confianza del consumidor» en las sociedades más acomodadas sean no sólo claves decisivas para la acumulación sin fin de capital, sino que son cada vez más la palanca de la que depende la supervivencia del capitalismo. El 70 por 100 de la actividad económica estadounidense depende del consumismo inducido.

Pero ¿de dónde viene la capacidad de compra para adquirir todos esos productos? Tiene que haber, al final de la jornada, una cantidad extra de dinero que alguien guarda en algún lugar para facilitar la compra. Si no, aparece una falta de demanda efectiva, definida ésta como carencias, necesidades y deseos respaldados por la capacidad de pago. De ahí lo que se denomina una «crisis de subconsumo», que es lo que sucede cuando no existe demanda efectiva suficiente para absorber las mercancías producidas.

Una de las fuentes de la demanda efectiva es el gasto por los trabajadores de sus salarios. Pero la suma total de los salarios es siempre menor que el capital total en circulación (de otro modo no habría beneficio), de forma que la compra de bienes de consumo para mantener la vida cotidiana (incluso en las urbanizaciones periféricas acomodadas) nunca es suficiente para la venta rentable de todo lo producido. Una política de contención o reducción salarial no hace más que aumentar la probabilidad de una crisis de subconsumo. Muchos analistas, que entendían la crisis de la década de los treinta principalmente como una crisis de subconsumo, preconizaron la sindicalización y otras estrategias estatales (como la Seguridad Social) para reforzar la demanda efectiva de la clase obrera. En 2008 el gobierno federal estadounidense aprobó con la misma finalidad una reducción de impuestos de 600 dólares para la mayoría de los contribuyentes por debajo de cierto nivel de ingresos. Habría sido mucho mejor revertir la política salarial puesta en vigor desde mediados de la década de los setenta y elevar los salarios reales, lo que habría impulsado la demanda de consumo y afianzado la confianza por un tiempo, pero muchos capitalistas, junto con los ideólogos más derechistas, no estaban dispuestos a avalar tal solución. El grupo republicano del Congreso bloqueó el plan inicial de rescatar las compañías automovilísticas de Detroit, arguyendo que no reduciría los salarios y prestaciones de los trabajadores sindicados al nivel de los no sindicados que trabajaban en las compañías automovilísticas japonesas y alemanas emplazadas en el sur de Estados Unidos. Veían pues la crisis como una oportunidad para emprender otra oleada de

reducción salarial, precisamente lo contrario de lo que se necesitaba para remediar el déficit de demanda efectiva.

Pero la demanda de consumo de los trabajadores, por importante que sea, no puede obviamente resolver por sí sola el problema de la realización de los beneficios. La famosa activista y teórica de izquierdas Rosa Luxemburg dedicó gran atención a ese problema a principios del siglo XX. Primero consideró la posibilidad de que la demanda extra pudiera provenir del aumento de la oferta de oro (o en nuestros días haciendo que los bancos centrales impriman más papel moneda). Obviamente esto puede ayudar a corto plazo (la inyección de liquidez suficiente en el sistema, como durante la crisis financiera de 2008, fue decisiva para estabilizar la circulación continua y la acumulación de capital). Pero su impacto es limitado y a largo plazo genera otro tipo de crisis, la de la inflación. La otra solución de Luxemburg era presuponer la existencia de alguna demanda extra latente y dinamizable fuera del sistema capitalista. Esto significaba la prolongación de la acumulación primitiva mediante imposiciones y prácticas imperialistas sobre las sociedades no capitalistas. Había que movilizar a poblaciones enteras como consumidores más que como trabajadores. En el siglo XIX los británicos aprovecharon su dominio imperial de la India para ampliar el mercado para los productos británicos (destruyendo de paso las formas indígenas de producción). El mercado chino se vio también obligado por la fuerza a abrirse (sólo para cerrarse de nuevo tras la toma del poder por los comunistas en 1949).

Durante la transición al capitalismo y la fase de acumulación primitiva, los depósitos de riqueza acumulada durante el periodo feudal (que a menudo habían ido a parar a manos de prestamistas y usureros) podían desempeñar ese papel junto con el producto de robos y saqueos en el mundo no capitalista por el capital comercial, pero las que se podrían llamar «reservas de oro» del mundo no capitalista (como India y China) habían mermado continuamente a lo largo de los siglos y la capacidad del campesinado para mantener el consumismo de la aristocracia terrateniente (mediante la extracción de renta monetizada de la tierra) y del aparato estatal (mediante los impuestos) también se había ido agotando.

A medida que en el capitalismo industrial se iba consolidando en Europa y Norteamérica, el saqueo de riqueza de la India, China y otras formaciones sociales no capitalistas ya desarrolladas cobró cada vez más importancia, en particular desde mediados del siglo XIX. Aquella fue la fase de una inmensa transferencia de valor desde el este y el sur de Asia, aunque también en cierta medida desde Sudamérica y África, hacia la clase capitalista industrial asentada en los principales países capitalistas de Europa y en Estados Unidos. Pero finalmente, a medida que el capitalismo crecía y se extendía geográficamente, la posibilidad de estabilizar el sistema mediante esa desposesión generalizada se hacía cada vez más débil.

Desde 1950, poco más o menos pero sobre todo y más marcadamente desde la década de los setenta, la capacidad de las prácticas imperialistas de ese tipo para cumplir el papel de gran estabilizador se vio seriamente dañada. Con el capitalismo (de algún tipo) firmemente implantado ahora en todo el este y sudeste de Asia y desarrollándose con fuerza en India e Indonesia, por no hablar del resto del mundo, el problema de la demanda de consumo efectiva global se ha situado en un marco totalmente distinto. La demanda efectiva que estabiliza el actual crecimiento de China, por ejemplo, está ahora en gran medida localizada en Estados Unidos, lo que explica por qué China se siente tan obligada a cubrir el déficit estadounidense, ya que un colapso del consumo estadounidense tendría (y ya está teniendo) efectos devastadores sobre el empleo industrial y la tasa de beneficio en China. La respuesta obvia para China consistiría en desarrollar su propio mercado interno, pero eso requeriría aumentar los salarios y reducir su propia ventaja competitiva en la economía global. También significaría emplear una parte mayor de su excedente para el desarrollo interno, con lo que quedaría menos cantidad disponible para prestar a Estados Unidos, y eso menguaría aún más la demanda efectiva de bienes chinos desde Estados Unidos. Lo que esto presagia, como vimos antes, es una inversión histórica de ciento cincuenta años o más de transferencia de valor desde el este y el sur de Asia hacia Estados Unidos y Europa, y un cambio radical en la capacidad de Estados Unidos para dominar el capitalismo global como ha venido haciendo desde 1945.

La respuesta más concluyente al enigma de la demanda efectiva —que Rosa Luxemburg no llegó a percibir pero que se deduce lógicamente del análisis de Marx— es que la solución reside en el consumo capitalista. Éste es de dos tipos: una porción de la plusvalía se consume como ingresos (esto es, gastándola en bienes y servicios, tanto básicos como de lujo), pero otra parte se reinvierte, ya sea en bienes de consumo para los trabajadores extra que se contratan o en nuevos medios de producción. Dada la reducción salarial que se ha producido en todo el mundo (aunque desigualmente), la clase capitalista en general ha dispuesto de una corriente creciente de ingresos y la demanda de artículos de lujo ha aumentado en la misma proporción (basta acercarse a cualquier puerto deportivo de Florida o del Mediterráneo y ver los yates y lanchas de lujo atracados allí y compararlo con lo que se podía ver en 1970, para captar la diferencia). Pero, pese a todo el derroche de sus hábitos de consumo, hay un límite físico al número de yates, grandes mansiones o pares de zapatos de firma que los multimillonarios pueden consumir, de forma que el consumo personal capitalista es una fuente muy débil de demanda efectiva. Cuanta más riqueza concentra la centralización del capital en manos de un grupo muy pequeño de la población (como las 300 y pico familias que según el Informe sobre Desarrollo de las Naciones Unidas de 1996 controlaban entonces el 40 por 100 de la riqueza mundial), menos efectivo es su consumo como refuerzo de la demanda.

Así pues, la respuesta tiene que estar en la reinversión capitalista. Supongamos que los capitalistas utilizan su excedente únicamente en una mayor expansión de la producción. La demanda extra para la expansión de hoy absorbe entonces los excedentes de medios de producción y de bienes de consumo producidos ayer. ¡La producción excedente internaliza su propia demanda monetaria creciente! Dicho con mayor rigor, la demanda efectiva para el producto excedente de ayer depende del consumo de los trabajadores, más el consumo personal de los capitalistas, más la nueva demanda generada por la expansión de la producción de mañana. ¡Lo que aparece como un problema de subconsumo no es en realidad sino el problema de hallar oportunidades de reinversión rentable para una parte del excedente producido ayer!

Para que esa reinversión tenga lugar, se tienen que dar tres condiciones fundamentales. En primer lugar, los capitalistas deben lanzar inmediatamente a la circulación el dinero que ganaron ayer, como nuevo capital; pero no hay ninguna regla que diga que la conversión de mercancías en dinero deba ir seguida inmediatamente por la conversión del dinero en nuevas mercancías. Los capitalistas pueden preferir guardar su dinero en lugar de reinvertirlo. Surgen circunstancias en las que tendría mucho sentido para ellos hacerlo así, y es ahí donde surge un solapamiento entre el pensamiento de Marx y el de Keynes sobre la posibilidad de crisis de subconsumo. En condiciones de incertidumbre tiene sentido aferrarse a la forma universal de riqueza, el dinero, más que a ninguna mercancía, excepto en una situación de rápida inflación, cuando puede resultar más ventajoso mantenerlo en latas de atún y barriles de aceite y no en dinero. Pero lo más corriente es que la pérdida de confianza en la economía lleve a la gente a guardar el dinero y no a gastarlo. Esto puede ocurrir cuando menguan las perspectivas de beneficio, pero lleva a su vez a lo que Keynes llamaba la «trampa de la liquidez»: cuanto más guarde su dinero la gente o las instituciones (incluidos los bancos y empresas), en lugar de gastarlo, más probable es que la demanda efectiva colapse y que la reinversión en la producción resulte menos rentable. El resultado es una espiral descendente (del tipo de la que se produjo en la década de los treinta y como la que estamos viendo desarrollarse ahora) que es difícil invertir. Keynes trató de superar esa barrera recurriendo a estrategias estatales de gestión presupuestaria y monetaria. La financiación mediante el déficit estatal (tal como se empleó considerablemente a finales del otoño de 2008 en Estados Unidos, Reino Unido y otros países) se suele considerar como el remedio inmediato.

La segunda condición es que se pueda abreviar de algún modo el lapso de tiempo entre el excedente producido ayer y la reinversión de hoy. Esto requiere el uso del dinero como medio de cuenta y, en consecuencia, la existencia de un sistema crediticio que pueda introducirse en el proceso de circulación para resolver el problema de la demanda efectiva. Cuando otras opciones (como el asalto a las reservas de oro de órdenes sociales precedentes o el saqueo del resto del mundo) se desvane-

cen, el crédito se convierte en el único medio relevante para cubrir el problema de la demanda efectiva. La solución se internaliza así en el seno de la dinámica de la acumulación de capital. El precio que se ha de pagar, no obstante, es que los banqueros y financieros que manejan el sistema de crédito, junto con los ahorradores que depositan su dinero en las instituciones de crédito, puedan de nuevo reclamar su parte de la plusvalía futura en forma de interés y tasas por los servicios.

La tercera condición es que el dinero a crédito recibido se gaste en la compra de los bienes de consumo y medios de producción extra que ya se han producido. El argumento político general en apoyo de la concentración de riqueza en las clases más altas es que pueden emplearla para reinvertir y así crear empleos y nuevos productos, y con ello nueva riqueza que al final del día beneficia potencialmente a todo el mundo (mediante el llamado «efecto goteo» y cosas parecidas) y además tiende a ampliar la demanda. Lo que se olvida es que los capitalistas, como vimos antes, pueden elegir en qué reinvertir: pueden hacerlo en la expansión de la producción, o pueden emplear su riqueza para comprar activos tales como títulos de deuda, acciones, bienes inmuebles, objetos de arte o participaciones en alguna empresa especulativa como un club o fondo común de inversión no registrado en bolsa, un fondo de inversión de riesgo o algún otro instrumento financiero con el que puedan obtener jugosas ganancias; en ese caso su reinversión no sirve obviamente para apuntalar la demanda efectiva.

Si concluimos que es la nueva expansión de la producción la que crea la demanda para el producto excedente de ayer y que, para cubrir la brecha temporal, se necesita crédito, de ahí se deduce también que la acumulación acrecentada de capital basada en el crédito es también una condición para la supervivencia del capitalismo. Sólo así puede la expansión de hoy enjugar el excedente de ayer. Queda clara entonces la razón por la que un crecimiento del 3 por 100 requiere reinvertir un 3 por 100 adicional. El capitalismo debe, por lo tanto, generar e internalizar su propia demanda efectiva si pretende sobrevivir en una situación en la que las posibilidades externas se han agotado. Si no consigue hacerlo, como sucede actualmente debido a las barreras a la expansión continua de la producción, se produce una crisis.

Hay que señalar otro aspecto. Si es la competencia la que obliga a la expansión continua de la producción, de eso se deduce que para la supervivencia del capitalismo también es necesario que se mantenga competitivo. Cualquier debilitamiento de la competencia, debido por ejemplo a una monopolización excesiva, producirá por sí misma probablemente una crisis en la reproducción capitalista del capital, tal como argumentaban Paul Baran y Paul Sweezy en *El capital monopolista* (escrito durante la década de los sesenta). La tendencia a la monopolización y centralización del capital induce, como ellos predijeron perspicazmente, una crisis de estancamiento (aumento del desempleo junto con una aceleración de la inflación) del tipo que tan-

to alarmaba en la década de los setenta. La contrarrevolución neoliberal que tuvo lugar entonces no sólo tenía que aplastar el poder del movimiento obrero organizado; también tenía que desencadenar las leyes coercitivas de la competencia como «ejecutora» de la acumulación sin fin del capital.

Este proceso puede sufrir complicaciones; para empezar, está la suposición de que todas las demás barreras (como las de la relación con la naturaleza) han sido superadas y de que existe suficiente espacio para que se produzca más. Esto implica que el imperialismo tiene que pasar, de saquear y arrebatarse activos al resto del mundo, a utilizarlo como emplazamiento para el desarrollo de nuevas formas de producción capitalista, para lo que resulta decisiva la exportación de capital más que de mercancías. Ahí reside la gran diferencia entre el papel desempeñado durante el siglo XIX por India y China, cuya riqueza fue saqueada por el dominio capitalista de sus mercados, y Estados Unidos, donde el desarrollo sin restricciones del capitalismo produjo nuevas riquezas que le permitían absorber y realizar el excedente de producción generado en los viejos centros capitalistas (por ejemplo, la exportación de capital y maquinaria desde el Reino Unido a Estados Unidos durante el siglo XIX). En los últimos tiempos China ha absorbido una gran cantidad de capital extranjero en el desarrollo de la producción y, al hacerlo, ha generado una enorme demanda efectiva, no sólo de materias primas sino también de maquinaria y otros insumos materiales. Es un mercado primordial por su importancia como centro para la inversión en la producción.

Sin embargo, esa solución al problema del subconsumo genera otros dos. El primero deriva del hecho muy simple de que la acumulación se hace doblemente especulativa: descansa sobre la creencia de que la expansión de mañana no encontrará barreras, de forma que el excedente de hoy se podrá realizar efectivamente. Esto significa que las anticipaciones y expectativas, como bien entendía Keynes, son fundamentales para la continuidad de la circulación de la capital. Cualquier frustración de las expectativas especulativas generará una crisis. En su *Teoría general del empleo, el interés y el dinero* (1936), las soluciones técnicas de la política presupuestaria y monetaria ocupan una parte menor de las argumentaciones, comparada con la psicología de las expectativas y anticipaciones. La fe en el sistema es fundamental y la pérdida de confianza, como sucedió en 2008, puede ser fatal.

El segundo problema surge dentro del propio sistema monetario y de crédito. La posibilidad de crisis financieras y monetarias «independientes» está siempre presente. El problema subyacente reside en las contradicciones de la propia forma dinero, que se entienden más fácilmente cuando el sistema monetario tiene una clara base metálica. Una mercancía particular, digamos el oro, representa entonces el valor de todas las formas de trabajo social; lo particular (concreto y tangible) representa lo universal (abstracto), y personas individuales pueden disponer de un poder social

ilimitado. Existe una tentación permanente de atesorar dinero, precisamente porque es una forma de poder social. Pero, cuanto más gente lo haga, mayor es la amenaza para la continuidad de la circulación. Devolver dinero a la circulación para obtener mayor poder social supone, o bien un acto de fe, o bien la existencia de instituciones seguras y fiables en las que uno pueda depositar su dinero personal a disposición de algún otro, que podrá emprender con él inversiones de mayor o menor riesgo en búsqueda de beneficio (que es, por supuesto, lo que hacen tradicionalmente los bancos). La confianza en el sistema se hace crucial. Las pirámides de Ponzi de cualquier tipo socavan esa confianza.

La pérdida de confianza en los símbolos del dinero (el poder del Estado para garantizar la estabilidad monetaria) o en la calidad de la moneda (inflación) contrae la posibilidad de hambruna monetaria y de congelación de los medios de pago, tal como sucedió en otoño de 2008. En el corazón del sistema crediticio existe una variedad de aspectos técnicos y legales (muchos de los cuales pueden fallar o distorsionarse, simplemente a causa de sus reglas de funcionamiento) acoplados con las expectativas y anticipaciones subjetivas y, en la medida en que el capitalismo sigue expandiéndose, el papel del sistema de crédito como una especie de sistema nervioso central para dirigir y controlar la dinámica global de la acumulación del capital se hace más y más preeminente. De ahí que el control sobre los medios de crédito resulte decisivo para el funcionamiento del capitalismo, algo que ya Marx y Engels enfatizaban en el *Manifiesto comunista* haciendo de la centralización de los medios de crédito en manos del Estado una de sus principales reivindicaciones (suponiendo, por supuesto, el control del Estado por la clase obrera). Cuando esto se añade al papel clave del Estado con respecto a la calidad de la moneda acuñada, y aún más importante, del dinero simbólico, parece inevitable una nueva fusión de los poderes estatales y financieros en el nexo Estado-finanzas.

Pero ahí está el principal problema. Del mismo modo que el capital puede influir tanto sobre la demanda como sobre la oferta de fuerza de trabajo (vía el desempleo inducido tecnológicamente), también puede operar mediante el sistema de crédito a ambos lados de la relación producción-realización. Una oferta de crédito cada vez más laxa a los aspirantes a propietarios de una vivienda, acoplada con una oferta de crédito igualmente liberal a las empresas constructoras, alimentará un *boom* masivo de la vivienda y el desarrollo urbano (como sucedió en Florida y California en los últimos años). Cabría entonces imaginar que el problema de la producción y realización continua del excedente ha desaparecido. Esto concentraba un inmenso poder social y económico en el sistema de crédito; pero, para mantenerse, requiere también que el propio crédito se expanda exponencialmente, como de hecho sucedió durante los últimos veinte años. Cuando la burbuja del crédito estalla, lo que es inevitable más pronto o más tarde, toda la economía se hunde en una espiral descendente del tipo de

la que comenzó en 2007, y es, en ese momento, cuando el capitalismo tiene que recurrir a un poder externo para salvarse de sus propias contradicciones internas. Necesita recrear el equivalente de las reservas de oro feudales o no capitalistas externas de las que se ha alimentado históricamente, y lo hace localizando el poder de la creación infinita de dinero en una institución neofeudal como la Reserva Federal estadounidense.

El problema de la realización y la amenaza del subconsumo nunca desaparecen, pero el problema de la caída de beneficios y las devaluaciones debidas a la escasez de demanda efectiva pueden ser eludidos durante un tiempo mediante manipulaciones del sistema crediticio. A corto plazo, el crédito suaviza muchos problemas menores, pero a largo plazo tiende a acumular las contradicciones y las tensiones. Dispersa los riesgos al mismo tiempo que los acrecienta. El problema real no es la falta de demanda efectiva, sino la falta de oportunidades para una reinversión rentable del excedente obtenido ayer en la producción. Ésta es la única conclusión que se puede extraer, lo que deriva, hay que subrayarlo, de una condición de la circulación del capital que es esencial para la supervivencia del capitalismo: la continuidad del flujo debe mantenerse en todo momento. Y esto, como argumenté al comienzo, resulta mucho más difícil cuando nos movemos en el terreno de una economía global de 55 billones de dólares, que puede duplicarse en los próximos treinta años.

* * * * *

En la historia de la teorización de las crisis se ha tendido a buscar una explicación única o excluyente del carácter proclive a las crisis del capitalismo. Los tres campos tradicionales de pensamiento al respecto son la contracción de beneficios (los beneficios disminuyen porque los salarios reales aumentan), la caída de la tasa de beneficio (los cambios tecnológicos que ahorran trabajo y la competencia «ruinosa» presionan sobre los precios a la baja) y el subconsumo (falta de demanda efectiva y tendencia al estancamiento, asociada a la excesiva monopolización). Las diferencias entre esas escuelas de pensamiento se hicieron particularmente agudas en la década de los setenta. El propio término «subconsumista» equivalía en algunos círculos a un insulto (parecía significar que uno era un mero keynesiano y no un «auténtico» marxista), mientras que los seguidores fanáticos de Rosa Luxemburg se sentían injuriados por el desprecio miserable de sus ideas por parte de quienes situaban la caída de la tasa de beneficio como centro de su teorización. En los últimos años se ha dedicado mucha más atención, por razones obvias, a los aspectos medioambientales y financieros del surgimiento y desarrollo de las crisis.

Pero hay, a mi parecer, un modo mucho mejor de explicar la aparición de las crisis. El análisis de la circulación del capital indica varios límites y barreras potenciales. La escasez de capital-dinero, los problemas laborales, la desproporción entre

sectores, los límites naturales, los cambios tecnológicos y organizativos desequilibrados (incluida la competencia frente al monopolio), la indisciplina en el proceso de trabajo y la insuficiencia de la demanda efectiva encabezan la lista. Cualquiera de esas circunstancias puede frenar o interrumpir la continuidad del flujo de capital y producir así una crisis que da lugar a la devaluación o pérdida del capital. Cuando se supera un límite, la acumulación suele chocar contra otro en algún otro lugar. Por ejemplo, las iniciativas tomadas para aliviar una crisis de oferta de mano de obra y para limitar el poder político del movimiento obrero durante la década de los setenta disminuyeron la demanda efectiva de productos, lo que creó dificultades para la realización del excedente en el mercado durante la de los noventa. Las iniciativas para aliviar este último problema mediante la ampliación del sistema de crédito a la clase obrera condujo en último término a un endeudamiento excesivo de los trabajadores con respecto a sus ingresos, que a su vez llevó a una crisis de confianza en la calidad de los instrumentos de deuda (como comenzó a suceder en 2006). Esas tendencias a la crisis no se han resuelto, sino que simplemente se ha pasado de una a otra en un círculo vicioso.

Creo que es más acorde con la recurrente invocación por Marx del carácter fluido y flexible del desarrollo capitalista reconocer ese desplazamiento perpetuo de una barrera a otra e igualmente las múltiples formas en que puede presentarse una crisis en diferentes situaciones históricas y geográficas. También es vital recordar que las crisis desempeñan un papel clave en la geografía histórica del capitalismo como «racionalizadoras irracionales» de un sistema intrínsecamente contradictorio. En resumen, las crisis son tan necesarias para la evolución del capitalismo como lo son el dinero, la fuerza de trabajo y el propio capital. Sin embargo, se precisa un seguimiento cuidadoso y un análisis materialista para localizar el origen u orígenes exactos del bloqueo en cada momento o lugar particular.

Una visión sinóptica de la crisis actual diría: aunque el epicentro se sitúa en las formas tecnológicas y organizativas del sistema crediticio y en el nexo Estado-finanzas, el problema subyacente es el poder capitalista excesivo frente al trabajo y la consiguiente reducción de los salarios, que lleva a problemas de demanda efectiva enmascarados por un excesivo consumismo alimentado por el crédito en una parte del mundo y una expansión demasiado rápida de nuevas líneas de producción en otra. Pero necesitamos nuevos instrumentos de análisis para entender la geografía histórica de la evolución del capitalismo en toda su complejidad. Debemos incorporar el papel del desarrollo desigual, tanto sectorial como geográfico, en los análisis de la generación de crisis, y ésa es la tarea que emprenderemos a continuación.

V

La evolución del capital

Las fuerzas desencadenadas por el ascenso del capitalismo han remodelado el mundo muchas veces desde 1750. Volando sobre Inglaterra en 1820, habríamos visto unas pocas ciudades industrializadas compactas (con pequeñas fábricas cuyas chimeneas emitían humaredas nocivas), separadas por grandes áreas de actividad agrícola en las que se mantenían las formas tradicionales de la vida rural en aldeas y granjas dispersas, por mucho que los aristócratas propietarios de las grandes haciendas se deshicieran en poéticos elogios de las nuevas prácticas agrícolas que les permitían aumentar su productividad (y las rentas que obtenían de ellas). Los centros industriales compactos como Manchester y Birmingham estaban vinculados entre sí y con los grandes puertos comerciales de Bristol y Liverpool, así como con la bullente capital londinense, por una red de caminos de tierra y estrechos canales. Barcazas repletas de carbón y materias primas circulaban lentamente a lo largo de los canales arrastradas por caballos sudorosos o, como registra Marx en *El capital*, por mujeres hambrientas. El transporte era muy lento.

Volando sobre el delta del río Perla en 1980, uno habría visto diminutos pueblos y ciudades con nombres como Shenzhen y Dongguan, rodeados por un paisaje agrario en gran medida autosuficiente formado por plantaciones de arroz y hortalizas, pequeñas explotaciones ganaderas y criaderos de peces, agrupados en comunas dirigidas con puño de hierro por los dirigentes locales del Partido, encargados de asegurar a todos un «cuenco de arroz inalterable» y de evitar la amenaza de hambruna.

Volando sobre ambas áreas en 2008, resultaría prácticamente irreconocible el paisaje de la incontenible expansión urbana y también lo serían las formas de producción y transporte, las relaciones sociales, las tecnologías, las peculiaridades de la vida cotidiana y las formas de consumo de sus habitantes. Si, como proclamó en cierta ocasión Marx, nuestra tarea no consiste tanto en entender el mundo como

en cambiarlo, hay que reconocer que el capitalismo ha seguido bastante bien su consejo. La mayoría de esos cambios espectaculares han tenido lugar sin que nadie se molestara en estudiar de antemano cómo funcionaba el mundo o cuáles podrían ser las consecuencias. Una y otra vez ha sucedido lo inesperado, dejando tras de sí una vasta tarea intelectual y práctica a quienes pretendan enmendar las caóticas consecuencias de tantos estragos imprevistos.

La historia del capitalismo está plagada de paradojas, por mucho que la mayoría de las teorías sociales —en particular la teoría económica— se abstenga absolutamente de tomarlas en consideración. En el lado negativo tenemos no sólo las crisis económicas periódicas, no sólo locales, que han marcado la evolución del capitalismo, incluidas las guerras mundiales intercapitalistas e interimperialistas, problemas de degradación del medio ambiente, pérdida de hábitats y de biodiversidad, una creciente pobreza en poblaciones rápidamente crecientes, neocolonialismo, serias crisis de la sanidad pública, abundantes marginaciones y exclusiones sociales y la ansiedad derivada de la inseguridad, la violencia y los deseos incumplidos. En el lado positivo algunos de nosotros vivimos en un mundo en el que el nivel de vida material y el bienestar nunca han sido tan altos, donde los viajes y las comunicaciones han experimentado una revolución y las barreras espaciales físicas (aunque no las sociales) que dificultaban las interacciones humanas se han reducido mucho, donde los conocimientos médicos y biológicos ofrecen a muchos una vida más larga y saludable, donde se han construido enormes ciudades, en muchos aspectos espectaculares, donde se multiplica el conocimiento, brotan grandes esperanzas y todo parece posible (desde la clonación a los viajes espaciales).

Éste es el mundo contradictorio en que vivimos, y es innegable que sigue evolucionando a una gran velocidad de forma impredecible y aparentemente incontrolable; pero los principios en que se basa esa evolución permanecen opacos, en parte porque ésta se ha guiado más por los caprichos contrapuestos de tal o cual colectivo o incluso de determinados individuos que por principios evolucionistas de gobierno del tipo de los que Darwin descubrió en el terreno de la evolución natural. Si tenemos que cambiar este mundo colectivamente adoptando una configuración más racional y humana mediante intervenciones conscientes, primero debemos entender mucho mejor lo que le estamos haciendo al mundo y con qué consecuencias.

La geografía histórica del capitalismo no se puede reducir, por supuesto, a la cuestión de la acumulación de capital; pero también hay que decir que ésta, junto con el aumento de población, constituye el núcleo de la dinámica evolución de la humanidad desde 1750, poco más o menos. Saber exactamente cómo han funcionado es decisivo para descifrar el enigma del capital. ¿Es a los principios evolucionistas que las rigen a lo que tenemos que apelar para obtener algún tipo de iluminación?

* * * * *

Consideremos, en primer lugar, el desarrollo capitalista a lo largo del tiempo, dejando por el momento a un lado la evolución de su organización espacial, su dinámica geográfica y sus impactos y constricciones medioambientales. Imaginemos pues una situación en la que el capital se desplaza a través de «esferas de actividad» distintas pero interrelacionadas, en búsqueda de beneficios. Una «esfera de actividad» crucial es la que se refiere a la producción de nuevas formas tecnológicas y organizativas. Los cambios en esa esfera tienen notables efectos sobre las relaciones sociales, así como sobre las relaciones de los humanos con la naturaleza; pero sabemos que tanto unas como otras cambian de forma no estrictamente determinada por las formas tecnológicas y organizativas. Surgen además situaciones en las que la escasa oferta de mano de obra o escaseces naturales ejercen fuertes presiones para que se implanten nuevas tecnologías o nuevas formas organizativas. En la actualidad, por ejemplo, abundan en los medios estadounidenses los comentarios sobre la necesidad de nuevas tecnologías que liberen al país de su dependencia del petróleo extranjero y para combatir el calentamiento global. El gobierno de Obama promete programas con ese fin e impulsa a la industria automovilística a fabricar coches eléctricos o híbridos (desgraciadamente para Estados Unidos, los chinos y japoneses van muy por delante en ese terreno).

Los sistemas de producción y los procesos de trabajo están también profundamente implicados en la forma en que se reproduce la vida cotidiana mediante el consumo. Ni unos ni otros son independientes de las relaciones sociales dominantes, la relación con la naturaleza y las tecnologías y formas organizativas debidamente constituidas. Pero lo que llamamos «naturaleza», aunque se vea claramente afectada por la acumulación de capital (destrucción del hábitat y de especies, calentamiento global, nuevos compuestos químicos que contaminan el suelo y los bosques, cuya productividad se pretende aumentar mediante una gestión sofisticada), no está determinada únicamente por ella; desde el principio de los tiempos, mucho antes de que sobre ella existieran seres humanos y por supuesto de que se constituyera ningún capital, se vienen dando sobre nuestro planeta diversos procesos de evolución, independientemente de ella. El surgimiento de un nuevo agente patógeno como el virus del sida, por ejemplo, ha tenido un efecto inmenso sobre la sociedad capitalista (dando lugar a respuestas tecnológicas, organizativas y sociales insertas en la circulación del capital). Sus efectos sobre la reproducción de la vida cotidiana, sobre las relaciones y actividades sexuales y sobre las prácticas reproductivas han sido profundos, pero se han visto mediados por la tecnología médica, las respuestas institucionales y las creencias sociales y culturales.

Todas esas «esferas de actividad» se insertan en un conjunto de dispositivos institucionales (como los derechos de propiedad privada y los contratos comerciales) y estructuras administrativas (el Estado y otras instituciones locales y multinacionales), que también siguen su propia evolución aunque se vean obligadas a adaptarse a las condiciones de

crisis (como está sucediendo ahora) y a los cambios en las relaciones sociales. La gente actúa, además, a partir de sus expectativas, sus creencias y su imagen o comprensión del mundo. Los sistemas sociales dependen de la confianza en los expertos, de un adecuado conocimiento e información por parte de quienes toman las decisiones, del grado de aceptación de las convenciones sociales (jerárquicas o igualitarias), así como del respeto a determinadas normas éticas y morales (por ejemplo, en nuestra relación con los animales y otras especies y nuestra responsabilidad ante el mundo que llamamos naturaleza). Las normas culturales y sistemas de creencias (esto es, las ideologías religiosas y políticas) ejercen una poderosa influencia, pero no son independientes de las relaciones sociales, las posibilidades de producción y consumo y las tecnologías dominantes. Las interrelaciones en pugna entre los cambiantes requisitos técnicos y sociales para la acumulación de capital, las estructuras del conocimiento y las creencias y normas culturales coherentes con la acumulación sin fin del capital han desempeñado todas ellas un papel decisivo en la evolución del capitalismo. A fin de simplificar un tanto el cuadro, reuniré todos esos últimos elementos bajo la rúbrica de «concepciones mentales del mundo».

Esta categorización nos da siete «esferas de actividad» distintas en la trayectoria o evolución del capitalismo: tecnologías y formas organizativas, relaciones sociales, dispositivos institucionales y administrativos, procesos de producción y trabajo, relaciones con la naturaleza, reproducción de la vida cotidiana y de las especies y «concepciones mentales del mundo». Ninguna de esas esferas domina a las demás ni tampoco es independiente de ellas; ni está ninguna de ellas determinada, ni siquiera colectivamente, por las demás. Cada esfera sigue su propia evolución, por más que lo haga siempre en interacción dinámica con las demás. Los cambios tecnológicos y organizativos surgen por todo tipo de razones (y a veces accidentalmente), mientras que la relación con la naturaleza es inestable y continuamente cambiante, aunque sólo en parte debido a las modificaciones inducidas por los seres humanos. Nuestras concepciones mentales del mundo, por poner otro ejemplo, suelen ser inestables, impugnadas, sujetas no sólo a descubrimientos científicos sino también a caprichos, modas, deseos y creencias culturales y religiosas apasionadamente mantenidas. Los cambios en nuestras concepciones mentales tienen todo tipo de consecuencias, pretendidas o no, para las innovaciones tecnológicas y organizativas susceptibles o no de ser adoptadas, las relaciones sociales, los procesos de trabajo, las relaciones con la naturaleza y los dispositivos institucionales. La dinámica demográfica que emerge de la esfera de la reproducción y la vida cotidiana es relativamente autónoma, por mucho que se vea afectada por sus relaciones con las otras esferas.

Los complejos flujos de influencia mutua entre las esferas las reconfigura continuamente. Además, esas interacciones no son necesariamente armoniosas. De hecho, podemos reconceptualizar la génesis de las crisis en términos de las tensiones y antagonismos que surgen entre las diferentes esferas de actividad cuando, por ejemplo, nuevas tecnologías se contraponen al deseo de nuevas configuraciones de las

relaciones sociales o perturban la organización de los procesos de trabajo existentes. Pero, en lugar de examinar esas esferas secuencialmente, como hicimos antes en el análisis de la circulación del capital, ahora las tendremos presentes colectivamente en su evolución conjunta a lo largo de la historia del capitalismo.

En una sociedad determinada, y en el lugar y momento determinados —Gran Bretaña en 1850 o el delta del río Perla en China actualmente, digamos—, podemos definir su situación y carácter general, en buena medida, en términos de la organización y configuración conjunta de esas siete esferas en relación mutua. También se puede decir algo sobre el probable desarrollo futuro del orden social en tales lugares y momentos, a partir de las tensiones y contradicciones entre las distintas esferas de actividad, aun reconociendo que esa evolución dinámica probable no está absolutamente determinada sino que es contingente.

* * * * *

El capital no puede circular o acumularse sin afectar de algún modo a todas y cada una de esas esferas de actividad. Cuando el capital encuentra barreras o límites en una esfera o entre ellas, busca cómo eludir o superar esa dificultad. Si ésta es seria, puede dar lugar a una grave crisis. Un estudio de la evolución conjunta de las esferas de actividad proporciona así un marco en el que situar la evolución en general de la sociedad capitalista y su propensión a las crisis. ¿Cómo se puede entonces implementar de forma concreta ese marco analítico abstracto?

Una anécdota podría servir de ayuda al respecto. En el otoño de 2005 copresidí un jurado que debía seleccionar ideas para el diseño de una «ciudad administrativa multifuncional» totalmente nueva en Corea del Sur (que ahora se llama Sejong); originalmente se planeaba como nueva capital, pero objeciones constitucionales la redujeron a una ciudad satélite a medio camino entre Seúl y Busan, en la que se han emplazado muchas de las funciones administrativas del gobierno. La tarea del jurado consistía en valorar ideas más que optar por un diseño final, algo que correspondería a los encargados del proyecto incorporando cualquier cosa que unos y otros consideráramos útil de entre las ideas presentadas al concurso. La mitad de los miembros del jurado eran coreanos y la otra mitad extranjeros, y había muchos ingenieros y urbanistas y algunos destacados arquitectos. Estaba claro que el gobierno surcoreano, cansado de la urbanización formularia que había predominado hasta entonces en Corea del Sur y en gran parte de Asia, pretendía realizar algo diferente, generando quizá un nuevo modelo de urbanismo innovador a escala mundial.

Como preludeo a nuestras decisiones, discutimos el tipo de criterios que serían más relevantes para juzgar los muchos diseños que se habían sometido a concurso. La discusión inicial se centró en las distintas opiniones de los arquitectos sobre el valor relativo

de las esferas y cubos como formas simbólicas y físicas que corresponderían a distintas estrategias de desarrollo. Mirando los diversos planos diseñados, era fácil ver en efecto diferencias de ese tipo. Pero yo intervine para sugerir que ampliáramos la discusión e incorporáramos otros criterios como la relación con la naturaleza y las combinaciones tecnológicas que se podían desplegar en la ciudad; las formas de producción y empleo que se generarían y las relaciones sociales correspondientes (por ejemplo, cómo podría enfocarse el problema de que la ciudad estuviera dominada por una elite científica, tecnológica y burocrática); las cualidades de la vida cotidiana para habitantes en diferente situación, y las concepciones mentales del mundo, incluidas las subjetividades políticas, que podían surgir de la experiencia de vivir en ese nuevo tipo de ciudad (¿sería la gente más individualista o se inclinaría más hacia diversas formas de solidaridad social?). Concluí diciendo que, a mi modo de ver, sería un error imaginar que los diseños físicos pudieran responder a todas esas cuestiones pero que deberíamos hacer cuanto estuviera en nuestras manos por adecuar la construcción de esa nueva ciudad a ese tipo de criterios.

Mis propuestas despertaron considerable interés. Durante un rato se debatieron hasta que uno de los arquitectos, evidentemente impaciente por la complejidad de discusión, intervino para sugerir que de todas esas perspectivas, sin duda válidas, había una primordial, que era la de las concepciones mentales. Desde ese punto de vista la cuestión más importante era la de los significados simbólicos, ¡y casi de inmediato volvimos de nuevo a la discusión sobre las potencialidades simbólicas, conceptuales y materiales de los cuadrados y los círculos en el diseño urbano!

Puede sonar utópico, pero, si se me encargara a mí la construcción de una ciudad totalmente nueva, me gustaría imaginar una capaz de evolucionar en el futuro, más que una estructura permanente, congelada y completa, e imaginar cómo podrían no sólo funcionar sino movilizarse conscientemente las relaciones dinámicas entre las distintas esferas de actividad, no tanto para alcanzar algún objetivo específico sino para abrir nuevas posibilidades. Evidentemente, la ciudad tendría que construirse atendiendo en primer lugar a las relaciones sociales dominantes, a las estructuras de empleo y a las tecnologías y formas organizativas disponibles; pero también se podría considerar como un vivero para la experimentación con nuevas tecnologías y formas organizativas congruentes con el desarrollo de relaciones sociales más igualitarias, el respeto a las diferencias de género y una relación más sensible con la naturaleza que la que se deriva de la búsqueda incesante del gril cada vez menos sagrado de la acumulación sin fin de capital con una tasa de crecimiento compuesta del 3 por 100 anual.

Pero no he sido yo el primero en plantear ese marco de pensamiento; deriva de una nota a pie de página en el capítulo XV* del volumen I de *El capital*, en la que

* «Maquinaria y gran industria», capítulo XIII de la edición canónica en alemán y también de la de Akal, *El capital*, cit., p. 81 [N. del T.].

Marx comenta, precisamente tras una breve cita de la teoría darwiniana de la evolución, que «la tecnología revela la relación activa del hombre con la naturaleza, el proceso directo de producción de su vida, e igualmente de sus relaciones sociales y de las concepciones mentales que derivan de ellas». Ahí Marx invoca cinco (quizá seis si «el proceso directo de producción de su vida» se refiere tanto a la producción de mercancías como a su consumo en la vida cotidiana) de las siete esferas de actividad que he detallado anteriormente; sólo faltan los dispositivos institucionales.

El lugar donde aparece esa nota, en el preámbulo a un detallado examen de cómo surgieron las formas tecnológicas y organizativas dominantes en el capitalismo, es significativo. Marx trataba de explicar los orígenes del sistema fabril y el desarrollo de la producción de máquinas-herramienta (para producir máquinas por medio de otras máquinas) como un negocio autónomo dedicado a la producción de nuevas tecnologías. Ésa es la industria clave que subyace bajo «la revolución continua de la producción, la incesante conmoción de todas las condiciones sociales, la incertidumbre y agitación permanente» señaladas en el *Manifiesto comunista* como característica principal del capitalismo desde sus orígenes.

En ese largo capítulo sobre la maquinaria, las distintas esferas evolucionan conjuntamente de forma que ajustan y consolidan el carácter permanentemente revolucionario del capitalismo. Las concepciones mentales de la producción como un arte fueron desplazadas por la comprensión científica y el diseño consciente de nuevas tecnologías. Las relaciones de clase, género y familia fueron cambiando a medida que los trabajadores se iban viendo reducidos cada vez más al estatus de apéndices flexibles de una máquina, dejando de ser individuos provistos de las habilidades únicas que posee un artesano. Al mismo tiempo, los capitalistas introdujeron como armas en la lucha de clases contra las organizaciones obreras nuevas tecnologías y formas organizativas (llegándose finalmente a utilizar la máquina para disciplinar el propio cuerpo del trabajador). La incorporación de un gran número de mujeres a la fuerza de trabajo tuvo, entonces como ahora, todo tipo de consecuencias sociales. Cuando la flexibilidad y adaptabilidad de la mano de obra a diferentes áreas se convirtió en una exigencia crucial, se hizo necesaria la enseñanza pública. Esto trajo consigo otros cambios institucionales, en particular las cláusulas educativas de la Ley de Fábricas de 1848, aprobada por un Estado dominado por los capitalistas y terratenientes. Los inspectores de fábrica nombrados por aquel Estado proporcionaron a Marx abundante material con el que reforzar sus argumentos. Nuevas formas organizativas (las empresas fabriles) promovieron nuevas tecnologías bajo nuevos dispositivos institucionales que tenían consecuencias para las relaciones sociales y las relaciones con la naturaleza. En ningún momento parece que una sola de esas esferas dominara a las demás.

Sin embargo, hay desarrollos desiguales entre las esferas que generan tensiones en la trayectoria de la evolución. En algunas encrucijadas decisivas, esas tensiones re-

orientan la trayectoria en una dirección y no en otras. ¿Podría surgir de esa dinámica una forma nueva y «más elevada» de familia? ¿Podría inducir la enseñanza pública requerida para producir una fuerza de trabajo mejor formada, más flexible y bien entrenada una cultura popular ilustrada que permitiera tomar el mando a las organizaciones obreras? ¿Podrían diseñarse tecnologías que aliviaran la carga de trabajo en lugar de ponerla al servicio del Moloch devorador de la acumulación sin fin de capital? En cada encrucijada había distintas posibilidades, por más que las adoptadas de hecho impulsaran al capitalismo por vías cada vez más represivas. La inclinación británica por el libre mercado y el *laissez-faire* no tenía por qué triunfar necesariamente en el siglo XIX, pero, una vez que lo hizo, la evolución del capitalismo siguió una vía muy concreta, no particularmente benevolente.

Permítaseme pues resumir. Las siete esferas de actividad evolucionan conjuntamente a lo largo de la historia del capitalismo en formas peculiares. Ninguna de ellas prevalece sobre las demás, y cada una goza de la posibilidad de un desarrollo autónomo (la naturaleza muta y evoluciona independientemente, como lo hacen las concepciones mentales, las relaciones sociales, las formas de la vida cotidiana, los dispositivos institucionales, las tecnologías, etc.). Cada una de esas esferas experimenta una continua renovación y transformación, tanto en interacción con las demás como en una dinámica propia interna que crea continuas novedades en el comportamiento humano. Las relaciones entre las esferas no son causales sino que están dialécticamente entrelazadas mediante la circulación y acumulación de capital. Como tal, la configuración global constituye una totalidad socioecológica. No se trata, insisto en ello, de una totalidad mecánica, un motor social cuyas partes se adecuen estrictamente a los dictados de la totalidad, sino más bien de un sistema ecológico compuesto por muchas especies y formas de actividad diferentes; lo que el filósofo/sociólogo francés Henri Lefebvre llamaba un *ensemble* o su compatriota Gilles Deleuze un *assemblage* de elementos entre los que se da una relación dinámica mutua. En tal totalidad ecológica, las interrelaciones son fluidas y abiertas, aunque estén inextricablemente entrelazadas entre sí.

El desarrollo desigual entre las esferas permite la materialización de sucesos imprevistos o improbables (del estilo de las mutaciones fortuitas en la teoría darwiniana) y genera tensiones y contradicciones. También puede suceder que acontecimientos inopinados en una esfera, en determinado momento y lugar, desempeñen un inesperado papel de vanguardia. El desarrollo repentino de agentes patógenos (como el VIH/sida, la gripe aviar o el SRAS) o el estallido de un fuerte movimiento social por los derechos laborales, civiles o de emancipación femenina, un haz de innovaciones tecnológicas como el reciente ascenso de la electrónica y las tecnologías informáticas, o un brote expansivo de política utópica, han servido en distintos momentos y lugares como detonantes de una aceleración del proceso de evolución conjunta, ejerciendo una inmensa presión sobre las demás esferas, bien para poner-

se a la par o para constituir reductos de oposición recalcitrante o de resistencia activa. Una vez que la tecnología se convirtió en un negocio de por sí (como sucedió desde mediados del siglo XIX en adelante), a veces había que crear una necesidad social para utilizar un nuevo invento, y no al revés. En el sector farmacéutico hemos visto en tiempos recientes la creación de diagnósticos totalmente nuevos de estados mentales y físicos que justificaban el empleo de nuevas drogas (el ejemplo más clásico es el del Prozac). La creencia dominante entre la clase capitalista y en el conjunto de la sociedad, incluso, de que existe un remedio tecnológico para cada problema y una píldora para cada dolencia tiene todo tipo de consecuencias. El «fetiche de la tecnología» sigue teniendo por tanto un papel indebidamente dominante en el impulso de la historia burguesa, al que se pueden atribuir tanto sus asombrosos logros como ciertas catástrofes autoinfligidas. ¡Como si los problemas de nuestra relación con la naturaleza pudieran ser resueltos por nuevas tecnologías más que por revoluciones en la reproducción social y la vida cotidiana!

Históricamente parece como si hubiera periodos en los que algunas de las esferas discreparan radicalmente de otras. En Estados Unidos, por ejemplo, donde el prestigio de la ciencia y la tecnología parece indiscutido, hay sin embargo mucha gente que rechaza la teoría de la evolución. Aunque la teoría del cambio climático global disponga de sólidas bases científicas, muchos están convencidos de que es un fraude. ¿Cómo se puede entender mejor la relación con la naturaleza cuando predominan creencias religiosas o políticas que no conceden ningún crédito a la ciencia? Situaciones de ese tipo suelen conducir a fases de estancamiento o a reconstrucciones radicales, que vienen presagiadas por crisis. En el caso del capitalismo, su tendencia a la crisis, nunca resuelta, da lugar a un desplazamiento espasmódico de una esfera a otra.

Pero hay un límite para esas alternancias. Sean cuales sean las innovaciones o desplazamientos que tengan lugar, la supervivencia del capitalismo a largo plazo depende de su capacidad para mantener una tasa de crecimiento compuesto del 3 por 100. La historia del capitalismo está plagada de tecnologías que se ensayaron y no funcionaron, planes utópicos para la promoción de nuevas relaciones sociales (como las comunas icarianas en Estados Unidos durante la segunda mitad del siglo XIX, los kibutz israelíes en la década de los cincuenta, o las actuales «comunas ecologistas»), que acabaron siendo asimilados o abandonados frente a la lógica capitalista dominante. Sea como sea, de un modo u otro, el capital debe organizar de algún modo las siete esferas para acomodarse a la regla del 3 por 100 de crecimiento.

* * * * *

En la práctica el capitalismo parece haber evolucionado siguiendo la pauta del «equilibrio puntuado» que Niles Eldredge y Stephen Jay Gould concibieron para la

evolución natural: periodos de evolución conjunta relativamente lenta y armónica entre las esferas, entre los que se intercalan breves fases de perturbaciones y cambios radicales. Posiblemente nos encontremos ahora inmersos en una de esas fases de cambio, pero también se perciben intentos desesperados de restaurar el orden preexistente y de proceder como si nada importante estuviera pasando ni tuviera por qué pasar.

Considérese esa idea del equilibrio puntuado en relación con la última fase importante de reconstrucción capitalista, que tuvo lugar durante la crisis de 1973-1982. En mi libro de 2005 *A Brief History of Neoliberalism** intenté explicar la reestructuración capitalista que comenzó durante aquellos años. En todo el mundo capitalista pero en particular en Estados Unidos (la gran potencia indiscutible de aquella época), el poder de la clase capitalista se iba debilitando con respecto al movimiento obrero y otros movimientos sociales, y la acumulación capitalista iba cayendo. Los mandamases de las principales corporaciones, junto con los magnates de los medios y otros ricachones, muchos de los cuales, como los hermanos Rockefeller, provenían de lo más selecto de la clase capitalista, emprendieron un contraataque. Pusieron en marcha la reconstrucción radical del nexo Estado-finanzas (la desregulación a escala nacional y luego internacional de las operaciones financieras, la autorización de la financiación apalancada con deudas, la intensificación de la competencia internacional y el reposicionamiento del aparato del Estado con respecto a la Seguridad Social). El capital cobró nuevo poder frente a la clase obrera mediante el fomento del desempleo y la desindustrialización, la sustitución de trabajadores autóctonos por inmigrantes con salarios más bajos, la deslocalización y todo tipo de cambios tecnológicos y organizativos (por ejemplo la subcontratación), a los que se sumó más tarde un ataque ideológico y político contra todo tipo de organización obrera durante los mandatos de Ronald Reagan y Margaret Thatcher, lo que tuvo como efecto resolver la crisis de la caída de la rentabilidad y la riqueza mediante la contención salarial y la reducción de la protección social a cargo del Estado. Las concepciones mentales del mundo se reconfiguraron cuanto era posible apelando a los principios neoliberales de la libertad individual como algo necesariamente inserto en el libre mercado y el libre comercio. El Estado renunció a buena parte de sus tareas con respecto a la protección social y se desmanteló gradualmente el conjunto de regulaciones medioambientales que se habían ido estableciendo a principios de la década de los setenta (como la protección ambiental). También aparecieron de repente nuevas formas de consumismo en determinados segmentos del mercado y un estilo de vida más individualista, potenciado por el estilo posmoderno

* Ed. cast.: *Breve historia del neoliberalismo*, Madrid, Akal, 2007 [N. del T.].

de urbanización (la disneyficación del centro de las ciudades y la gentrificación* de ciertos barrios desplazando a sus habitantes tradicionales), junto con el surgimiento de movimientos sociales centrados en una combinación de individualismo egoísta, política identitaria, multiculturalismo y preferencias sexuales no convencionales.

El capital no creó esos movimientos, pero ideó formas de explotarlos y manipularlos, tanto en términos de fracturar solidaridades de clase hasta entonces importantes, como de mercantilizar y canalizar hacia nichos de mercado las demandas afectivas y efectivas asociadas a esos movimientos. Las nuevas tecnologías electrónicas y sus variadas aplicaciones en la producción y el consumo tuvieron un enorme impacto sobre el proceso de trabajo, así como sobre la vida cotidiana de gran parte de la población (los ordenadores portátiles y teléfonos móviles en sus sucesivas generaciones se han convertido en adminículos poco menos que imprescindibles). El mantra-fetiché de la década de los noventa era que las nuevas tecnologías electrónicas supondrían la solución para los problemas del mundo y presagiaba un desplazamiento igualmente colosal en las concepciones mentales dando lugar a una intensificación del individualismo posesivo y del ansia de dinero, el endeudamiento, la especulación en títulos financieros, la privatización de los activos públicos y la aceptación generalizada de la responsabilidad personal como norma cultural por encima de las clases sociales. Los estudios preliminares sobre las víctimas de la primera oleada de ejecuciones hipotecarias indican, por ejemplo, que muchas de ellas no responsabilizaban a las condiciones sistémicas sino que se sentían culpables por no ser capaces de afrontar, por la razón que fuera, la responsabilidad personal aneja a la propiedad de su domicilio. La visión del papel que correspondía al Estado y su poder se modificó espectacularmente durante el periodo neoliberal y sólo ahora comienza a restablecerse después de que el Estado se viera obligado a intervenir tras la bancarrota de Lehman Brothers en septiembre de 2008, acudiendo con una ayuda financiera masiva al rescate de un sistema bancario al borde de la catástrofe.

Los detalles eran por supuesto mucho más complicados y se entrecruzaba una miríada de fuerzas en todas direcciones. A escala mundial, el desarrollo geográfico desigual del neoliberalismo era evidente en todas partes, aunque con distintos grados de resistencia. Lo único que quiero señalar aquí es cuánto cambió el mundo en todas las esferas, dependiendo de dónde estaba cada uno, entre 1980 y 2010. La evolución conjunta, por desigual que fuera, ha sido evidente para quienquiera que la haya vivido.

El peligro para las ciencias sociales, así como para la comprensión popular, es considerar una de las esferas como determinante y las otras como subordinadas.

* De *gentry*: desplazamiento de las clases populares y su sustitución por capas de mayor nivel adquisitivo [N. del T.].

Cuando aquel arquitecto del jurado surcoreano decía que sólo importan las concepciones mentales, estaba expresando una apreciación muy corriente, impelido sin duda por un comprensible deseo de simplificación; pero tales simplificaciones no están justificadas y son peligrosamente equívocas. De hecho, a nuestro alrededor proliferan las explicaciones monocausales peligrosamente supersimplistas. En su éxito de ventas *The World Is Flat**, el periodista Thomas L. Friedman exponía en 2005 una versión muy desahogada del determinismo tecnológico (que equivocadamente atribuía a Marx). En 1997 Jared Diamond argumentaba en *Guns, Germs and Steel*** que lo que cuenta es la relación con la naturaleza, transformando así la evolución humana en un cuento determinista medioambiental. Según él, África es pobre por razones medioambientales, no por una inferioridad racial o (lo que él no dice) debido a siglos de saqueo imperialista, empezando por el comercio de esclavos. Las tradiciones marxista y anarquista se caracterizan por el determinismo de la lucha de clases, mientras que otros sitúan como determinante de la evolución social las relaciones sociales de género, sexualidad o raza, y otros predicán que nuestros problemas actuales derivan de un individualismo desenfrenado o de la codicia humana universal. El idealismo, que sitúa a la vanguardia del cambio social las concepciones mentales, tiene una tradición antiquísima, representada más recientemente por la teoría hegeliana de la historia, pero hay muchas otras versiones que sitúan como centro las visiones e ideas de audaces innovadores y empresarios, líderes religiosos o pensadores utópicos (como algunas versiones del maoísmo). Según esas concepciones, lo que realmente importa son las creencias y valores cambiantes; bastaría cambiar el discurso, se dice a veces, y el mundo también cambiaría.

El ala más obrerista de la tradición marxista, por otra parte, trata el proceso de trabajo como la única posición desde la que puede llegar un cambio auténticamente revolucionario, porque el poder real del trabajo para cambiar el mundo reside exclusivamente en la actividad laboral. Desde ese punto de partida y sólo desde él es posible *Change the World without Taking Power****, aseguraba John Holloway en 2002. En otro texto también popular, *Blessed Unrest* (2007), Paul Hawken sugería que el cambio social en nuestra época sólo puede emanar, y ya lo está haciendo, de los compromisos prácticos de millones de personas tratando de transformar su vida cotidiana en el lugar particular en el que viven, dejando a un lado todas esas ideologías políticas y concepciones mentales utópicas (desde el comunismo hasta el neoliberalismo) que se han demostrado tan desastrosas en el pasado. La versión de izquierdas de esa teoría ve ahora la política de la vida cotidiana en lugares particulares

* Ed. cast.: *La Tierra es plana*, Madrid, Martínez Roca, 2006 [N. del T.].

** Ed. cast.: *Armas, gérmenes y acero*, Madrid, Debate, 2006 [N. del T.].

*** Ed. cast.: *Cambiar el mundo sin tomar el poder*, Barcelona, El Viejo Topo, 2002 [N. del T.].

como el semillero fundamental para la acción política y el cambio radical. La creación de «economías solidarias» locales es la única respuesta posible. Hay en cambio toda una escuela «institucionalista» de historiadores, filósofos y políticos que con ese título indican su adhesión a una teoría del cambio social que privilegia como fundamental el control y la reforma de los dispositivos institucionales. La versión leninista revolucionaria de ese pensamiento consistiría en conquistar y aplastar el poder del Estado. Otra versión radical deriva del foco que ponía Michel Foucault en las cuestiones de «gobernanza», analizando particularmente las intersecciones entre dos esferas, la de los sistemas institucionales y administrativos y la vida cotidiana (pensada como política del cuerpo).

Cada posición en esa panoplia de posibilidades tiene algo importante que decir, por parcial o unidimensional que sea, sobre el dinamismo socioecológico del capitalismo y el potencial para construir alternativas; el problema surge cuando una u otra de esas perspectivas se plantea dogmáticamente como fuente única y punto primordial de presión política para lograr un cambio. En las ciencias sociales ha habido toda una historia desgraciada en cuanto a privilegiar algunas esferas de actividad sobre las demás. A veces eso refleja una situación en la que alguna de ellas —ya sea la lucha de clases o el dinamismo tecnológico— parece estar a la vanguardia de las transformaciones socioecológicas en curso, y sería muy burdo no reconocerlo en tal caso. Evidentemente, no se trata de que las siete esferas deban evolucionar siempre a la par, sino de tener siempre presente la tensión dialéctica en su desarrollo desigual.

Lo que parece de menor importancia en un periodo o en un lugar puede resultar primordial en otros. Las luchas obreras no están ahora a la vanguardia de la dinámica política, tal como sucedía durante la década de los sesenta y a principios de la de los setenta. Ahora se presta mucha más atención que antes a la relación con la naturaleza. También hay que dar la bienvenida al interés actual por la vida cotidiana, que en el pasado no recibía la atención que merecía, y justamente ahora no necesitamos extendernos en el impacto social de las nuevas tecnologías y las formas organizativas, que en el pasado han sido quizá priorizadas en exceso.

La presentación marxiana de la transición del feudalismo al capitalismo puede, de hecho, reconstruirse y leerse como una evolución conjunta de las siete diferentes esferas de actividad detalladas anteriormente. El capitalismo no suplantó al feudalismo mediante una clara transformación revolucionaria impulsada por las fuerzas movilizadas en una sola de esas esferas; tuvo que desarrollarse en los intersticios de la vieja sociedad y reemplazarla poco a poco, a veces mediante la fuerza, violencia, depredación y apropiación de bienes ajenos, y en otros momentos mediante la astucia. A menudo perdió batallas contra el antiguo régimen, aunque al final ganara la guerra. Sin embargo, a medida que conseguía cierta cuota de poder, la incipiente clase capitalista tenía que construir formas sociales alternativas a partir de las tecnologías, relaciones

sociales, sistemas administrativos, concepciones mentales, sistemas de producción, relaciones con la naturaleza y pautas de la vida cotidiana que habían constituido el armazón del orden feudal precedente. Fue precisa una evolución conjunta y un desarrollo desigual en las diferentes esferas antes de que el capitalismo elaborara no sólo su propia base tecnológica, sino también su sistema de creencias y sus concepciones mentales, sus configuraciones inestables pero claramente clasistas de las relaciones sociales, sus peculiares ritmos espacio-temporales y sus igualmente curiosas formas de vida cotidiana, por no hablar de sus procesos de producción y de su marco institucional y administrativo, antes de que se pudiera hablar de un auténtico capitalismo.

Y, aun así, llevaba consigo múltiples marcas de las condiciones bajo las que se había realizado la transición. Aunque quizá se han exagerado mucho las diferencias entre las tradiciones protestante, católica y confuciana como explicación de las singulares características que presenta el capitalismo en distintas partes del mundo, sería insensato afirmar que tales influencias son irrelevantes o despreciables. Además, una vez que el capitalismo asentó sus propias bases, emprendió un movimiento revolucionario continuo en todas las esferas para atenuar las inevitables tensiones generadas por la acumulación sin fin de capital con una tasa de crecimiento compuesto de la que ya hemos hablado. Los hábitos cotidianos y concepciones mentales de la clase obrera británica surgidos durante la década de los noventa (y la propia redefinición de lo que constituyen hoy día la «clase obrera» y sus relaciones sociales) no son los mismos que la caracterizaban durante las décadas de los cincuenta y sesenta. El proceso de evolución conjunta que el capitalismo pone en movimiento es permanente.

Quizá uno de los mayores fallos en los pasados intentos de construir el socialismo haya sido la renuencia a considerar políticamente todas esas esferas y a permitir que la dialéctica entre ellas abriera nuevas posibilidades, en lugar de cerrarlas. El comunismo revolucionario, en particular el de tipo soviético —especialmente después de que Stalin pusiera abruptamente fin al periodo de experimentación revolucionaria de la década de los veinte—, redujo con demasiada frecuencia la dialéctica de las relaciones entre las esferas a un programa de vía única en el que les correspondía a las fuerzas productivas (tecnologías) encabezar el cambio. Ese planteamiento fracasó inevitablemente y dio lugar a un estancamiento (burocratización) de los dispositivos administrativos e institucionales, convirtió la vida cotidiana en una aburrida monotonía y congeló la posibilidad de explorar nuevas relaciones sociales o concepciones mentales. Tampoco prestó la debida atención a las relaciones con la naturaleza, con consecuencias desastrosas. Está claro que los bolcheviques no tenían otra opción que intentar construir el comunismo a partir de las configuraciones heredadas del antiguo régimen (en parte feudal y en parte capitalista), y desde ese punto de vista cabe entender su adopción del sistema fabril fordista y de sus tecnologías y formas organizativas como un paso necesario en la transición al comunismo.

Lenin argumentó, comprensiblemente, que, para que se produjera la transición al socialismo y luego al comunismo, había que basarse inicialmente en las tecnologías y formas organizativas más avanzadas del capitalismo; pero no hubo un intento consciente, en particular desde el momento en que Stalin se hizo con el poder, de avanzar hacia la confección de tecnologías y formas organizativas auténticamente socialistas y menos aún comunistas. Aunque se le realizaron importantes avances en la robotización y en la planificación matemática de la producción y distribución óptima de los recursos, sólo si se hubieran aplicado adecuadamente éstos, podrían haber aliviado la carga de trabajo y promovido una mayor eficiencia.

La abrumadora percepción dialéctica de Mao sobre el funcionamiento de las contradicciones, así como su reconocimiento, al menos en principio, de que una revolución en China tenía que ser permanente o no sería nada lo llevó a precisar conscientemente la transformación revolucionaria en diversas esferas de actividad en distintas fases históricas. El Gran Salto Adelante insistía en la producción y en el cambio tecnológico y organizativo. Fracasó en sus objetivos inmediatos y provocó una terrible hambruna, pero cabe asegurar que también tuvo un enorme impacto sobre las concepciones mentales. La Revolución cultural trató de reconfigurar radical y directamente las relaciones sociales y las concepciones mentales del mundo. Aunque casi todo el mundo piensa actualmente que Mao fracasó lamentablemente en ambos propósitos, cabría sospechar que el asombroso rendimiento económico y la transformación revolucionaria que han caracterizado a China desde su viraje a las reformas institucionales y administrativas iniciado a finales de la década de los setenta, se han basado en muchos aspectos en los logros reales del periodo maoísta (en particular el abandono de muchas relaciones sociales y concepciones mentales «tradicionales» a medida que el Partido profundizaba su influencia sobre la vida cotidiana de las masas). Mao reorganizó totalmente los cuidados sanitarios en la década de los sesenta, por ejemplo, enviando a un ejército de «médicos descalzos» a las regiones rurales hasta entonces desatendidas y miserables para difundir los principios de una medicina preventiva elemental, medidas de sanidad pública y cuidados prenatales. La espectacular reducción de la mortalidad infantil y el aumento de la esperanza de vida que resultó de todo ello produjo los excedentes de mano de obra que alimentaron el crecimiento acelerado de la economía china a partir de 1980. También impuso limitaciones drásticas de la actividad reproductiva mediante la puesta en vigor del límite de un solo niño por familia. Que todo esto abriera la vía hacia cierto tipo de desarrollo capitalista fue una consecuencia no pretendida de enorme importancia.

¿Cómo se pueden entonces concebir estrategias revolucionarias a la luz de esa teoría de la evolución conjunta del cambio social? A mi juicio ofrece un marco de investigación que puede tener consecuencias prácticas a todos los niveles del pensamiento, desde las grandes estrategias revolucionarias hasta el rediseño de la urbanización y la vida

en las ciudades. Al mismo tiempo señala que continuamente nos encontramos con imprevistos, contradicciones y posibilidades autónomas, así como con un cúmulo de consecuencias no pretendidas. Como en la transición del feudalismo al capitalismo, hay muchos espacios intersticiales en los que fomentar movimientos sociales alternativos, esto es, anticapitalistas; pero también hay muchas posibilidades de que iniciativas bien intencionadas sean asimiladas o acaben catastróficamente. A la inversa, acontecimientos aparentemente negativos (como el Gran Salto Adelante de Mao o la Segunda Guerra Mundial que preparó la escena para el rápido crecimiento económico después de 1945) pueden dar resultados sorprendentemente buenos. ¿Debería esto desanimarnos? Dado que no cabe detener la evolución en general ni la de las sociedades humanas en particular (con o sin el imperativo capitalista), no tenemos otra opción que participar en el drama. Nuestra única alternativa es si debemos o no esforzarnos por cobrar conciencia de qué resultado están dando nuestras intervenciones y estar dispuestos a virar rápidamente cuando cambian las condiciones o cuando se hacen evidentes consecuencias indeseadas. La evidente adaptabilidad y flexibilidad del capitalismo proporciona a este respecto un sobresaliente modelo.

¿Por dónde debemos comenzar entonces nuestro movimiento anticapitalista revolucionario? ¿Por las concepciones mentales? ¿Por la relación con la naturaleza? ¿Por la vida cotidiana y las prácticas reproductivas? ¿Por las relaciones sociales? ¿Por las tecnologías y las formas organizativas? ¿Por los procesos de trabajo? ¿Por la conquista de las instituciones y su transformación revolucionaria?

Un repaso del pensamiento alternativo y de los movimientos sociales de oposición mostraría que distintas corrientes de pensamiento (muy a menudo, por desgracia, mutuamente excluyentes) difieren en cuanto al aspecto por el que conviene empezar. Pero la teoría de la evolución conjunta aquí expuesta implica que podemos empezar por cualquier parte y en cualquier momento y lugar, ¡con tal de no permanecer en el mismo punto donde comenzamos! La revolución tiene que ser un *movimiento* en todos los sentidos de esa palabra. Si no podemos movernos en y a través de las distintas esferas, en último término no iremos a ningún sitio. Reconociendo esto, se hace imperativo considerar alianzas entre todo un conjunto de fuerzas sociales configuradas en las diferentes esferas. Quienes poseen un profundo conocimiento de la relación con la naturaleza deben aliarse con los más familiarizados con el funcionamiento de los dispositivos institucionales y administrativos, con los expertos en ciencia y tecnología, con quienes saben cómo se pueden reorganizar más fácilmente las relaciones sociales y la vida cotidiana, cómo se pueden cambiar las concepciones mentales y cómo se puede reconfigurar la producción y los procesos de trabajo.

Pero ¿en qué espacio puede tener lugar un movimiento revolucionario, y cómo se abre camino éste con su propia movilización? Ésta es la cuestión geográfica que vamos a considerar ahora.

VI

La geografía cambiante del capitalismo

La crisis que comenzó en el mercado de la vivienda en puntos muy localizados de Estados Unidos en 2007 se extendió rápidamente por todo el mundo a través de un sistema financiero y comercial cuya densa trama debía servir supuestamente para dispersar el riesgo y minimizarlo, y no para propagar el caos financiero. Cuando se difundieron los efectos de la contracción crediticia, sus consecuencias no fueron las mismas en todas partes; todo dependía del grado en que los bancos locales y otras instituciones como los fondos de pensiones hubieran invertido en los activos tóxicos esparcidos desde Estados Unidos; el grado en que los bancos de otros países hubieran copiado las prácticas estadounidenses en inversiones de alto riesgo; la dependencia de las empresas locales e instituciones públicas (como los gobiernos municipales) de líneas abiertas de crédito para cubrir sus deudas; el impacto de la rápida caída de la demanda de consumo en Estados Unidos y otros lugares sobre economías basadas en las exportaciones; los altibajos de la demanda y los precios de ciertas materias primas (en particular el petróleo), y las distintas estructuras de empleo y de protección social (incluido el flujo de remesas desde el extranjero) y la red de Seguridad Social, muy diferenciada de un país a otro. ¿Cuándo, cómo y por qué golpeó más esa crisis a determinados países, regiones, comarcas o barriadas? ¿Por qué varía tanto el desempleo en la Unión Europea (con una media del 8,9 por 100 en abril de 2009), desde el 2 por 100 en los Países Bajos al 17,5 por 100 en España? ¿Qué importancia tiene que las familias estadounidenses no hayan ahorrado prácticamente nada durante los últimos años, las británicas alrededor del 2 por 100 de sus ingresos y las alemanas el 11 por 100? ¿Por qué el Líbano, a pesar de su tumultuosa historia reciente, no sintió prácticamente casi ningún efecto de la crisis, al menos hasta el verano de 2009? (respuesta parcial: debido al

enorme estímulo económico que suponía la reconstrucción del país tras los bombardeos israelíes de 2006).

En China y gran parte del resto de Asia el problema se manifestó casi exclusivamente en el colapso de los mercados exportadores, mientras que en Islandia se debió casi exclusivamente a la exposición de los bancos nacionales a los activos tóxicos. Los bancos canadienses, estrictamente regulados, no han informado hasta ahora de dificultades, pero los sectores industriales dependientes del comercio con Estados Unidos se han visto seriamente afectados. El Reino Unido sufrió un duro golpe porque había seguido el modelo estadounidense en casi todos los aspectos, mientras que Alemania tuvo que hacer frente principalmente a la caída de sus exportaciones, aunque se difundieron rumores de que había muchos activos tóxicos ocultos en su sistema bancario. China, con enormes reservas de divisas, disponía de recursos financieros suficientes para afrontar las dificultades, mientras que Islandia carecía prácticamente de ellos.

Las respuestas de la población y de las autoridades estatales han variado notablemente de un país a otro, según la profundidad y la naturaleza del problema local, sus predilecciones ideológicas, la interpretación dominante de las causas últimas, los dispositivos institucionales (la red de Seguridad Social mucho más sólida en muchos países europeos, por ejemplo, frente a la de Estados Unidos, donde la protección social es extremadamente escasa), los hábitos de consumo (con respecto al ahorro personal, por ejemplo) y la disponibilidad de recursos locales (en particular de superávit presupuestario) para hacer frente al impacto local. Alemania, con un terrible recuerdo del efecto de la inflación durante la República de Weimar que llevó a Hitler al poder, temía que una financiación excesiva de la deuda disparara la inflación y se atuvo estrictamente a la ortodoxia neoliberal, mientras que Estados Unidos suscribió alegremente (con el disgusto de los renacidos conservadores del Partido Republicano en el terreno presupuestario) la doctrina Reagan de que «el déficit no importa». Si las respuestas y los efectos han sido tan diversos, la cuestión que se plantea es de dónde puede venir la recuperación o algún giro innovador hacia una política económica alternativa. Conocemos la respuesta a la crisis del este y sudeste de Asia en 1997-1998: el mercado de consumo en expansión —financiado con la deuda— estadounidense permitió a las economías de esa región recuperar la salud económica mediante las exportaciones. ¿Podría volver a suceder esto de nuevo? ¿Siguen mostrando signos de crecimiento las economías emergentes de Brasil, la India y China? Aunque no se puede responder con seguridad, muchos signos apuntan a que Asia oriental podría ser el centro de la recuperación. En cualquier caso resulta casi imposible predecir tanto los efectos de la crisis como las vías geográficas por las que se podrían propagar los llamados «brotes verdes» de la recuperación económica.

Para ilustrar las extrañas vías seguidas por el contagio financiero, consideremos el siguiente ejemplo.

Como muchos otros ayuntamientos en el mundo, el de Berlín comenzó a tener problemas en la financiación de su sistema de transporte público durante la década de los noventa. El gobierno central, cada vez más neoliberal, era reacio a proporcionarle ayuda. Aparecieron asesores financieros con una propuesta que parecía sencilla para salvar la situación: arrendar por un tiempo el servicio a inversores estadounidenses, recuperándolo más tarde cuando mejoraran las finanzas del ayuntamiento. Los inversores estadounidenses, que gozaban de deducciones de impuestos por la depreciación de sus inversiones en el extranjero, compartían esa ventaja con las autoridades berlinesas (que recibieron alrededor de 90 millones de dólares a finales de la década de los noventa). De hecho, los contribuyentes estadounidenses estaban subvencionando a los gobiernos municipales alemanes, muchos de los cuales llegaron a tratos similares en todo tipo de servicios, desde el abastecimiento de agua y los sistemas de alcantarillado hasta los centros de convenciones. Cuando las autoridades tributarias estadounidenses se percataron de la treta, se esforzaron por cerrar la grieta a partir de 2004; pero los contratos, complicados y escritos en inglés, permanecían en vigor. El contrato especificaba que el valor de los activos arrendados debía asegurarse en una compañía de alto nivel; el banco de inversiones estadounidense JP Morgan persuadió finalmente al ayuntamiento berlinés para que el seguro se realizara mediante una obligación de deuda garantizada (*collateralised debt obligation*, CDO) respaldada por instituciones financieras consideradas muy solventes, incluidos Lehman Brothers, AIG y los bancos islandeses. Cuando todos éstos se fueron a pique en septiembre de 2008 y la CDO mostró su toxicidad, Berlín se vio ante la disyuntiva de encontrar a otro asegurador de alto rango (algo entonces imposible) o depositar su propio dinero como garantía, cuando ya debía entonces 200 millones de dólares o más. Muchos otros ayuntamientos alemanes se encontraron en la misma situación (el de Leipzig se vio particularmente afectado porque ya había arrendado casi todo lo que tenía). Pero era muy difícil, como declaró un funcionario municipal alemán, no caer en la trampa de aquellos ardidés, cuando tantos ayuntamientos se ufanan de lo bien que les había ido durante la década de los noventa.

El fiasco de los arrendamientos municipales alemanes a compañías estadounidenses alimentó una interpretación europea plausible pero errónea, expresada por los dirigentes alemanes y franceses, de que la crisis era tan sólo angloamericana más que un fallo sistémico del capitalismo. Resultan así más fáciles de entender las respuestas genéricamente nacionalistas (y en algunos casos peligrosamente derechistas, como se demostró en las elecciones europeas de junio de 2009, en las que los votos a los partidos de derecha y extrema derecha aumentaron sustancialmente); pero la idea de que las industrias exportadoras alemanas podían prosperar por sí solas, como si la expansión del consumo financiado con deudas al otro lado del Atlántico no tuviera nada que ver con ellas, es un ejemplo sobresaliente de cómo las estrechas

visiones nacionales distorsionan la percepción del funcionamiento real del capitalismo globalizado.

* * * * *

Así pues, ¿qué es lo que guía la trayectoria geográfica de las crisis cuando éstas se manifiestan, y cómo se relacionan los efectos y las respuestas políticas locales con la dinámica global? ¿Existe, en resumen, alguna teoría del desarrollo geográfico desigual del capitalismo a la que podamos recurrir para que nos ayude a entender la intrincada dinámica geográfica de la acumulación de capital y a contextualizar en particular cómo se desarrolló esta crisis?

Los procesos de acumulación de capital no se dan, obviamente, fuera de un contexto geográfico, y éstos son muy diversos; pero los capitalistas y sus agentes también desempeñan un papel activo y destacado en el cambio de ese marco. Constantemente se están produciendo nuevos espacios y relaciones espaciales. Nacen nuevos medios de transporte, redes de comunicaciones, ciudades desbordantes y concentraciones agrícolas muy productivas. Se ha deforestado gran parte del suelo, se han extraído recursos de las entrañas de la tierra, se ha modificado (tanto local como globalmente) el hábitat y las condiciones atmosféricas. Se ha pescado incesantemente en los océanos y se han diseminado por el planeta todo tipo de desperdicios (algunos de ellos altamente tóxicos para cualquier forma de vida). Los cambios medioambientales de largo alcance provocados por las acciones humanas durante toda nuestra historia han sido enormes, y los provocados por el capitalismo durante los últimos siglos más aún. Lo que la naturaleza nos había dado se ha visto desde hace tiempo suplido por lo que los seres humanos hemos construido. La geografía del capitalismo es cada vez más autogenerada.

Pero los capitalistas no son los únicos dedicados a esa tarea. Desde 1700, aproximadamente, la población mundial ha ido aumentando en proporción geométrica, tal como ha sucedido, curiosamente, con la acumulación de capital. La población mundial llegó a 1.000 millones de personas hacia 1810, y pasó de 1.600 millones en 1900 a 2.400 millones en 1950 y a más de 6.000 millones en 2000. Diversas estimaciones la sitúan ahora en torno a los 7.000 millones de habitantes y se prevé que seremos alrededor de 9.000 millones de personas en 2050.

La naturaleza exacta de la relación entre la acumulación de capital y el aumento de la población es una cuestión sometida a debate; pero es prácticamente seguro que el capitalismo no podría haber sobrevivido y prosperado como lo hizo de no haber sido por la continua expansión de la población disponible, ya fuera como productores o como consumidores, aun cuando la población no estuviera organizada según las relaciones sociales, tecnologías, formas de producción y dispositivos

institucionales capitalistas. Las contribuciones de la esclavitud, el oro de los incas, las materias primas arrebatadas a las poblaciones indígenas y la producción y absorción de excedentes de capital en mercados no capitalistas han sido fundamentales para mantener la acumulación capitalista durante siglos. La expansión del sector textil en Manchester hacia 1860 descansaba en la explotación del algodón crudo producido en plantaciones estadounidenses utilizando a esclavos llevados allí desde África, mientras que los productos acabados se vendían, *inter alia*, a la vasta y creciente población de la India, no capitalista pero sometida al Imperio británico. Sin embargo, también cabe invertir la proposición y afirmar que, sin el crecimiento propiciado por la acumulación de capital, algunas poblaciones se habrían visto diezmadas por el hambre, a menos que hubieran hallado alguna otra forma de alimentarse.

En tiempos más recientes, la nueva población de la China rural, en muchos casos sólo parcialmente proletarizada, ha supuesto la base para un periodo asombroso de desarrollo capitalista que ha contribuido a mantener en la senda del crecimiento acelerado un capitalismo cada vez más volátil, aunque se hayan registrado tensiones en las regiones que no podían competir con la industria china de bajos salarios. Por poner otro ejemplo, la tremenda aglomeración de la población en ciertas áreas urbanas ha ejercido una enorme presión sobre el uso del suelo y ha desempeñado un papel clave en el aumento de su precio y en general de la renta de la tierra, de la que se apropian los capitalistas agrarios y los promotores urbanos.

El aumento de población en todo el planeta ha traído consigo colosales cambios geográficos. Los movimientos migratorios se han volcado sobre continentes escasamente poblados, como Norteamérica en 1700, y los han convertido en dinámicos centros de crecimiento para la acumulación de gente y también de capital. Desde principios de la historia del capitalismo los asentamientos de colonos y la actividad pionera en la frontera desempeñaron un papel clave en la incorporación de nuevos territorios al desarrollo capitalista. Todavía hoy hay millones de campesinos, pequeños granjeros y productores, artesanos, menestrales, operarios de reparaciones, gente que lleva o pretende llevar un estilo de vida alternativo o que simplemente carece de oportunidades para incorporarse al sistema capitalista, cuya conexión con la acumulación de capital es más bien escasa o tangencial. Su participación se limita en gran medida a su relación más o menos ocasional con el sistema de mercado y el intercambio de mercancías. Los impuestos estatales suponen sin embargo un medio de larga tradición para vincular a la población de ese tipo a la órbita general de la acumulación de capital, ya que debe disponer de algo de dinero para cumplir con Hacienda.

Ese vasto ejército de reserva no lo es tan sólo en cuanto a su trabajo potencial, sino también como mercado potencial. En los últimos años, por ejemplo, lo que en otro tiempo se describía en el lenguaje oficial de las instituciones internacionales como el «sector informal» (y por lo tanto fuera, hasta cierto punto, de la lógica de

acumulación de capital) se ha redefinido como un mundo de «microempresas» cuyo destino está ligado al del capital mediante los microcréditos y planes de microfinanciación, que conceden pequeños créditos (con tipos de interés muy altos) a colectivos (con frecuencia pequeños grupos de mujeres) de entre los 2.000 millones de personas que viven con menos de dos dólares al día. El propósito declarado de esos microcréditos es permitir a la población salir de la pobreza y unirse a los felices negocios de la acumulación de la capital. Algunos lo consiguen, pero el resto se ve reducido a la servidumbre por deudas.

Esas poblaciones producen su nueva geografía de múltiples maneras. Su situación demográfica y económica varía mucho, no obstante. En el este y el sur de Asia la población ha seguido aumentando aceleradamente, aunque desde el siglo XVII se les haya arrebatado gran cantidad de riqueza —al menos hasta hace muy poco— mediante las prácticas coloniales e imperialistas. Los centros más avanzados de acumulación de capital, como gran parte de Europa occidental y Japón, han pasado en cambio a tasas negativas de aumento de la población (con las correspondientes consecuencias del envejecimiento de la población, que plantea todo tipo de problemas para mantener una acumulación sostenible del capital), mientras que en el resto de Asia, Latinoamérica y África la población sigue creciendo. China, entretanto, trata de controlar el crecimiento de su ya enorme población de más de 1.300 millones de habitantes mediante una reducción drástica del tamaño de las familias, y Estados Unidos ha mantenido su aumento demográfico mediante una política de inmigración más abierta —muy puesta en cuestión por los sectores más conservadores—, aparte del aflujo significativo de inmigrantes ilegales que proporciona gran parte de la mano de obra con bajos salarios requerida en particular para los agronegocios, la construcción y el servicio doméstico).

La gente ocupa espacio y tiene que vivir en algún lugar y de alguna forma. El modo en que la especie vive, se mantiene y se reproduce varía enormemente de un lugar a otro, pero en ese proceso la gente crea emplazamientos en los que habita, desde la choza campesina, la aldea, el poblado chabolista o la barriada urbana hasta el chalecito unifamiliar en las afueras o las fastuosas villas de muchos millones de dólares en los Hamptons de Long Island, en las urbanizaciones cercadas de China o en los lujosos áticos de São Paulo o de Ciudad de México. La creación de localidades y viviendas que constituyen el lugar de residencia que llamamos casa u hogar tiene un efecto tan relevante sobre el suelo como la acumulación de capital, y la producción de tales lugares se convierte en un mecanismo importante para la producción y absorción de excedente. La edificación de emplazamientos «urbanos», donde vive actualmente la mayoría de la población mundial, se ha ido entrelazando cada vez más con la acumulación del capital, hasta el punto de que resulta difícil distinguir una de otra. Hasta en los poblados chabolistas o las barracas construidas

artesanalmente, las placas de uralita, las cajas de cartón o las lonas empleadas, se produjeron originalmente como mercancías.

La población excedente no está más anclada en un lugar que el propio capital. Fluye por todas partes en busca de oportunidades o de empleo, pese a las barreras a la inmigración establecidas por los Estados-nación. La fuerza de trabajo cautiva por deudas en el servicio doméstico y las bandas de obreros de la construcción y jornaleros agrícolas conviven con las poblaciones locales y con la gente que se traslada de un lugar a otro en busca de mejores oportunidades. Hay polacas en el servicio de limpieza de los hoteles en torno al aeropuerto de Heathrow en Londres, letones sirviendo cañas en pubs irlandeses, jornaleros itinerantes de México o Guatemala que construyen rascacielos en Nueva York o recogen fresas en los campos de California, palestinos, indios y sudaneses trabajando en los países del Golfo, etc. El flujo de remesas desde los países del Golfo a la India y el sudeste de Asia o a los campos de refugiados palestinos equivale al que se produce desde Estados Unidos a México, Haití, Filipinas, Ecuador y muchos otros países subdesarrollados. Diásporas de todo tipo (de negocios y de trabajo) forman redes intrincadas que se anudan con la dinámica espacial de la acumulación de capital. Y es exactamente a través de tales redes como vemos ahora cómo se transmiten los efectos del crac financiero hasta casi cualquier rincón del África rural o la India campesina. Los haitianos se ven golpeados por la desnutrición y el hambre desde que las remesas que llegaban desde Estados Unidos se desvanecieron porque las mujeres que trabajaban en el servicio doméstico en Nueva York perdieron su empleo.

Se crean así paisajes humanos marcados por las diferencias geográficas en los que las relaciones sociales y los sistemas de producción, el estilo de vida, las tecnologías y formas organizativas y las relaciones con la naturaleza se entrelazan con los dispositivos institucionales para producir lugares particulares con diferentes cualidades, marcados a su vez por distintas políticas y estilos de vida. Considérense, por un momento, las variadas formas en que todos esos elementos se entremezclan en el lugar donde uno vive. Esa intrincada geografía física y social lleva el sello de los procesos sociales y políticos de los que deriva y de las luchas activas que la produjeron.

El desarrollo geográfico desigual resultante es tan variado como inestable: una ciudad desindustrializada en el norte de China; una ciudad encogida en lo que era antes la Alemania oriental; las ciudades industriales en expansión en el delta del río Perla; una concentración de tecnología de la información en Bangalore; una zona económica especial en la India donde los campesinos se alzan contra la desposesión; poblaciones indígenas bajo presión en la Amazonia o Nueva Guinea; ricas zonas residenciales en Greenwich, Connecticut (hasta hace muy poco capital mundial de los fondos de inversión de alto riesgo); los campos petrolíferos azotados por conflictos en la región de Ogoni en Nigeria; las zonas autónomas liberadas por el movi-

miento rebelde de los zapatistas en Chiapas, México; las vastas zonas de producción de porotos de soja en Brasil, Paraguay y Argentina; las regiones rurales de Darfur o el Congo devastadas por continuas guerras civiles sin interrupción; los sobrios vecindarios de clase media de Londres, Los Ángeles o Múnich; los poblados chabolistas en Sudáfrica; las fábricas de ropa de Sri Lanka o los centros de atención de llamadas de Barbados o Bangalore donde sólo trabajan mujeres; las nuevas megaciudades de los países del Golfo con sus edificios diseñados por primeras firmas de la arquitectura... Todo esto y más, considerado conjuntamente, constituye un mundo de diferencias geográficas puesto en pie por la acción humana.

A primera vista, este mundo parece tan diverso geográficamente que escapa a una comprensión estructurada, por no hablar de un control racionalizado. ¿Cómo diablos se relacionan todos esos fenómenos? Cuando menos, es obvio que entre ellos hay lazos e interrelaciones. Las guerras civiles en África, que en muchos casos son un triste legado de las prácticas coloniales europeas, reflejan la larga historia de las luchas emprendidas por empresas y Estados para controlar sus valiosos recursos; China se ha incorporado recientemente a esa brega, en la que ya desempeña un importante papel. Las fábricas del norte de China o de Ohio cierran, en parte, porque se abren otras en el delta del río Perla. Los centros de llamadas en Barbados o en Bangalore atienden a clientes de Ohio o de Londres y las camisas o faldas que se visten en París llevan etiquetas de Sri Lanka o Bangladesh, del mismo modo que los zapatos que antes se hacían en Italia ahora vienen de Vietnam. En los países del Golfo se construyen espectaculares edificios a expensas de un comercio con el petróleo que depende en parte del uso inmoderado de energía para mantener el estilo de vida acomodado que predomina en las afueras de las grandes ciudades en Estados Unidos.

¿Cómo se produce toda esta diferencia geográfica? ¿Cómo está entretrejida internamente esa variedad aparentemente infinita e incontrolable que constituye la dinámica geográfica en la que vivimos?

* * * * *

¿En qué espacio tiene lugar el proceso de evolución conjunta esbozado anteriormente? Consideremos en primer lugar una urbanización residencial estadounidense típica en un área metropolitana importante como la de Washington DC en 2005, antes de que estallara la crisis financiera. La población es relativamente homogénea (principalmente blanca pero con una alta proporción de afroamericanos con estudios y también inmigrantes recientes de países tan diversos como la India, Taiwán, Corea del Sur o Rusia) y razonablemente acomodada. Las viviendas están cuidadosamente distribuidas y disponen, a una distancia relativamente corta en automóvil,

de escuelas, supermercados, centros comerciales (que incluyen servicios de entretenimiento), dispensarios médicos, agencias financieras, gasolineras, establecimientos de exposición y venta de automóviles, instalaciones deportivas y espacios abiertos. La gente trabaja principalmente en el sector servicios (en particular finanzas, seguros y agencias inmobiliarias, producción de *software* e investigación médica) y lo que se produce allí está orientado, bien al mantenimiento del estilo de vida de la clase media acomodada (reparación de automóviles, centros de jardinería, cerámica, carpintería, equipos médicos), bien a la reproducción o nueva producción del entorno construido (todas las facetas del sector de la construcción y mantenimiento, como fontanería, tejería, reparación de carreteras...). La base impositiva es estable y ajustada y la administración local, aparte de las prácticas habituales de amparo de los intereses de los promotores urbanos, es razonablemente eficiente. Los viajes de ida y vuelta al trabajo son un tanto dilatados pero soportables, en particular con la ayuda de todo ese equipo electrónico que convierte el interior de un automóvil en un centro de entretenimiento. La vida cotidiana es razonablemente tranquila, aparte de algunos divorcios escandalosos o crímenes atroces; las relaciones sociales, pese al individualismo, se mantienen integradas mediante convencionalismos sociales, en particular los asociados a las iglesias, escuelas y clubes de golf locales. En general las viviendas son adquiridas (mediante hipotecas y deducciones de impuestos), lo que garantiza como norma colectiva la defensa de la residencia individual, sostenida por asociaciones de propietarios que no contravienen el aislamiento individualista. Las casas están provistas de todo tipo de equipos electrónicos y por supuesto todo el mundo tiene teléfono móvil, iPod, etc., en constante uso.

En ese mundo, las relaciones entre las siete esferas de actividad se armonizan a grandes rasgos primando la seguridad y la tranquilidad, aunque éstas conlleven cierta monotonía. Los conflictos son en general leves (en su mayor parte del tipo «no en mi patio trasero») e incluso en la competencia por los puestos administrativos los dos partidos suelen presentar a candidatos moderados. El flujo de capital hacia, a través de o desde esas localidades es estable y la configuración particular de las relaciones entre las diferentes esferas de actividad facilita su prosecución rentable.

Contrastemos esa estructura con la de otra región pocos kilómetros al norte, la de Pensilvania, que en otro tiempo era un centro floreciente de la industria siderometalúrgica pero que ha sufrido recientemente el azote de la desindustrialización y el cierre de fábricas. La población era entonces bastante homogénea, estructurada en torno a empleos masculinos de cuello azul sindicalizados y aparentemente seguros; las familias, además de esa fuente de ingresos, solían contar con los obtenidos del empleo femenino ocasional a tiempo parcial, bastante peor pagado. Pero ahora todo eso ha desaparecido. Muchos de los varones están desempleados y acogidos a algún tipo de programa de protección social, las viviendas de la clase obrera se van

deteriorando (algunas permanecen vacías o han sido ocupadas ilegalmente), muchas tiendas locales han cerrado, la base impositiva es baja y las escuelas y servicios se han degradado; la protección social, las pensiones y los cuidados sanitarios son frágiles. Las salas de reunión sindicales, que solían ser un importante centro de socialización, están abandonadas o casi vacías y sólo las iglesias ofrecen todavía un lugar de encuentro y solaz. Los pequeños crímenes se han multiplicado y crecen los problemas de alcoholismo y abuso de drogas. Las relaciones de género se han alterado radicalmente y las rupturas familiares y divorcios aumentan a medida que son las mujeres las que llevan dinero a casa y la clase obrera masculina tradicional se ve reducida a un estatus de subclase prescindible. Se han puesto en marcha varios intentos de resucitar el área, pero ninguno de ellos parece durar. Algunas mujeres con una rudimentaria formación informática han creado una red de trueque y apoyo mutuo (un ejemplo de lo que ahora se llama «economía de la solidaridad»). Un empresario local trata de unir a los comerciantes para realizar una exposición de arte que pueda atraer a visitantes, y los bajos precios en el mercado inmobiliario atraen a gente desilusionada de metrópolis cercanas donde la vida se ha puesto muy cara, como Nueva York. Pero esa población inmigrante incluye a gays y bohemios cuyos valores son radicalmente diferentes de los de la clase obrera predominantemente blanca que vivía allí antes con tanta seguridad. Aumentan las tensiones étnicas y sexuales. Los inmigrantes itinerantes se cueñan en las casas vacías y despiertan la hostilidad de los residentes locales. Estalla la violencia contra ellos. El colapso de la base productiva pone así en movimiento una reacción en cadena en otras esferas, forzando ajustes irritantes y conflictivos en las concepciones mentales, las relaciones sociales, las pautas de la vida cotidiana y la reproducción social, así como en las tecnologías y medios de gobierno. La falta de armonía entre las esferas es palpable y no está claro cómo podrían reequilibrarse.

Considérese ahora lo que en la India se definen legalmente como «asentamientos irregulares»: miles de personas amontonadas en un terreno donde no existen títulos formales de propiedad del suelo o la vivienda. El gobierno se ejerce en buena medida mediante estructuras de poder informales que provienen, bien de la riqueza económica, acumulada legal o ilegalmente, o del estatus. Surgen como jerarcas locales figuras carismáticas religiosas o políticas. El poder formal del Estado rara vez se ejerce directamente y, cuando esto sucede, es mediante violentas intervenciones de la policía o el ejército, imposiciones burocráticas y legalistas o corrupción directa en nombre de la protección. Las actividades económicas son bien escasas: por las calles se venden sandalias fabricadas artesanalmente a partir de neumáticos desechados y entre chamizos densos y caóticos se pueden encontrar algunas redes de subcontratación para la fabricación de productos de cuero u otros objetos artesanales que acaban en las tiendas de Manhattan. Normalmente no se dispone de agua corriente

ni de alcantarillado y por todas partes se perciben olores fétidos. La electricidad se piratea de donde se puede. La esperanza de vida es baja y la tasa de mortalidad infantil tremendamente alta.

Por otra parte, en las relaciones sociales se constata tanta depredación como apoyo mutuo, y con frecuencia se recurre a la violencia como forma de preservar el poder social, cuando no la propia vida. Los nuevos inmigrantes del campo son tratados como la clase más baja y las relaciones de género y las estructuras familiares son tan inestables como efímeras, aunque algunos grupos establezcan fuertes lazos de apoyo mutuo. Hay intentos rudimentarios de algunas ONG de mejorar la situación y un proyecto piloto para traer al barrio proyectos de microfinanciación como solución a la pobreza, al que sin embargo le cuesta afianzarse.

En una lejana oficina de planificación existe algún plan para mejorar el entorno físico, pero la mayoría de la gente del lugar lo ve como un complot para expulsarlos de un terreno potencialmente valioso. No existen cuidados sanitarios (aparte de las medicinas tradicionales locales y sanadores indígenas) ni apenas instituciones de enseñanza merecedoras de tal nombre. Se produce algún flujo de mano de obra hacia el resto de la ciudad (hombres a la construcción y obras de mantenimiento y mujeres a la limpieza de domicilios familiares de clase media a cambio de una remuneración muy baja, aunque al menos pueden comer las migajas de las mesas de los ricos). Por todas partes se oyen radiotransistores y se ven teléfonos móviles (a menudo robados), que compensan la ausencia de líneas telefónicas tradicionales. De hecho, la principal actividad de mercado es la comercialización de objetos robados o el trueque de productos de escasisimo valor. En ese espacio, estrechamente limitado por una autopista y un río sinuoso, las siete esferas de actividad coexisten en una configuración única. Por muy diferentes que sean de las zonas residenciales en el extrarradio de las grandes ciudades estadounidenses, también aquí podemos observar las relaciones internas dentro de la totalidad de ese espacio y analizar los procesos de evolución conjunta, a menudo tensa y contradictoria, que convierten ese «asentamiento irregular» en un espacio ecológico muy dinámico.

En esos tres lugares las trayectorias de evolución conjunta apuntan en direcciones aparentemente diferentes. En uno los vientos económicos, sociales y políticos soplan en una dirección, en otro parecen estancados y en otro soplan en dirección opuesta; pero en cada uno de ellos podemos captar cómo se vive y cómo cambian las circunstancias. De hecho tenemos a nuestra disposición innumerables monografías histórico-geográficas, sociológicas y antropológicas que describen con cuidado so detalle las interacciones y cambios que ocurren en uno u otro lugar (a menudo evocando tácitamente relaciones entre distintas esferas de actividad). Los medios ofrecen descripciones de cómo van las cosas —bien o mal, según los casos— en los «viejos suburbios estadounidenses», Kazajstán, El Cairo, Wuppertal, Chennai, Mom-

basa o Canton (Ohio). El gran problema surge cuando tratamos de ensamblar todos esos informes procedentes de distintos lugares del mundo de forma que queden a la luz su interdependencia y sus indudables peculiaridades.

Si pudiéramos trazar de algún modo los movimientos de capital que tienen lugar en diferentes lugares del globo, el diagrama parecería algo así como las imágenes tomadas desde un satélite en el espacio exterior que muestran la formación y el movimiento de nubes por encima de los océanos, montañas y llanuras del planeta. Veríamos un incremento de actividad en ciertos lugares, zonas en calma en otros, remolinos anticiclónicos acá y depresiones borrascosas de distinta profundidad y envergadura acullá. Habrá zonas donde los tornados devastarán la tierra y en ciertos momentos tifones y huracanes atravesarán el océano creando graves peligros para quienes encuentra a su paso. Lluvias refrescantes verdecerán algunos prados, mientras que en otros lugares la sequía dejará agrietada y abrasada la tierra.

A primera vista, los movimientos atmosféricos parecen caóticos e impredecibles. Pero una cuidadosa observación y análisis ha revelado determinadas pautas en la turbulencia; también se pueden detectar los cambios a largo plazo en las características climáticas. Los climatólogos y meteorólogos pueden captar las diversas dinámicas de fluidos subyacentes, olas de calor y otros fenómenos que impulsan los movimientos de la atmósfera, recurriendo a la teoría del caos para la creación de modelos y el contraste de hipótesis, con los que se ha perfeccionado notablemente la predicción a corto plazo de los fenómenos meteorológicos e incluso ciertos cambios a largo plazo, tales como el calentamiento climático. Han llegado así a un punto en el que la comprensión retrospectiva de lo que sucedió en otro tiempo resulta bastante convincente.

El geógrafo economista se ve enfrentado a un problema análogo tratando de hallar algunas pautas distintivas y señales a largo plazo de los cambios en el seno del aparente caos de la actividad social, económica y política observable sobre el terreno. Un mapa sinóptico de la actividad económica durante la década de los ochenta, por ejemplo, habría mostrado una serie de eclosiones a lo largo de la costa del Pacífico en gran parte del este y el sudeste de Asia (desde Japón hasta Hong Kong), así como de la costa occidental estadounidense, y también en Baviera y Toscana. Habría mostrado asimismo el estancamiento de gran parte de Latinoamérica y su proclividad a violentas conmociones políticas y económicas, así como una serie de profundas depresiones en el valle del río Ohio y Pensilvania, el corazón industrial de Gran Bretaña y la comarca del Ruhr en Alemania. La mayor diferencia con el estudio de la meteorología y el clima, no obstante, es que, mientras que se supone que las leyes de la dinámica de fluidos permanecen constantes con el tiempo, las leyes de la acumulación capitalista están evolucionando constantemente a medida que el comportamiento humano se adapta reflexivamente a las nuevas circunstancias.

El arte y la ciencia del análisis y la predicción geográfica permanecen lamentablemente subdesarrollados frente al esfuerzo realizado en la comprensión de la meteorología y el clima. También las ciencias sociales suelen dar la espalda al problema de la geografía. En general (aunque siempre haya, desde luego, maravillosas excepciones), los antropólogos prefieren juzgar como intratable la complejidad global a fin de justificar su atención exclusiva a las etnografías locales; los sociólogos se centran en lo que llaman «comunidades» o limitan sus estudios, hasta muy recientemente, al territorio comprendido dentro de las fronteras de un Estado, y los economistas sitúan toda la actividad económica en la punta de un alfiler. La compleja geografía holística capaz de abarcar desde lo local a lo global se ve ignorada o reducida a alguna versión banal del determinismo geográfico físico del tipo puesto en circulación recientemente por Jared Diamond en *Guns, Germs and Steel* o por el economista Jeffrey Sachs en *The End of Poverty** o, peor aún, resucitan teorías peligrosas (porque a veces son profecías autocumplidas) de luchas darwinianas entre los Estados por la dominación geopolítica.

El resultado es una laguna doblemente perniciosa: no entendemos bien lo que sucede ni dónde, por qué y cómo los acontecimientos en un lugar condicionan los de otro. Tampoco podemos evaluar cuánto depende la reproducción del capitalismo de las formas aparentemente caóticas del desarrollo geográfico desigual. Como consecuencia, tenemos aún menos idea de qué hacer al respecto en medio de una crisis, aunque colectivamente nos hallemos en situación de cambiar las leyes de la reproducción social y de la acumulación de capital (esperemos que para mejor) mediante la acción consciente.

¿Hay pues algunos principios geográficos a los que podamos tentativamente recurrir para entender todo ese caos aparente y el papel que desempeña en la reproducción del capitalismo? En lo que sigue presentaré algunas ideas genéricas.

* * * * *

El principio número uno es la necesidad del capital de superar todos los límites geográficos a su acumulación. El capital —escribió Marx en los *Grundrisse [Fundamentos]*— debe «esforzarse por derribar cualquier barrera especial al intercambio, esto es, a la compraventa, y conquistar toda la tierra para su mercado». También debe esforzarse perpetuamente por «aniquilar ese espacio con el tiempo». Pero ¿qué significa esto y por qué es así?

Hace mucho tiempo, los mercaderes y comerciantes urbanos aprendieron que su capacidad para sobrevivir bajo un poder imperial o feudal basado en la propiedad

* Ed. cast.: *El fin de la pobreza*, Madrid, Debate, 2005 [N. del T.].

de la tierra dependía de la posibilidad de moverse más ágilmente en el espacio. El capital mercantil y comercial (junto con un incipiente capital bancario-financiero) eludió y finalmente subvirtió el orden feudal, en gran parte medida, mediante estrategias espaciales, al tiempo que protegía ciertos lugares —las primeras ciudades comerciales— como islas de libertad interconectadas en un mundo de restricciones feudales. Hasta hoy día, la clase capitalista y sus agentes (incluida toda una serie de variadas diásporas mercantiles) mantienen buena parte de su poder de dominación en virtud de su mayor control y movilidad en el espacio. Esos mismos poderes son también fundamentales, como sabe todo general, para el mantenimiento de la superioridad militar. La llamada «carrera espacial» de las décadas de los sesenta y setenta entre Estados Unidos y la Unión Soviética fue quizá la versión más espectacular de esa ambición omnipresente en tiempos recientes. Así emerge un imperativo conjunto del nexo Estado-corporaciones constituido en el seno del capitalismo para financiar las tecnologías y formas organizativas que aseguren el dominio del espacio y del movimiento espacial por el Estado y el capital. De ahí la competición organizada por la Real Sociedad británica en el siglo XVIII para confeccionar un cronómetro que pudiera funcionar en alta mar y determinar con precisión la longitud de un lugar. Al principio los mapas se guardaban bajo siete llaves como secretos de Estado; ahora disponemos de satélites y sistemas GPS para guiarnos, lo que no empece que Estados Unidos requiese todas las imágenes por satélite de Afganistán para proteger sus intereses militares. Aviones no tripulados disparan misiles sobre blancos afganos siguiendo las instrucciones llegadas desde una base en Colorado. Las órdenes de compra y venta computerizadas desde Wall Street se ejecutan en Londres y se reciben instantáneamente en Zúrich y en Singapur.

Ese anhelo de dominación del espacio va mucho más allá de la mera racionalidad económica y tiene profundas raíces psicológicas. La creencia fetichista en la capacidad humana para trascender las cadenas que nos mantienen atados al planeta tierra surgió hace tiempo como uno de los temas centrales del deseo utópico burgués. «¡Oh dioses! Aniquilad el espacio y el tiempo / y haced felices a dos amantes», decían en el siglo XVIII los versos del poeta Alexander Pope. El gran filósofo racionalista René Descartes hacía a su ingeniero divino vigilar el mundo desde lo alto, creyendo que la naturaleza podía ser dominada por el hombre. El Fausto de Goethe hizo un pacto con el diablo para reinar omnipotente sobre el planeta Tierra. El novelista Balzac —quien siempre mostraba con gran perspicacia los deseos fetichistas de la clase dominante— se imaginaba vívidamente «cabalgando por todo el mundo, disponiéndolo todo a mi gusto [...]. Poseo el mundo sin esfuerzo, y el mundo no tiene ningún poder sobre mí [...]. ¡Estoy aquí y tengo el poder de estar en cualquier otro sitio! No dependo del tiempo, del espacio ni de la distancia. El mundo está a mi servicio».

La conquista del espacio y tiempo y el dominio del mundo (tanto de la «madre tierra» como del mercado mundial) aparecen en muchas fantasías capitalistas como expresión masculina desviada pero sublime del deseo sexual y de creencias carismáticas milenarias. ¿Es esa creencia fetichista la que impulsa hacia delante el «espíritu animal» siempre creciente de los financieros? ¿Es por eso por lo que casi todos los financieros y magos de las finanzas son varones? ¿Es así como se sienten algunos cuando pueden disponer con un papirotazo de la suerte del dólar neozelandés? ¡Qué poder asombroso para dominar el mundo y someterlo a la propia voluntad!

Marx y Engels expresaron las tremendas consecuencias de todo esto en su *Manifiesto comunista* de 1848, de un modo que cualquier trabajador que haya sufrido los efectos de la desindustrialización durante los últimos cuarenta años entenderá fácilmente:

Las viejas industrias nacionales son destruidas, arrolladas por otras nuevas, cuya introducción se convierte en una cuestión vital para todas las naciones civilizadas; por industrias que ya no transforman como antes las materias primas locales, sino las traídas de los lugares más lejanos y cuyos productos encuentran salida no sólo en el propio país, sino en cualquier parte del mundo. En lugar de las necesidades tradicionales, satisfechas por los productos locales, brotan otras nuevas que reclaman para su satisfacción los productos de otras tierras y otros climas. En lugar del antiguo aislamiento de las regiones y naciones que se bastaban a sí mismas, ahora tenemos circulación en todas direcciones y una interdependencia mutua de todas las naciones.

Lo que ahora llamamos «globalización» figura desde siempre entre los propósitos de la clase capitalista.

Nunca sabremos si el deseo de conquistar el espacio y la naturaleza es una manifestación de alguna pulsión humana universal o un producto específico de las pasiones de la clase capitalista; pero lo que se puede decir con certeza es que la conquista del espacio y el tiempo, junto con el ansia incesante de dominar la naturaleza, ocupan desde hace mucho tiempo el centro de la psique colectiva de las sociedades capitalistas. Pese a todo tipo de críticas, objeciones, inquinas y movimientos políticos de oposición, y pese a las abrumadoras consecuencias no pretendidas en las relaciones con la naturaleza, cada vez más patentes, prevalece todavía la creencia de que la conquista del espacio y el tiempo, así como de la naturaleza (incluida la naturaleza humana), está a nuestro alcance. El resultado ha sido una tendencia inexorable del mundo del capital a producir lo que llamo «compresión espacio-temporal»: un mundo en el que el capital se mueve cada vez más deprisa y donde se reducen increíblemente las distancias de interacción.

Hay una forma más prosaica de verlo. La coerción de la competencia, que prevalece sobre eventuales resistencias, impele a las empresas y los Estados a buscar las

ventajas que confiere un mayor control sobre el espacio y el tiempo, así como avances tecnológicos. La superioridad en esos campos ofrece claros beneficios económicos, políticos y militares, y se impone la creencia fetichista de que, para cada problema que el capital encuentra en su camino, existe una solución tecnológica o espacio-temporal. ¿Que las dificultades absorben el capital excedente? Habrá entonces que inventar una nueva tecnología o nuevas líneas de producción, o expandirse geográficamente y hallar un mercado en otro lugar, en otro espacio, si es preciso mediante el dominio colonial o neocolonial (como hizo el capital británico en la India desde mediados del siglo XIX). ¿Que no se dispone de un mercado exterior accesible? Habrá que exportar capital para crear en el extranjero un nuevo centro de producción acelerada (como en la actual China) dejando al «consumo individual» crear la demanda para absorber el capital excedente (como viene sucediendo ahora en Estados Unidos, inflando más y más la deuda).

Cuando confluyen esas dos creencias fetichistas en los remedios tecnológicos y espacio-temporales, se alimentan mutuamente en un frenesí de innovaciones tecnológicas destinadas a superar todos los límites temporales y espaciales a la circulación del capital. En toda la historia del capitalismo, ¿cuántas innovaciones tecnológicas tenían como propósito reducir las fricciones de la distancia o acelerar la circulación del capital? La lista es interminable. ¿Qué habría sido sin los canales, ferrocarriles, naves de vapor, automóviles, autopistas, transporte aéreo, telégrafo, radio, teléfono, comunicaciones electrónicas y demás? Las transacciones computerizadas entre centros financieros vinculados por flujos de información casi instantánea (dan la vuelta al globo en milisegundos) alcanzaron en 2009 un valor nominal total superior a 600 billones de dólares en el mercado de derivados *over-the-counter*. Hasta las cerdas paren el doble de crías al año que antes (aunque también son mucho más propensas a las infecciones víricas).

* * * * *

El segundo conjunto de principios proviene del hecho de que la circulación del capital no tiene lugar en la cabeza de un alfiler. La producción supone una concentración geográfica de dinero, medios de producción y fuerza de trabajo (obtenida en su mayor parte en el mercado laboral local), reunidos en el lugar particular donde se produce una determinada mercancía; luego ésta se envía al mercado para ser vendida y consumida, a veces en lugares muy lejanos. La proximidad a los medios de producción (incluidos los recursos naturales), a la mano de obra y al mercado de consumo en ciertos lugares privilegiados disminuye los costes y eleva los beneficios.

Pero ¿dónde podría comenzar la acumulación de capital? La respuesta es: en cualquier lugar y en cualquier momento, siempre que alguien que tiene algún dinero

decide usarlo para hacer más dinero explotando el trabajo asalariado. ¿Y qué condiciones permiten a algunos individuos empezar a hacer dinero y, lo que es más importante, seguir haciéndolo durante un periodo prolongado de tiempo? Obviamente, debe existir ya una economía monetaria (y un intercambio de mercado) y el dinero debe ser ya una fuente significativa de poder social. También hay que disponer de trabajo asalariado o al menos debe poder obtenerse privando a los campesinos de la tierra o atrayéndolos al mercado laboral por algún medio. Para que esto suceda, hay que superar las barreras sociales y políticas a la acumulación individual de capital. Cuando el dirigente chino Deng Xiaoping elogió la capacidad de enriquecerse, dejó escapar al genio capitalista de la botella en toda la vasta extensión de China con asombrosos resultados. Pero un mero pronunciamiento y la relajación de las constricciones administrativas no garantizan el éxito. Éste sólo se puede calibrar después de que las leyes coercitivas de la competencia hayan determinado qué iniciativa ha triunfado en un lugar y un momento determinados y no en otros.

Este aspecto es crucial. Las leyes de la acumulación del capital operan *ex post facto* [sobre hechos cumplidos] y no por adelantado. A veces se dice que Marx mantenía que todo está económicamente determinado y racionalizado por adelantado, esto es, que no hay lugar para decisiones e iniciativas individuales. Nada podría estar más lejos de la verdad. El genio del capitalismo consiste precisamente en que se basa en los instintos, iniciativas y a veces locas ideas (el «espíritu animal» invocado tanto por Marx como por Keynes) de empresarios individuales que operan en lugares y momentos particulares. Sólo allí donde se tolera una mínima libertad individual, se puede desarrollar y propagar un capitalismo intrínsecamente especulativo. El capitalismo se basa, tanto en términos de ideología dominante como en su práctica, en la libertad individual para dedicarse a actividades especulativas con las que ganar dinero. Marx entendía esto muy bien.

Podemos concluir que el aparente caos de la diferenciación geográfica es una condición necesaria para que comience la acumulación de capital. En Gran Bretaña fue en pequeños pueblos y ciudades con nombres como Manchester y Birmingham, donde los controles sociales y políticos eran escasos, donde se inició la Revolución industrial, y no en grandes centros urbanos como Norwich y Bristol, donde prevalecían los controles políticos corporativos de los gremios. Y en Estados Unidos fue en pequeños puestos comerciales como Chicago donde arraigó y prosperó.

Las llamadas leyes de acumulación del capital operan sobre hechos cumplidos y no por adelantado. Fue, por ejemplo, un conjunto muy particular de circunstancias el que llevó al literato y artesano aficionado William Morris* a comenzar a montar automóviles (en lugar de reparar bicicletas), en un lugar tan inopinado como Oxford, en

* Promotor del movimiento Arts & Crafts [N. del T.].

Inglaterra. Lo mismo sucedió con Henry Ford en Detroit. Pero, en ambos casos, las circunstancias iniciales —acceso a materias primas, fuerza de trabajo asalariada, mercados— eran lo bastante buenas como para triunfar. Los éxitos iniciales llevaron a la construcción de cada vez más infraestructuras de apoyo locales (tanto sociales como físicas) que favorecieron aún más la producción de automóviles en los lugares elegidos. Las empresas con éxito reúnen a menudo en torno suyo desarrollos infraestructurales (incluidas otras empresas) que las hacen aún más rentables. Sólo ahora, al cabo de un siglo, vemos cómo la racionalización de la competencia y de las crisis lleva a la producción de automóviles en esos lugares bendecidos por la fortuna al borde de la eliminación o la obliga al menos a una reestructuración radical.

Las racionalizaciones y reestructuraciones geográficas *ex post facto* de la acumulación capitalista tienen lugar mediante las leyes coercitivas de la competencia y las crisis; por eso son tan fundamentales unas y otras para la evolución del capitalismo. Pero esto también explica por qué el capitalismo prospera en un mundo geográfico con tan inmensa diversidad de atributos físicos y condiciones sociales y culturales. Dado que no puede nunca saberse de antemano si una inversión en busca de beneficios triunfará en un lugar y no en otro, para la reproducción del capitalismo resulta fundamental sondear las posibilidades en todas partes y deducir qué es lo que funciona mejor en cada sitio. Los fracasos, de los que rara vez tenemos noticia en una geografía histórico-económica triunfalista, son mucho más abundantes que los éxitos. ¿Quién podía saber de antemano que las actividades relacionadas con la tecnología de la información tendrían tanto éxito en Bangalore (India)? ¿Por qué el intento de Henry Ford de establecer una nueva plantación de caucho en la Amazonia en los años de entreguerras fracasó tan miserablemente? La diversidad geográfica es una condición necesaria, más que una barrera, para la reproducción del capital. Si esa diversidad geográfica no existe todavía, entonces hay que crearla.

La necesidad de continuidad en los flujos geográficos de dinero, mercancías y gente requiere que toda esa diversidad se mantenga ligada mediante sistemas eficientes de comunicación y transportes. La geografía de la producción y el consumo resultante es muy sensible al coste y al tiempo necesario para recorrer una distancia, aunque se hayan reducido mucho mediante innovaciones tecnológicas y organizativas y gracias a la disminución del coste de la energía. La fricción de la distancia desempeña ahora un papel restrictivo cada vez menor en la movilidad geográfica del capital. Eso no significa, sin embargo, que hayan dejado de tener importancia las diferencias geográficas, sino que sucede precisamente lo contrario: el capital más móvil dedica gran atención a la menor diferencia local de costes, porque eso le puede proporcionar enormes beneficios.

* * * * *

El hecho de que los capitalistas se vean atraídos a los lugares de máximo beneficio, que les facilitan la supervivencia, ocasiona a menudo la concentración en ellos de muchas actividades. La fábrica de hilado y tejido de algodón se beneficiaba de tener cerca el taller donde se producían las máquinas, la industria química que fabricaba los tintes y los talleres donde se confeccionaban camisas u otras prendas de ropa. Las «economías externas» (ventajas de las que se beneficia un capitalista por estar cerca de otro) dan lugar a aglomeraciones geográficas de las actividades capitalistas, a las que el famoso economista Alfred Marshall (1842-1924) llamó «distritos de producción industrial» y que constituyen un rasgo característico del mundo geográfico construido por el capitalismo. Los servicios legales, financieros, infraestructurales y de transportes y comunicaciones, junto con el fácil acceso a una concentración de la mano de obra y una administración pública propicia, pueden también disminuir los costes para todos los capitalistas de un determinado lugar, hasta el momento en que la congestión los aumenta contrapesando los beneficios. En las primeras etapas del capitalismo el ascenso de la ciudad industrial tipificaba esa aglomeración económica. En tiempos más recientes se ha hablado mucho del ascenso de distritos de producción industrial «marshallianos» como Silicon Valley o la «tercera Italia» centrada en Bolonia, donde se han establecido muchas pequeñas empresas para compartir economías de producción y *marketing*. Actualmente podemos ver cómo en los grandes centros financieros como la City londinense o Wall Street se concentran los servicios de asesoría legal, contable, fiscal, mediática y otros junto con las funciones propiamente financieras, dándoles un perfil típico.

Las empresas capitalistas crearon desde muy pronto una vasta red de conexiones de mercado, muy variadas espacialmente. Mercancías como la lana, el algodón, tintes exóticos, madera y cuero llegaban a menudo desde muy lejos y, aunque la mayoría de los artículos que consumían los trabajadores llegaban desde muy cerca, había otros como la sal, las especias, el azúcar, el té, el café, el cacao, el vino, las resinas, el bacalao seco, así como el trigo, arroz, centeno y cebada, que los comerciantes transportaban a muy larga distancia. Algunas redes comerciales se formalizaron desde muy pronto, como sucedió con la liga hanseática a mediados del siglo XII; a partir de entonces las casas comerciales y los mercaderes de muchas ciudades fueron constituyendo una red de apoyo mutuo que se extendía desde el Báltico hasta la península Ibérica, y algo después se establecieron redes internacionales de casas financieras, como la de los banqueros de Augsburgo y Núremberg en el siglo XVI; más tarde, en el siglo XIX, éstas se habían convertido en grandes redes financieras como la de los Rothschild con diferentes ramas familiares en Viena, París, Londres, Madrid y Berlín. Hoy día Goldman Sachs y la HSBC (Hongkong and Shanghai Banking Corporation, «el banco local del mundo») tienen oficinas en todos los rincones del planeta. También se desarrollaron redes comerciales, como sucedió en China desde muy

antiguo, a partir de los mercados que se levantaban periódicamente, cuidadosamente vigilados por los recaudadores de impuestos y otros agentes del poder imperial. Siempre ha habido mercancías que recorrían enormes distancias (aunque lentamente), por ejemplo a lo largo de la legendaria «ruta de la seda» desde China hasta Europa occidental. Las diásporas comerciales de diverso origen étnico siguen haciendo actualmente lo mismo (basta echar un vistazo al barrio chino de cualquier ciudad del mundo para entender a qué me refiero).

Los tentáculos de las redes comerciales se entrecruzaron y extendieron infiltrándose por todas partes. La lana de regiones remotas del Tíbet llega así hasta los mercados de la India, del mismo modo que se reúnen en Hong Kong hierbas medicinales y diversos órganos de animales llegados desde Mongolia y China occidental antes de esparcirse por los mercados del sudeste de Asia. Los tratantes callejeros de moneda en el norte de África o en Kerala sirven de intermediarios para los flujos de remesas desde los países del Golfo. El establecimiento de esas redes, el conocimiento de las rutas, pasos y vías, su cartografía y transmisión, así como el conocimiento del tipo de mercancías que se podían intercambiar y por cuáles, es sin duda una de las mayores contribuciones del capital mercantil y comercial. Sin ella no podría haber surgido el capitalismo tal como lo conocemos hoy, y eso es lo que siguen haciendo los comerciantes, cada vez con mayor sofisticación: descubren y acondicionan nuevas vías para la absorción en el mercado del excedente del capital que de otra forma permanecería ocioso.

La competencia obliga a los capitalistas y empresas individuales a buscar los mejores lugares donde producir, del mismo modo que los obliga a emplear mejores tecnologías. Cuando aparecen nuevos lugares con costes más bajos, los capitalistas, bajo la presión de la competencia, tienen que responder trasladándose allí siempre que puedan. Los productores se desplazan desde Ohio hasta el delta del río Perla, desde California a las maquiladoras de Tijuana, o desde Lancashire a Turquía, por poner algunos ejemplos.

Pero la competencia por mejores emplazamientos no es sino un tipo particular de competencia. Aunque las empresas puedan adoptar las mismas tecnologías, no pueden ocupar siempre el mismo lugar. La competencia espacial entre ellas, como señaló Adam Smith hace mucho tiempo, es una forma monopolista de competencia. Sería ridículo que 12 vías férreas desde Londres hasta Glasgow competieran por los viajeros, del mismo modo que carece de sentido, económicamente hablando, que compitan 12 supermercados en la misma calle. Basta una línea desde Londres hasta Glasgow, y los supermercados abiertos en una metrópoli deben guardar una mínima distancia entre sí. Pero sí que tiene sentido, por ejemplo, que todos los grandes joyeros o anticuarios se establezcan en el mismo barrio (o en la misma calle, como sucede en Nueva York), debido al mutuo apoyo que proporciona la aglomeración:

a quien busca un viejo reloj de oro le viene muy bien esa concentración de establecimientos comerciales parecidos en la misma zona.

El elemento monopolista de la competencia espacial tiene consecuencias de gran alcance en una economía basada en el mercado. Los costes de transporte altos, por ejemplo, protegen a muchos productores de los mercados locales frente a la competencia exterior y los convierten así, de hecho, en monopolistas locales. Cuando los costes de transporte bajan, ese poder monopolista local se debilita. La cerveza, que antes sólo se vendía en el mercado local, a poca distancia de donde se producía, se convirtió en un importante artículo del comercio internacional cuando los costes de transporte cayeron espectacularmente desde mediados de la década de los sesenta. ¡Hasta el agua embotellada viaja ahora desde las islas Fidji y Evian (Francia) hasta Nueva York! Esto podía parecer una idea ridícula hace cincuenta años, y en muchos sentidos sigue siéndolo hoy, si se piensa un poco; el agua del grifo en Nueva York es tan buena como cualquiera de esas aguas embotelladas.

Pero hay otras formas de proteger el poder monopolista espacial, proclamando que no hay ningún otro lugar tan bueno para la producción de un artículo particular. El vino de esta región, o incluso de esta parcela —*terroir*, como lo llaman los franceses— es supuestamente especial, debido a las circunstancias únicas en que se cultivan aquí las viñas, del mismo modo que sería especialísima el agua de Evian o de las islas Fidji aunque ningún análisis químico o prueba de sabor pueda detectar la diferencia. El monopolio otorgado por la unicidad del emplazamiento es tan poderoso en el mercado como cualquier otra peculiaridad, y los productores se esfuerzan indeciblemente por protegerlo (trate usted, por ejemplo, de producir queso Roquefort en Wisconsin, y verá lo que sucede; la Unión Europea dice que no se puede utilizar la palabra champán más que para el vino espumoso que se produce en determinada región de Francia). El comercio de la cerveza puede ser internacional, pero hay fermentaciones locales especiales en todas partes. La competencia por el poder de monopolio que dan los emplazamientos originales ha sido siempre, y sigue siendo hoy, un aspecto importante de la dinámica del capitalismo.

El paisaje geográfico está parecidamente configurado por una tensión perpetua entre la tendencia a la centralización, por un lado, y los beneficios potencialmente más altos que se obtendrían de la descentralización, por otro. La evolución de esa tensión depende de las barreras que tenga que superar el movimiento espacial, la intensidad de la aglomeración y la división del trabajo. Las empresas financieras pueden tener su central en Wall Street, oficinas secundarias en Nueva Jersey o en Connecticut y algunas funciones rutinarias en Bangalore. A medida que disminuyen los costes de comunicación y transporte, los emplazamientos que en otro tiempo eran óptimos pierden preeminencia. Fábricas, altos hornos, panaderías y cerveceras, en otro tiempo rentables y llenos de vida, se ven obligados a cerrar. El capital

fijo incorporado a ellas se ve así devaluado, y las crisis locales enturbian la vida de los habitantes de esos lugares caídos en desgracia. Durante la década de los ochenta las acerías de Sheffield perdieron alrededor de 60.000 puestos de trabajo en sólo cuatro años. La enorme acería de Bethlehem en Pensilvania ahora no es más que una concha vacía y silenciosa en la ciudad que en otro tiempo dominaba, aparte del edificio que se ha convertido en un estridente casino de juego. Las fábricas, talleres, panaderías y cervecerías abren entretanto en otro lugar. Toda la pauta geográfica de la producción, el empleo y el consumo está en perpetuo movimiento.

Las crisis geográficamente localizadas han sido endémicas en la historia del capitalismo. La veta de oro se agota, la mina cierra y todo lo que queda de aquel emporio es una ciudad fantasma. Una fábrica se ve obligada a cerrar por una y otra razón y casi todo el mundo se queda sin empleo. ¿Pueden propagarse sin control esas crisis locales e inducir crisis globales que trastornen el orden geográfico y económico? La respuesta es afirmativa. Eso fue exactamente lo que sucedió en 2006, cuando se produjo una serie de desahucios muy localizados, particularmente en Florida y el sudoeste de Estados Unidos, que desembocó en la crisis global iniciada en 2007. Para quienes siguen viviendo en esos lugares devaluados, los costes sociales son a menudo incalculables, cayendo en una miseria extrema.

* * * * *

Consideremos pues un ejemplo detallado de cómo funciona todo esto. La producción de espacio en general y la urbanización en particular se han convertido en grandes negocios bajo el capitalismo; es una de las vías principales para la absorción de capital excedente. Una proporción significativa de la fuerza de trabajo global se emplea en la construcción y el mantenimiento del entorno construido. En el proceso de desarrollo urbano se ponen en movimiento grandes cantidades de capital, habitualmente obtenidas mediante créditos a largo plazo. Esas inversiones apalancadas, facilitadas por la concesión irresponsable de créditos, se convierten a menudo en foco de generación de crisis. Las relaciones entre urbanización, acumulación de capital y eclosión de crisis merecen pues un examen detallado.

Desde un principio las ciudades dependieron de la disponibilidad de alimento y mano de obra excedente, que se extraían de algún lugar o de alguna capa social (habitualmente la población rural explotada, o siervos y esclavos). El control sobre el uso y distribución del excedente recaía normalmente en pocas personas (ya fuera una oligarquía religiosa o un líder militar carismático). La urbanización y la formación de clases han ido pues siempre de la mano. Esa relación general persiste bajo el capitalismo, pero su dinámica es ahora bastante diferente. El capitalismo es una forma de sociedad de clases volcada en la producción perpetua de excedentes. Esto

significa que siempre está generando las condiciones necesarias para la urbanización: en la medida en que la absorción de excedente de capital y el crecimiento de la población se convierten en importantes problemas, la urbanización ofrece una solución poco menos que idónea para ambos. De ahí surge una conexión interna entre la producción de excedente, el aumento de población y la urbanización.

La historia concreta de esta conexión bajo el capitalismo es llamativa. Consideremos primero lo que sucedió en París durante lo que se conoce como Segundo Imperio, que duró casi dos décadas, desde 1852 hasta 1870. La crisis de 1848 en toda Europa fue una de las primeras en manifestarse como crisis de capital excedente subempleado y de mano de obra excedente, sin que hubiera al parecer ninguna forma de ensamblarlos. Sus consecuencias fueron particularmente graves en París y dieron lugar a una revolución abortada protagonizada por los trabajadores en paro y los burgueses utópicos, que veían una república social como antídoto frente a la codicia capitalista y la desigualdad prevaletientes durante las décadas de 1830 y 1840. La burguesía republicana aplastó violentamente la revolución, pero no logró resolver la crisis. El resultado fue el ascenso al poder de Luis Napoleón Bonaparte, quien dio un golpe de Estado en 1851 y se proclamó emperador con el nombre de Napoleón III en 1852. Para sobrevivir políticamente, el emperador recurrió a una enérgica represión de los movimientos de oposición, pero también sabía que tenía que encontrar formas de absorber el capital excedente y restaurar la rentabilidad. Anunció un vasto programa de inversiones en infraestructuras, tanto en Francia como en el extranjero, lo que significaba la construcción de ferrocarriles por toda Europa hasta Oriente, así como la financiación de grandes obras como el canal de Suez. En la propia Francia se trataba de consolidar la red de ferrocarriles, construir puertos, drenar marismas y cosas parecidas; pero, por encima de todo, se reconfiguró la infraestructura urbana de París, para lo que Napoleón III llamó a Georges-Eugène Haussmann (al que hizo barón) y lo puso a cargo de las obras públicas en la capital en 1853.

Haussmann entendía perfectamente que su misión consistía en resolver el problema del excedente de capital y mano de obra mediante la urbanización: La reconstrucción de París absorbió enormes cantidades de trabajo y de capital para los niveles de la época, lo que, sumado a la supresión autoritaria de las aspiraciones de los obreros de París, fue un instrumento esencial de estabilización social. Haussmann echó mano de los planes utópicos presentados por los fourieristas y saint-simonianos para la reconfiguración de París que se habían debatido durante la década de 1840 pero con una gran diferencia, ampliando la escala a la que se había imaginado aquel proceso. Acrecentó enormemente la ciudad anexionando los suburbios, rediseñó barrios enteros (como el del mercado de Les Halles, espléndidamente descrito por Zola en su novela de 1873 *Le Ventre de Paris*), en lugar de limitarse a pequeñas porciones del tejido urbano. Cambió así la ciudad de arriba abajo, y pudo hacerlo, en

parte, gracias a las nuevas tecnologías de la construcción (hierro y vidrio, gas del alumbrado y cosas parecidas) y a nuevas formas de organización (las empresas de transporte urbano y los grandes almacenes). Pero también necesitaba nuevas instituciones financieras e instrumentos de deuda (el *Crédit Mobilier* y la *Société Immobilière*). De hecho contribuyó a resolver el problema de excedente de capital disponible estableciendo un sistema de tipo keynesiano de mejoras infraestructurales urbanas financiadas mediante la deuda.

Todo esto implicaba la evolución conjunta de un nuevo modo de vida urbana y un nuevo tipo de habitantes de la ciudad. París se convirtió en «la ciudad luz», el gran centro de consumo, turismo y placer. Los cafés, los grandes almacenes (brillantemente descritos también en otra novela de Zola, *Au Bonheur des Dames*, de 1883), el novedoso sector de la moda, las grandes exposiciones, la ópera y el espectáculo de la vida cortesana, todo aquello desempeñaba su papel en la creación de nuevas oportunidades de beneficio gracias al consumo. Pero el agigantado sistema financiero, cada vez más especulativo, y las estructuras de crédito en las que se basaba, se vinieron abajo en la crisis financiera de 1868. Haussmann fue destituido, y en su desesperación Napoleón III recurrió a la guerra contra la Alemania de Bismarck, que perdió; en el vacío de poder que se produjo surgió la Comuna de París, uno de los mayores episodios revolucionarios de la historia capitalista urbana.

Saltemos ahora a Estados Unidos en 1942. El problema del capital excedente que parecía insoluble durante la década de los treinta (y el desempleo que lo acompañaba) fueron temporalmente resueltos por la enorme movilización del esfuerzo de guerra. Pero ¿qué iba a suceder después de la guerra? Políticamente la situación era peligrosa. El gobierno federal estaba dirigiendo de hecho una economía nacionalizada (y lo hacía con mucha eficiencia). Estados Unidos había forjado una alianza con la Unión Soviética comunista en la guerra contra el fascismo. Durante la década de los treinta habían surgido fuertes movimientos sociales con inclinaciones de izquierda y sus simpatizantes se habían incorporado al esfuerzo de guerra (el filósofo marxista Herbert Marcuse trabajó en la organización que más tarde se convertiría en la CIA). Cundía el cuestionamiento popular de la legitimidad y eficacia del capitalismo de las grandes empresas, y las clases dominantes de la época decidieron aplicar una fuerte dosis de represión política para preservar su poder. El macartismo, la caza de brujas contra los «rojos bajo la cama», signos que eran ya evidentes en 1942 en las audiencias del Comité de Actividades Antiamericanas del Congreso estadounidense, proporcionó los medios para hacer frente a cualquier forma de oposición anticapitalista a partir de 1950, poco más o menos. Pero ¿qué pasó con el capital excedente sin posibilidad de inversión rentable?

La respuesta vino dada por Robert Moses, quien tras la Segunda Guerra Mundial hizo en la región metropolitana de Nueva York lo que Haussmann había hecho

antes en París. Moses cambió la escala de pensamiento sobre la urbanización al incluir en sus planes toda la región metropolitana y no sólo la ciudad en sentido estricto. Mediante un sistema de autopistas y transformaciones infraestructurales financiado mediante la emisión de deuda, la construcción y la remodelación de toda la región metropolitana, empleando nuevas tecnologías de construcción ensayadas durante la guerra, ofreció una vía para absorber rentablemente los excedentes de capital y de mano de obra. El desplazamiento de las capas acomodadas a urbanizaciones periféricas, cuando se repitió a escala nacional mediante la expansión geográfica del desarrollo capitalista en el sur y el oeste de Estados Unidos, desempeñó un papel crucial en la estabilización después de la guerra, no sólo de la economía estadounidense, sino también del capitalismo global centrado en Estados Unidos. ¿Adónde habría ido el excedente de capital de no haber sido por la construcción de la región metropolitana de Nueva York, Chicago, Los Ángeles y otros lugares parecidos después de 1945?

Pero, para que todo esto sucediera, hacía falta una revolución en las estructuras financieras y administrativas, un viraje a la financiación mediante la deuda respaldado por la creciente capacidad de los trabajadores para pagar aquel nuevo tipo de vida en la periferia de las ciudades. El acuerdo entre capital y trabajo tras la Segunda Guerra Mundial, por el que un segmento privilegiado de la clase obrera compartía los beneficios del aumento de productividad, ayudó a resolver el problema de la demanda efectiva. La revolución en las instituciones financieras iniciada durante la década de los treinta (particularmente las medidas destinadas a facilitar la financiación de hipotecas para la compra de viviendas), a la que se sumaban las subvenciones impositivas y una generosa ley que facilitaba la adquisición de viviendas y la educación superior para el personal militar que regresaba de la guerra, estableció los cimientos para la suburbanización residencial en Estados Unidos.

Esa suburbanización o «dispersión hacia las afueras» no fue sólo cuestión de nuevas infraestructuras. Tal como había sucedido en París durante el Segundo Imperio, suponía una transformación radical del modo de vida, apoyada en las autopistas y el automóvil; también descansaba en la producción y comercialización de nuevos productos, desde las hileras de casas individuales idénticas de uno o dos pisos y los nuevos centros comerciales hasta los frigoríficos, acondicionadores de aire, televisores y teléfonos. Significaba tener dos coches a la puerta de casa y una enorme expansión de las industrias del caucho, el petróleo y el acero. Hasta se disparó la demanda de cortadoras de césped; después de todo, había que mantener cuidado el jardincito de acceso a cada casa. La suburbanización (junto con la militarización) desempeñó así un papel decisivo en la absorción de los excedentes de capital y trabajo en los años de posguerra en Estados Unidos. La difusión de gustos y tecnologías similares —en particular la cultura del automóvil— ayudó a expandir globalmente ese proceso.

Pero también conllevaba un coste, al dilapidarse tierras y energía, y suponía una descomunal alteración de las relaciones con la naturaleza. En el caso de Estados Unidos generó una grave dependencia de las fuentes extranjeras de petróleo y una prolongada injerencia, que todavía dura, en los conflictos políticos de Oriente Medio. La suburbanización acelerada también dio lugar al vaciamiento del centro de las ciudades, privado de una base económica sostenible. Aquella solución a la Gran Depresión produjo la llamada «crisis urbana» de la década de los sesenta, caracterizada por las revueltas de las minorías afectadas (principalmente los afroamericanos) en el centro de las ciudades, a las que se había negado acceso a las urbanizaciones de la periferia y a la nueva prosperidad.

Pero tampoco en ellas iba todo bien. El nuevo estilo de vida tenía todo tipo de consecuencias sociales y políticas. El individualismo, la defensa intransigente de la propiedad, la insipidez, cuando no el tedio, de la vida cotidiana se convirtieron en temas de crítica. Los urbanistas más apegados a la tradición hicieron piña en torno a Jane Jacobs, cuyas ideas con respecto a lo que debía la vida cotidiana más satisfactoria en la ciudad eran antitéticas de la práctica emprendida en los años cincuenta. Trataron de contraponer a aquella renovación urbana y al brutal modernismo de los proyectos a gran escala de Moses, que en su opinión destruían el espacio público, un tipo diferente de urbanismo centrado en el desarrollo de los antiguos barrios, su preservación histórica y en último término su gentrificación. Las feministas condenaron la perifерización y su estilo de vida como foco de todo su descontento; tal como le sucedió a Haussmann, se generó una crisis financiera que socavó el prestigio de aquel proceso (y del propio Moses) y le hizo perder el favor popular a finales de la década de los sesenta; y de la misma forma que la haussmannización de París potenció de algún modo la erupción de la Comuna de París, la insipidez de la vida en las urbanizaciones periféricas desempeñó cierto papel en los espectaculares movimientos de protesta de 1968 en Estados Unidos.

Los estudiantes blancos descontentos de clase media se incorporaron a la revuelta: En Santa Bárbara (California) enterraron un Chevrolet en la arena e incendiaron una sede del Bank of America para expresar su disgusto. Buscaron alianzas con otros grupos marginalizados posicionándose contra el imperialismo estadounidense (la guerra de Vietnam) y el consumismo suburbano, ecológicamente insostenible (el primer «Día de la Tierra» fue en 1970). Iniciaron así un poderoso movimiento, por rudimentario que fuera, en favor de otro tipo de mundo, en particular un urbanismo y una relación con la naturaleza diferentes.

Como culminación de todo aquello, en el nexo Estado-finanzas que había propiciado la suburbanización y el desarrollo internacional del periodo de posguerra, comenzó a eclosionar una crisis financiera, centrada en Estados Unidos pero de alcance global. Esa crisis cobró impulsó a finales de la década de los sesenta. La solu-

ción aplicada durante el cuarto de siglo anterior se estaba convirtiendo en un problema. Los acuerdos de Bretton Woods de 1944, sobre los que se basaban los intercambios internacionales, comenzaron a resquebrajarse. El dólar estadounidense estaba sufriendo una presión internacional creciente debido al excesivo endeudamiento, y todo el sistema capitalista acabó cayendo en una profunda recesión a partir del estallido de la burbuja inmobiliaria global en 1973. Habían comenzado así los oscuros años de la década de los setenta, con todas las consecuencias antes mencionadas.

No es extraño que la crisis presupuestaria de la ciudad de Nueva York en 1975 se convirtiera en foco de la tormenta. Rodeada de barrios periféricos ricos y con uno de los presupuestos mayores de la época en el mundo capitalista, de repente se vio en bancarrota. La solución local, orquestada por una incómoda alianza entre el poder del Estado y las instituciones financieras, anunció el giro político e ideológico neoliberal que se iba a dar en todo el mundo en la lucha por perpetuar y consolidar el poder de clase capitalista. La receta imaginada era bastante simple: aplastar el poder de los sindicatos, iniciar la reducción de los salarios reales, dejar que el mercado funcionara a su libre albedrío y poner el poder estatal al servicio del capital en general y de las inversiones financieras en particular. Aquella solución de la década de los setenta está en la raíz de la crisis iniciada en 2008.

* * * * *

Después de la década de los setenta, la urbanización experimentó un nuevo cambio de escala, haciéndose planetaria. La urbanización de China durante los últimos veinte años ha sido enormemente importante. Su velocidad aumentó tras una breve recesión en 1997, poco más o menos, de forma que desde el inicio del nuevo milenio China ha absorbido alrededor de la mitad de la producción mundial de cemento. Durante los últimos veinte años más de 100 ciudades han alcanzado una población de más de un millón de habitantes y pequeños pueblos como Shenzhen se han convertido en enormes metrópolis de entre 6 y 10 millones de habitantes. La industrialización, concentrada al principio en las «zonas económicas especiales», se difundió rápidamente a cualquier municipio dispuesto a absorber el capital excedente extranjero y a reinvertir los beneficios en una rápida expansión. Vastos proyectos infraestructurales, como presas y autopistas —de nuevo, todos ellos financiados mediante deuda—, están transformando el paisaje. Centros comerciales igualmente gigantescos, parques científicos, aeropuertos, puertos, palacios de entretenimiento de todo tipo y gran variedad de instituciones culturales nuevas, junto con urbanizaciones valladas y campos de golf para los ricos, salpican el paisaje chino en medio de ciudades-dormitorio superatacadas para las enormes reservas de mano de obra que se desplazan desde las regiones rurales empobrecidas.

Las consecuencias de este proceso de urbanización para la economía global y para la absorción de capital excedente han sido enormes: la expansión de Chile debido a la demanda de cobre, la recuperación de Australia y hasta la de Brasil y Argentina se deben en parte a la enorme demanda china de materias primas. El comercio bilateral entre China y Latinoamérica se ha multiplicado por 10 entre 2000 y 2009. ¿Es la urbanización de China el principal estabilizador del capitalismo global? La respuesta tiene que ser afirmativa, al menos en parte; pero también sucede que el desarrollo de la propiedad inmobiliaria ha sido decisivo para la formación de clase en China. Ahí es donde se han hecho en muy pocos años inmensas fortunas personales. Una empresa fundada a mediados de la década de los noventa para construir viviendas al por mayor en solares adquiridos a precio de saldo en el delta del río Perla se convirtió en sociedad anónima (con la ayuda de J. P. Morgan) saliendo a bolsa en Hong Kong en 2007 y alcanzando un valor neto de 27 millardos de dólares. La hija de quien fundó la compañía mantiene la propiedad del 60 por 100 de las acciones, lo que significa alrededor de 16 millardos de dólares y la sitúa a la altura de Warren Buffett y Bill Gates en la lista de las personas más ricas del mundo.

Pero China es sólo el centro de un proceso de urbanización que se ha hecho planetario, ayudado por la integración de los mercados financieros mundiales. Los proyectos de urbanización financiados mediante deuda proliferan en todas partes, desde Dubái hasta São Paulo y desde Madrid hasta Bombay, Hong Kong o Londres. El Banco Central Chino participa en el mercado hipotecario secundario en Estados Unidos (invirtió grandes cantidades en Fannie Mae y Freddie Mac, lo que explica por qué, cuando el gobierno estadounidense tuvo que nacionalizar estas instituciones, respetó a los propietarios de bonos y en particular la propiedad china). Goldman Sachs ha intervenido con fuerza en el emergente mercado inmobiliario en Bombay y el capital de Hong Kong ha invertido en Baltimore. Cualquier área urbana del mundo ha visto su burbuja inmobiliaria inflada al tiempo que aumentaba sin freno la afluencia de inmigrantes empobrecidos que iba creando simultáneamente un planeta poblado de chabolas.

El *boom* inmobiliario ha sido evidente en Ciudad de México, Santiago de Chile, Bombay, Johannesburgo, Seúl, Taipéi, Moscú y toda Europa (los casos de España e Irlanda han sido los más espectaculares), así como en las grandes ciudades de los principales países capitalistas, como Londres, Los Ángeles, San Diego y Nueva York (donde la administración del multimillonario alcalde Michael Bloomberg ha puesto en marcha más proyectos urbanos a gran escala que nunca). En algunos lugares de Oriente Medio como Dubái y Abu Dhabi han surgido proyectos urbanísticos asombrosos, espectaculares y en ciertos aspectos absurdos, como forma de absorber los excedentes del capital surgidos de la riqueza petrolífera de la forma más lujosa posible (como una pista de esquí en medio del ardiente desierto). Muchas de esas burbujas, incluidas las

de los países del Golfo, se ven ahora sin embargo con un tremendo problema. Dubai World, la empresa constructora paraguernamental* que había aceptado grandes préstamos de capital excedente de los bancos británicos y de otros países europeos, declaró repentinamente a finales de 2009 que no podía satisfacer los pagos más inmediatos y que precisaba un aplazamiento de sus obligaciones, con lo que transmitió un estremecimiento de terror a los mercados globales.

Esta ampliación de escala dificulta captar que lo que está sucediendo globalmente es en principio similar al proceso que Haussmann gestionó tan hábilmente durante unos años en el París del Segundo Imperio. Esta nueva oleada urbanizadora dependía, como la anterior, de la innovación financiera para canalizar los créditos requeridos para mantenerla. La titulización y empaquetamiento de hipotecas locales para venderlas a inversores de todo el mundo y la creación de nuevas instituciones financieras para facilitar la creación de un mercado hipotecario secundario han desempeñado un papel decisivo. Las ventajas eran muchas: minimizaba el riesgo al dispersarlo y permitía a los depósitos de ahorros excedentes un acceso más fácil a la demanda excedente de vivienda. Hizo bajar los tipos de interés compuesto, al tiempo que generaba inmensas fortunas para los intermediarios financieros que gestionaban aquellas maravillas. Pero dispersar el riesgo no significaba eliminarlo. Además, el hecho de que se pudiera repartir tan ampliamente alentaba inversiones aún más arriesgadas, que supuestamente transferían el riesgo a otro lugar. Lo que le ocurrió a los hermanos Péreire en 1867-1868 en París con el *Crédit Mobilier* y lo que le sucedió al ayuntamiento de Nueva York a mediados de la década de los setenta (por no hablar de muchos otros ejemplos a lo largo de la geografía histórica del capitalismo) ha vuelto a suceder ahora con las hipotecas *subprime* y la crisis de los activos inmobiliarios.

Como en todas las fases precedentes, la reconfiguración de la geografía urbana llevaba consigo cambios en el estilo de vida. En Estados Unidos esos cambios venían en gran medida dictados por la necesidad de apaciguar a los descontentos suburbanos de la década de los sesenta. La calidad de la vida urbana se ha convertido en una mercancía para los que tienen dinero, como lo ha hecho la propia ciudad en un mundo en el que el consumismo, el turismo, los nichos de mercado, las actividades culturales y basadas en el conocimiento, así como el continuo recurso a la economía del espectáculo, se han convertido en aspectos primordiales de la economía política urbana. Con una economía que descansa cada vez más en el consumismo y los anhelos del consumidor como fuerza impulsora (actualmente supone el 70 por 100 de la economía estadounidense, frente al 20 por 100 durante el siglo XIX), la organización del consumo mediante la urbanización se ha convertido en algo absolutamente decisivo para la dinámica del capitalismo.

* Propiedad de la familia reinante Al Maktum [N. del T.].

La proclividad posmoderna a la formación de nichos de mercado –en las opciones de modo de vida, hábitos de consumo y normas culturales– confiere a la vida urbana contemporánea un aura de libertad de elección, con tal que uno tenga el dinero suficiente. Proliferan los centros comerciales e hipermegastores (cuya construcción se ha convertido asimismo en un gran negocio), así como los centros de comida rápida y mercadillos artesanales, bazares ocasionales, cafeterías de ambiente y establecimientos por el estilo, y ese estilo de urbanización no despunta únicamente en los países capitalistas avanzados, sino igualmente en Buenos Aires, São Paulo o Bombay y casi en cualquier otra de las nuevas megalópolis de Asia. Incluso el desarrollo suburbano incoherente, anodino y monótono que sigue dominando en muchas partes del mundo encuentra ahora un revulsivo en el «nuevo urbanismo» que proclama las excelencias de la vida en comunidades apartadas (supuestamente íntimas y seguras, a menudo valladas y cerradas al exterior) en las que se promueve un estilo de vida refinado supuestamente «sostenible»; con este modelo los promotores inmobiliarios se ven capaces de satisfacer los más ambiciosos sueños urbanos.

Los efectos de este proceso sobre la subjetividad política han sido enormes. Vivimos en un mundo en el que la ética neoliberal del individualismo intensamente posesivo y el oportunismo financiero se ha convertido en pauta para la socialización de la personalidad humana, un mundo que se caracteriza cada vez más por una cultura hedonista del exceso de consumo. Ha destruido el mito (aunque no la ideología) de que la familia nuclear es la base sociológica más sólida para el capitalismo y ha asumido, aunque tardía e incompletamente, el multiculturalismo, los derechos de la mujer y la equiparación de preferencias sexuales. El resultado es un aumento del aislamiento individualista, la ansiedad, el cortoplacismo y las neurosis pese a estar rodeados por uno de los mayores logros materiales urbanos jamás construidos en la historia humana.

La absorción del excedente mediante la transformación urbana tiene, no obstante, su lado oscuro: las repetidas rachas de reestructuración urbana mediante la «destrucción creativa», en particular en los periodos de crisis. Esto pone de relieve su dimensión de clase, ya que son habitualmente los más pobres, los marginados del poder político, los que sufren lo más duro de esos procesos.

Para hacer surgir la nueva geografía urbana del derrumbe de la antigua, se requiere a menudo la violencia. Haussmann hizo derribar los viejos barrios de París empleando poderes excepcionales de expropiación supuestamente en beneficio público, en nombre de los derechos de ciudadanía, la restauración ambiental y la renovación urbana. Consiguió así deliberadamente expulsar del centro de París, junto con las industrias insalubres, a gran parte de la clase obrera y otros elementos rebeldes que constituían una amenaza para el orden público y por supuesto para el poder político, creyendo (incorrectamente, como se comprobó en la Comuna revolucionaria

de París de 1871) que aquella reforma urbana ofrecía un nivel suficiente de vigilancia y control militar como para asegurar el fácil sometimiento por la fuerza de las clases rebeldes.

En realidad, como ya señalaba Friedrich Engels en su folleto de 1872 *Sobre el problema de la vivienda* [*Zur Wohnungsfrage*],

la burguesía sólo dispone de un método para resolver a su modo el problema de la vivienda, esto es, de resolverlo de forma que se perpetúe, y ese método se llama «Haussmann». Me refiero no sólo a su forma específicamente bonapartista de abrir amplias brechas en los barrios obreros con amplias avenidas, construyendo a ambos lados grandes edificios de lujo, con lo que, junto al objetivo estratégico de dificultar la lucha callejera y la erección de barricadas, se pretende la constitución de un proletariado de la construcción específicamente bonapartista dependiente del gobierno y la transformación de la ciudad en un centro de lujo. Por haussmannización entiendo la práctica generalizada de la apertura de brechas en los barrios obreros, particularmente en los situados en el centro de nuestras grandes ciudades, dejando a un lado que se justifique por razones de salud pública, de embellecimiento de la ciudad, de demanda de grandes edificios de negocios en el centro o por exigencias del tráfico, como el tendido de vías férreas, la ampliación de las avenidas, etc. Por diferentes que sean las razones aducidas, el resultado es siempre el mismo: los callejones más escandalosos desaparecen con gran contento de la burguesía por su colosal éxito, pero aparecen de nuevo en algún otro lugar, a menudo muy cerca [...]. Los focos de las epidemias, los infames agujeros y calabozos en los que el modo capitalista de producción confina a nuestros trabajadores una noche tras otra no son erradicados, ¡sino que simplemente se desplazan a otro lugar! La misma necesidad económica que los generó antes los reproduce ahora.

El proceso que describía Engels se ha vuelto a producir una y otra vez en la historia del capitalismo urbano. Robert Moses le dio «un hachazo al Bronx» (con sus propias infames palabras) que provocó largas y sonoras lamentaciones de los grupos y movimientos vecinales, finalmente condensadas en la retórica de la inveterada reformadora urbana Jane Jacobs, por la inimaginable destrucción de un valioso tejido urbano pero también por la pérdida de comunidades enteras de residentes y sus arraigadas redes de integración social. Después de que las brutales expropiaciones a cargo del Estado y la destrucción de los viejos barrios para construir grandes autopistas y renovar la ciudad se vieron frenadas por la agitación política y las luchas callejeras del 68 –aunque París volvió a destacarse en ellas, hubo violentas confrontaciones en muchos otros lugares, desde Chicago hasta Ciudad de México o Bangkok–, comenzó un proceso de transformación mucho más insidioso y canceroso mediante

el sometimiento a la disciplina presupuestaria de los gobiernos democráticos urbanos, la liberalización del mercado del suelo y de la vivienda, la especulación inmobiliaria y la recalificación del suelo urbano para los usos que generaban la tasa de ganancia financiera más alta.

Engels entendió muy bien de qué iba todo esto:

El crecimiento de las grandes ciudades modernas da al suelo en ciertas áreas, particularmente en las situadas cerca del centro, un valor artificial mucho mayor; los edificios construidos en esas áreas disminuyen ese valor en lugar de aumentarlo, porque ya no corresponden a las nuevas circunstancias; por eso son derribados y sustituidos por otros. Esto sucede sobre todo con las viviendas de los trabajadores situadas cerca del centro, cuyos alquileres, a pesar de la gran cantidad de gente que en ellas se aloja, nunca pueden aumentar más allá de un límite, o en todo caso lo hacen muy lentamente. Por ello son derribadas y en su lugar se construyen nuevas tiendas, almacenes y edificios públicos.

Deprime pensar que todo esto se escribiera en 1872. La descripción de Engels se puede aplicar directamente a los actuales procesos urbanos en gran parte de Asia (Nueva Delhi, Seúl, Bombay), así como a la actual gentrificación de ciertas áreas de Nueva York como Harlem y Brooklyn. La creación de nuevas geografías urbanas supone inevitablemente desplazamiento y desposesión. Ésa es la horrorosa imagen especular de la absorción de capital excedente mediante el desarrollo urbano.

Considérese el caso de Bombay, donde 6 de sus 14 millones de habitantes* son considerados oficialmente chabolistas, alojados en su mayor parte en parcelas sin nombre y sin propietario legal (los lugares donde viven aparecen en blanco en todos los planos de la ciudad). Con el intento de convertir Bombay en un centro financiero global capaz de rivalizar con Shanghái, se ha acelerado el *boom* de la construcción y el suelo que ocupan los «asentamientos irregulares» ha aumentado increíblemente de valor año tras año. El de Dharavi, uno de los barrios chabolistas más conocidos de Bombay, se estima en torno a los dos millardos de dólares, y la presión para desalojar a sus habitantes –aduciendo razones ambientales y sociales– aumenta día tras día. Los poderes financieros respaldados por el Estado presionan en favor de un desalojo por la fuerza, tomando posesión a veces violentamente de un terreno ocupado desde hace una generación por los chabolistas. La acumulación de capital mediante la actividad inmobiliaria se multiplica, dado que el suelo se adquiere sin pagar prácticamente nada por él. ¿Recibe alguna compensación la gente obligada a abandonar sus chabolas? Los más afortunados han recibido algunas rupias, pero, aunque la Constitución india proclama que el Estado está obligado a proteger la vida y el bienestar de toda la pobla-

* 21 millones si incluimos además las áreas urbanas aledañas [N. del T.].

ción, sin hacer diferencias por razones de casta o de clase, y a garantizar su derecho a la vivienda, el Tribunal Supremo ha reescrito esa exigencia constitucional. Los ocupantes ilegales que no pueden demostrar fehacientemente su asentamiento durante largo tiempo en el suelo que ocupan no tienen derecho a compensación alguna, porque reconocer ese derecho, dice el Tribunal Supremo, equivaldría a premiar a los ladronzuelos y carteristas por sus acciones. Así, los chabolistas se ven obligados a resistir y a luchar, o a empaquetar sus escasas pertenencias y acampar al borde de las autopistas o donde puedan encontrar un diminuto espacio.

Ejemplos parecidos de desposesión (aunque menos brutales y más legalistas) se pueden encontrar en Estados Unidos en el abuso del derecho de expropiación para desplazar a residentes desde hace tiempo en alojamientos razonables, con el fin de dedicar el suelo a otros fines (ya sean casas de vecinos o hipermercados). En el Tribunal Supremo estadounidense los jueces liberales ganaron a los conservadores y declararon que era totalmente constitucional que los gobiernos locales se comportaran de esa forma con el fin de aumentar su base impositiva. ¡Después de todo, el progreso es progreso!

En Seúl, durante la década de los noventa, las empresas de construcción y los promotores inmobiliarios contrataron a escuadrones de luchadores de sumo para invadir barrios enteros y aplastar a mazazos no sólo las viviendas sino también las posesiones de quienes se habían asentado en la década de los cincuenta en las colinas que al cabo de cuatro décadas se habían convertido en un terreno de gran valor. La mayoría de sus laderas están cubiertas ahora por grandes rascacielos que no muestran ninguna huella del brutal proceso de desposesión que permitió su construcción. En China se está desposeyendo actualmente a millones de personas del espacio que llevaban ocupando mucho tiempo. Dado que carecen de derechos de propiedad privada, el Estado puede expulsarlos simplemente con una orden administrativa, ofreciéndoles como mucho un pequeño pago en efectivo para facilitarles el traslado (antes de entregar el suelo a los promotores con una elevada tasa de ganancia). En algunos casos la gente se va sin más, pero también llegan noticias de encarnizadas resistencias, la respuesta a las cuales suele ser una brutal represión de las autoridades comunistas. La población rural de los alrededores de las grandes ciudades se ve desplazada sin muchas ceremonias al expandirse éstas. Así sucede igualmente en la India. Las zonas especiales de desarrollo económico reciben ahora un trato especial del gobierno central y de los gobiernos estatales, que ejercen contra los productores agrícolas una violencia descarada como en el caso de la masacre de Nandigram (Bengala occidental) en 2007, ordenada por el Frente de Izquierdas gobernante* con el fin de abrir espacios para la inversión de grandes capitales indonesios, tan interesados en el desarrollo urbano como en el industrial.

* En las elecciones de abril-mayo de 2011 perdió el poder que había ejercido durante treinta y cuatro años [N. del T.].

Pero esos procesos suscitan también resistencias. En todas partes surgen movimientos sociales urbanos, que a veces tienen una base muy estrecha —algunas movilizaciones contra la gentrificación aquí y algunas otras contra el encarecimiento de la vivienda allá— pero que en otras ocasiones se fusionan en una reivindicación más amplia, por ejemplo en lo que los brasileños llaman «el derecho a habitar», o lo que otros denominan «el derecho a la ciudad», esto es, a configurar una nueva geografía urbana, más acorde con los principios de justicia social y respeto al medio ambiente.

El derecho a participar en la construcción de la geografía del capitalismo está por tanto sometido a una continua pugna: aunque las relaciones de poder favorecen incuestionablemente en este momento a la combinación entre capital y Estado frente a cualquier otro agente social, hay fuerzas de oposición significativas, y tanto el capital como el Estado se sitúan actualmente a la defensiva, sus proclamaciones de actuar en beneficio de todos se ven severamente cuestionadas y lo mismo se puede decir de sus aseveraciones de ser los benefactores de toda la humanidad mediante una acumulación sin fin de capital basada en el mercado.

* * * * *

Pero, tras todas las contingencias e incertidumbres presentes en la perpetua construcción y reconstrucción de la geografía capitalista, acecha un principio de poder singular, al que todavía hay que acordar su lugar para entender no sólo la geografía histórica del capitalismo, sino también la evolución general del poder de clase capitalista. La construcción de nuevas geografías supone cambios en el suelo y sobre él. Sus propietarios tienen mucho que ganar de esos cambios. Pueden beneficiarse enormemente del aumento de valor del suelo y de las crecientes rentas que se pueden obtener de él y de los recursos «naturales» que alberga. Esos aumentos de la renta y del valor de la propiedad dependen de las inversiones sobre el terreno y de las que cambian las relaciones espaciales de forma que acrecientan el valor de la tierra y mejoran su accesibilidad. Lejos de ser una «clase residual» de aristócratas terratenientes y señores feudales, ese interés de los promotores desempeña un papel activo en la construcción y reconstrucción de la geografía del capitalismo, como un medio para aumentar sus ingresos y su poder.

La inversión en renta de la tierra, edificios, minas y materias primas resulta pues muy atractiva para todos los capitalistas. La especulación en esos valores se intensifica. La producción de la geografía capitalista se ve impulsada por la necesidad de obtener ganancias especulativas sobre esos activos. Una vez que se puso en marcha el proceso de urbanización periférica en Estados Unidos, por ejemplo, la renta de aquellos terrenos comenzó a aumentar y los especuladores se lanzaron sobre ellos como una plaga de langosta. Para obtener ganancias especulativas, tenían que ase-

gurar que la materialización de las inversiones públicas en autopistas, alcantarillado, abastecimiento de agua y otras infraestructuras relevantes diera valor a la tierra que habían adquirido. Los constructores y propietarios de tierras sobornaron a políticos y funcionarios o financiaron legalmente sus campañas para asegurar que se realizaran tales inversiones públicas. Las ruedas de la rápida suburbanización se vieron engrasadas espléndidamente por tales actividades, convirtiéndose en un proceso autopropulsado, alimentado por el deseo de aumentar el valor de los terrenos, aunque siempre era posible excederse, como sucedió en Japón: allí los precios inmobiliarios llegaron a un máximo alrededor de 1990, y a partir de entonces comenzaron a caer. Una pendiente engrasada puede propiciar un deslizamiento hacia abajo con la misma facilidad que permitía el ascenso.

Se ignora con demasiada frecuencia el dinero que se puede ganar (y a veces perder) en la creación de nuevas geografías y nuevas relaciones espaciales como aspecto fundamental de la reproducción del capitalismo. El crítico social Thorstein Veblen, que escribía a principios del siglo XX, conjeturaba que la riqueza de la «clase ociosa» (como él la llamaba) estadounidense derivaba tanto de la especulación asociada con el suelo y el desarrollo urbano como de la esfera de la producción industrial, de la que se hablaba mucho más. Lo mismo podría decirse de Gran Bretaña, ya que el aumento de las rentas y del precio del suelo en los alrededores de Londres desde el siglo XVII en adelante contribuyó al parecer mucho más a aumentar la riqueza de la clase alta que el surgimiento del sistema fabril. Y, como vimos hace poco con respecto a China, gran parte de la riqueza que ha alimentado la formación de clases allí ha surgido de ganancias especulativas obtenidas en los proyectos de desarrollo urbano (basta echar una mirada al nuevo horizonte que ofrece Shanghái).

Se ha subestimado mucho el poder de los propietarios de tierra y recursos, y también el papel de las rentas y valores que proporcionan a sus propietarios en la circulación y acumulación general del capital; en muchos de los países capitalistas avanzados suponen más del 40 por 100 de la actividad económica. No cabe pues extrañarse de que las infraestructuras urbanas constituyan un componente clave de los paquetes de estímulos que los gobiernos están dedicando actualmente a apuntalar sus tambaleantes economías. Además, resulta vital entenderlo como un poder activo y no sólo pasivo, porque es precisamente mediante la construcción de nuevas geografías como los terratenientes (en alianza con los promotores, los constructores y, por supuesto, los omnipresentes financieros) defienden su propia posición de clase, al tiempo que ofrecen una solución clave al problema de la absorción del capital excedente.

Pero esa solución es una espada de doble filo. En la medida en que los capitalistas invierten en suelo comercializable o en su renta (aunque se trate de antiguas propiedades, amortizadas hace décadas), imponen una especie de impuesto a todas las demás formas de actividad capitalista, y no sólo a las que residen en esas tierras.

Lo que debería funcionar como «don gratuito de la naturaleza» (incluida la «segunda naturaleza» creada por milenios de actividad humana en la remodelación de la tierra) aparece así como un pesado lastre sobre formas más productivas de actividad capitalista. Algunos productores se ven expulsados de los lugares donde sube el precio del suelo porque no se pueden permitir su coste. La presión sobre los salarios locales para mantenerse a la par con el aumento del precio del suelo y los edificios se hace insostenible en algunos sitios (los funcionarios públicos londinenses reciben un complemento para cubrir los crecientes costes de la vida urbana). Los rentistas y promotores respaldados por los financieros desempeñan un notable papel, no sólo en la remodelación geográfica del capitalismo, sino también en la generación de crisis y el estancamiento a largo plazo. Lord Keynes imaginó como deseable lo que llamaba «la eutanasia del rentista». Desgraciadamente, los rentistas perduran hasta hoy día, aunque no les vaya particularmente bien en ciudades como Nueva York, Miami, Las Vegas o Dubái, donde se multiplica el número de viviendas vacías.

Si la renta de la tierra y el precio del suelo son las categorías teóricas mediante las cuales la economía política integra la geografía, el espacio y la relación con la naturaleza en la comprensión del capitalismo, también son fundamentales para entender cómo funciona. Como vimos antes en el caso del interés y del crédito, la renta tiene que introducirse en primera línea del análisis, en lugar de tratarla como una categoría subordinada cuyo lugar primordial sería la distribución, tal como sucede tanto en la teoría marxista como en las teorías económicas convencionales. Sólo de esa forma podremos fusionar la comprensión de la producción de espacio y geografía con la circulación y acumulación de capital, integrando una y otras en el análisis de los procesos de generación de crisis tal como les corresponde.

VII

Destrucción creativa del territorio

El llamado «entorno natural» está sometido a las transformaciones que causa la actividad humana. Se roturan los campos, se drenan marismas, se construyen ciudades, carreteras y puentes, al tiempo que se cultivan plantas y se domestican animales, se transforman los hábitats, se talan bosques, se irrigan tierras, se encauzan ríos, se pastorean ovejas y cabras que devoran el pasto de los prados y se altera el clima. Se abren brechas que parten por la mitad montañas enteras para extraer minerales y canteras que dejan su marca en el paisaje; se contaminan ríos, lagos y océanos; se erosiona el suelo y cientos de miles de kilómetros cuadrados de bosques y maniguas desaparecen como consecuencia de la acción humana, mientras que la selva del Amazonas arde para hacer sitio a los ganaderos y productores de soja hambrientos de tierra, justamente cuando el gobierno chino anuncia un vasto problema de reforestación.

Pero a los ingleses les gusta pasear por campiñas brumosas y admirar sus centenarias casas de campo, los galeses adoran sus cañadas, los escoceses sus valles, los irlandeses sus prados verde esmeralda, los alemanes sus bosques, los franceses sus *pays* tan característico con sus vinos y quesos locales. Los apaches creen que la sabiduría se acumula en determinados lugares, y los grupos indígenas de todas partes, desde la Amazonia hasta la Columbia Británica y las montañas de Taiwán, celebran su largo e inquebrantable vínculo con la tierra que habitan.

La larga historia de la destrucción creativa del territorio ha producido lo que a veces se llama «segunda naturaleza», esto es, naturaleza remodelada por la acción humana. Ahora queda muy poco, si es que queda algo, de la «primera naturaleza» que existía antes de que los humanos poblaran la tierra. Hasta en las regiones más remotas del planeta y en los ambientes más inhóspitos, la influencia humana ha dejado marcada su huella en el cambio del régimen climático, las trazas de pesticidas y

la calidad de la atmósfera y el agua. Durante los tres últimos siglos, durante los que se produjo el ascenso del capitalismo, han aumentado enormemente la velocidad y el alcance de la destrucción creativa del territorio.

Hace un tiempo esa actividad se consideraba en general positivamente, incluso en términos triunfalistas, como muestra del dominio humano sobre la naturaleza (parcialmente mitigado por sentimientos estéticos que romantizaban esa relación). Ahora somos más circunspectos en nuestra retórica, aunque no necesariamente en nuestra práctica. La historia del capitalismo está plagada de consecuencias ambientales no pretendidas (a veces muy duraderas) de actividades destructivas, y algunas de esas consecuencias (como la extinción de determinadas especies y hábitats) son irreversibles. Sería mejor pues no hablar de dominio, sino del desarrollo de prácticas humanas con respecto al mundo físico y en el seno de la red ecológica que cambia la faz de la tierra, demasiado a menudo de forma dramática e irreparable.

Aunque son muchos los agentes que intervienen en la producción y reproducción geográfica de la segunda naturaleza que nos rodea, los dos principales agentes sistémicos de nuestra época son el Estado y el capital. El paisaje geográfico de la acumulación de capital evoluciona sin cesar, en gran medida bajo el impulso de las necesidades especulativas de nueva acumulación (incluida la especulación con la tierra) y sólo secundariamente atendiendo a las necesidades de la gente. Pero, aunque no haya nada puramente natural en la segunda naturaleza que nos rodea, el proceso de evolución conjunta que transforma la geografía no está sometido a un control absoluto del capital y el Estado, y menos aún de la gente corriente, por muy activista que sea. La frase coloquial «la venganza de la naturaleza» señala la existencia de un mundo físico y ecológico tan autónomo, recalcitrante e impredecible como el tiempo meteorológico, que constituye el medio ambiente en el que nos movemos.

La cuestión está en cómo entender el despliegue dialéctico de la relación social con una naturaleza en perpetua evolución. La llamada «revolución verde» en la agricultura es un fabuloso ejemplo de cambio y evolución conjunta en las siete esferas de actividad. En la década de los cuarenta un nuevo instituto de investigación agrícola dirigido por un joven científico, Norman Borlaug (quien murió en 2009), comenzó a cultivar en México nuevas variedades de trigo, genéticamente modificadas, que a finales de siglo habían cuadruplicado el rendimiento y que ya en el decenio posterior a 1945 convirtieron a México, de un importador neto, en un exportador neto de trigo. Las nuevas variedades de trigo y arroz llevadas al sur de Asia durante la década de los sesenta (por fundaciones estadounidenses como Ford y Rockefeller en comandita con los gobiernos indio y paquistaní) duplicaron el rendimiento entre 1965 y 1970, con un gran impacto sobre el aprovisionamiento de alimento y el coste mundial del grano, que se redujo a la mitad. Aunque la revolución verde elevó la productividad y se le atribuye haber evitado hambrunas terribles, también provocó todo tipo de conse-

cuencias ambientales y sociales negativas. La vulnerabilidad del monocultivo supuso grandes inversiones en fertilizantes y pesticidas derivados del petróleo (rentablemente producidos por corporaciones estadounidenses como Monsanto), mientras que la distribución del capital invertido (normalmente en la gestión del agua y la irrigación) supuso la consolidación de una clase de ricos propietarios (a menudo con la dudosa ayuda de instituciones de crédito) y la reducción de todos los demás al estatus de campesinos sin tierra. Los organismos genéticamente modificados (OGM) vienen siendo desde entonces éticamente cuestionados y criticados por razones morales por la mayoría de los grupos ecologistas (en Europa los llaman «comida Frankenstein»). También han surgido conflictos geopolíticos en torno al comercio con los OGM.

La geografía de la acumulación de capital y de la destrucción creativa del territorio no puede ni siquiera plantearse sin un cuidadoso análisis de dinámicas de este tipo que nos permita una mejor comprensión de cómo funciona la evolución conjunta en distintos lugares y, sin él, no podemos evaluar hasta qué punto la relación con la naturaleza constituye un límite a la nueva acumulación de capital que no puede evitarse ni trascenderse, sean cuáles fueren las aportaciones tecnológicas, sociales y culturales que entren en juego.

Gracias a las ciencias medioambientales hemos cobrado conciencia de un cúmulo de consecuencias no pretendidas de las acciones humanas. La lluvia ácida contaminada por el humo de las chimeneas de las fábricas y las centrales de energía ha venido destruyendo ecosistemas locales como el de las turberas de los Peninos en torno a Manchester desde 1780, pero con la aparición de la tecnología de los altos hornos las áreas afectadas pasaron de ser locales a regionales al proyectarse a la alta atmósfera los compuestos sulfurados. A finales de la década de los sesenta agentes contaminantes procedentes de Gran Bretaña estaban destruyendo lagos y bosques en Escandinavia, y los del valle de Ohio afectaban de forma parecida a Nueva Inglaterra, lo que suscitó diversas consecuencias y negociaciones políticas. Los clorofluorocarbonos (CFC) son de gran ayuda en la refrigeración, vital desde la década de los veinte para conservar los alimentos destinados a la creciente población urbana, pero, cuando se vierten a la atmósfera, dañan la capa de ozono estratosférica, particularmente en las regiones polares, con lo que aumenta la penetración de la radiación ultravioleta que supone una amenaza para todas las formas de vida. También esto dio lugar a difíciles negociaciones internacionales que en último término condujeron al Protocolo de Montreal de 1987 para limitar y más tarde eliminar el uso de los CFC. Los científicos sugieren que la acción humana está contribuyendo al calentamiento global (aunque todavía no se ponen de acuerdo en la velocidad del proceso), y sus adversarios (habitualmente financiados por los *lobbies* de la energía) se han visto reducidos a la sorprendente declaración de que el calentamiento global es un fraude con el que los científicos pretenden engañar a la población mundial. El maravilloso pesticida DDT, que cuando se introdujo en 1939 parecía una solución definitiva para las

plagas de mosquitos y las infecciones que éstos transmiten, resultó tener efectos desastrosos a escala mundial sobre la capacidad reproductiva de muchas especies y por eso tuvo que ser prohibido en la década de los sesenta (en particular tras la publicación del libro *Silent Spring* [*Primavera silenciosa*] de Rachel Carson en 1962).

Capitalistas y sus agentes se dedican a la producción de la segunda naturaleza, la producción activa de su geografía, de la misma forma que producen todo lo demás: como una operación especulativa, casi siempre con la connivencia y complicidad, si no con la colaboración activa, del aparato estatal. Cuando el Congreso estadounidense proporcionó a las compañías ferroviarias del siglo XIX concesiones de tierras de un extremo a otro de Estados Unidos, promovió un gigantesco plan de especulación inmobiliaria que condujo, como cabía esperar, a ciclos de expansión y depresión, generando a su paso innumerables crisis locales.

La idea de la naturaleza como producto social tiene que ponerse en relación con el reconocimiento de que los recursos naturales son bienes culturales, económicos y tecnológicos. Este hecho abre dos vías: por un lado, permite que un recurso sea sustituido por otro mediante, digamos, la invención de nuevas tecnologías que emplean diferentes materiales; si el carbón es escaso o contamina demasiado, entonces se pasa al gas natural o a la energía nuclear; por otro lado, nuevas tecnologías y consideraciones sobre el modo de vida pueden inducir el paso a la utilización de insumos o materiales muy escasos o de difícil acceso; esto es lo que sucede con muchas de las nuevas tecnologías electrónicas llamadas «verdes» como la de los aerogeneradores, que dependen de la disponibilidad de lo que se llaman «tierras raras» como el indio, hafnio, terbio y neodimio. La demanda de esas tierras raras con notables cualidades magnéticas ha aumentado meteóricamente, y en Occidente muchos se muestran preocupados por el hecho de que China disponga actualmente de alrededor del 95 por 100 de la oferta global. Hay señales de que China, que las extrae sin atender al desastrosos impacto ambiental de sus explotaciones, puede restringir su exportación, obligando así a los productores de esas nuevas tecnologías verdes a trasladarse a China. Situaciones de este tipo son frecuentes. El casi monopolio de la oferta debido a limitaciones geográficas ha tenido un importante efecto sobre la dinámica de la acumulación de capital durante toda su historia, obligando a las principales potencias a tratar de asegurar el aprovisionamiento estratégico de materias primas incluso por medios militares cuando lo consideraban preciso.

Podemos seguir observando los enormes cambios que se están produciendo en la tierra y en el paisaje, y también podemos reseñar algunos de los proyectos fallidos de transformación ambiental más presuntuosos. Uno de mis favoritos, relatado brillantemente en el libro de Greg Grandin *Fordlandia* (2009), es el del intento de Henry Ford en la década de los veinte de canalizar el Amazonas para la producción de caucho. Compró una descomunal franja de terreno en la Amazonia en la que hizo construir una ciudad a la que llamó Fordlandia, y trató de imponer en aquella región de bosques tropicales el

estilo de vida del Medio Oeste americano a los trabajadores de la plantación y la fábrica de caucho. Su proyecto consistía en asegurar el suministro de caucho para los neumáticos de sus automóviles (ya había establecido su control sobre casi todo lo demás). «Fordlandia tenía una plaza central, aceras, cañerías en las casas, jardines con césped, un cine, zapaterías, tiendas de helados y perfumes, piscinas, campos de tenis, un campo de golf y, por supuesto, coches del modelo T circulando por sus calles pavimentadas», escribe Grandin. De todo aquello, después de veinte años de trabajo y la inversión de cantidades astronómicas de dinero, no salió nada; la selva amazónica venció y no se consiguió obtener ni una gota de látex de caucho. Aquel lugar, abandonado en 1945, es ahora una ruina en la jungla.

Que Henry Ford se lanzara a tan extraña aventura en la Amazonia suponía, por supuesto, que el mundo estaba abierto para el comercio y la inversión y que no había barreras espaciales (como las fronteras estatales) que obstaculizaran sus ambiciones. Para él era sin duda muy tranquilizador saber que, si algo salía mal, contaba con todo el peso militar de la incipiente potencia imperial estadounidense para rescatarlo. Después de todo, los marines estaban acampados en Centroamérica desde la década de los veinte, practicando novísimas técnicas de bombardeo aéreo para aplastar el levantamiento campesino indígena encabezado por el carismático Augusto Sandino en Nicaragua, que amenazaba los intereses de la todopoderosa United Fruit Company, empeñada en materializar realmente la calificación de «república bananera» para el tipo de gobierno que se ejercía allí.

* * * * *

La creación y recreación de nuevas relaciones espaciales para las interacciones humanas es uno de los logros más señalados del capitalismo. La espectacular reorganización del panorama geográfico de la producción, el intercambio y el consumo con nuevas relaciones espaciales no sólo es una llamativa ilustración de la tendencia del capitalismo a la aniquilación del espacio mediante el tiempo, sino que también supone grandes estallidos de destrucción creativa, por ejemplo cuando el motor a reacción no sólo complementó sino que sustituyó al motor de combustión interna como medio principal de definición de la accesibilidad espacial. La red internet y la construcción del ciberespacio son lo más cerca que ha llegado el capitalismo hasta ahora de cumplir su ambición de un movimiento sin fricción. Desgraciadamente los artículos materiales y la gente no se pueden desplazar en el ciberespacio, aunque sí lo pueden hacer todo tipo de informaciones y derechos sobre ellos. Usted puede comprar inmediatamente cualquier cosa en eBay, pero tendrá que esperar un par de días para que UPS le lleve a casa el producto que ha comprado.

Este último ejemplo señala un campo de contradicciones en el impulso por crear un mundo sin barreras espaciales. La actual crisis puede entenderse en parte como

manifestación de una disyunción radical en las configuraciones del espacio-tiempo. Los directores de los bancos de inversión no pueden seguir lo que hacen sus empleados, como el famoso Nicholas Leeson del Barings Bank. Los operadores, armados con modelos informáticos muy sofisticados, trabajan en un marco espacio-temporal recientemente construido muy diferente. El resultado es la pérdida de supervisión y control desde arriba, con todas las consecuencias que ya hemos expuesto.

El orden social se ve plagado de problemas de ese tipo. La educación de un niño en un barrio urbano tiene lugar en un espacio-tiempo radicalmente diferente del definido por las operaciones financieras actuales. La gente busca razonablemente un espacio personal seguro —un hogar— en el que vivir su vida cotidiana y mantener su actividad reproductiva con un horizonte temporal, digamos, de veinte años. Pero, para hacerlo, tienen que convertirse en propietarios de una vivienda contratando una hipoteca en un mercado de deuda organizado con una lógica espacio-temporal distinta. Algunos de ellos viven ahora en tiendas de campaña como consecuencia de esa lógica enloquecida.

Esto apunta a una contradicción que viene de lejos pero que mantiene su arraigo entre las diferentes configuraciones espacio-temporales construidas en el seno y alrededor de la acumulación de capital. Por ejemplo, sólo mediante la producción activa de espacios fijos sobre el terreno, puede moverse libremente en el espacio cualquier tipo de capital, desde los flujos inmateriales de dinero hasta los materiales y tangibles de mercancías, gente, servicios, etc. La tensión entre estasis y movimiento cobra aquí un matiz particular al inducir un movimiento doble: por un lado, si el paisaje geográfico deja de servir a los intereses y necesidades del capital móvil, hay que destruirlo y construir otro nuevo con una configuración totalmente distinta; si no, los flujos de capital tendrían que adaptarse a las exigencias de remuneración del capital invertido en el terreno. Un aeropuerto al que no llegan vuelos ni aterrizan aviones no es rentable ni viable.

El capital fijo inmerso en la tierra puede facilitar la capacidad de movimiento del capital móvil, pero pierde su valor cuando éste no sigue las vías geográficas que dictan las inversiones de capital fijo. El capital inmerso en la tierra suele tener además una larga vida (lleva muchos años amortizar la deuda que lleva consigo la construcción de un aeropuerto o un complejo de oficinas). Si bien el capital busca incesantemente la velocidad y la reducción de las barreras espaciales, también debe adecuar sus flujos al capital fijo en el espacio y al que le cuesta circular. De esa tensión pueden surgir fácilmente crisis.

Los espectaculares derrumbes financieros del siglo XIX, debidos a la inversión excesiva en los ferrocarriles, anunciaban lo que iba a venir después. La construcción de vías férreas suponía un gasto enorme y no siempre se materializó tráfico suficiente como para hacer rentable la inversión. En muchos casos hubo pérdidas y los inversores, como se decía entonces, «tomaron un baño». Los edificios deshabitados en Florida y Nueva York, los supermercados cerrados en California y los hoteles de

lujo vacíos del Caribe cuentan todos ellos la misma historia. El capital, como dijo una vez sagazmente Marx, encuentra a este respecto barreras en su propia naturaleza. La disyunción entre la búsqueda de hipermovilidad y un entorno construido esclerotizado (piénsese en la enorme cantidad de capital fijo sumergido en Tokio o en la ciudad de Nueva York) se hace así cada vez más espectacular.

* * * * *

La creación de formas territoriales de organización social, de asentamientos estables, ha sido fundamental para la actividad humana durante toda su historia. ¿Cómo se ha adaptado entonces la circulación y acumulación de capital y cómo ha transformado las formas territoriales heredadas de épocas anteriores, construyendo asentamientos adecuados a sus necesidades y redibujando el mapa del poder político global de forma que favoreciera el crecimiento exponencial que lo caracteriza? El ascenso del Estado moderno, por ejemplo, acompaña al del capitalismo, y fueron las principales potencias capitalistas las que se repartieron gran parte de la superficie terrestre en posesiones coloniales y formas administrativas imperiales, particularmente en el periodo que va desde 1870 hasta 1925, que siguen formando hasta hoy la base territorial del poder político organizado en todo el mundo. La acumulación de capital ha desempeñado también un papel decisivo, como hemos visto, no sólo en la remodelación de ciudades milenarias como Londres, Roma o Edo (Tokio), sino también en la construcción de grandes urbes en lugares antes prácticamente deshabitados como Chicago, Los Ángeles, Buenos Aires y Shenzhen, al tiempo que las prácticas coloniales configuraban Johannesburgo, Kinshasa, Bombay, Yakarta, Singapur y Hong Kong, alimentando la demanda creciente de medios de producción, mercados y nuevas actividades productivas desde los principales centros de acumulación de capital en lo que en muchos casos no es sino una despiadada acumulación por desposesión.

Pero el capital no es el único protagonista, ni siquiera hoy, de la construcción de lugares como Detroit, Chennai (Madrás) o Fordlandia; el papel del individuo soberano es tan vasto como creciente. Cualquiera que vaya a una tienda de «hágalo usted mismo» en los barrios residenciales de Nueva Jersey o de Oxfordshire verá a miles de personas adquiriendo artículos que utilizarán para remodelar el espacio que llaman hogar y jardín y hacer de él algo peculiar, propio; pero los chabolistas de cualquier asentamiento irregular hacen lo mismo, sólo que en su caso suelen utilizar como materia prima artículos desechados por otros y el espacio que ocupan no tiene estatus legal ni infraestructuras (a menos que el Estado local o algún programa del Banco Mundial haya intentado suministrarlos, por rudimentariamente que sea). La estructuración ambiental, particularmente en torno al lugar que llamamos «hogar», es un arte practicado en gran medida por los individuos, familias y pequeños

colectivos humanos, más que por los promotores capitalistas, aunque éstos compitan fieramente por las infraestructuras físicas tan necesarias para que sea posible la acumulación. El sentido profundo que la gente confiere a su relación con la tierra, el lugar, el hogar y el acondicionamiento del hábitat está perpetuamente enfrentado al craso comercialismo de los mercados del suelo y la propiedad inmobiliaria.

Así pues, nuestras ciudades ¿se diseñan para el *otium* (disfrute) o para el *negotium* (beneficios)? El hecho de que esta pregunta se plantee tan a menudo nos lleva inmediatamente al terreno de la vasta variedad de luchas sociales y de clase sobre la formación del hábitat humano, donde se desarrolla la vida cotidiana, donde se establecen las relaciones afectivas y la solidaridad social y donde se construyen las subjetividades políticas y significados simbólicos. La clase capitalista y los promotores inmobiliarios son también muy conscientes de esta dimensión y tratan de movilizarla mediante la propaganda y el fomento deliberado de determinadas identidades locales o regionales, apoderándose a veces de sentimientos populares muy arraigados de vinculación al terruño propio. Los publicistas halagan a la población pretendiendo persuadirla de que cada nuevo emplazamiento periférico permitirá una relación más saludable con la naturaleza, una forma más satisfactoria de sociabilidad y vida cotidiana, nuevas tecnologías y un brillante futuro. Pero, en el caso de que falle la persuasión, es conocida de sobra la malicia de los promotores capitalistas, capaces de recurrir a todo tipo de subversión política, maniobras legales y hasta la fuerza bruta para despejar el terreno para sus planes.

Recíprocamente, la solidaridad social se construye en las poblaciones en torno a valores totalmente diferentes —los de la historia, cultura, memoria, religión y lengua—, que a menudo se muestran renuentes y se resisten a la pura mecánica de la acumulación de capital y a las valoraciones de mercado, pese a todos los esfuerzos de los promotores y creadores de imagen. Cabe señalar a este respecto la reciente creación de un tipo nuevo de asesoramiento, llamado «imagineería urbana» para tratar de salvar esa brecha.

A fin de desarrollar una acción colectiva, la gente y las organizaciones se unen y constituyen asociaciones territoriales que tratan de gestionar los espacios y emplazamientos bajo su jurisdicción dándoles un carácter distintivo en el mundo, según sus propias creencias e historias culturales, así como sus necesidades y deseos materiales. Así se diseñan dispositivos institucionales de tipo estatal o paraestatal que declaran la autonomía (relativa) de esas asociaciones humanas y su control exclusivo sobre ciertas actividades en el territorio bajo su jurisdicción, ya se trate de distritos urbanos, ciudades, regiones, los llamados «Estados-nación» (como Francia o Polonia), Estados federados (como Estados Unidos o el Reino Unido), acuerdos de libre comercio como el TLCAN o comunidades de Estados con un régimen político-jurídico más peculiar y complejo como la Unión Europea. El mapa administrativo del mundo muestra una jerarquía de unidades territoriales a distinta escala geográfica

(desde el distrito urbano al bloque de poder global) y esas unidades, socialmente construidas, ofrecen un marco contradictorio para la acción y el conflicto geopolítico y geoeconómico; las fronteras entre ellas constituyen a menudo obstáculos al movimiento, de forma que el flujo de capital de un Estado a otro puede verse a veces obstruido y a veces impelido por su propia presencia.

El grado de cohesión social y los vínculos sociales entre individuos y grupos dentro de esos marcos territoriales es muy diverso. Los lazos afectivos —lealtades locales, regionales o nacionales— pueden ser fuertes (como en el caso de un vehemente nacionalismo) o débiles. La intensidad de esos vínculos puede reflejar a una comunidad de religión, etnia, lengua o simplemente de historia y tradición, que da al Estado o gobierno regional un carácter distintivo, con intereses comunes bien definidos. El carácter identitario de esas asociaciones territoriales las lleva con frecuencia a competir entre sí, y esa competencia refuerza a veces las lealtades afectivas y propósitos comunes entre quienes viven en el territorio al tiempo que refuerza las exclusiones y enfatiza las diferencias.

¿Qué tiene que ver todo esto con la reproducción del capital? Las formas de asociación humana basadas en el territorio a las que me refiero precedieron al ascenso del capitalismo; de hecho han caracterizado desde hace mucho a las sociedades humanas, como señalé al principio. Las instituciones jerárquicas han utilizado siempre el territorio y el hábitat para organizar a las poblaciones y consolidar las relaciones de poder. La Iglesia católica, por poner un ejemplo, distribuyó desde muy temprano el espacio en parroquias, diócesis y prelaturas con una jerarquía de poder regida desde la «Santa Sede» romana. El Imperio romano intentó durante un tiempo algo parecido, como lo hicieron las sucesivas dinastías imperiales chinas y el Imperio otomano. Las organizaciones territoriales de ese tipo definieron las condiciones iniciales a las que el capitalismo tenía que adaptarse o debía transformar para sobrevivir y florecer. ¿Existen pues una forma propia de territorialización y una historia distintiva de las estructuras institucionales y administrativas que surgieron con el capitalismo?

* * * * *

Los capitalistas, dejando a un lado cualquier forma previa de organización territorial, a menudo generan, como hemos visto, concentraciones de actividad en determinados lugares. Los aspectos de la actividad capitalista que son complementarios más que competitivos se organizan conjuntamente, originando una tendencia hacia una «coherencia estructurada» informal en ciertas regiones geográficas. Los capitalistas dedicados a muchas actividades diferentes en una región particular se unen para expresar y promover sus intereses colectivos comunes. Surgen asociaciones de empresarios y cámaras de comercio, y en otros casos poderosas corporaciones (como

en el caso de la industria automovilística en Detroit) o incluso un minúsculo grupo omnímodo (como en los cárteles de la droga o en la mafia) que desempeñan un papel organizador clave para unir los intereses locales en un propósito común. Se activan especializaciones regionales y una división del trabajo territorial. Detroit significa (o significaba) automóviles, Silicon Valley electrónica y ordenadores, Seattle y Bangalore desarrollo de *software*, Baviera ingeniería del automóvil, la «tercera Italia» productos de ingeniería a pequeña escala y diseño de moda, Taipei chips para ordenador y tecnologías del hogar, y así sucesivamente.

En cada una de esas regiones la dinámica de evolución conjunta opera de forma peculiar. Surgen intereses genéricamente comunes con respecto a la calidad de la oferta de trabajo, el acceso a los medios de producción, la investigación de apoyo y actividades de desarrollo (con frecuencia basadas en universidades locales como Carnegie Mellon, especializada en metalurgia y tecnología en lo que fue en otro tiempo el principal centro de producción de acero de Pittsburgh), así como los requerimientos habituales de transporte y comunicaciones adecuadas, dispositivos infraestructurales (agua y alcantarillado, por ejemplo) eficientes y de bajo coste y una administración civil que atienda a las necesidades sociales (como la formación profesional de la mano de obra, sanidad y protección del medio ambiente). Todos esos elementos suelen ensamblarse en cada región geográfica dándose mutuo apoyo; si no cooperan, el desarrollo económico en la región tiende a languidecer. Las regiones que presentan cualidades superiores se convierten en grandes atractores de nuevas actividades capitalistas, de forma que lo que el economista sueco Gunnar Myrdal llamaba «causalidad circular y acumulativa» hace aún más prósperas las regiones ricas, mientras que las más pobres se estancan o declinan.

Las configuraciones regionales de la división del trabajo y los sistemas de producción dependen pues, en resumen, de la conjunción de fuerzas económicas y políticas más que de las llamadas ventajas naturales. Su materialización implica inevitablemente una evolución regional conjunta de formas tecnológicas y organizativas, relaciones sociales, relaciones con la naturaleza, sistemas de producción, modos de vida y concepciones mentales del mundo (las actitudes culturales locales son a menudo clave). La pauta específica de las relaciones entre las distintas esferas de actividad puede quedar sellada y clausurada mediante el surgimiento de dispositivos territoriales institucionales y administrativos específicos, cuya tutela queda a cargo del Estado como contenedor geográfico insustituible; pero éste opera como una red administrativa fija bajo la que fermenta una actividad capitalista que evoluciona incesantemente hacia configuraciones regionales nuevas. La economía de la región metropolitana de Nueva York se extiende por encima de las fronteras interestatales, planteando infinitos dolores de cabeza administrativos y técnicos a las autoridades del Estado. La organización territorial de Londres ha experimentado durante los

últimos cincuenta años todo tipo de cambios de motivación tanto política como económica, en una compleja historia que nunca se ha resuelto definitivamente.

* * * * *

La construcción del Estado forma parte integral del desarrollo capitalista, pero los detalles de ese proceso escapan a un análisis simplista. Para empezar, el diseño de dispositivos institucionales y administrativos territorializados no viene predeterminado por sus relaciones con las demás esferas de actividad, sino que muestra una autonomía relativa, tanto con respecto a ellas como a la circulación y acumulación de capital, por más que los Estados se construyan a partir de las relaciones sociales y mediante determinadas tecnologías de gobernanza. En la medida, por ejemplo, en que son reificaciones de concepciones mentales, las teorías sobre la construcción del Estado deben prestar una atención cuidadosa a lo que la gente pensaba y piensa que debería ser en relación con ella. Al ir cambiando las concepciones mentales, el Estado también se ve sometido a todo tipo de presiones para alterar su funcionamiento. El movimiento neoliberal iniciado en la década de los setenta, por ejemplo, constituyó un asalto ideológico radical a la concepción hasta entonces vigente del Estado. En la medida en que tuvo éxito (y a veces no lo tuvo), indujo grandes cambios en el patrocinio desde el Estado del modo de vida cotidiano (la promoción del individualismo y una ética de responsabilidad personal con el telón de fondo de una menor protección del Estado), así como en la dinámica de la acumulación de capital. Margaret Thatcher disolvió el Consejo del Gran Londres en 1986 porque éste se resistía a su proyecto neoliberalizador, privando así a la región de Londres de una autoridad coordinadora capaz de hacer frente a la expansión de los servicios financieros y los valores inmobiliarios que afectó a todo el sudeste de Inglaterra. El gobierno de Blair tuvo que restaurar finalmente cierta apariencia de gobierno metropolitano para rectificar aquella situación.

El «éxito» de un Estado particular (nacional o local) se mide a menudo por su capacidad de captar los flujos de capital, establecer condiciones favorables para una nueva acumulación de capital dentro de sus fronteras y lograr una alta calidad de vida para sus habitantes. Los Estados se ven así inevitablemente inmersos en una competencia mutua con respecto al acoplamiento en cierto tipo de totalidad funcional de todas las demás esferas del proceso de evolución conjunta. Cuanta más acumulación de capital pueda capturar dentro de sus fronteras, más rico se hace el Estado. La gestión estatal del proceso de evolución conjunta surge así como objetivo primordial de la gobernanza.

Las concepciones mentales que orientan esas prácticas de gestión suelen depender de la adhesión a ciertos principios normativos. Por ejemplo, el sistema de comercio internacional que surgió tras la Segunda Guerra Mundial se basaba en tipos de cam-

bio fijos frente al dólar y en el derecho de los Estados a mantener un estrecho control sobre el paso de los flujos de capital y dinero de un país a otro. Mis alumnos se asombran cuando les cuento que la primera vez que viajé fuera de Gran Bretaña a finales de la década de los cincuenta no podía llevar conmigo más de 40 libras al año y que todo lo que llevaba quedaba registrado en mi pasaporte para confirmar que no eludía las reglas al respecto. Barreras reguladoras de ese tipo mantenían durante aquel periodo estrechamente confinada dentro de las fronteras del Estado-nación la mayor parte de la actividad capitalista, excepto en lo que hace a las grandes compañías multinacionales, firmas orientadas a la exportación e instituciones financieras. Cuando el sistema de tipos de cambio fijos se hundió a finales de la década de los sesenta, los controles de capital fueron desapareciendo gradualmente. La última vez que un Estado importante intentó usarlos seriamente fue cuando el socialista François Mitterrand llegó al poder en Francia en 1981. Nacionalizó los bancos franceses y trató de impedir la fuga de capitales imponiendo controles estrictos de los flujos de capital, pero casi se produjo una revolución cuando los franceses comprobaron que no podían utilizar libremente sus tarjetas de crédito en el extranjero, y aquellos controles fueron rápidamente abandonados. Malasia, sin embargo, desafió la sabiduría convencional y se defendió con éxito frente a la conmoción de 1997-1998 recurriendo a los controles de capital.

La diversidad de las respuestas estatales a la actual crisis indica que distintas interpretaciones y marcos teóricos pueden motivar, no sólo un desarrollo geográfico desigual de las respuestas, sino potencialmente un desarrollo geográfico desigual de sus efectos. Los gobernantes y los políticos no son en absoluto omniscientes, ni siquiera en su mejor momento y, en el peor, pueden ser extremadamente obtusos. De nuevo, la contingencia y arbitrariedad que siempre acompaña a la diferenciación geográfica se ve intensificada más que mitigada por tales dinámicas.

Aunque el capitalismo requiere entidades territoriales soberanas para dar coherencia (por la fuerza si es preciso) a los dispositivos institucionales y administrativos (tales como los derechos de propiedad y las leyes del mercado) que subyacen a su funcionamiento, también requiere la existencia de individuos soberanos, libres para dedicarse a actividades especulativas y empresariales innovadoras, que son las que hacen al capitalismo tan dinámico y mantienen en movimiento la acumulación de capital. Esto apunta a un enigma central de la organización política: las relaciones entre el Estado soberano y otros poderes e individuos —no sólo capitalistas sino también una ciudadanía con todo tipo de inclinaciones diversas— provistos del derecho soberano a pretender beneficios (u otros objetivos como la «vida, libertad y felicidad» proclamadas en la Declaración de Independencia estadounidense), por encima de las barreras espaciales.

Las relaciones entre Estado e individuo han sido siempre inestables, contingentes e intensamente problemáticas. Es en ese espacio territorial donde se modelan las características peculiares de la organización política, la vida pública, la gobernanza, la democra-

cia y la autoridad política. Cada Estado evoluciona a su modo hasta alcanzar su propio carácter, único y distintivo, su propio marco institucional, legal y administrativo; pero también a este respecto la competencia entre Estados por el capital móvil en busca de inversión rentable y por la acumulación de riqueza y poder tiende a favorecer algunas configuraciones más que otras. La combinación de poderes estatales autoritarios con derechos democráticos limitados pero un considerable individualismo de libre mercado en países económicamente exitosos como Singapur, Taiwán y Corea del Sur en tiempos recientes y el resurgimiento actual de China hasta la primera línea de la economía mundial bajo una estructura gubernamental monopartidista sugieren que no existe una relación necesaria, particularmente en las primeras etapas del desarrollo, entre una acumulación acelerada de capital y los derechos democráticos individuales.

Los sistemas políticos y las lealtades de la gente hacia ellos o hacia su país no son únicamente productos secundarios de los procesos de acumulación de capital. La voluntad del pueblo siempre tiene un papel propio, como lo tienen las concepciones mentales que derivan de su historia y tradiciones políticas. El antiautoritarismo radical y la consiguiente tradición antiestatalista que caracteriza a la población estadounidense la diferencia, por ejemplo, de la de países como Alemania y Francia, donde existe una aceptación mucho mayor de las intervenciones del Estado, tanto en la economía como en la regulación de la vida social. La democracia india es radicalmente diferente del dominio del Partido Comunista en China, y ambos tienen poco en común, políticamente hablando, con Zimbabue o Finlandia. Dentro de Estados Unidos, por ejemplo, la mayoría de la población está profundamente imbuida, como muestran las encuestas de opinión, de un igualitarismo radical y un antiestatalismo igualmente radical; quieren cuidados sanitarios para todos, pero se oponen ferozmente a la perspectiva de que sea el gobierno el que los proporcione. Las compañías de seguros y los republicanos nunca argumentan, por consiguiente, contra la protección sanitaria universal, sino que dedican su tiempo a censurar la arrogancia del poder estatal que pretende hacerse cargo de ella. Hasta ahora han utilizado con éxito esos sentimientos para obstaculizar el ideal igualitario de una protección sanitaria universal, aunque podría parecer un misterio esa obstrucción hasta que se entiende que la raíz del problema es la amenaza a la perpetuación de los elevadísimos beneficios de las compañías de seguros privadas, las niñas mimadas de Wall Street. Sólo así queda claro lo que quiere el «partido de Wall Street».

El sistema estatal que se ha ido constituyendo a lo largo de la geografía histórica del capitalismo adoptó una estructura jerárquica. Los gobiernos regionales y locales, con poderes limitados para recaudar impuestos y proporcionar servicios públicos, están insertos en Estados soberanos que han cedido parte de su soberanía a instituciones supraestatales. Organizaciones como el Fondo Monetario Internacional, la Organización Mundial del Comercio, el Banco Mundial, el Banco de Pagos Internacionales y

grupos de coordinación entre las principales potencias estatales (el G-8, ahora ampliado a G-20) han desempeñado, por ejemplo, un papel cada vez más significativo en la orientación de los flujos de capital y la protección de la acumulación de capital. La formación de bloques de poder supraestatales como la Unión Europea, la Asociación de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN), el Tratado de Libre Comercio entre Estados Unidos, Centroamérica y República Dominicana (Dominican Republic-Central America Free Trade Agreement, DR-CAFTA), el Mercado Común del Sur latinoamericano (MERCOSUR), e incluso configuraciones más laxas de coordinación regional como la Asociación de Naciones del Sudeste Asiático (ASEAN), consolidan esa tendencia a definir unidades territoriales por encima y más allá del Estado-nación, principalmente con propósitos económicos, dado que el ambiente regulador en el que se mueve por el mundo el capital (ya sea en dinero o en forma de mercancías) requiere una gestión institucionalizada que evite caer en el caos.

Los poderes que corresponden a las diferentes escalas administrativas difieren considerablemente, y lo mismo sucede con los instrumentos y formas de gobierno. Las relaciones entre la acumulación de capital y las diferentes escalas y capas de gobernanza son notoriamente inestables, pero hay algunas pautas discernibles: algunos gobiernos regionales y locales permanecen cautivos de los intereses capitalistas, bien mediante la corrupción directa o más sutilmente mediante la financiación de candidatos anuentes en las elecciones y una estrecha supervisión de los departamentos clave de las administraciones locales, los que se ocupan por ejemplo de la propiedad del suelo, la construcción y el desarrollo económico.

Una de las transformaciones clave en el carácter del Estado desde mediados de la década de los sesenta ha sido la descentralización y devolución de poderes a las administraciones locales. La descentralización controlada resultó ser uno de los mejores medios para ejercer y consolidar el control centralizado, algo particularmente notorio en las reformas introducidas en China a partir de 1979. La autoridad no sólo se delegó en gobiernos regionales y metropolitanos y otras instancias creadas en las zonas económicas especiales, sino que también se extendió a ciudades y pueblos, invitados a crear empresas; el resultado fue un asombroso crecimiento económico en conjunto y la centralización de un poder cada vez mayor en Pekín. Pero también han tenido lugar descentralizaciones similares en buena parte del mundo capitalista. En Estados Unidos, por ejemplo, desde mediados de la década de los setenta, poco más o menos, se puso mucho mayor énfasis en los derechos de cada Estado y en las iniciativas metropolitanas frente al gobierno federal. El Estado francés también introdujo reformas descentralizadoras durante la década de los ochenta y Gran Bretaña cedió poderes a un nuevo Parlamento escocés, como lo hizo el Estado español a Cataluña, entre otros ejemplos.

* * * * *

En la geografía histórica del capitalismo, las guerras entre Estados han sido episodios atroces de destrucción creativa. No sólo se destruían las infraestructuras físicas, sino que la mano de obra quedaba diezmada, los espacios comunes devastados, las instituciones desmanteladas, las relaciones sociales interrumpidas y se diseñaba todo tipo de nuevas tecnologías y formas organizativas (desde las bombas atómicas al radar, desde nuevos tratamientos quirúrgicos para las quemaduras hasta sistemas logísticos y modelos de mando y ejecución para la toma de decisiones). La reconstrucción, una vez acabada una guerra, absorbe capital y mano de obra excedente (como sucede actualmente en el Líbano y sucedió en su momento con la reconstrucción de las economías japonesa y europea al acabar la Segunda Guerra Mundial en 1945). Esto no quiere decir, por supuesto, que el capital opte deliberadamente por la guerra con ese propósito, pero ciertamente la aprovecha con gran efectividad.

La construcción del Estado y la competencia interterritorial preparan la escena para conflictos de todo tipo, llegando a veces a la guerra como último recurso. El capital crea, por decirlo así, algunas de las condiciones necesarias para las formas modernas de guerra, pero las condiciones suficientes residen en otro lugar, en el aparato estatal y los grupos de interés que tratan de utilizar en provecho propio el poder del Estado (incluido por supuesto el «complejo militar industrial» que se mantiene en gran medida promoviendo el temor al conflicto, cuando no los propios conflictos).

Las leyes de la competencia interterritorial, aunque inexorables, tienen distintos efectos a diferentes escalas geográficas: entre bloques de poder (como Europa, Norteamérica o Asia oriental), entre Estados, entre entidades regionales (como los estados en Estados Unidos o los gobiernos regionales de Cataluña o Escocia en Europa), así como entre regiones metropolitanas, ciudades e incluso pueblos o distritos locales. Hacer las regiones y países más «competitivos» en la economía global resulta fundamental para la definición de políticas públicas, del mismo modo que el acondicionamiento de ciertos barrios para que resulten más atractivos para determinado tipo de familias se convierte a menudo en el objetivo central de las asociaciones de vecinos (generando muchas iniciativas de las que podrían llamarse «no en mi patio trasero»). Los gobiernos locales compiten entre sí, y las solidaridades locales que atraviesan las líneas de clase cobran importancia en el intento de atraer capital móvil. Resulta así más probable que la cámara local de comercio y las sindicatos locales colaboren, en lugar de enfrentarse, cuando se trata de fomentar proyectos de desarrollo local que atraerán capitales y crearán oportunidades de empleo.

La prestancia y distinción de un lugar (incluidos países enteros) y el embellecimiento de su imagen forman parte integral del funcionamiento de la competencia capitalista. La producción de diferencias geográficas, añadiéndose a las que vienen dadas por la historia, la cultura y las llamadas ventajas naturales, se internaliza en la reproducción del capitalismo. Traer a un arquitecto de fama a una ciudad para crear

algo como el museo Guggenheim de Frank Gehry en Bilbao ayuda a situar esa ciudad en el mapa de atractores de capital móvil. Si no existieran diferencias geográficas entre territorios y países, las crearían las diferentes estrategias de inversión y la búsqueda de un poder monopolista espacial dado por la unicidad del emplazamiento y de las cualidades ambientales y culturales. La idea de que el capitalismo promueve una homogeneidad geográfica es totalmente equivocada. Fomenta la heterogeneidad y la diferencia, aunque siempre dentro de ciertos límites, por supuesto (no puede tolerar Cuba, el Chile de Allende o la perspectiva de un gobierno comunista en Italia en la década de los setenta).

Pero los dispositivos institucionales y administrativos dentro de un territorio están sometidos, teóricamente al menos, a la voluntad soberana del pueblo, lo que significa que están sometidos a los resultados de la lucha política. Esto introduce una nueva dimensión a la forma en la que la organización geográfica se relaciona con la reproducción del capitalismo. En su seno puede desarrollarse también fácilmente la oposición a una excesiva comercialización y pueden surgir movimientos sociales contra el predominio del mercado, tanto desde la izquierda (insurgencia dirigida por los comunistas) como desde la derecha (fundamentalismo religioso o fascismo). Sea quien sea quien controle los medios de violencia —tradicionalmente ha podido ser el Estado, pero ahora también disponen de ellos diversas organizaciones terroristas y de tipo mafioso, mientras que por otra parte se han concentrado a un nivel más alto en organizaciones como la OTAN—, generalmente tiene ventaja en esas luchas, tanto más dada la actual sofisticación de las técnicas de vigilancia y tecnologías militares.

* * * * *

Los imperialismos, las conquistas coloniales, las guerras intercapitalistas y la discriminación racial han desempeñado un papel dramático en la geografía histórica del capitalismo; ningún estudio de sus orígenes podría eludir la importancia de tales fenómenos. Pero ¿significa eso que sean necesarios para la supervivencia del capitalismo? ¿Podría evolucionar siguiendo nuevas líneas no racistas, no militaristas, no imperialistas y no colonialistas? ¿Qué sucede cuando, como sugiere Giovanni Arrighi en *The Long Twentieth Century**, situamos la noción de hegemonía en lugar de las teorías tradicionales del dominio imperialista y colonial considerándola como una estructuración muy diferente de las relaciones de poder globales?

El ascenso del capitalismo estuvo asociado con el de una forma de poder estatal claramente capitalista: el «Estado militar-fiscal», tal como prefieren llamarlo ahora los historiadores económicos de los siglos XVII y XVIII. Con la expansión a escala global del

* Ed. cast.: *El largo siglo XX*, Madrid, Akal, 1999 [N. del T.].

desarrollo capitalista apareció una multiplicidad de nexos Estado-finanzas y Estado-corporaciones, entre los que se generalizó, en todo el sistema estatal surgido entonces, una feroz competencia, con frecuencia militar. Los poderes estatales y las formas territoriales de organización también han evolucionado con el tiempo. Esa evolución, aunque autónoma, está inserta en los procesos de evolución conjunta que detallé antes.

Surge así una distinción entre una lógica del poder impulsada por imperativos territoriales e intereses políticos, que incorpora todas las complejidades anejas a la construcción de espacios y a la evolución de diversas expresiones de la voluntad popular (como el nacionalismo) en la esfera pública y una lógica capitalista del poder más vinculada a la acumulación de dinero y otros medios fiduciarios en manos privadas y empresariales que pretenden un crecimiento sin fin mediante la obtención de beneficios.

Cuando hablo de lógica territorial, me refiero a las estrategias políticas, diplomáticas, económicas y militares desplegadas por el aparato estatal en su propio interés. El primer objetivo de tales estrategias es controlar y gestionar las actividades de la población dentro de un territorio y acumular poder y riqueza dentro de las fronteras del Estado, que se pueden utilizar internamente en beneficio del pueblo (o simplemente para crear un ambiente propicio para los negocios de la clase capitalista local) o externamente para ejercer influencia sobre otros Estados. Se pueden extraer tributos, por ejemplo, de las posesiones coloniales o de Estados más débiles que caen dentro de la esfera de influencia de un Estado dominante o, cuando menos, asegurar el acceso a los recursos, mercados, fuerza de trabajo y capacidad productiva existente en otros países de forma que el capital excedente tenga algún lugar adonde ir cuando las condiciones locales sean desfavorables para una nueva acumulación. Esa dominación puede suponer violentas conquistas y ocupaciones coloniales (del tipo de la que los británicos emprendieron en la India desde el siglo XVIII); pero también puede lograrse más pacíficamente mediante un acceso negociado, acuerdos e integraciones comerciales del tipo de los que Gran Bretaña estableció con Estados Unidos, su antigua colonia, después de la independencia y la guerra de 1812.

La lógica capitalista, en cambio, se concentra en los flujos de poder económico atravesando el espacio y por encima de las fronteras en busca de una acumulación sin fin. Esta lógica es más sistemática y molecular que la territorial. Ninguna de las dos lógicas se puede subsumir en la otra, pero están estrechamente entrelazadas. También hay, como he argumentado antes, un punto de fusión en el que se unen para formar el nexo Estado-finanzas (ahora representado por los bancos centrales del mundo). Pero las motivaciones de sus protagonistas —hombres de negocios frente a políticos— son bastante diferentes y a veces profundamente contrapuestas, por inextricablemente entrelazadas que estén. El capitalista que dispone de dinero desea situarlo allí donde pueda obtener beneficios y eso es todo. Necesita por tanto espacios abiertos en los que

moverse, y las fronteras estatales pueden resultar un obstáculo para ello. Los políticos y funcionarios estatales tratan generalmente de reforzar la riqueza y el poder de su Estado, tanto internamente como en las relaciones exteriores. Para hacerlo en las condiciones actuales, deben facilitar la acumulación de capital dentro de sus fronteras o hallar formas de extraer riqueza de otros lugares. El dinero es, después de todo, una forma primordial del poder social y el Estado lo ansía y está sometido a él tanto o más que cualquier otro. Históricamente, la variante más obvia de estrategia siguiendo explícitamente esa línea es lo que se llamó «mercantilismo». Según sugerían los economistas de los siglos XVII y XVIII, la misión del Estado era acumular poder monetario (oro y plata) a expensas de otros Estados. En sus obras más recientes, el comentarista político estadounidense Kevin Phillips afirma que la política contemporánea está marcada por lo que llama «un nuevo mercantilismo».

Una respuesta a la crisis financiera en la que se hundieron el este y sudeste de Asia en 1997-1998, por ejemplo, era «hacerse mercantilista». La falta de dinero en efectivo (una crisis de liquidez) había acrecentado la vulnerabilidad de las economías locales frente al poder financiero externo. Negocios viables iban a la quiebra por falta de liquidez y el capital extranjero podía hacerse con ellos a precios de saldo, a la espera de que se recuperaran las condiciones habituales y poder revenderlos con grandes beneficios para los financieros extranjeros. Cuando Taiwán, Corea del Sur, Singapur y Malasia lograron salir de aquella crisis (vendiendo montañas de artículos de consumo al mercado estadounidense en expansión), acumularon deliberadamente las reservas necesarias de divisas extranjeras para defenderse frente a un comportamiento depredador de ese tipo. Las reservas extranjeras de China aumentaron aún más, dándole mucho mayor flexibilidad en una eventual situación de crisis. El capital excedente se acumuló así en el este y el sur de Asia, pero no podía permanecer inerte; había que invertirlo en algún lugar. Buena parte de él se invirtió en bonos del tesoro estadounidense para cubrir la creciente deuda de Estados Unidos. La consecuencia ha sido una inversión del flujo histórico de riqueza desde el este hacia el oeste. Pero ¿implica esto que China y las demás potencias de la región estén asumiendo un papel imperialista frente a Estados Unidos? Ciertamente, como apunté en el capítulo 1, parece estar en marcha un cambio de hegemonía; pero sería un error llamarlo imperialismo o neocolonialismo, aunque hay indicaciones turbadoras del surgimiento de una relación neocolonial entre China y algunos países africanos.

El control del espacio, como dije antes, es siempre una forma crucial del poder social. Se puede ejercer por un grupo o clase social sobre otro o en forma imperialista, como poder de un pueblo sobre otro. Este poder es a la vez expansivo (el poder de hacer y de crear) y coercitivo (el poder de negar, impedir y, si es necesario, destruir). Pero su efecto es redistribuir la riqueza y reorientar los flujos de capital en beneficio de la potencia imperialista o hegemónica, a expensas de cualquier otra.

De ahí se deduce que el poder político y militar que acumula el Estado puede usarse también para facilitar, controlar o incluso suprimir el uso del poder financiero acumulado en manos privadas de forma capitalista. La historia de los Estados socialistas y comunistas desde 1917 ilustra la importancia (así como los límites intrínsecos) de ese contrapoder inserto en el aparato del Estado para organizar el espacio global siguiendo una lógica no capitalista; pero, como comenté antes, la mera conquista del poder estatal no equivale a una auténtica revolución socialista o comunista. Sólo cuando las demás esferas de actividad dentro del sistema de evolución conjunta se alinean en ese sentido, podremos hablar de una transformación revolucionaria a gran escala alejándose del dominio capitalista. Eso no significa, como argumentan ahora algunos, que el poder del Estado sea irrelevante y que el núcleo principal de una política transformadora deba ser exclusivamente la sociedad civil y la vida cotidiana.

Aunque gran parte del pensamiento anticapitalista contemporáneo sea más bien escéptico o directamente hostil a la utilización del Estado como instrumento principal de contrapoder frente al capital, algún tipo de organización territorial (como la que puso en marcha el movimiento revolucionario zapatista en Chiapas, México) es inevitable para diseñar un nuevo orden social. La cuestión no es, por tanto, si el Estado es una forma válida de organización social de los asuntos humanos, sino qué tipo de organización territorial del poder podría ser la más adecuada para iniciar la transición a algún otro modo de producción. Del mismo modo que las formas de Estado precapitalistas se transformaron en Estados claramente capitalistas y burgueses a partir del siglo XVII, cualquier transición que deje atrás la acumulación de capital como forma principal de organización de la reproducción de la vida social tiene que plantearse una transformación y reconstrucción radical del poder territorial. Habrá que diseñar nuevos aparatos institucionales y administrativos operativos en determinado territorio. Aunque esto pueda sonar como una tarea formidable, basta considerar cuánto han cambiado esos aparatos durante los últimos treinta años, bajo el predominio neoliberal, para entender que transformaciones de amplio alcance son no sólo posibles sino inevitables en la actual evolución conjunta del capitalismo.

Las formas estatales nunca han sido estáticas. Desde mediados del siglo XIX, por ejemplo, el mundo estaba territorializado según una lógica impuesta en gran medida por las principales potencias imperiales. La mayor parte de las fronteras territoriales del mundo fueron establecidas entre 1870 y 1925, y la mayoría de ellas lo fueron por los poderes imperiales británico y francés. La descolonización a partir de 1945 confirmó la mayoría de esas fronteras (aunque hubo algunas desviaciones espectaculares como la partición de la India) y produjo muchos más Estados nominalmente independientes o autónomos y, si digo «nominalmente», es porque en la mayoría de los casos el lazo subterráneo que los ataba a instituciones coloniales impuestas desde los centros imperialistas permaneció intacto. El neocolonialismo en África, por ejem-

plo, dura hasta hoy día, con inmensas consecuencias para el desarrollo geográfico desigual de todo el continente.

Las nuevas configuraciones geográficas del poder estatal establecidas tras la Segunda Guerra Mundial permanecieron bastante estables una vez que se completó la descolonización, pero en tiempos más recientes el mapa del mundo ha cambiado. La Organización de Naciones Unidas comprendía originalmente 51 Estados, pero ahora son ya 193. Desde 1989, con la implosión de la Unión Soviética y la subsiguiente disolución de Yugoslavia, comenzó toda una serie de reterritorializaciones, y también han tenido lugar cambios a otros niveles de gobernanza. Las territorializaciones pueden parecer difíciles de cambiar, pero su historia indica que nunca son perpetuas e inmutables.

La gran cuestión que esto introduce es la modificación de relaciones de poder dentro del sistema interestatal en evolución y los conflictos políticos resultantes entre Estados o bloques de poder. No se trata únicamente de examinar la competencia interestatal y considerar los resultados en términos de ganadores y perdedores. También atañe a la capacidad de algunos Estados de ejercer poder sobre otros y al marco mental en el que los líderes políticos y militares al frente de un aparato estatal interpretan su posición en el sistema interestatal. La sensación de seguridad y amenaza, el miedo a la absorción, la necesidad de gestionar luchas internas dentro de un territorio invocando amenazas externas, reales o imaginadas, todo eso desempeña un notable papel. Las concepciones mentales se hacen así muy importantes.

* * * * *

Es en este mundo donde puede florecer con demasiada facilidad y con efectos potencialmente letales el lado oscuro del pensamiento geopolítico más crudo. Más concretamente, una vez que los Estados se consideran como organismos que requieren sustento (más que como formas abiertas de organización política en un marco de colaboración internacional), tendrían un derecho legítimo, como argumentaba el geógrafo alemán Karl Haushofer, cuyo instituto geopolítico diseñó los planes del expansionismo nazi, a buscar un dominio territorial necesario para asegurar su futuro. Según ese argumento, los Estados son organismos vivientes en un mundo darwiniano en el que sólo sobreviven los más aptos; no tienen pues otra opción que emprender una lucha por la supervivencia en la escena mundial. La actual resurrección de tales formas de pensamiento es y debería ser preocupante. ¿Está construyendo el gobierno chino —del que se dice que está fascinado por el tratado de A. T. Mahan *The Influence of Sea Power upon History* [La influencia del poder marítimo en la historia] (publicado en 1890)— una armada gigantesca como parte de una estrategia geopolítica con la que proteger sus incipientes pero rápidamente crecientes relaciones económicas con Oriente Medio, África y Latinoamérica, donde debe obtener las materias primas ne-

cesarias para mantener su ritmo de industrialización? ¿Y qué pretende con ese nuevo y enorme puerto que ha hecho construir en Pakistán y con todas sus iniciativas en Asia central? ¿Tiene un plan geopolítico de dominación global? ¿Está también obsesionado por la vieja teoría geopolítica del geógrafo sir Halford Mackinder (publicadas en 1904 como *El pivote geográfico de la historia*), según la cual quienquiera que controle el «corazón» de Asia central controla «la isla mundial» constituida por Eurasia y por tanto el mundo? Si fuera así, ¿cómo responderá Estados Unidos a esta amenaza?

De hecho, ¿en qué medida se ha visto impulsado el intervencionismo estadounidense en Iraq y Afganistán (y el compromiso un tanto sorprendente de Obama de mantener esta última guerra) por consideraciones geopolíticas? Desde 1945 Estados Unidos ha tratado de dominar Oriente Medio, porque es de allí de donde mana la mayor parte de la producción mundial de petróleo. Quien controla esas reservas globales controla el mundo. Su objetivo ha sido evitar la consolidación de cualquier fuerza política independiente en la región y proteger la existencia de un mercado mundial del petróleo en el que las operaciones de compraventa se realizan en dólares, lo que apuntala la hegemonía global del dólar y concede a Estados Unidos el poder de señoreaje, esto es, la capacidad de imprimir dinero global cuando hay dificultades. Estados Unidos ha emprendido dos guerras en el Golfo y las ha extendido a Afganistán y Pakistán. Amenaza continuamente a un Estado, el iraní, que se ha negado a aceptar la hegemonía estadounidense y que trata de mantener su estatus como potencia política independiente, pese a la prolongada guerra contra el Iraq de Saddam, respaldado por Estados Unidos, en la década de los ochenta. La extensión del control estadounidense más allá del núcleo de los países productores de petróleo hasta Afganistán e incluso hasta el núcleo de Asia central exhibe todas las señales de la iniciativa geopolítica preventiva contra las aspiraciones rusas y chinas.

Una vez que ese tipo de pensamiento geopolítico, por erróneo e innecesario que sea, se abre camino en los equipos dirigentes de la política exterior de los principales Estados, se hace cada vez más probable que pueda y quiera ponerse en práctica. Las visiones y ambiciones geopolíticas de Japón, Alemania, Gran Bretaña, Francia y Estados Unidos colisionaron en 1914 con enormes consecuencias para la configuración de una nueva geografía global mediante la guerra y la pugna por la supremacía política, económica y militar. Lo más extraño es que sea a través de la geopolítica cómo la geografía —relegada tan a menudo, como hemos visto, al último escalón de la teoría social— encuentre un lugar en la comprensión social científica del mundo. Que lo haga bajo la siniestra capa del determinismo geográfico, en un mundo político supuestamente darwiniano y maltusiano de Estados o bloques de poder en competencia, podría tener y ya ha tenido trágicas consecuencias. En épocas de crisis como la actual, la tentación de pensar en esos términos es muy grande; así sucedió tras el crac de 1929 y todos sabemos a qué condujo.

El incremento de poder de un Estado conlleva ciertamente acumular tanta riqueza y poder financiero como sea posible dentro de su territorio, aislándolos en cierto modo de la ampliación y profundización de los flujos espaciales que caracterizan a la acumulación de capital a escala mundial. Esto alienta inevitablemente una política defensiva con respecto a las depresiones, recesiones y borrascas económicas que caracterizan a gran parte de la historia del capitalismo. El deseo de protegerse frente a todo tipo de desastre económico eventual es comprensible, pero también puede conducir a intentos desesperados y a veces agresivos de controlar el desarrollo geográfico desigual del capitalismo bloqueando por cualquier medio (incluidos los militares) las aspiraciones de otros Estados mientras se defienden las propias. Al dejar que el banco Lehman quebrara, los efectos de la crisis financiera gestada en Estados Unidos se difundieron a todo el mundo. ¿Se trataba de un impulso deliberado? Hasta ese momento es imposible saberlo.

El efecto combinado de tales iniciativas es una profundización y ampliación de la desigualdad del desarrollo geográfico, inestabilizando en lugar de estabilizar la geografía mundial. Por eso mucho depende de las decisiones políticas adoptadas. Las altas barreras aduaneras, la protección de las industrias incipientes, la sustitución de importaciones por productos fabricados en el país, junto con el apoyo estatal a la investigación y el desarrollo, caracterizan a la alternativa proteccionista dentro de las pautas generales del comercio mundial. Por todas partes surgen barreras que interfieren en las estrategias espaciales abiertas que los capitalistas suelen preferir. El proteccionismo suele provocar represalias y espolea la competencia interestatal. Las guerras comerciales entre Estados no son nada infrecuentes y su resultado siempre es contingente e incierto.

Históricamente, como es sabido, los imperios contruidos por las potencias europeas y sus sistemas coloniales resolvieron todos esos problemas creando una estructura geográfica global que incluía administración, institucionalización, comercio y desarrollo en territorios bien delimitados bajo el dominio de los centros metropolitanos mundiales (Madrid, Londres, París, Bruselas, Ámsterdam, Berlín, Moscú y Roma). El desarrollo geográfico desigual, gestionado en general desde las metrópolis, determinaba los flujos de capital de forma que la mayor parte del capital mundial quedara en manos de los plutócratas asentados en los países capitalistas avanzados de la época. La descolonización comenzó a cambiar todo esto. Aunque se inició tempranamente en las Américas y Oceanía, no se extendió a escala mundial hasta 1945 (tras mucha presión por parte de Estados Unidos), aunque a menudo tras años de amargas luchas de liberación nacional, cuyos acelerones y frenazos tenían todo tipo de consecuencias para los nuevos Estados que se iban formando. Dicho más sencillamente, la descolonización no acabó con la hegemonía o dominio de los más grandes ni impidió la organización del desarrollo geográfico desigual de forma que beneficiara a los centros de acumulación de capital preexistentes.

Desde el principio (y tras unas cuantas salidas en falso), Estados Unidos sustituyó las prácticas imperiales y coloniales clásicas europeas (y más tarde también japonesas), basadas en la ocupación territorial, por la aspiración a la hegemonía global, lo que no suponía abandonar totalmente el objetivo del control territorial, sino tratar de ejercer ese control mediante formas de gobierno local que preservaban nominalmente la independencia pero que informal o en algunos casos formalmente (como en los casos de Corea del Sur y Taiwán) se supeditaban a la hegemonía estadounidense en los asuntos mundiales. Esto encubría a veces el ejercicio de la violencia por parte de Estados Unidos y, en cualquier caso, dio lugar a una red de relaciones neocoloniales con Estados más débiles y más pequeños que quedaban sometidos al dominio estadounidense.

Pero una de las consecuencias del enorme aumento de actividad financiera y de los cambios globales en la actividad productiva que han tenido lugar durante los últimos treinta años ha sido el desplazamiento del lenguaje del imperialismo y el colonialismo por el de la lucha por la hegemonía —en particular financiera, aunque la dimensión militar sigue siendo de gran importancia—, que es el objetivo más o menos explícito del nuevo imperialismo, renunciando al control directo del territorio.

* * * * *

El desarrollo geográfico desigual no es un mero subproducto del funcionamiento del capitalismo, sino que es fundamental para su reproducción. Su dinámica resulta difícil de controlar, al generar muchas grietas localizadas en las que se hacen evidentes sus vulnerabilidades y pueden concentrarse las fuerzas adversas. Esto constituye una fecunda fuente para la renovación del capitalismo. Si China no se hubiera abierto a partir de 1979, por razones que todavía resultan difíciles de explicar, el capitalismo global se habría visto mucho más constreñido en su desarrollo global y habría sido mucho más probable que embarrancara en alguna de las barreras con las que acostumbra a topar la acumulación de capital. China, con su creciente influencia no sólo en Asia oriental sino en medio mundo, desempeñará ahora un importante papel en la determinación del tipo de capitalismo que puede surgir de la actual crisis. La hegemonía se desplaza geográficamente —mientras que Norteamérica y Europa se estancan, China sigue creciendo—, pero también plantea peligros geopolíticos. Lo desigual que pueda llegar a ser el desarrollo geográfico, tanto geoeconómico (en las relaciones comerciales dirigidas desde hace mucho tiempo por los intereses empresariales pero sancionadas por los poderes estatales) como geopolítico (mediante la diplomacia estatal y la guerra, a la que el gran estratega militar alemán del siglo XIX Carl von Clausewitz llamó «diplomacia por otros medios»), tendrá inmensas consecuencias para el futuro de la humanidad.

Bajo todo esto subyace la complejidad de las determinaciones geográficas. Por un lado, los capitalistas se enfrentan a todo tipo de barreras geográficas que les resultan intolerables –en particular las espaciales y medioambientales– y se ven inmersos en una brega perpetua para esquivarlas o trascenderlas. Por otro lado, construyen activamente nuevas geografías y barreras geográficas en forma de entornos físicamente contruidos que incorporan grandes cantidades de capital fijo e inmóvil cuyo valor debe ser totalmente aprovechado. También crean divisiones regionales del trabajo que reúnen en torno a ellos todo tipo de funciones de apoyo que acaban constriñendo la movilidad geográfica del capital y de la fuerza de trabajo. Los dispositivos administrativos territoriales y los aparatos estatales fijan fronteras y límites que obstaculizan el movimiento. A todo esto hay que añadir las múltiples formas en que la gente crea su propio espacio de vida reflejando sus opiniones sobre la relación más adecuada que mantener con la naturaleza y las formas más convenientes de relación social, así como sus concepciones mentales en cuanto a lo que constituye una forma de vida cotidiana materialmente satisfactoria y significativa.

Debería ya estar clara la razón por la que es tan difícil integrar la construcción de la geografía en cualquier teoría general de la acumulación de capital, y es que ese proceso no sólo es profundamente contradictorio sino que también está lleno de contingencias, accidentes y confusiones. El mantenimiento de la heterogeneidad más que el logro de la homogeneidad es importante, pero, aun así, es posible conseguir cierta comprensión de dónde están localizadas esas dificultades y con qué resultado. La meteorología a la que está sometida la superficie terrestre es cambiante e imprevisible en sus detalles. Los cambios económicos a largo plazo son aún más difíciles de discernir bajo todos los remolinos, pero eso no quiere decir que sean incognoscibles. También está meridianamente claro que la reproducción del capitalismo implica la construcción de nuevas geografías, muchas veces mediante la destrucción creativa de las antiguas, una forma realmente expeditiva de afrontar el problema siempre presente del excedente de capital; pero la búsqueda de una «solución» geográfica para el problema de la absorción del excedente también constituye un peligro siempre presente. Aunque se exponen innumerables paralelismos entre la crisis de la década de los treinta y la actual, el paralelismo potencial casi totalmente ignorado es el colapso de la colaboración internacional, la caída en rivalidades geopolíticas y la inmensurable tragedia de uno de los mayores episodios de destrucción creativa de la historia de la humanidad: la Segunda Guerra Mundial.

VIII

¿Qué hacer?
¿Y quién lo va hacer?

En tiempos de crisis queda más clara para todos la irracionalidad del capitalismo. Existen excedentes de capital y de mano de obra que aparentemente no hay forma de conjuntar, en medio de un inmenso sufrimiento humano y de infinitas necesidades no satisfechas. A mediados del verano de 2009, una tercera parte de los bienes de equipo (instalaciones, maquinaria, etc.) en Estados Unidos estaban ociosos, mientras que el 17 por 100 de la fuerza de trabajo estaba formada por desempleados, trabajadores a tiempo parcial o «desanimados» que habían renunciado a buscar empleo*. ¿Podría haber algo más irracional? Para que la acumulación de capital vuelva al 3 por 100 de crecimiento compuesto, se requiere una nueva base que permita mayor obtención de beneficios y la absorción del excedente.

En el pasado esto se hacía, irracionalmente, destruyendo los logros de eras precedentes mediante la guerra, la devaluación de los activos, la degradación de la capacidad productiva, el abandono y otras formas de «destrucción creativa», cuyos efectos no sólo se dejan sentir en el mundo de la producción e intercambio de mercancías, sino que las vidas humanas se ven perturbadas e incluso físicamente destruidas, los logros profesionales de toda una vida puestos en peligro, las creencias más profundas impugnadas, las psiques heridas y el respeto por la dignidad humana olvidado. La destrucción creativa afecta igualmente a lo bueno y lo malo, lo excelso y lo repugnante. Las crisis, podemos concluir, son los racionalizadores irracionales de un sistema irracional.

¿Puede sobrevivir el capitalismo al presente trauma? Sí, por supuesto, pero ¿a costa de qué? Esta pregunta encubre otra: ¿puede reproducir la clase capitalista su

* Estos últimos no se suelen considerar parte de la fuerza de trabajo y quedan fuera de las estadísticas que dan lugar a la «tasa de desempleo» oficial [N. del T.].

poder frente a tantas dificultades económicas, sociales, políticas, geopolíticas y ambientales? Una vez más, la respuesta es un tajante «Sí, puede»; pero eso requerirá que la mayoría de la gente ceda generosamente los frutos de su trabajo a los poderosos, que renuncie a muchos de sus derechos y valores duramente ganados, desde una vivienda más o menos digna hasta la pensión de jubilación, y acepte la desbordada degradación ambiental, por no hablar de la serie de «recortes» en su nivel de vida que significarán hambre para muchos de los que ya se debaten por sobrevivir en el último peldaño de la escalera. Para sofocar los inevitables disturbios, se requerirá algo más que un poco de represión política, violencia policial y control militarizado del Estado; también habrá desgarros y dislocamientos dolorosos, geográficos y sectoriales, entre quienes disfrutaban del poder capitalista de clase. Si nos atenemos a la historia, la clase capitalista no puede mantener su poder sin cambiar su carácter y composición y sin modificar la trayectoria de la acumulación y desplazarla a nuevos espacios (como Asia oriental actualmente).

Dada la impredecibilidad de los detalles y dado que los espacios en la economía global son tan variables, la incertidumbre en cuanto al resultado aumenta en tiempo de crisis. Aparecen todo tipo de posibilidades localizadas, tanto para que capitalistas incipientes surgidos en algún nuevo nicho aprovechen la oportunidad de desafiar a clases y hegemonías territoriales más antiguas (como cuando Silicon Valley sustituyó a Detroit desde mediados de la década de los setenta en Estados Unidos) o para que movimientos radicales desafien la reproducción de un poder de clase ya desestabilizado y por tanto debilitado. Decir que la clase capitalista y el capitalismo pueden sobrevivir no es decir que estén predestinados a hacerlo, ni que su futuro carácter venga dado por su presente. Las crisis son momentos de paradojas y posibilidades, de las que pueden surgir todo tipo de alternativas, incluidas las socialistas y anticapitalistas.

Así pues, ¿qué sucederá esta vez? Para recuperar una tasa de crecimiento del 3 por 100, habrá que encontrar nuevas oportunidades rentables de inversión global para 1,6 billones de dólares en 2010, cifra que aumentará hasta acercarse a los tres billones en 2030. Obsérvese la diferencia con los 150 millardos de dólares de nuevas inversiones que se precisaban en 1950 y los 420 millardos de 1973 (esas cifras incorporan los ajustes correspondientes al cambio en el valor del dólar debido a la inflación). Los problemas reales para encontrar oportunidades rentables de inversión para el capital excedente comenzaron a aparecer a partir de 1980 y se prolongaron a pesar de la apertura de China y el colapso del bloque soviético. Las dificultades se resolvieron en parte mediante la creación de mercados ficticios en los que la especulación en activos podía multiplicarse sin ser controlada por ningún mecanismo regulador. ¿Adónde irán todas esas inversiones ahora?

Dejando a un lado las indiscutibles constricciones derivadas de la relación con la naturaleza (en particular, por su importancia, el calentamiento global), es probable

que las demás barreras potenciales de la demanda efectiva en el mercado, de las tecnologías y de las distribuciones geográficas/geopolíticas se refuercen, aun suponiendo —lo que es improbable— que no se materialice ninguna oposición activa seria a la acumulación continua de capital y a una nueva consolidación del poder de clase. ¿Qué espacios quedan en la economía global para nuevas reubicaciones espaciales que permitan absorber el capital excedente? China y el exbloque soviético se han integrado ya en el mercado global capitalista; el sur y el sudeste de Asia lo están haciendo rápidamente; África no está todavía totalmente integrada, pero no parece que disponga de capacidad suficiente para absorber todo ese excedente de capital. ¿Qué nuevas líneas de producción se pueden abrir para impulsar el crecimiento? No parece haber ninguna solución capitalista eficaz a largo plazo (aparte de volver a manipulaciones de capital ficticias) para esta crisis del capitalismo. Los cambios cuantitativos dan lugar en algún momento a cambios cualitativos, y tenemos que tomarnos en serio la idea de que podríamos estar justamente en tal punto de inflexión en la historia del capitalismo. Interrogarse por el futuro del propio capitalismo como sistema social viable es algo que debería estar por tanto entre los principales temas del actual debate.

Pero parece haber pocas ganas de entrar en esa discusión, pese a que los mantras convencionales con respecto a la perfectibilidad de la humanidad con ayuda del libre mercado y el libre comercio, la propiedad privada, la responsabilidad personal, bajos impuestos y una participación mínima del Estado en la protección social sueñan cada vez más huecos. Se dibuja en el horizonte una crisis de legitimidad, pero éstas se suelen desarrollar a una velocidad y ritmo diferente a los de las crisis del mercado de valores. Tuvieron que pasar, por ejemplo, tres o cuatro años para que el hundimiento de la Bolsa en 1929 diera lugar a movimientos sociales masivos (tanto progresistas como fascistas) a partir de 1932, poco más o menos. La apremiante búsqueda de vías por el poder político para salir de la crisis actual expresa su temor a una eventual deslegitimación.

La existencia de grietas en el edificio ideológico no significa que esté totalmente resquebrajado; tampoco cabe pensar que, porque algo esté claramente hueco, la gente lo vaya a reconocer inmediatamente así. Por el momento, los postulados subyacentes de la ideología del libre mercado no se han erosionado demasiado. No hay ninguna indicación de que la población de los países capitalistas avanzados (aparte de los habituales descontentos) pretenda cambios radicales en su modo de vida, aunque muchos reconocen que quizá habría que economizar aquí o ahorrar más allá. Los desahuciados estadounidenses (según nos dicen los informes preliminares) suelen culparse a sí mismos (o a su «mala suerte») de su fracaso en cuanto a la responsabilidad personal que supone la propiedad de un hogar. Aunque se sienta cierta indignación contra la duplicidad de los banqueros y sus escandalosas bonificacio-

nes, no parece haber en Norteamérica ni en Europa ningún movimiento que pretenda cambios radicales y de gran alcance. En el sur global, y en Latinoamérica en particular, la historia es bastante diferente. Es dudoso en cambio el papel que desempeñarán China y el resto de Asia, donde se mantiene el crecimiento, aunque sea a menor velocidad, y donde la política gira en torno a diferentes ejes.

La idea de que la crisis pueda tener un origen sistémico es raramente mencionada en los principales medios de comunicación. Hasta el momento la mayoría de las iniciativas gubernamentales en Estados Unidos y Europa equivalen a mantener como se pueda los negocios habituales, lo que se traduce en un apoyo a la clase capitalista. El «riesgo moral» que fue el desencadenante inmediato de las quiebras financieras alcanza nuevas alturas con los rescates bancarios. Las prácticas reales del neoliberalismo (en contradicción con su teoría utópica) siempre supusieron un apoyo escandaloso al capital financiero y las elites capitalistas (aduciendo habitualmente que las instituciones financieras deben ser protegidas a cualquier precio y que el Estado tiene el deber de propiciar un buen clima de negocios para la especulación «razonable»), cosa que no ha cambiado fundamentalmente. Tales prácticas se justifican apelando a la dudosa proposición de que una «marea creciente» de actividad capitalista hace «elevarse todos los botes»*, o sugiriendo que los beneficios del crecimiento exponencial «se difundirán» mágicamente (algo que nunca sucede, excepto a lo más como migajas caídas del banquete de los epulones).

En gran parte del mundo capitalista venimos atravesando un pasmoso periodo en el que la política se ha despolitizado y mercantilizado. Sólo ahora, cuando el Estado da un paso adelante para rescatar a los financieros, ha quedado claro para todos que el Estado y el capital están más estrechamente entrelazados que nunca, tanto institucional como personalmente, y que quien gobierna realmente es la clase dominante, más que la clase política que actúa en todo caso como su representante.

Pero ¿cómo saldrá la clase capitalista de la actual crisis y en qué plazo? La recuperación de la tendencia alcista en las bolsas de Shanghái, Tokio, Fráncfort, Londres y Nueva York es una buena señal, se nos dice, aunque el desempleo siga aumentando en casi todas partes. Pero obsérvese la tendenciosidad de clase de esas noticias. Se nos sugiere que debemos alegrarnos por esa subida de las bolsas porque supuestamente siempre precede a un crecimiento de la «economía real», que es donde se crean empleos para los trabajadores y se ganan los salarios. El hecho de que la última subida prolongada de la Bolsa en Estados Unidos a partir de 2002 resultara ser una «recuperación sin creación de empleo» parece haberse olvidado ya. La opinión pública anglosajona, en particular, parece seriamente afectada de amnesia. También

* La frase se atribuye al presidente Kennedy y se emplea a menudo para defender medidas que en realidad benefician más a los que más tienen [N. del T.].

se olvidan y perdonan fácilmente los atropellos de la clase capitalista y los desastres periódicos que provocan sus acciones. Los medios capitalistas se esfuerzan por promover esa amnesia.

Entretanto los jóvenes tiburones financieros cobran sus bonificaciones del año pasado y organizan colectivamente en torno a Wall Street y la City de Londres pequeños bancos de inversión especializados en el mercado de capitales, tamizando los detritos de los gigantes financieros derrumbados para seleccionar las tajaditas aún jugosas y comenzar de nuevo. Los grandes bancos de inversión que siguen en pie en Estados Unidos –Goldman Sachs y J. P. Morgan–, reencarnados ahora en «entidades suprabancarias» [*bank holding companies*] a las que la Reserva Federal ha concedido un estatuto especial que las exime de la regulación ordinaria, están obteniendo enormes beneficios (de los que salen monumentales bonificaciones para sus directivos) de la arriesgada especulación con el dinero del contribuyente en mercados derivados no regulados que siguen expandiéndose. El apalancamiento que nos llevó a la crisis ha reanudado sus exitosos enredos como si nada hubiera sucedido. La ingeniería financiera sigue su curso inventando nuevas formas de empaquetar y vender deuda de capitales ficticios a instituciones como los fondos de pensiones, desesperados por hallar nuevas oportunidades de inversión rentable para el capital excedente. ¡Se ha reanudado el juego!

Hay consorcios comprando propiedades que han quedado vacías tras un desahucio, bien esperando que el mercado cambie de signo para hacer un gran negocio, bien guardando suelo de gran valor hasta que la construcción vuelva a ponerse en marcha. Gente con grandes fortunas, corporaciones y entidades respaldadas por el Estado (en el caso de China) están comprando grandes terrenos a una velocidad asombrosa en África y Latinoamérica, tratando de consolidar su poder y garantizar su futura seguridad. ¿O no es más que otra aventura especulativa que más pronto o más tarde acabará en lágrimas? Los bancos ordinarios reservan el dinero en efectivo, buena parte de él procedente del Tesoro público, a la espera de poder reanudar el pago de bonificaciones acordes con el antiguo estilo de vida, mientras que bandadas de empresarios se ciernen sobre el terreno aguardando el momento de destrucción creativa en que puedan sacar provecho del dinero público que lloverá entonces sobre ellos.

Entretanto las grandes cantidades de dinero de que disponen unos pocos socavan toda apariencia de gobierno democrático. Los grupos de presión farmacéuticos, de seguros de salud y hospitalarios, por ejemplo, gastaron más de 133 millones de dólares en el primer trimestre de 2009 para asegurar que prevalecieran sus intereses en la reforma sanitaria anunciada en Estados Unidos. Max Baucus, presidente del comité financiero del Senado que debía supervisar esa ley de cuidados sanitarios, recibió 1,5 millones de dólares tras garantizar que la ley encauzaría a un gran número

ro de nuevos clientes hacia las compañías de seguros, al quedar desprotegidos frente a la explotación despiadada y la especulación (Wall Street quedó muy complacido). Pronto llegará en Estados Unidos otro ciclo electoral, legalmente corrompido por ingentes cantidades de dinero, en el que los partidos de la «calle K» y de Wall Street serán debidamente reelegidos mientras se exhorta a los trabajadores estadounidenses a abrirse camino para salir del tremendo desorden que ha creado la clase dominante. Ya hemos navegado antes por aguas tan peligrosas, se nos recuerda, y siempre los trabajadores estadounidenses se han arremangado, se han apretado el cinturón y han salvado al sistema de un misterioso mecanismo de autodestrucción del que la clase dominante niega toda responsabilidad. La responsabilidad personal es, al parecer, cosa de los trabajadores y no de los capitalistas.

La clase capitalista tiene que convencernos, no obstante, de que el capitalismo es bueno no sólo para ellos sino para todos nosotros. Nos recordará los doscientos cincuenta años de crecimiento continuo (con momentos ocasionales de destrucción creativa como el actual) y que no hay razón para que todo eso tenga que acabar. Sus innovaciones han sentado las bases, después de todo, para nuevas tecnologías maravillosas como el velcro y los carritos Maclaren que pueden beneficiar a toda la humanidad, y todavía hay fronteras de la investigación por conquistar, que generarán nuevas líneas de producción y nuevos mercados, tan necesarios para mantener una expansión continua. Las tecnologías verdes y las transacciones comerciales sobre «derechos de emisión» de gases contaminantes contribuirán a salvar el planeta. Un candidato aún más probable para la próxima oleada de innovaciones es la ingeniería biomédica y genética, un campo un tanto dudoso desde el punto de vista ético que nos promete la vida eterna o al menos el apoyo químico y biológico para su prolongación, y en el que los Estados (si se sigue el modelo estadounidense que va emergiendo) garantizan enormes beneficios al complejo industrial-médico-farmacéutico-sanitario. Ése es el campo que las fundaciones más pudientes vienen cultivando con sus donaciones más asiduamente. Las rentas de los derechos de propiedad intelectual y las patentes supondrán pingües y prolongados beneficios para sus propietarios. ¡Imaginemos qué sucederá cuando se patente la propia vida!

La creciente monopolización por encima de las fronteras (tanto estatal como empresarial) hará el sistema económico menos vulnerable a la «competencia ruinosa». Se controlará mejor (eso esperan) el problema de la demanda efectiva mediante el patrocinio estatal de los mercados financiados imprimiendo dinero, en otros campos además de los acostumbrados de la defensa militar, la policía y la vigilancia. Un mayor apoyo público a la iniciativa privada en campos como la sanidad, la vivienda y la educación puede también presentarse convenientemente como una mejora de los derechos civiles y democráticos para la gran masa de la población, aunque las que mejoren realmente sean las cuentas de resultados de las empresas privadas. Y, si hay dificultades

a este respecto, ¿por qué no exportarlas (hacer que la crisis se desplace geográficamente) tratando de evitar su devolución a vuelta de correo, o maniobrar hábilmente para que la tendencia a la crisis se desplace de una barrera a otra? Ahora que tenemos un problema de demanda efectiva, ¿por qué no resolverlo imprimiendo tanto dinero que la inflación resultante no se convierta en un grave problema hasta dentro de cinco años (convenientemente alejado del ciclo electoral)? La respuesta a la crisis inflacionista sería, por supuesto, rescatar las magras ganancias que los trabajadores hubieran podido conseguir durante los rumbosos años de financiación deficitaria, dejando que los banqueros y financieros sigan dándose la gran vida aprovechándose de las circunstancias. Es como si los capitalistas estuvieran participando colectivamente en una carrera de obstáculos, saltando una valla tras otra con tanta gracia y soltura como para crear la ilusión de que estamos siempre en la tierra prometida de la acumulación sin fin de capital (o a punto de llegar a ella). Si ése es el plan de salida de la crisis, es muy probable (por no decir seguro) que dentro de cinco años nos veremos sumidos en otra vorágine. De hecho, hay signos perturbadores de que esta crisis todavía no ha finalizado. Dubai World anuncia de repente que no puede satisfacer sus pagos en noviembre de 2009 y todas las bolsas del mundo se vienen abajo hasta que Abu Dhabi le ofrece su apoyo. Poco después se ve a los pies de los caballos la deuda soberana griega (como antes había sucedido con la letona) y algunos analistas comienzan a insinuar que Irlanda, España y hasta el Reino Unido pueden ser los siguientes afectados. ¿Apoyará la Unión Europea a sus miembros, o se desintegrará bajo la presión financiera? Entretanto la economía china sigue creciendo un 8 por 100 cada año, basándose en un enorme programa de inversión en infraestructuras y en la creación de nueva capacidad productiva sin miramientos para lo que le pueda pasar a la antigua. Pero, como siempre sucede en expansiones de este tipo, la creación de capacidad productiva excedente, alimentada por un desenfreno especulativo del crédito concedido por los bancos chinos por orden del gobierno central, puede tardar muchos años en hacerse evidente. Por otra parte, ¿qué otra cosa puede hacer China frente a una reserva de mano de obra excedente tan enorme e impaciente? Por el momento el enardecimiento del mercado interior chino aviva la demanda efectiva local y contrarresta en cierta medida el debilitamiento de su mercado exterior. Parecidamente, la India redescubre el crecimiento aprovechando su enorme mercado interno y su escasa dependencia de las exportaciones al extranjero excepto en el campo de los servicios, que se han visto menos afectados por la crisis que otros sectores. Pero los beneficios no están bien distribuidos; el número de millonarios indios ha aumentado (según la revista *Forbes*) de 27 a 52 desde que comenzó la crisis en 2008. ¿Es éste otro caso de activos que vuelven a sus verdaderos o supuestos propietarios como consecuencia de una crisis? Simplemente, el desarrollo geográfico desigual tanto de la crisis como de la recuperación mantiene su ritmo acelerado.

Cuanto más rápidamente se salga de la crisis y menos capital excedente se destruya ahora, menos espacio habrá para la recuperación de un crecimiento activo prolongado. La pérdida de valor de activos de todo tipo en el momento de escribir esto (a mediados de 2009) es, según nos dice el FMI, de más de 55 billones de dólares, lo que equivale casi exactamente al de la producción mundial de bienes y servicios durante un año. Ya hemos retrocedido a los niveles de producción de 1989, y en total se pueden producir pérdidas por valor de 400 billones de dólares o más antes de salir de la crisis. De hecho, un alarmante cálculo reciente sugería que Estados Unidos se vería en dificultades para garantizar más de 200 billones de dólares en activos. La probabilidad de que todos ellos queden dañados es mínima, pero la sola idea de que sí los afecte a muchos es muy preocupante. Por dar un ejemplo concreto: Fannie Mae y Freddie Mac, intervenidas ahora por la Agencia Federal de Financiación de la Vivienda, poseen o garantizan más de cinco billones de dólares en créditos hipotecarios, muchos de los cuales han entrado en mora (tan sólo en 2008 se registraron pérdidas por más de 150 millardos de dólares). ¿Cuáles son entonces las alternativas?

* * * * *

Durante mucho tiempo se ha soñado con la posibilidad de una alternativa a la (ir)racionalidad capitalista a la que se pudiera llegar racionalmente mediante la movilización de las pasiones humanas en la búsqueda colectiva de una vida mejor para todos. Esas alternativas –históricamente llamadas socialismo o comunismo– se han ensayado en diversos momentos y lugares; durante la década de los treinta una u otra servían como faro de esperanza, pero recientemente ambas han perdido su lustre y se han desechado; el comunismo, en particular, no sólo debido al incumplimiento de sus promesas y su tendencia a echar mano de la represión para encubrir sus errores, sino también a sus supuestos yerros con respecto a la naturaleza humana y la perfectibilidad potencial de la personalidad y las instituciones humanas.

Vale la pena detenerse en las diferencias entre socialismo y comunismo. El socialismo pretende gestionar y regular democráticamente el capitalismo para mitigar sus excesos y redistribuir sus beneficios favoreciendo el bien común. Se trataría de repartir la riqueza entre todos mediante la aplicación de impuestos progresivos y el protagonismo del Estado en la satisfacción de las necesidades básicas –tales como la educación, la sanidad e incluso el alojamiento–, situándolas fuera del alcance de las fuerzas de mercado. Muchos de los logros clave del socialismo distributivo en el periodo posterior a 1945, en Europa y otros lugares, se han insertado hasta tal punto en el tejido social que parecían inmunes frente al asalto neoliberal. Incluso en Estados Unidos, la Seguridad Social y Medicare son programas tan populares que a las fuerzas de derecha les resulta casi imposible erradicarlos. En Gran Bretaña los

thatcheristas no lograron dismantelar el servicio sanitario nacional, y en Escandinavia y gran parte de Europa central la Seguridad Social parece un cimiento incommo-
vible del orden social.

Cuando los partidos socialistas llegan al gobierno, normalmente gestionan la producción y distribución del excedente, bien mediante intervenciones activas en el mercado o mediante la nacionalización de las llamadas «alturas de mando» de la economía (energía, transporte, acero, incluso automóviles). La geografía de los flujos de capital se controla mediante intervenciones del Estado, incluso cuando el comercio internacional prospera calladamente mediante acuerdos comerciales. Se refuerzan los derechos laborales, tanto en el lugar de trabajo como en el mercado. Pero esas iniciativas socialistas se han visto recusadas en casi todas partes desde la década de los ochenta. De hecho, la contrarrevolución neoliberal consiguió privatizar la producción del excedente. Liberó a los productores capitalistas de restricciones –incluidas las geográficas– y socavó la redistribución progresista llevada a cabo desde el Estado, lo que dio lugar a un rápido aumento de las desigualdades sociales.

El comunismo, en cambio, trata de sustituir al capitalismo creando un modo de producción y distribución de bienes y servicios totalmente diferente. El comunismo «realmente existente» intentó llevar a cabo el control social sobre la producción, el intercambio y la distribución desde el Estado, mediante la planificación estatal sistemática. A largo plazo esto resultó un fracaso, por razones que no cabe exponer aquí, y su reconversión en China siguiendo un modelo híbrido del estilo del de Singapur ha tenido mucho más éxito que el modelo puramente neoliberal en cuanto a la generación de crecimiento. Los intentos actuales de resucitar los planteamientos comunistas suelen abjurar del control estatal y buscan otras formas de organización social colectiva para desplazar las fuerzas de mercado y la acumulación de capital como base de la organización de la producción y la distribución, situando como núcleo de una nueva forma de comunismo sistemas de coordinación vinculados horizontalmente, y no jerárquicamente, entre colectivos autónomamente organizados y autogobernados de productores y consumidores, lo que vendría facilitado por las tecnologías de la comunicación actuales. En todo el mundo se pueden encontrar distintos experimentos a pequeña escala de esas innovaciones económicas y políticas. Se está dando así una convergencia entre las tradiciones marxista y anarquista que recuerda a la colaboración entre ambas corrientes durante la década de 1860 en Europa, antes de su ruptura en campos enfrentados tras la Comuna de París de 1871 y de la disputa entre Karl Marx y uno de los anarquistas radicales más destacados de la época, Mijaíl Bakunin, en 1872.

Aunque no quepa ninguna seguridad al respecto, podría suceder que nos halláramos sólo al comienzo de una prolongada conmoción en la que vaya emergiendo gradualmente a la superficie, en un lugar del mundo u otro, la cuestión de las grandes alternativas a

largo plazo. Cuanto más se prolonguen la incertidumbre y la miseria, más se cuestionará la legitimidad de la forma actual de hacer negocios y mayor será la exigencia de construir algo diferente. Pueden ir pareciendo cada vez más necesarias reformas radicales y no sólo tiritas para remediar los daños causados por el sistema financiero.

Si lo que se avecina es, por decirlo así, el regreso de un keynesianismo reprimido pero únicamente destinado a rescatar a las clases altas, ¿por qué no reorientarlo hacia las clases trabajadoras como originalmente pretendía (aunque no por necesidad política, sino económica) el propio Keynes? Paradójicamente, cuanto más se acentúa ese giro político, más probable es que la economía recupere cierta apariencia de estabilidad, al menos durante un tiempo. Pero los capitalistas temen que cualquier iniciativa en esa dirección despierte una sensación de empoderamiento de los más desfavorecidos, descontentos y desposeídos que los anime a llevar las cosas más lejos (como hicieron hacia finales de la década de los sesenta). Como suelen decir, si se les da un dedo, se toman el brazo. En cualquier caso será preciso que los capitalistas renuncien voluntariamente a parte de su riqueza y poder individual para salvar al capitalismo de sí mismo, por más que históricamente siempre se hayan resistido ferozmente a hacerlo.

El desarrollo desigual de las prácticas capitalistas en todo el mundo ha generado, se mire como se mire, movimientos anticapitalistas en muchos lugares. Las economías estatocéntricas de gran parte de Asia oriental generan descontentos muy disímiles de las batallas antineoliberales que se lidian en gran parte de Latinoamérica, donde el movimiento revolucionario bolivariano del poder popular mantiene una relación peculiar con los intereses de la clase capitalista, sin haber llegado todavía a una verdadera confrontación. Las diferencias tácticas y estratégicas frente a la crisis entre los Estados que componen la Unión Europea aumentan pese a que también parece haberse puesto en marcha un segundo intento de constituir una auténtica federación de Estados. En muchas zonas marginales del capitalismo se producen movilizaciones revolucionarias y resueltamente anticapitalistas, aunque no todas sean precisamente progresistas. Se han abierto espacios en los que puede florecer algo radicalmente diferente en términos de relaciones sociales, modos de vida, capacidades productivas y concepciones mentales del mundo, y esto se aplica tanto a los talibanes y a los comunistas de Nepal como a los zapatistas de Chiapas y los movimientos indigenistas en Bolivia o el movimiento maoísta en la India rural, aunque haya distancias insalvables entre ellos en cuanto a objetivos, estrategias y tácticas.

El problema central es que globalmente no existe un movimiento anticapitalista resuelto y lo bastante unificado como para plantar cara a la reproducción de la clase capitalista y la perpetuación de su poder a escala mundial, ni tampoco una forma obvia de atacar los bastiones privilegiados de las elites capitalistas o de combatir su gigantesco poder económico y militar. Pero sí se da, no obstante, una vaga sensación

de que no sólo es posible otro mundo –como comenzó a proclamar en la década de los noventa el movimiento altermundista o antiglobalización (más audiblemente tras la «batalla de Seattle» en 1999, cuando las acciones callejeras hicieron fracasar la Ronda del Milenio de la Organización Mundial del Comercio)– sino que, tras el colapso del Imperio soviético, podría empezar a ser posible otro tipo de comunismo. Ciertamente es que, aunque se aspire a un orden social alternativo, nadie sabe realmente dónde está o cómo podría ser, y que precisamente por eso no existe ninguna fuerza política capaz de articular, y mucho menos organizar por su cuenta, tal proyecto; pero eso no es razón suficiente para renunciar a esbozar alternativas.

Evidentemente, no se puede responder a la famosa pregunta de Lenin «¿Qué hacer?» sin alguna estimación de quién podría hacerlo y dónde, pero es poco probable que surja un movimiento anticapitalista global sin disponer de alguna perspectiva de qué es lo que hay que hacer y por qué. Se da así un doble bloqueo: la falta de una visión alternativa impide la formación de un movimiento de oposición, al tiempo que la ausencia de tal movimiento entorpece la articulación de una alternativa. ¿Cómo se puede entonces superar ese bloqueo? La relación entre la perspectiva de lo que se debe hacer y por qué, y la formación de un movimiento político amplio para hacerlo, debería funcionar como una espiral expansiva. Cada uno de esos factores tendría que ir reforzando progresivamente al otro para que el proyecto se pueda llevar realmente adelante; de otro modo la oposición potencial se verá eternamente encerrada en un círculo vicioso que frustra todas las perspectivas de cambio constructivo, dejándonos inermes frente a las inevitables futuras crisis del capitalismo, con resultados cada vez más letales.

* * * * *

El problema central que debe resolverse está bastante claro. El crecimiento exponencial sin fin no es posible y los problemas que han afligido al mundo durante los últimos treinta años indican que se está llegando a un límite en la acumulación continua de capital que no se puede superar sino creando ficciones provisionales. Añádanse a esto la abyecta pobreza en la que vive tanta gente en el mundo, la proliferación de la degradación ambiental fuera de todo control y la ubicua y continua ofensa hacia la dignidad humana mientras los plutócratas acumulan cada vez más riqueza y autoridad, disponiendo de las palancas del poder político, institucional, judicial, militar y mediático bajo un estrecho control, de forma que sólo puedan servir para la perpetuación del statu quo.

Una política revolucionaria que pueda agarrar por los cuernos al toro de la acumulación sin fin de capital y ponerle fin como motor primordial de la historia humana requiere una comprensión detallada de cómo se producen los cambios sociales. Hay

que evitar los errores cometidos en los anteriores intentos de construir el socialismo y el comunismo y hay que aprender e interiorizar las lecciones de esa historia tan complicada; pero también hay que reconocer la absoluta necesidad de un movimiento anticapitalista revolucionario, cuyo objetivo fundamental debería ser asumir el mando social tanto sobre la producción como sobre la distribución de los excedentes.

Echemos otra mirada a la teoría de la evolución conjunta expuesta en el capítulo 5. ¿Puede ésta constituir la base para una teoría revolucionaria en las distintas esferas? Un movimiento político puede iniciarse en cualquier parte (en el proceso de trabajo, en torno a las concepciones mentales, en la relación con la naturaleza, en las relaciones sociales, en el diseño de tecnologías y formas organizativas revolucionarias, a partir de la vida cotidiana o de los intentos de reformar las estructuras institucionales y administrativas, incluida la reconfiguración del poder estatal). El truco está en mantener el movimiento de una esfera de actividad a otra de forma que se produzca un refuerzo mutuo. Así fue como surgió el capitalismo del feudalismo y así es como debería surgir ahora del capitalismo algo radicalmente diferente, llámesele comunismo, socialismo o como se prefiera. Los intentos anteriores de crear una alternativa comunista o socialista fracasaron lamentablemente al no lograr mantener la relación dialéctica entre las distintas esferas de actividad, así como en la percepción de la imprevisibilidad e incertidumbre de ese movimiento dialéctico. Si el capitalismo ha sobrevivido, ha sido precisamente manteniendo en marcha ese movimiento dialéctico y asimilando las inevitables tensiones que provoca, incluidas las crisis.

Imaginemos pues un territorio cuya población se convence colectivamente de que la acumulación sin fin de capital no es posible ni deseable y de que por tanto debe de haber otro mundo no sólo deseable sino posible. ¿Cómo debe comenzar esa colectividad su intento de construir alguna alternativa?

El cambio surge del estado de cosas existente y tiene que aprovechar todas las posibilidades que éste ofrezca. Las enormes diferencias desde Nepal al altiplano boliviano, desde las ciudades desindustrializadas de Michigan a las gigantescas metrópolis en expansión de Bombay y Shanghái y los centros financieros deteriorados pero no destruidos de Nueva York y Londres, hacen factibles y potencialmente ilustrativos todo tipo de experimentos de cambio social en diversos lugares y a distinta escala geográfica, como formas de hacer (o no hacer) posible otro mundo, y en cada caso puede parecer que uno u otro aspecto de la situación existente tuviera la clave para un futuro político distinto. Pero la primera regla que debería adoptar un movimiento anticapitalista sería la de no basarse nunca en la dinámica que sigue determinado movimiento sin calibrar cuidadosamente sus relaciones con todos los demás y examinar cómo influye y se ve influido por ellos.

Las posibilidades factibles derivan de las relaciones existentes entre las diferentes esferas. Las intervenciones políticas de largo alcance dentro de cada una de ellas y de una

a otra pueden alterar gradualmente el orden social y desplazarlo a una vía de desarrollo distinta. Eso es lo que hacen regularmente en las situaciones locales los dirigentes prudentes y las instituciones capaces de proyectar una visión de futuro, y no hay razón para pensar que esa forma de actuar sea particularmente fantástica o utópica.

Pero en primer lugar se debe reconocer claramente que no es lo mismo desarrollo que crecimiento. Es posible un desarrollo diferente en los terrenos, por ejemplo, de las relaciones sociales, la vida cotidiana y la relación con la naturaleza, sin impulsar necesariamente el crecimiento o favorecer al capital. Es falso que el crecimiento sea una condición necesaria para la reducción de la pobreza y la desigualdad o que políticas ambientales más respetuosas con el medio ambiente sean, como los alimentos orgánicos, un lujo reservado a los más ricos.

En segundo lugar, las transformaciones en el seno de cada esfera requerirán una profunda comprensión de la dinámica interna de los dispositivos institucionales y del cambio tecnológico en relación con las demás esferas de acción. Habrá que construir alianzas entre los que trabajan en distintas esferas. Eso significa que un movimiento anticapitalista tiene que ser mucho más amplio que los grupos que se movilizan por el cambio en las relaciones sociales o en cuestiones de la vida cotidiana. Hay que afrontar y superar, por ejemplo, las acostumbradas hostilidades entre aquellos que disponen de experiencia técnica, científica o administrativa y quienes animan los movimientos sociales desde la base.

En tercer lugar, también habrá que afrontar los impactos y retroalimentaciones (incluidas las hostilidades políticas) procedentes de otros espacios de la economía global. El desarrollo puede ser muy diferente en unos lugares o en otros según su historia, cultura, entorno y situación político-económica. Los acontecimientos sobrevenidos en otros lugares pueden servir de apoyo o como complemento, pero también podrían ser perjudiciales o incluso fatales. Cierta competencia interterritorial es inevitable pero no necesariamente mala; depende de su naturaleza: ¿se trata de los índices de crecimiento económico o del confort de la vida cotidiana? En Berlín, por ejemplo, se vive muy bien, pero los índices habituales de éxito económico inspirados en el capitalismo lo presentan como un lugar atrasado. El precio del suelo y de los pisos es lamentablemente bajo, lo que significa que gente con pocos medios puede encontrar fácilmente lugares decentes donde vivir. Los promotores tienen pocas oportunidades de hacer negocio. ¡Ojalá Londres o Nueva York se parecieran más a Berlín en ese aspecto!

Finalmente, tiene que haber algún acuerdo genérico sobre los objetivos comunes. Se pueden explicitar algunas ideas básicas, que incluyan por ejemplo el respeto por la naturaleza, un igualitarismo radical en las relaciones sociales, dispositivos institucionales basados en una apreciación de los intereses comunes, procedimientos administrativos democráticos (a diferencia de las farsas negociadas al mejor postor que existen ahora), procesos de trabajo organizados por los productores directos, vida cotidiana como ex-

ploración libre de nuevos tipos de relaciones sociales y pactos de coexistencia, concepciones mentales centradas en la autorrealización en el servicio a los demás e innovaciones tecnológicas y organizativas orientadas hacia la consecución del bien común más que a apoyar el poder militarizado y la codicia empresarial. Ésos podrían ser los fundamentos revolucionarios comunes en torno a los que hacer girar y converger la acción social. ¡Por supuesto que son utópicos! Pero ¿y qué? No nos podemos permitir no serlo.

Supongamos que la forma preferida de relación social es un igualitarismo radical, tanto entre los individuos como entre grupos sociales autodefinidos. Los cimientos de esa suposición descansan en siglos de lucha social durante los que el principio de igualdad ha alentado la acción política y los movimientos revolucionarios, desde la Bastilla a la plaza de Tiananmen. El igualitarismo radical también rezuma de una enorme cantidad de literatura y trasciende por encima de las diferencias geográficas y culturales. En Estados Unidos las encuestas muestran una profunda adhesión al principio de igualdad como base adecuada para la vida política y cimiento de las relaciones sociales, tanto entre los individuos como entre los grupos sociales. La ampliación de los derechos civiles y políticos a los antiguos esclavos, a las mujeres, a los homosexuales, a los impedidos quizá haya costado dos siglos, pero el avance en esos frentes es innegable, como lo es el continuo anhelo de igualdad, no sólo entre los individuos, sino también entre grupos sociales diferenciados. Recíprocamente, la forma en que se moviliza (y a veces pervierte) políticamente el desprecio hacia la elite en Estados Unidos proviene también de ese igualitarismo.

Aunque el principio del igualitarismo radical puede parecer incuestionable en sí mismo, surgen problemas en cuanto a la forma de articularlo con otras esferas de acción. La definición de los grupos sociales es siempre cuestionable, por ejemplo. Aunque el multiculturalismo puede asumir la idea de igualdad entre la mayoría de los grupos sociales autoidentificados, la división persistente que crea mayor dificultad es la de clase, y esto se debe a que es la desigualdad fundamental necesaria para la reproducción del capitalismo. En consecuencia, la respuesta del poder político existente es, o bien negar que existan las clases, o decir que esa categoría es demasiado confusa y complicada (como si otras categorías como la raza y el género no lo fueran) para ser útil analíticamente. Ahí pues, la cuestión de la clase se elude, se niega o se ignora, ya sea en las concepciones intelectuales hegemónicas del mundo (por ejemplo en el campo de la economía) o en la práctica política. La conciencia de clase, a diferencia de subjetividades políticas dadas por la raza, el género, la etnia, la religión, la orientación sexual, la edad, las opciones de consumo y las preferencias sociales, es el concepto menos debatido y más activamente negado, permaneciendo a lo más como un curioso residuo de otros tiempos y lugares (como la «vieja» Europa).

Las identidades de clase, como las raciales, son evidentemente múltiples y se solapan. Puedo trabajar como granjero, pero tengo un fondo de inversiones que in-

vierto en bolsa y poseo una casa que estoy mejorando a costa de mi propio esfuerzo y que pretendo vender para obtener una ganancia especulativa. ¿Hace todo esto incoherente el concepto de clase? La clase es un papel social, no una etiqueta que lleve pegada cada persona. Todos desempeñamos múltiples papeles en un momento u otro pero que a veces conduzcamos un automóvil y otras veces paseemos a pie no nos autoriza a decir que sea imposible planear una ciudad decente basándose en un análisis de las relaciones entre conductores y peatones. El papel del capitalista es utilizar el dinero para comprar la fuerza de trabajo o los activos de otros y emplearlos para obtener una ganancia, acumular capital y aumentar así su caudal personal de riqueza y poder. Las relaciones entre el capital y el trabajo tienen que examinarse y regularse incluso dentro del capitalismo. Una tarea revolucionaria, en absoluto secundaria, es la de hacer transparente esa relación y quitarle opacidad. Diseñar una sociedad sin acumulación de capital no es diferente en principio a diseñar una ciudad sin automóviles. ¿Por qué no podemos colaborar simplemente en el trabajo sin establecer distinciones de clase?

La eventual articulación del igualitarismo radical con otras esferas en el proceso de evolución conjunta complica por tanto la cuestión, al tiempo que ilustra cómo funciona el capitalismo. Cuando la libertad individual que éste promete se confronta a los dispositivos institucionales de la propiedad privada y el mercado, como sucede tanto en la teoría liberal como en su práctica, se convierte en grandes desigualdades. Como señaló Marx hace mucho tiempo, la teoría liberal de los derechos individuales enunciada por John Locke en el siglo XVII enmascara terribles desigualdades entre la clase emergente de los propietarios y la formada por los que tienen que vender su fuerza de trabajo para poder vivir. En la teoría neoliberal del filósofo/economista austriaco Friedrich Hayek, formulada en la década de los cuarenta, esa conexión es muy estrecha: según él, la única forma de proteger el igualitarismo radical y los derechos individuales frente a la violencia del Estado (esto es, el fascismo y el comunismo) consiste en situar el derecho inviolable a la propiedad privada como centro del orden social. Hay que desafiar abiertamente esta opinión, profundamente arraigada, si se quiere cuestionar realmente la acumulación de capital y la reproducción del poder de clase. En el terreno de los dispositivos institucionales se requerirá por tanto una concepción totalmente nueva de la propiedad —derechos de propiedad comunes más que privados— para hacer que funcione efectivamente el igualitarismo radical, y habrá que situar el cambio de los dispositivos institucionales en el centro de las preocupaciones políticas.

Esto es así porque el igualitarismo radical que el capitalismo preconiza en el mercado desaparece cuando nos sumergimos en lo que Marx llamaba «la morada oculta» de la producción, ya sea en los edificios en construcción, en las minas, en el campo, en las fábricas, en las oficinas o en los comercios. El movimiento autogestio-

nario lleva pues mucha razón al insistir en la importancia primordial de la lucha por un igualitarismo radical en el proceso de trabajo para la construcción de cualquier alternativa anticapitalista. Los planes de autogestión en el lugar de trabajo resultan particularmente adecuados, sobre todo, cuando se entrelazan con las demás esferas de forma democrática. Lo mismo cabe decir cuando tratamos de articular los principios del igualitarismo radical con la conducta en la vida cotidiana. Cuando se ve sometido al respeto de la propiedad privada y los dispositivos de mercado, el igualitarismo radical produce desahucios para los pobres y urbanizaciones cercadas de lujosas villas para los ricos, algo muy distinto de lo que el igualitarismo radical debería significar en la vida cotidiana.

Una crítica a los procesos de trabajo y de la vida cotidiana muestra que el noble principio del igualitarismo radical se ve empobrecido y degradado bajo el capitalismo por los dispositivos institucionales con los que se articula, algo que no debería sorprendernos. La propiedad privada y su preservación y protección por el Estado son pilares cruciales para el sostenimiento del capitalismo, por más que éste dependa de un igualitarismo empresarial radical para sobrevivir. La Declaración de los Derechos Humanos de la Organización de Naciones Unidas no protege contra los resultados desiguales, convirtiendo la distinción entre los derechos civiles y políticos por lado y los derechos económicos por otro en un campo de minas de reivindicaciones cruzadas. Karl Marx escribió en una ocasión: «Entre derechos iguales, lo que decide es la fuerza». Se quiera o no, la lucha de clases resulta decisiva como expresión política del igualitarismo radical.

Hay que encontrar formas de quebrar el vínculo entre el igualitarismo radical y la propiedad privada. Hay que construir puentes con instituciones basadas, digamos, en el desarrollo del derecho de propiedad común y de la gobernanza democrática. Hay que desplazar el énfasis desde el igualitarismo radical a la esfera institucional. Uno de los objetivos del movimiento ciudadano, por poner un ejemplo, es crear una nueva comunalidad urbana que sustituya las abusivas privatizaciones y exclusiones (asociadas tanto con la propiedad estatal como con la privada) que dejan gran parte de la ciudad fuera del alcance de la mayoría de la gente.

De igual modo habría que repensar la conexión entre el igualitarismo radical y la organización de la producción y de los procesos de trabajo atendiendo a las propuestas de los colectivos de trabajadores, el movimiento autogestionario, las cooperativas y muchas otras formas colectivas de producción. La lucha por el igualitarismo radical también requiere una reconceptualización de la relación con la naturaleza, de forma que ésta deje de ser entendida como «una gran gasolinera», como se quejaba el filósofo alemán Martin Heidegger en la década de los cincuenta, y se considere como una fuente compleja de formas de vida que han de ser preservadas, nutridas, respetadas y valoradas intrínsecamente. Nuestra relación con la naturaleza no

debería tender a convertirla en una mercancía como cualquier otra en términos de mercados de futuros en materias primas, minerales, agua, derechos de emisión de gases contaminantes y cosas parecidas, ni guiarse por la maximización de la apropiación de rentas, suelo, subsuelo y otros recursos, sino por el reconocimiento de que la naturaleza es un gran bien común al que todos tenemos derecho en igual proporción pero con el que tenemos también una inmensa responsabilidad común.

Lo que ahora parece un paraíso lejano puede sin embargo cobrar un sentido totalmente diferente si nuestras concepciones mentales y nuestros dispositivos institucionales y administrativos se abren a las infinitas posibilidades políticas transformadoras. ¿Significa eso que los cambios en las concepciones mentales pueden cambiar el mundo?

* * * * *

Cuando su majestad la reina visitó la London School of Economics en noviembre de 2008, pregunto cómo era posible que ningún economista hubiera previsto la crisis financiera. Seis meses después, los economistas de la academia británica le enviaron una carta excusándose en cierta medida: «En resumen, Majestad –concluía–, la incapacidad de prever el ritmo, la amplitud y la severidad de la crisis y de afrontarla, aunque tuvo muchas causas, fue principalmente un fallo en la imaginación colectiva de mucha gente brillante, tanto en este país como internacionalmente, para entender los riesgos del sistema como totalidad». Sobre los financieros, señalaban que «es difícil recordar un ejemplo más acabado de pensamiento ilusorio combinado con engreimiento», pero proseguían admitiendo que todo el mundo –presumiblemente también ellos mismos– había quedado atrapado en un «mecanismo de denegación». Al otro lado del Atlántico Robert Samuelson, columnista del *Washington Post*, escribía de forma parecida: «Ante nosotros tenemos la crisis económica y financiera más espectacular de las últimas décadas [...] y el grupo que pasa la mayor parte del tiempo analizando la economía fue incapaz de preverla». Sin embargo, los 13.000 economistas del país parecían singularmente renuentes a emprender una «autocrítica rigurosa para explicar su despiste». La conclusión de Samuelson era que los teóricos de la economía estaban demasiado interesados en la elaboración de modelos matemáticos sofisticados como para prestar atención a las minucias de la historia, y que esa despreocupación los dejó inermes. El Premio Nobel de Economía y columnista del *New York Times* Paul Krugman se mostraba (hasta cierto punto) de acuerdo: «El gremio de los economistas se extravió porque en conjunto tomaron como verdad la belleza vestida con impresionantes matemáticas». El economista británico Thomas Palley, en una carta abierta posterior a la reina, era aún menos generoso: los profesionales de la economía se habían vuelto «cada vez más arrogan-

tes, obtusos y cortos de miras [...], totalmente incapaces de entender su fracaso sociológico, que ha generado un descalabro intelectual masivo con enormes costes para la sociedad».

No menciono esos ejemplos para destacar el papel de los economistas en la crisis ni para atribuirles toda la responsabilidad. En primer lugar, no todos ellos se equivocaron. El actual presidente del Consejo Económico Nacional de la Casa Blanca, Larry Summers, en un convincente análisis de los efectos de los rescates estatales sobre el comportamiento financiero a raíz del hundimiento de la bolsa en 1987, veía claramente adónde nos podían llevar los problemas del «riesgo moral», pero concluía que los eventuales efectos de una falta de respaldo a las instituciones financieras por parte del gobierno podían ser mucho peores que los efectos del rescate. No se trataba pues, según él, de evitar el riesgo moral, sino de restringirlo. Desgraciadamente, cuando era secretario del Tesoro a finales de la década de los noventa, olvidó su propio análisis y promovió exactamente el mismo tipo de riesgo moral sin restricciones que poco antes había mostrado que podía llevar a desbarolar la economía (un caso claro de denegación en la práctica). Paul Volcker, antecesor de Alan Greenspan como presidente de la Reserva Federal, advirtió en 2004 del riesgo de un crac financiero en el plazo de cinco años. Pero la mayoría de la opinión se puso entonces de parte de Ben Bernanke —quien iba a suceder a Greenspan en 2006— cuando dijo que «las mejoras en la política monetaria» habían reducido «la amplitud de la incertidumbre económica que afrontaban familias y empresas», haciendo las recesiones «menos frecuentes y menos severas». Ésta era la opinión del partido (¡y qué partido!) de Wall Street. Pero vaya usted a contarle eso a los indonesios o los argentinos. No podemos sino desear ardientemente que el pronóstico de Bernanke en agosto de 2009 de que lo peor de la crisis había quedado atrás sea más fiable.

Las ideas tienen consecuencias y las equivocadas pueden tener consecuencias devastadoras. Los planes políticos equivocados basados en un pensamiento económico erróneo desempeñaron un papel crucial, tanto en la precipitación de la debilidad de la década de los treinta como en la aparente incapacidad para encontrar una salida adecuada. Aunque entre los historiadores y economistas no exista un acuerdo universal sobre cuáles fueron exactamente las decisiones erróneas que se tomaron, sí lo hay en que la estructura del conocimiento con la que se afrontaba la crisis necesitaba una revolución. Keynes y sus colegas llevaron a cabo esa tarea; pero a mediados de la década de los setenta quedó claro que los instrumentos keynesianos ya no funcionaban, al menos en la forma en que se aplicaban, y ése fue el contexto en el que el monetarismo, la teoría por el lado de la oferta y el (precioso) modelo matemático del comportamiento del mercado microeconómico suplantaron al pensamiento macroeconómico de Keynes. El estrecho marco teórico monetarista y neoliberal que dominó a partir de 1980 está ahora en cuestión.

Necesitamos nuevas concepciones mentales para entender el mundo. ¿Cuáles podrían ser y quién las producirá, dada la parálisis sociológica e intelectual que pende sobre la producción de conocimiento en general? Las concepciones mentales profundamente arraigadas asociadas a las teorías neoliberales y la neoliberalización y mercantilización de las universidades han desempeñado un papel nada trivial en el origen de la presente crisis. Por ejemplo, no se puede abordar la cuestión de qué hacer con el sistema financiero, el sector bancario, el nexo Estado-finanzas y los derechos de propiedad privada sin salirse de la jaula del pensamiento convencional, y esto requerirá una revolución en el pensamiento en lugares tan diversos como las universidades, los medios de comunicación y el gobierno, así como en el seno de las propias instituciones financieras.

Karl Marx, aunque no sentía ninguna simpatía por el idealismo filosófico, también decía que las ideas actúan como una fuerza material en la historia. Después de todo, las concepciones mentales constituyen una de las siete esferas en su teoría general del cambio revolucionario conjunto. Así pues, los desarrollos autónomos y los conflictos internos sobre qué concepciones mentales se convertirán en hegemónicas tienen un papel histórico muy importante que desempeñar. ¿Por qué razón si no escribió Marx el *Manifiesto comunista* (junto con Engels), *El capital* y muchas otras obras? Éstas ofrecen una crítica sistemática, aunque incompleta, del capitalismo y su tendencia a la crisis. Pero, como insistía el propio Marx, sólo cuando esas ideas críticas germinen en los campos de los dispositivos institucionales, formas organizativas, sistemas de producción, relaciones sociales, tecnologías y relaciones con la naturaleza, podrá cambiar realmente el mundo.

Dado que el propósito de Marx era cambiar el mundo y no simplemente entenderlo, la propia formulación de sus ideas iba cargada de intención revolucionaria y conllevaba inevitablemente un conflicto con formas de pensamiento más amables y provechosas para la clase dominante. El hecho de que las ideas críticas de Marx hayan sido objeto, particularmente en las décadas más recientes, de repetidas represiones y exclusiones (por no hablar de su expurgación y tergiversación) sugiere que para las clases dominantes todavía podrían ser demasiado peligrosas. Aunque Keynes afirmó repetidamente que nunca había leído a Marx, en la década de los treinta estaba rodeado por mucha gente, como su colega Joan Robinson, quien no sólo lo había hecho sino que escribió abundantemente sobre la acumulación del capital desde el punto de vista marxista. Aunque muchos de los colegas de Keynes objetaban enérgicamente los conceptos fundamentales de Marx y su forma de razonar dialéctica, eran agudamente conscientes de sus conclusiones más perspicaces, que los influyeron profundamente. Creo que es justo decir que la revolución que supuso la teoría keynesiana no se podría haber llevado a cabo sin la presencia subversiva de Marx en su entorno.

El problema en estos tiempos es que la mayoría de la gente no tiene ni idea de quién era Keynes ni de qué es lo que realmente proponía, mientras que el conocimiento de Marx es ínfimo. La represión de las corrientes de pensamiento críticas y radicales —o, por ser más exacto, el acorralamiento del radicalismo en los límites del multiculturalismo y las opciones culturales— ha generado una situación lamentable en el mundo académico y más allá, no muy diferente en principio de tener que pedir a los banqueros responsables de la crisis que la resuelvan exactamente con los mismos instrumentos. La adhesión general a las ideas posmodernas y postestructuralistas que exaltan lo particular a expensas de las descripciones globales no ayuda en nada. Evidentemente, lo local y lo particular son vitalmente importantes y las teorías que no incluyen, por ejemplo, la diferencia geográfica son peores que inútiles (como me he esforzado antes por poner de relieve). Pero, cuando se esgrime eso para excluir cualquier preocupación que vaya más allá de la propia parroquia, se consuma la traición de los intelectuales y la abolición de su papel tradicional. Estoy seguro de que a su majestad la reina le encantaría saber que se está realizando un gran esfuerzo para elaborar una descripción global que quepa realzar en un gran marco de forma que todo el mundo la pueda ver.

Pero la actual cohorte de académicos, intelectuales y expertos en las ciencias sociales y humanas está en general mal equipada para emprender esa tarea colectiva. Pocos parecen predispuestos a emprender esa reflexión autocrítica que urgía Robert Samuelson. Las universidades siguen ofreciendo los mismos cursos inútiles de economía neoclásica o teoría política de la elección racional como si nada hubiera sucedido, y las muy alabadas escuelas de negocios añaden simplemente un curso o dos sobre ética de los negocios o cómo hacer dinero de las bancarrotas de otros. ¡Después de todo, la crisis proviene de la codicia humana y no hay nada que hacer al respecto!

La actual estructura del conocimiento es claramente disfuncional e ilegítima. La única esperanza que nos queda es que una nueva generación de estudiantes receptivos (en el sentido amplio de que traten de entender el mundo) vea claramente que es así e intente cambiarla. Esto ya ocurrió en la década de los sesenta. En muchos otros momentos críticos de la historia movimientos inspirados por los estudiantes, reconociendo la distancia entre lo que estaba sucediendo en el mundo y lo que se les enseñaba y ofrecía en los medios, se mostraron dispuestos a hacer algo al respecto. Ahora también hay señales, desde Teherán a Atenas y en muchos campus universitarios europeos, de la existencia embrionaria de tal movimiento. Seguramente en los círculos del poder político en Pekín también cunde la preocupación por la eventual actuación de la nueva generación de estudiantes chinos.

Un movimiento revolucionario juvenil impulsado por los estudiantes, con todas sus vacilaciones e incertidumbres, es una condición necesaria pero no suficiente

para realizar esa revolución en las construcciones mentales que nos proporcione una solución más racional del problema actual del crecimiento sin límites. La primera lección que debe aprender es que un capitalismo ético, no explotador y socialmente justo que redunde en beneficio de todos es un oxímoron; contradice la propia naturaleza de lo que es el capital.

* * * * *

¿Qué sucedería si se constituyera un movimiento anticapitalista a partir de una amplia alianza de los descontentos, indignados, marginados y desposeídos? La imagen de toda esa gente alzándose en todas partes y exigiendo un lugar propio en la vida económica, social y política es muy perturbadora; también ayuda a centrar la cuestión de qué es lo que podrían reivindicar y qué es lo que hay que hacer.

Los descontentos e indignados son todos aquellos que, por una u otra razón, ven que el desarrollo capitalista actual lleva a la humanidad a un callejón sin salida, si no a una catástrofe. Las razones para pensar así son tan variadas como persuasivas tomadas de una en una. Mucha gente, incluidos abundantes científicos, considera insuperables las constricciones ambientales que se ciernen en el horizonte. Para ellos el objetivo a largo plazo debería ser una economía y una población global estacionarias. Hay que elaborar una nueva economía política de la naturaleza que incluya una reconfiguración radical de la vida cotidiana y de la urbanización, así como de las relaciones sociales, los sistemas de producción y los dispositivos institucionales dominantes. Requeriría gran sensibilidad con respecto a las diferencias geográficas. Habría que construir nuevos entornos y nuevas geografías para sustituir a las viejas. También debe cambiar la trayectoria del desarrollo tecnológico, apartándose del colosalismo y del militarismo y adoptando como divisa «lo pequeño es bello» y «menos es más», en particular en lo referido al consumo. Todo esto se enfrentaría radicalmente al crecimiento exponencial.

Otros, esgrimiendo objeciones políticas o morales a la pobreza de masas y a las crecientes desigualdades, pueden forjar alianzas con quienes se oponen a la deriva autoritaria, antidemocrática, corrupta y represiva del Estado capitalista en casi todas partes. También hay una cantidad inmensa de trabajo por hacer en el campo de las relaciones sociales, para liberarse del racismo, las discriminaciones sexuales y de género y la violencia contra aquellos cuyo estilo de vida, valores culturales, creencias y costumbres cotidianas difieren de las predominantes. Pero es difícil afrontar esas formas de violencia sin hacerlo con las desigualdades sociales que surgen en la vida cotidiana, en el mercado laboral y en el proceso de trabajo. Las desigualdades de clase sobre las que descansa la acumulación de capital se definen con frecuencia mediante identidades de raza, género, etnia, religión y procedencia geográfica.

Muchos intelectuales, artistas, educadores y trabajadores culturales protestan indignados contra el peso mortal de las relaciones de poder en los medios e instituciones de enseñanza y producción cultural, que degradan el lenguaje del discurso civil, convierten el conocimiento en una propaganda incesante y la política en grandes mentiras rivales, los discursos en puros alegatos que predicán prejuicios y odio y las instituciones sociales que deberían proteger al pueblo en estercoleros de corrupción. Esa situación no puede cambiar sin que los profesionales de la cultura pongan primero su propia casa en orden. Antes de que puedan establecer alianzas significativas con los oprimidos y desposeídos, habrán de revertir la gran traición de los intelectuales que se hicieron cómplices de la política neoliberal desde la década de los ochenta en adelante.

El ala intelectual de los indignados, armada con la teoría de la política revolucionaria conjunta, ocupa una posición decisiva para profundizar en el debate en marcha sobre cómo reorientar la trayectoria del desarrollo humano. Puede presentar un panorama general del contexto en el que situar el cómo y el porqué del cambio político revolucionario. La comprensión de la dinámica del capitalismo y de los problemas sistémicos derivados del crecimiento exponencial puede articularse mejor desde esa perspectiva. Aclarar el enigma del capital, hacer transparente lo que el poder político siempre pretende mantener opaco, es crucial para cualquier estrategia revolucionaria.

Pero, para que esto sea políticamente significativo, los indignados deben unirse con aquellos cuyas condiciones de trabajo y de vida se ven afectadas más inmediatamente por su inserción en la circulación y acumulación de capital, viéndose privados y desposeídos no sólo del fruto de su trabajo, sino de cualquier control sobre las relaciones materiales, culturales y naturales de su propia existencia.

La tarea de los indignados no consiste en instruir a los oprimidos y desposeídos sobre lo que deben o no deben hacer; lo que nosotros, los indignados, podemos y debemos hacer es identificar las raíces subyacentes de los problemas que afrontamos todos. Los movimientos políticos alternativos han construido repetidamente espacios en los que sucedía algo aparentemente diferente, sólo para ver que sus alternativas quedaban rápidamente reabsorbidas en las prácticas dominantes de la reproducción capitalista (obsérvese la historia de las cooperativas obreras, del presupuesto participativo o cualquier otra). La conclusión debería ser que lo que hay que alterar y enderezar son las prácticas dominantes. La exposición clara de cómo funcionan esas prácticas dominantes debe ser el centro de la teorización radical.

Entre los oprimidos y desposeídos hay dos variantes principales: por un lado, están aquellos que se ven expropiados de los frutos de su capacidad creativa en un proceso de trabajo encadenado al capital o al Estado capitalista y, por otro, quienes han sido privados de sus bienes, de su acceso a medios de vida, de su historia, cul-

tura y forma de relación social a fin de dejar espacio (a veces literalmente) para la acumulación de capital.

La primera categoría corresponde a la figura marxista del proletariado, cuyos miembros se esfuerzan por liberarse de sus cadenas constituyéndose como vanguardia de un proyecto socialista o comunista. Los que realmente importaban desde el punto de vista marxista eran los obreros de las fábricas y las minas del capitalismo industrial, dado que sus condiciones de explotación eran dramáticamente obvias, tanto para sí mismos como para quienquiera que entrara en una fábrica o bajara a una mina. Además, su localización en espacios comunes facilitaba el desarrollo de la conciencia de clase y su organización para la acción colectiva. También tenían la capacidad de poner trabas al capitalismo mediante las huelgas que interrumpen el proceso de trabajo.

Esta fijación en el trabajo fabril como núcleo de la «auténtica» conciencia de clase y de la lucha de clases revolucionaria ha sido siempre demasiado limitada, cuando no errónea (¡la gente de izquierda también se equivoca!). Los que trabajan en los bosques y en los campos, en el «sector informal» del trabajo esclavo en talleres infectos, en el servicio doméstico o más en general en el sector servicios, o el vasto ejército de trabajadores empleados en la construcción o en las zanjas (a menudo literalmente) de la producción de espacio urbano o entorno construido no pueden ser considerados actores secundarios. Trabajan en condiciones distintas (a menudo en empleos precarios, inseguros y con bajos salarios en el caso de la construcción y la urbanización). Su movilidad, dispersión espacial y condiciones individualizadas de empleo les pueden hacer más difícil la solidaridad de clase o la creación de formas colectivas de organización. Su presencia política se ve marcada con mayor frecuencia por disturbios espontáneos y levantamientos voluntaristas (como los que ocurrieron en la *banlieue* de París hace poco o los de los piqueteros argentinos tras el colapso financiero del país en 2001) que por una organización permanente, pero son plenamente conscientes de sus condiciones de explotación y están profundamente indignados por su precaria existencia y la brutal opresión a que se ven sometidos en su vida cotidiana por el poder estatal.

Esos trabajadores, de los que se suele hablar ahora como «precariado» (para poner de relieve el carácter flotante e inestable de su empleo y modo de vida), han supuesto siempre una parte importante de la fuerza de trabajo total. En los países capitalistas avanzados su peso relativo ha crecido aún más durante los últimos treinta años debido al cambio en las relaciones laborales impuesto por la reestructuración empresarial neoliberal y la desindustrialización.

Sería un error ignorar las luchas de todos esos otros trabajadores. En la historia del capitalismo muchos de los movimientos revolucionarios han sido más genéricamente ciudadanos que estrictamente basados en las fábricas (como las revoluciones de 1848

en toda Europa, la Comuna de París de 1871, Leningrado en 1917, la huelga general de Seattle en 1919, la Comuna de Shanghái de 1967, los levantamientos de París, Ciudad de México y Bangkok en 1968, Tucumán en 1969, Praga en 1989, Buenos Aires en 2001-2002... y la lista sigue y sigue). Incluso, cuando los movimientos decisivos se producían en las fábricas (los consejos obreros de Turín de la década de los veinte o la huelga de la General Motors en Flint [Michigan] en 1936-1937), el apoyo organizado en las barriadas obreras (como las «casas del pueblo» comunales en Turín o los grupos de apoyo de las mujeres y los desempleados en el caso de Flint) desempeñó un papel decisivo en la acción política, aunque a menudo quedara en la sombra.

La izquierda convencional se ha equivocado con frecuencia al ignorar los movimientos sociales que tenían lugar fuera de las fábricas y las minas. La conciencia de clase se genera y articula tanto en las calles, tabernas, figones, capillas, centros comunales y patios de las barriadas obreras como en las fábricas. Los dos primeros decretos de la Comuna de París en 1871 fueron, conviene observarlo, la suspensión del trabajo nocturno en las panaderías (una cuestión del proceso de trabajo) y una moratoria en el pago de los alquileres (una cuestión de la vida cotidiana urbana). En la ciudad se producen, tanto como en la fábrica, movimientos de clase, y tenemos que elevar nuestra vista al menos hasta ese nivel y escala de la organización y la práctica política, en alianza con el amplio abanico de movimientos rurales y campesinos, si queremos construir una gran alianza que lleve a cabo el cambio revolucionario.

Esto nos lleva a la segunda gran categoría de desposeídos, mucho más complicada en su composición y en su carácter de clase. Proviene en gran medida de lo que llamo «acumulación por desposesión». Como de costumbre, asume una variedad aparentemente infinita de formas diferentes en distintos lugares y momentos. La lista de los desposeídos es tan imponente como larga: incluye a todas las poblaciones campesinas e indígenas expulsadas de sus tierras, privadas de acceso a sus recursos y formas de vida naturales por medios ilegales o legales (esto es, aprobados por el Estado), coloniales, neocoloniales o imperialistas, e integrados por la fuerza en los intercambios mercantiles (desplazando al trueque y otras formas tradicionales de intercambio) mediante la monetización y recaudación forzada de impuestos. La conversión de los derechos comunales de uso en derechos de propiedad privada de la tierra completa el proceso, al convertir a la propia tierra en una mercancía. Estas formas de desposesión, todavía en práctica aunque se dieran mayor fuerza aún en las primeras etapas del desarrollo capitalista, tienen muchos equivalentes actuales. Los capitalistas abren espacios para el desarrollo urbano, por ejemplo, desposeyendo a las poblaciones de bajos ingresos de espacios de alto valor con el coste más bajo posible. En lugares donde los derechos de propiedad privada no están asegurados, como en China o los asentamientos irregulares en Asia y Latinoamérica, a menudo se inician mediante expulsiones violentas de las poblaciones de bajos ingresos por

las autoridades públicas, con o sin modestos acuerdos de compensación; pero también en los países donde los derechos de propiedad privada están firmemente establecidos, el Estado puede ordenar expropiaciones en beneficio del capital privado. La población más vulnerable se ve así sometida a presiones financieras (elevación de los impuestos sobre la propiedad y de las rentas de arrendamiento) ejercidas por medios legales e ilegales. A veces parece como si existiera un plan sistemático para borrar de la faz de la tierra a la población indeseada con menores ingresos.

El sistema de crédito se ha convertido ahora, no obstante, en la principal palanca moderna para la extracción de riqueza del resto de la población por el capital financiero. Se utilizan todo tipo de prácticas depredadoras, más o menos legales (tipos de interés usurarios sobre las tarjetas de crédito, desahucios de pequeños negocios negándoles liquidez en momentos clave, y otros parecidos) para llevar a la práctica maniobras de desposesión que benefician a los ya ricos y poderosos. La oleada de financiarización iniciada a mediados de la década de los setenta es espectacular en su estilo depredador: promociones engañosas de acciones y manipulaciones de mercado; pirámides de Ponzi y fraudes empresariales; liquidación de activos mediante fusiones y adquisiciones; promoción de niveles de endeudamiento que reducen a poblaciones enteras, incluso en los países capitalistas avanzados, a la servidumbre por deudas; desposesión de activos (asalto a los fondos de pensiones y subsiguiente vaciamiento por los colapsos de las empresas adquiridas y sus acciones); todos esos son rasgos característicos del capitalismo contemporáneo.

También se han puesto en marcha mecanismos de acumulación por desposesión totalmente nuevos. El énfasis en los derechos de propiedad intelectual por parte de la Organización Mundial de Comercio (el llamado Acuerdo sobre los Aspectos de los Derechos de Propiedad Intelectual relacionados con el Comercio, o por sus siglas en inglés, TRIPS) apunta a formas de utilización de las patentes y licencias de materiales genéticos, plasmas de semillas y muchos otros productos contra poblaciones enteras cuyas prácticas han desempeñado un papel decisivo en el desarrollo de esos materiales. Aumenta vertiginosamente la biopiratería y el pillaje del depósito mundial de recursos genéticos en beneficio de las compañías farmacéuticas. La transformación en mercancías puestas a la venta de todo tipo de culturas, historias y creaciones intelectuales supone la desposesión de la creatividad humana pasada y presente (la música pop es notoria por la apropiación y explotación de la cultura y creatividad de base). Las pérdidas económicas de sus creadores no son por desgracia lo más lamentable: las perturbaciones que introducen en las redes sociales y la destrucción de la solidaridad social puede ser aún más grave; la pérdida de relaciones sociales no se puede compensar mediante el pago en dinero.

Para finalizar, debemos mencionar el papel de las crisis. Una crisis económica, después de todo, no es sino una fase de desposesión masiva de activos (tanto cultu-

rales como tangibles). Evidentemente, en ellas sufren no sólo los pobres sino también los ricos, como muestran los desahucios y las pérdidas derivadas de invertir en aventuras especulativas como la insensata pirámide de Bernie Madoff. Pero así es como la riqueza y el poder se redistribuyen dentro y entre las clases. Los activos devaluados y abandonados en las quiebras y colapsos pueden ser comprados a precios de saldo por quienes disponen de liquidez y puestos de nuevo rentablemente en circulación tras ser reciclados. El capital excedente encuentra así un terreno fértil para una nueva acumulación.

Por esta razón, para racionalizar un sistema tan irracional como es el capitalismo, se pueden orquestar, gestionar y controlar crisis, tal como sucede a menudo con los programas de austeridad administrados por el Estado mediante palancas clave como los tipos de interés y el sistema de crédito. También se pueden imponer crisis limitadas a un sector o a un territorio desde fuera, algo en lo que es muy experto el Fondo Monetario Internacional. El resultado es la creación intermitente, ora acá, ora acullá, de depósitos de activos devaluados, en muchos casos infravalorados, de los que pueden obtener una gran rentabilidad los excedentes de capital sin oportunidades de inversión en otros lugares. Esto es lo que sucedió en el este y sudeste de Asia en 1997-1998, en Rusia en 1998 y en Argentina en 2001-2002, y es lo que está sucediendo ahora desde 2008-2009.

El fomento deliberado de crisis mediante políticas estatales y acciones colectivas de empresas es un juego peligroso. Aunque no hay pruebas de conspiraciones subrepticias activas para generar tales crisis, sí que hay muchos macroeconomistas influyentes de la «Escuela de Chicago» y políticos a cargo de la economía en todo el mundo, junto con todo tipo de oportunistas empresariales, que creen que, para que el capitalismo sobreviva y se pueda reconstituir la clase capitalista, se requiere ahora de nuevo una buena sacudida de destrucción creativa. Mantienen que los intentos de los gobiernos de evitar la crisis con paquetes de estímulos y cosas parecidas son profundamente erróneos. Según ellos es mucho mejor dejar que se produzca un proceso de «ajuste estructural» en el mercado (del tipo habitualmente recomendado por el Fondo Monetario Internacional), como sangría necesaria para mantener económicamente sano el capitalismo. Cuanto más agónico se muestra el capitalismo, más dolorosa es la cura. El truco consiste, por supuesto, en no dejar que el paciente muera.

* * * * *

La unificación política de diversas luchas en el movimiento obrero y entre los que han sido desposeídos de sus bienes culturales y político-económicos parece crucial para cualquier movimiento que pretenda modificar el curso de la historia humana. Se trataría de lograr en todas partes una gran alianza de todos los oprimidos y des-

poseídos, con el propósito de controlar la organización, producción y distribución del excedente a largo plazo en beneficio de todos.

Hay que afrontar, no obstante, dos dificultades preliminares en esa idea. Muchas desposesiones tienen poco que ver directamente con la acumulación de capital, y no inducen necesariamente una política anticapitalista. La limpieza étnica en la antigua Yugoslavia, los conflictos religiosos durante el estado de emergencia en Irlanda del Norte o los disturbios antimusulmanes en Bombay a principios de la década de los noventa son ejemplos de esto, y algo parecido cabría decir de la desposesión israelí de la tierra y el agua palestinas. La colonización de barriadas urbanas por inmigrantes, por lesbianas y gays o por gente de otro color desplaza a menudo a los antiguos residentes, que se enfrentan a una desposesión de la que se sienten víctimas. Aunque las fuerzas del mercado y las oscilaciones del precio del suelo y la vivienda pueden desempeñar un papel decisivo o secundario, las luchas que surgen se manifiestan políticamente como simpatías o antipatías colectivas sobre quién tiene derecho a vivir en determinado lugar de nuestro planeta cada vez más superpoblado. Las cuestiones de seguridad, el temor a los «diferentes», las preferencias y los prejuicios sociales desempeñan un papel nada despreciable en los fluidos conflictos entre grupos sociales por el control del espacio y el acceso a los activos de más valor. Los individuos y los grupos sociales desarrollan un peculiar sentido de propiedad sobre determinados espacios y la pertenencia a ellos, que tiene como consecuencia un temor generalizado a la desposesión.

No todos los movimientos insurgentes contra la desposesión son anticapitalistas. En Estados Unidos, por ejemplo, la vieja generación de trabajadores varones principalmente blancos se muestra indignada por el supuestamente creciente poder de las minorías, inmigrantes, gays y feministas, amparados y ayudados por arrogantes elites intelectuales («costeros») y codiciosos e impíos banqueros de Wall Street, de los que se piensa en general (equivocadamente) que son judíos. Movimientos radicales de derechas y milicias armadas del tipo de los que dieron fama al ataque con coche-bomba de Timothy McVeigh contra las oficinas del gobierno federal en Oklahoma, que atestiguan la lucha de una parte de los que se sienten indignados y desposeídos por recuperar por cualquier medio el país que aman, han cobrado fuerza desde la elección de Obama y evidentemente no tienen ninguna intención de unirse a una gran lucha anticapitalista (aunque manifesten su antagonismo hacia los banqueros, empresas y elites y su odio hacia la Reserva Federal).

Esas tensiones sociales facilitan la explotación capitalista. En las ciudades estadounidenses se generalizó durante la década de los sesenta la práctica del acoso vecinal que todavía persiste. La idea consistía en introducir a familias negras en un vecindario de composición exclusivamente blanca con la intención de fomentar su incomodidad e incitarla a trasladarse tras vender sus casas, que los especuladores

compraban a bajo precio para revenderlas luego más caras a miembros de las minorías. La respuesta de la población blanca «amenazada» variaba desde los actos violentos (como arrojar bombas incendiarias contra la casa de cualquier familia negra que tratara de trasladarse allí) hasta la aceptación (a veces forzada por las leyes de derechos civiles) de la integración pacífica, sin más que pequeños roces poco significativos.

El segundo gran problema es que algunas desposesiones son necesarias o progresistas. Cualquier movimiento revolucionario tiene que hallar una vía para desposeer a los capitalistas de sus propiedades, riqueza y poderes. Toda la geografía histórica de las desposesiones bajo el capitalismo está salpicada de ambivalencias y contradicciones. Aunque la violencia de clase que acompañó al ascenso del capitalismo pudiera ser horrible, su lado positivo fue que permitió arrebatar sus poderes a instituciones feudales arbitrarias (como la monarquía y la Iglesia), liberó energías creativas, abrió nuevos espacios, estableció nuevas relaciones de intercambio entre distintas regiones del mundo, abrió a la sociedad a fuertes corrientes de cambio tecnológico y organizativo, superó buena parte de la superstición y la ignorancia reinantes y las sustituyó por una ciencia ilustrada capaz, al menos en teoría, de liberar a toda la humanidad de las necesidades materiales más urgentes. Nada de esto habría ocurrido sin algunas desposesiones aquí o allá.

Todo esto supuso un enorme coste ambiental y social (al que han dado mucha importancia los críticos en los últimos años); pero también cabía ver la acumulación por desposesión (o lo que Marx llamaba «acumulación primitiva») como una etapa amarga pero necesaria por la que el orden social tenía que pasar para llegar a una situación que posibilitara, no sólo el capitalismo, sino también alguna forma alternativa (socialismo o comunismo). A Marx, por ejemplo, se le daban un ardite las formas sociales destruidas por la acumulación primitiva y no defendía ni por asomo, como algunos hacen ahora, la restauración de relaciones sociales o formas de producción precapitalistas. El socialismo o el comunismo habrían de construirse sobre los cimientos establecidos por los aspectos progresivos del desarrollo capitalista, que incluían la reforma agraria, el desarrollo de formas democráticas de gobierno (aun contaminadas por la influencia de los potentados), la libertad de información y expresión (siempre fluctuante pero vital) y la consagración jurídica de ciertos derechos civiles.

Aunque las luchas contra la desposesión pueden constituir un semillero de descontento del que nazcan movimientos insurgentes, el objetivo de la política revolucionaria no es proteger el antiguo régimen, sino atacar directamente las relaciones de clase y las formas capitalistas del poder estatal.

No se pueden llevar a cabo transformaciones revolucionarias sin un cambio mínimo en nuestras ideas, abandonando nuestras preciadas creencias y prejuicios, renunciando a ciertos derechos y comodidades cotidianas, sometiéndose a un nuevo

régimen cotidiano, cambiando nuestros papeles sociales y políticos, reordenando nuestros derechos, deberes y responsabilidades, y modificando nuestro comportamiento para que se adapte mejor a las necesidades colectivas y a la voluntad general. En el proceso revolucionario conjunto el mundo a nuestro alrededor —nuestra geografía— debe reconfigurarse radicalmente, como lo deben hacer nuestras relaciones sociales, la relación con la naturaleza y todas las demás esferas de acción. Es comprensible hasta cierto punto que muchos opten por una actitud de denegación prefiriéndola a una política de confrontación activa en todos esos planos.

También sería reconfortante pensar que todo eso se puede alcanzar pacífica y voluntariamente, que podemos desposeernos a nosotros mismos, desnudarnos, por así decirlo, de todo lo que ahora poseemos y que obstaculiza la creación de un orden social más justo y estable; pero nos engañaríamos al imaginar que se puede evitar la confrontación social e incluso cierto grado de violencia. El capitalismo nació, como dijo Marx en cierta ocasión, bañado en sangre y fuego. Aunque quizá sería posible hacer menos costosa la salida de ese sistema que la entrada en él, hay pocas probabilidades de que se pueda llegar de forma puramente pacífica a la tierra prometida.

El reconocimiento de que la desposesión puede preceder necesariamente a cambios más positivos plantea abiertamente la cuestión de la política de desposesión bajo el socialismo y el comunismo. En la tradición comunista-marxista se solía considerar que, en los países en los que todavía no se había ido más allá del inicio del desarrollo capitalista, había que organizar desposesiones que permitieran poner en práctica programas de modernización. Esto no siempre tenía éxito y a veces suponía una terrible violencia, como la que acompañó a la colectivización forzada de la agricultura en la Unión Soviética (la eliminación de los *kulaks*), por no hablar de grandes tragedias como la hambruna provocada por el Gran Salto Adelante de Mao en China (que interrumpió temporalmente el rápido incremento de la esperanza de vida); solía suscitar una porfiada resistencia política que en algunos casos fue despiadadamente aplastada.

Los movimientos insurgentes contra la desposesión al margen del proceso de trabajo se han situado en general en los últimos tiempos muy lejos de la izquierda, a veces por razones ideológicas pero también, en otros casos, simplemente por razones pragmáticas y organizativas, derivadas de la propia naturaleza de tales luchas. La variedad de esas luchas contra las formas capitalistas de desposesión era y es asombrosa, sin apenas conexiones entre ellas: las luchas del pueblo Ogoni en el delta del Níger contra la degradación de sus tierras por la compañía petrolífera Shell; los movimientos campesinos contra la biopiratería y la expropiación de tierras; las luchas contra los alimentos genéticamente modificados y en defensa de los sistemas de producción locales; las luchas por preservar el acceso de las poblaciones indígenas a las reservas forestales, restringiendo las actividades de las compañías madereras;

las luchas políticas contra la privatización; los movimientos que reivindican derechos laborales o para las mujeres en los países en vías de desarrollo; las campañas para proteger la biodiversidad y evitar la destrucción del hábitat; cientos de protestas contra los programas de austeridad impuestos por el FMI y largas campañas contra la construcción de presas respaldada por el Banco Mundial en la India y en Latinoamérica; etc. Todas esas movilizaciones han formado parte de una combinación mudable y heterogénea de protestas en todo el mundo que se han ganado cada vez más titulares desde la década de los ochenta. Esos movimientos y revueltas que desafiaban la acumulación por desposesión han sido frecuentemente aplastados sin piedad, en nombre «del orden y la estabilidad», por los poderes estatales subalternos con el apoyo militar de los principales ejércitos (en particular el estadounidense, con el británico y el francés como socios menores), o en otros casos mediante fuerzas especiales entrenadas por ellos.

* * * * *

Los movimientos contra la desposesión de uno u otro tipo son no sólo variados sino inconexos, tanto geográficamente como en sus principios organizativos y objetivos políticos. A menudo muestran contradicciones internas o se enfrentan entre sí, como cuando poblaciones indígenas reclaman la devolución de ciertas zonas que los grupos ecologistas consideran en cambio decisivas para proteger la biodiversidad; su orientación política y forma de organización también es notablemente diversa, debido en parte a las distintas condiciones geográficas en las que nacen tales movimientos. Los insurgentes zapatistas chiapanecos, por ejemplo, indignados por la pérdida de control sobre su propia tierra y los recursos locales, así como por la falta de respeto hacia su historia cultural, no pretendían tomar el poder del Estado ni llevar a cabo una revolución política, sino impulsar a toda la sociedad civil de Chiapas a una búsqueda más abierta y fluida de alternativas, coherentes con sus necesidades específicas como formación cultural diferenciada y que les permitieran recuperar su dignidad y respeto por sí mismos. El EZLN evitaba el vanguardismo y se negaba a asumir el papel de un partido político, prefiriendo buscar la formación de un bloque de poder en el que la cultura indígena fuera central y no periférica para las instituciones políticas y tratando de realizar algo así como una revolución pasiva en la lógica territorial de poder ejercida por el Estado mexicano.

El efecto genérico de tales movimientos ha sido situar el terreno de la organización política en un plano relativamente alejado de los partidos políticos y sindicatos tradicionales (aunque éstos no desaparezcan, por supuesto), tendente en conjunto a una dinámica política de acción social menos concentrada, repartida por todo el espectro de la sociedad civil. Surge así un modelo organizativo muy diferente del

que se construyó históricamente en torno al movimiento obrero; los dos tipos de desposesión dan lugar a aspiraciones y formas organizativas en conflicto. Lo que el movimiento amplio que atraviesa la sociedad civil pierde en concentración lo gana en términos de relevancia, precisamente porque en determinados contextos geográficos conecta muy directamente con la política de la vida cotidiana.

En la izquierda hay diversas corrientes de pensamiento enfrentadas sobre cómo organizar una acción política eficaz. Algunas divergencias vienen de antiguo y siguen marcando hasta hoy el terreno en el que se mueve la izquierda tanto teórica como prácticamente. Curiosamente, es en la propia izquierda donde menos ha penetrado la amnesia que prevalece en otros ámbitos y que incluso llega a hacerse desear observando el encarnizamiento con que se mantienen discrepancias derivadas de las escisiones entre anarquistas y marxistas de la década de 1870, entre trotskistas, maóístas y comunistas ortodoxos casi un siglo después, entre los centralizadores que quieren apoderarse del Estado y los anarquistas y autogestionarios antiestatistas. Pero, más allá de esas facciones políticas y sectas revolucionarias tradicionales, todo el campo de la acción política ha experimentado una transformación radical desde mediados de la década de los setenta. El terreno de la acción y las posibilidades políticas ha cambiado, tanto geográfica como organizativamente.

Existen ahora gran número de organizaciones no gubernamentales que desempeñan un papel político apenas concebible hasta mediados de la década de los setenta. Esas ONG, financiadas tanto por el Estado como por grupos de interés privados, en las que suelen participar pensadores y organizadores idealistas (constituyen un vasto programa de empleo) y dedicadas en su mayor parte a una sola cuestión (medio ambiente, pobreza, derechos de las mujeres, campañas contra la esclavitud y el tráfico de seres humanos, etc.), se abstienen en general de planteamientos directamente anticapitalistas aunque impulsen ideas y causas progresistas. En algunos casos, no obstante, son declaradamente neoliberales, defendiendo la privatización de funciones del estado del bienestar o promoviendo reformas institucionales para facilitar la integración en el mercado de poblaciones marginadas (un ejemplo clásico son las microfinanzas para gente con bajos ingresos y los microcréditos para trabajadores autónomos y microempresas).

Aunque en ese mundo de las ONG hay muchas personas con ideas avanzadas y una gran dedicación, sus resultados no suelen ir más allá de un alivio transitorio, aunque en ciertas áreas como los derechos de la mujer, la asistencia sanitaria y la preservación del medio ambiente hayan realizado importantes contribuciones a la mejora de las condiciones de vida. Pero lo que las ONG no pueden obtener es un cambio revolucionario; están demasiado constreñidas por los condicionantes políticos derivados de su dependencia financiera y, aunque su apoyo al empoderamiento local facilite la experimentación de alternativas anticapitalistas, hacen bien poco por

evitar su reabsorción en las prácticas capitalistas dominantes e incluso la alientan a veces. El poder colectivo de las ONG en estos tiempos se refleja en el papel dominante que desempeñan en el Foro Social Mundial, donde se han concentrado durante los últimos diez años los esfuerzos por forjar un movimiento global por la justicia y una alternativa global al neoliberalismo.

La segunda corriente en sentido amplio de la oposición es la que constituyen las organizaciones de base, anarquistas y autogestionarias, que rechazan la financiación externa aunque algunas de ellas dependan de algún tipo de institución (como las «comunidades de base» de la Iglesia católica en Latinoamérica o las de otras Iglesias en algunos barrios pobres de Estados Unidos, que también patrocinan cierto tipo de movilizaciones políticas). Es una corriente muy heterogénea (de hecho hay amargas disputas entre sus diversos grupos, que enfrentan por ejemplo a los anarquistas sociales con aquellos que sólo hacen gala de anarquismo en su «estilo de vida»). Todos ellos comparten no obstante el rechazo a negociar con el poder estatal y el énfasis en la sociedad civil como la esfera en la que se debe realizar el cambio. La autoorganización de la gente en las situaciones cotidianas en las que vive debería ser para ellos la base de cualquier alternativa anticapitalista. Su modelo organizativo preferido son las redes horizontales y, en cuanto a lo económico, las llamadas «economías de la solidaridad» basadas en el trueque y en sistemas de producción colectivos a escala local. Suelen oponerse a la idea de que sea necesario ningún tipo de dirección central y rechazan las relaciones sociales y las estructuras de poder jerárquicas, así como los partidos políticos convencionales. En todas partes se pueden encontrar organizaciones de ese tipo y en algunas han alcanzado un alto nivel de relevancia política. Algunas de ellas son radicalmente anticapitalistas y preconizan objetivos revolucionarios, utilizando incluso el sabotaje y otras formas de violencia (como lo hicieron las Brigadas Rojas italianas, la Fracción del Ejército Rojo alemana y el Weather Underground estadounidense en la década de los setenta). Pero, dejando a un lado esos dislates, la eficacia de tales movimientos se ve limitada por su incapacidad o renuencia a adoptar formas organizativas capaces de afrontar problemas globales. El axioma de que el único nivel significativo de cambio es la acción local y de que cualquier asomo de jerarquía es antirrevolucionario los incapacita para abordar cuestiones más amplias, pero también es cierto que esos movimientos proporcionan una plataforma para la experimentación de políticas anticapitalistas.

La tercera corriente es producto de la transformación acontecida en las organizaciones tradicionales de la clase obrera y de la izquierda, desde los partidos políticos socialdemócratas a otros más radicales, comunistas o trotskistas. Esta tendencia no es hostil a la conquista del poder del Estado ni a formas jerárquicas de organización. De hecho, considera estas últimas necesarias para poder integrar organizaciones políticas a distinta escala. Durante los años en que la socialdemocracia era hegemónica en Europa e influyente hasta en Estados Unidos, el control del Estado sobre la distribución del excedente

se convirtió en un instrumento decisivo para mitigar las desigualdades; pero aquel planteamiento político fracasó al no asumir el control social sobre la producción y no llegar a desafiar realmente el poder de la clase capitalista. En cualquier caso, aunque quedaran claras las insuficiencias de aquel modelo político basado en el bienestar social y la economía keynesiana, no se deben olvidar los avances que supuso.

Tanto el movimiento obrero organizado como los partidos políticos de izquierda han sufrido duros golpes en el mundo capitalista avanzado durante los últimos treinta años, viéndose obligados a aceptar genéricamente la neoliberalización, aunque pretendan que adopte un rostro más humano. Una forma de entender el neoliberalismo, como señalé en su momento, es como un gran movimiento revolucionario (por tal se tenía al menos su impulsora Margaret Thatcher) para privatizar los excedentes o al menos evitar que siguieran socializándose.

Aunque se pueden observar algunas señales de recuperación, tanto del movimiento obrero organizado como de los partidos políticos de izquierda (a diferencia de la muy celebrada «tercera vía» del nuevo laborismo en Gran Bretaña bajo Tony Blair, desastrosamente copiada por muchos partidos socialdemócratas en Europa), así como del surgimiento de partidos políticos más radicales en diversas partes del mundo, la premisa de que sea una vanguardia de trabajadores la que encabece la transformación es muy cuestionada, como lo es la capacidad de los partidos de izquierda que han obtenido cierto acceso al poder político de modificar sustantivamente el desarrollo del capitalismo y corregir la perturbada dinámica de la acumulación proclive a las crisis. La ejecutoria del partido verde alemán en el poder no ha sido precisamente brillante comparada con su actitud política fuera del poder, mientras que los partidos socialdemócratas han perdido la brújula como fuerza política cuando no se han asentado en el papel de gestores benevolentes del capitalismo. Pero los partidos políticos de izquierda y los sindicatos son todavía significativos y su conquista de ciertas franjas del poder estatal, como en el caso del Partido de los Trabajadores en Brasil o el movimiento bolivariano en Venezuela, ha influido notablemente sobre el pensamiento de izquierdas, y no sólo en Latinoamérica. En cuanto al papel del Partido Comunista en China y cuál puede ser su evolución futura, parece un problema difícil de interpretar que quizá todavía no esté enteramente resuelto.

La teoría de la revolución conjunta esbozada anteriormente sugiere que no hay forma de construir un orden social anticapitalista sin conquistar el poder del Estado, transformarlo radicalmente y remodelar el marco constitucional e institucional que actualmente sustenta la propiedad privada, el sistema de mercado y la acumulación sin fin de capital. La competencia interestatal y las luchas geo-económicas y geopolíticas sobre cualquier cosa, desde el comercio y el dinero a cuestiones de hegemonía, son demasiado significativas para dejarlas en manos de los movimientos sociales locales o para dejarlas al margen por su magnitud. En la búsqueda de alter-

nativas a la economía política capitalista, no se puede ignorar la necesidad de remodelar toda la arquitectura del nexo Estado-finanzas ni la acuciante cuestión de la medida común del valor dada por el dinero. Ignorar al Estado y la dinámica del sistema interestatal es una idea demasiado ridícula para que ningún movimiento anticapitalista revolucionario la acepte.

La cuarta corriente está constituida por todos los movimientos sociales que se guían, no tanto por una filosofía política o una inclinación particular, sino por la necesidad práctica de resistir frente al desplazamiento y la desposesión (debidos a la gentrificación, el desarrollo industrial, la construcción de presas, la privatización del agua, el desmantelamiento de los servicios sociales, la sanidad y la educación pública y muchas otras). En este caso el foco puesto en la vida cotidiana en la ciudad, pueblo, barrio, etc., proporciona una base material para la organización política contra las amenazas que la política del Estado y los intereses capitalistas tratan de imponer invariablemente a los sectores de población más vulnerables.

También son muy variados los movimientos sociales de ese tipo, y algunos de ellos pueden radicalizarse a medida que van cobrando conciencia de que los problemas que afrontan son sistémicos y no sólo particulares o locales. La conjunción de tales movimientos sociales en alianzas por la tierra (como el Movimiento de los Sin Tierra en Brasil o las movilizaciones de campesinos en la India contra la expropiación de tierras y recursos por las grandes corporaciones capitalistas) o en contextos urbanos (los movimientos vecinales en Brasil y ahora en Estados Unidos) sugiere cómo se pueden abrir para crear alianzas más amplias con el fin de debatir y afrontar a las fuerzas sistémicas que impulsan la gentrificación, la construcción de presas, la privatización o cualquier otra desposesión. Esos movimientos, impulsados por el pragmatismo más que por preconcepciones ideológicas, pueden llegar sin embargo a una comprensión sistémica a partir de su propia experiencia. En la medida en que muchos de ellos coexisten en el mismo espacio, como en las metrópolis, pueden (como al parecer sucedió con los obreros fabriles en las primeras fases de la Revolución industrial) hacer causa común y comenzar a forjar, sobre la base de su propia experiencia, una conciencia de cómo funciona el capitalismo y qué es lo que hay que hacer colectivamente. Éste es el terreno en el que tiene mucho que decir la figura del «intelectual orgánico» sobre la que tanto trabajó en las primeras décadas del siglo XX el autor marxista Antonio Gramsci, esto es, el autodidacta que llega a entender el mundo y el capitalismo de primera mano a través de amargas experiencias. Escuchar a los líderes campesinos del MST en Brasil o del movimiento contra la expropiación de tierras en la India es una educación privilegiada. En este caso la tarea de los indignados con formación superior consiste en ampliar las voces subalternas de manera que se preste atención a las circunstancias de la explotación y la represión y a las respuestas que pueden configurar un programa anticapitalista.

La quinta corriente favorable al cambio social está formada por los movimientos de emancipación en torno a cuestiones de identidad: mujeres, niños, gays, minorías étnicas y religiosas que reivindican un trato igualitario. Los movimientos por la emancipación en cada una de esas cuestiones son geográficamente desiguales y a menudo están geográficamente divididos en términos de necesidades y aspiraciones. Pero las conferencias globales sobre los derechos de las mujeres (Nairobi 1985, que condujo a la declaración de Pekín de 1995) y contra el racismo (la conferencia mucho más dividida de Durban en 2009) intentan encontrar un terreno común y no hay duda de que las relaciones sociales están cambiando en todas esas dimensiones, al menos en algunas partes del mundo. Cuando esos movimientos se plantean en términos estrechamente esencialistas, pueden parecer antagónicos a la lucha de clases, y lo cierto es que gran parte del mundo académico ha dado prioridad a ese estatus diferenciado a expensas del análisis de clase y la economía política; pero la feminización de la fuerza de trabajo global y de la pobreza en casi todas partes, así como el empleo de las diferencias de género como medio de control de la mano de obra, hacen de la emancipación y liberación final de las mujeres de su represión específica una condición necesaria para la clarificación de la lucha de clases. Lo mismo se puede decir de otros tipos de lucha identitaria contra la discriminación o la represión directa. El racismo y la opresión de las mujeres y niños formaron parte del ascenso del capitalismo; pero éste, tal como está actualmente constituido, puede en principio sobrevivir sin esas formas de discriminación y opresión, aunque su capacidad política de hacerlo se verá severamente restringida, si no mortalmente herida, frente a una fuerza de clase más unida. La modesta adopción del multiculturalismo y de los derechos de las mujeres dentro del mundo empresarial, particularmente en Estados Unidos, ofrece ciertas pruebas de la acomodación del capitalismo a esas dimensiones del cambio social, pero también pone de mayor relieve la importancia de las divisiones de clase como dimensión primordial de la acción política.

Esas cinco corrientes genéricas no se excluyen mutuamente ni comprenden todos los matices organizativos de la acción política. Algunas organizaciones combinan incluso distintos aspectos de todas ellas. Pero queda mucho por hacer para unificarlas en torno a la misma cuestión básica: ¿puede cambiar el mundo material, social, mental y políticamente para superar, no sólo el terrible estado de las relaciones sociales y naturales en tantos lugares, sino también la perpetuación del crecimiento exponencial sin fin? Ésta es la cuestión que los indignados deben preguntarse, una y otra vez, y aprender de quienes experimentan directamente el dolor y son más aptos para organizar la resistencia sobre el terreno a las terribles consecuencias del crecimiento exponencial.

Los comunistas, según decían Marx y Engels en el *Manifiesto comunista*, no se organizan en un partido político aparte, sino que son simplemente los que en todo momento y en todo lugar entienden mejor los límites, fallos y tendencias destructivas del orden capitalista, así como las innumerables máscaras ideológicas y falsas legitimaciones que los capitalistas y sus apologistas (en particular los medios de comunicación) elaboran a fin de perpetuar su poder de clase. Los comunistas son los que trabajan incesantemente para dar lugar a un futuro distinto del que pretende el capitalismo. Ésta es una definición interesante. Aunque el comunismo institucionalizado tradicional está muerto y enterrado, según ella hay millones de comunistas de facto activos entre nosotros, dispuestos a actuar según lo que entienden va a seguir creativamente los imperativos anticapitalistas. Si, tal como declaraba el movimiento antiglobalización de finales de la década de los noventa, «otro mundo es posible», ¿por qué no decir también «otro comunismo es posible»? Las actuales circunstancias del desarrollo capitalista demandan algo de ese tipo, si se pretende lograr un cambio fundamental.

El término «comunismo» está desgraciadamente tan cargado que será difícil reintroducirlo, como algunos quieren hacer ahora, en el discurso político. En Estados Unidos sería aún más difícil que en Francia, Italia, Brasil o incluso en Europa central; pero en cierto modo el nombre es lo que menos interesa. Quizá deberíamos limitarnos a definir el movimiento, nuestro movimiento, como partido anticapitalista o Partido de la Indignación, dispuestos a combatir y derrotar al partido de Wall Street y a sus acólitos y apologistas en todas partes, y dejarlo así. La lucha por la supervivencia con justicia no sólo prosigue, sino que comienza de nuevo. A medida que se refuerza la indignación moral contra la economía de la desposesión que sólo redundará en beneficio de una clase capitalista aparentemente todopoderosa, movimientos políticos tan dispares como los que se han descrito comienzan necesariamente a confluir, trascendiendo las barreras del espacio y el tiempo.

Pero entender la necesidad política de esa confluencia requiere en primer lugar descifrar el enigma del capital. Una vez que se le arranca la máscara y sus misterios quedan al desnudo, es más fácil ver qué es lo que hay que hacer y por qué, y cómo empezar a hacerlo. El capitalismo nunca caerá por sí solo. Habrá que derribarlo. La acumulación de capital no cesará nunca de por sí, sino que habrá que interrumpirla. La clase capitalista nunca cederá voluntariamente su poder, sino que habrá que arrebatárselo.

Hacer lo que hay que hacer requerirá tenacidad y determinación, paciencia y astucia, así como compromisos políticos firmes nacidos de la indignación moral por lo que el crecimiento exponencial explotador le está haciendo a todas las facetas de la vida humana y de otro tipo sobre el planeta tierra. Ya en el pasado han tenido lugar movilizaciones políticas que afrontaban esa tarea, y seguramente pueden resurgir. En mi opinión, hace tiempo que llegó la hora de hacerlo.

Epílogo

Ciertamente hay guerra de clases; pero es la mía, la clase de los ricos, la que la ha declarado, y la estamos ganando.

Warren Buffett, «el sabio de Omaha»

Cuando los gobernantes y los economistas expertos parecen tan despreocupadamente inconscientes del carácter proclive a las crisis del capitalismo, cuando ignoran tan alegremente las señales de alarma que claman en torno a ellos y califican los años de inestabilidad y desazón desde que entramos en el nuevo milenio como «de gran moderación», se puede perdonar a la gente de la calle que entienda tan mal qué es lo que la golpea cuando sobreviene una crisis y que confíe tan poco en las explicaciones que los expertos les ofrecen. Ahora que los economistas han confesado que no entienden los «riesgos sistémicos» inherentes al capitalismo de libre mercado, parecen no tener ni idea tampoco de qué hacer con ellos. Un antiguo economista jefe del Fondo Monetario Internacional dice: «Sabemos vagamente qué es un riesgo sistémico y qué factores podrían estar relacionados con él, pero suponer que existe una ciencia bien desarrollada al respecto es una exageración». En un artículo de fondo publicado en el verano de 2010, el FMI consideraba el estudio del riesgo sistémico «en su infancia». En la teoría marxista (a diferencia de lo que sucede en la miope teoría económica neoclásica o financiera), el «riesgo sistémico» alude a las contradicciones fundamentales de la acumulación de capital. El FMI podría evitarse muchos problemas estudiándola. En este libro he tratado de ilustrar, tan claramente como podía, las razones de la proclividad del capitalismo a las crisis (como la que estamos todavía atravesando), el papel de éstas en la reproducción del capitalismo y los riesgos sistémicos a largo plazo que el capital supone para la vida en el planeta Tierra.

El capital, concluía, nunca resuelve su tendencia a la crisis, sino que sólo la desplaza en círculo a su alrededor, y lo hace en un doble sentido, de una parte del mundo a otra y de un tipo de problema a otro. Así la crisis que estalló inicialmente en el mercado de la vivienda en el sur y sudoeste de Estados Unidos (junto con las del Reino Unido, Irlanda y España) impactó sobre los mercados financieros de Nueva York y Londres antes de «hacerse global» y amenazar al comercio mundial casi en todas partes (después de pasar por los bancos de Islandia, Dubai World, la bancarrota de Letonia, el desastre presupuestario de California y las crisis de la deuda griega e irlandesa). Aunque existen algunos sistemas bancarios nacionales, como los de Irlanda, Portugal y España, que requerirán nuevos rescates dado el elevado volumen de activos tóxicos que ha dejado el *boom* del mercado inmobiliario ficticio que precedió a la crisis, el sistema financiero global parece haberse estabilizado gracias a los parches de varias intervenciones gubernamentales. El resultado ha sido desplazar la carga de la crisis de los bancos a la deuda nacional de los Estados. En Norteamérica y Europa la respuesta a la hinchazón de la deuda pública ha consistido en proponer y poner en práctica medidas draconianas de austeridad para reducir la deuda recortando los servicios del Estado y amenazando el bienestar público.

Sin embargo, en algunas partes del mundo la crisis ha quedado atrás hace tiempo. Incluso en Estados Unidos la recesión fue declarada estadísticamente superada en junio de 2009. Si se pregunta por la «crisis económica» en Brasil, Argentina, India o Australia, la respuesta será: «¿Qué crisis? Ése es su problema, no el nuestro». La miopía geográfica es, desde luego, bastante corriente. Aunque en Europa occidental y Norteamérica muchos realizaron generosas donaciones a las víctimas del *tsunami* que golpeó el océano Índico en diciembre de 2004, no prestaron la menor atención a los 15 millones de indonesios que perdieron su empleo en el colapso económico de 1997-1998 ni al enorme incremento del desempleo en Argentina durante su crisis en 2001-2002. Aquéllas fueron sus crisis económicas y su error, no el nuestro.

Cuando escribo estas líneas (diciembre de 2010), existe una profunda sensación —así como muchas pruebas tangibles— de que la crisis prosigue en Estados Unidos y en gran parte de Europa. El desempleo es el mayor problema. Un documento de debate conjunto publicado por el FMI y la Organización Internacional del Trabajo en septiembre de 2010 estimaba que la pérdida neta global de empleo durante la recesión de 2007-2009 fue de 30 millones de puestos de trabajo. De los 20 millones que se pueden documentar mediante las estadísticas oficiales, tres cuartas partes se localizan en las economías avanzadas, destacando Estados Unidos con 7,5 millones, España con 2,7 millones y el Reino Unido con 0,9 millones. Las pérdidas netas de empleo fueron mucho menos marcadas en las economías de los mercados emergentes; aunque China informaba de tres millones de empleos perdidos, dado el enorme

tamaño de su mercado laboral, se puede considerar un golpe serio pero no catastrófico. Curiosamente se registraron pequeños aumentos de empleo en algunas economías de bajos ingresos (debido en parte al desplazamiento de empresas desde China en busca de mano de obra aún más barata en el sur y el sudeste de Asia).

La crisis financiera iniciada en 2007 ha tenido pocos efectos duraderos en muchos países del mundo. La recuperación del crecimiento en China (más del 10 por 100 en 2010, habiendo caído brevemente hasta el 6 por 100 a principios de 2009) e India (con tasas de crecimiento que pueden pronto superar a las de China) tiene como paralelo el fuerte crecimiento de todas las áreas del mundo orientadas hacia el comercio con China. Los países que le suministran materias primas, como Australia y Chile, atravesaron la crisis prácticamente indemnes. En otros casos se produjeron ajustes en las pautas del modelo comercial, como la decuplicación del comercio con China por parte de Brasil y Argentina desde el año 2000. El resultado ha sido la vigorosa reanudación del crecimiento económico en diversos países de Latinoamérica (cercana al 8 por 100 en Argentina y Brasil), aunque al precio de convertir buena parte de la tierra en una vasta plantación de habas de soja, lo que puede tener consecuencias medioambientales notablemente dañinas. A los países que exportan equipos de alta tecnología a China, en particular Alemania, también les ha ido bastante bien.

El desempleo y la destrucción de puestos de trabajo están muy concentrados en Estados Unidos y desigualmente por toda Europa. Las tasas oficiales de desempleo aumentaron en 11 puntos porcentuales en España, 9 en Holanda, 5 en Estados Unidos y entre 3 y 4 en Grecia, Portugal, el Reino Unido, Suecia e Italia; pero la tasa de desempleo ha permanecido baja en los Países Bajos; cayó incluso en Alemania (en parte debido a la decisión política de reducir las horas de trabajo en lugar de despedir a los trabajadores cuando disminuían las ventas) y apenas se modificó en Corea del Sur y China (pese a los tres millones de empleos perdidos de los que se informó en 2008).

La persistencia de la destrucción de empleo en Estados Unidos parece reproducir la misma pauta que en las dos ocasiones anteriores (1990-1992 y 2001-2002), que fueron seguidas por «recuperaciones sin aumento del empleo», sólo que esta vez parece una «recuperación que crea desempleo». Además, la proporción de los desempleados considerados «de larga duración» (sin trabajo durante más de seis meses), que nunca pasaron de una cuarta parte en el pasado, ahora constituyen más de la mitad de la gente sin empleo. Cuando los trabajadores desesperanzados y los que sólo encuentran un empleo temporal insatisfactorio se añaden a la tasa oficial de desempleo cercana al 10 por 100, se ve que es cerca de una quinta parte de la población estadounidense en condiciones de trabajar la que carece de un empleo adecuado. La existencia de una vasta reserva de trabajadores desempleados ha ejercido una presión a la baja sobre los salarios y las condiciones de trabajo para los que sí dispo-

nen de empleo. La quiebra negociada de General Motors condujo a la creación de un sistema de trabajo de dos escalones en el que la gente que se incorpora al mercado laboral acepta menores salarios y prestaciones que los ya empleados. Ese sistema de dos escalones se ha extendido ahora a gran parte de Estados Unidos, con lo que se han reavivado los beneficios en lo que la prensa económica califica como una «velocidad endiablada» desde su mínimo a finales de 2008, contribuyendo a relanzar también una recuperación bursátil, así como el estilo de vida derrochador de los privilegiados de Wall Street. Pero todo eso se produce a expensas de una intensificación de la caída tendencial de los salarios iniciada a finales de la década de los sesenta. La proporción de los salarios en la renta nacional ha seguido disminuyendo mientras que la proporción de los beneficios ha aumentado a niveles anteriores a la crisis. Un efecto colateral del desempleo es que siguen los desahucios que desencadenó el crac de 2007 y que la toxicidad de las carteras de activos empeora. La tasa mensual de expedientes de desahucio iniciados cayó desde un máximo de 142.000 en abril de 2009 hasta un poco más de 100.000 en agosto de 2010, pero el número de desalojos reales alcanzó un máximo histórico de 95.000 en el mismo mes. Las instituciones financieras se hicieron con la propiedad legal de más de un millón de viviendas en 2010. No es pues de extrañar que la confianza de los consumidores se recupere tan lentamente y que el mercado de consumo permanezca hundido.

Esa situación en Estados Unidos (y en muchos países de Europa) ¿es una necesidad económica o el resultado de una decisión política? La respuesta es que ambas cosas, pero el aspecto político es ahora más evidente que hace un año. En gran parte del mundo capitalista avanzado, tras un flirteo inicial con la posibilidad de una recuperación del keynesianismo, la crisis de la deuda soberana se ha convertido en una excusa de la clase capitalista para dismantelar lo que quedaba del estado de bienestar mediante una política de austeridad. Al capital siempre le ha resultado desagradable internalizar los costes de la reproducción social (el cuidado de los niños, los enfermos, los mutilados y los ancianos, los costes de la Seguridad Social, la educación y la sanidad). Durante las décadas de los cincuenta y sesenta muchos de esos costes sociales se internalizaron, bien directamente (pensiones y planes sanitarios de las empresas) o indirectamente (servicios financiados con los impuestos para el conjunto de la población). Pero todo el periodo del capitalismo neoliberal desde mediados de la década de los setenta se ha visto marcado por un empeño del capital por liberarse de esas cargas, obligando a la población a arreglárselas por su cuenta pagando por esos servicios. Tal como nos han dicho afamadas voces de la derecha en la política y en los medios, los cuidados individuales y familiares son cuestión de responsabilidad personal, no una obligación del Estado.

Algunas áreas importantes están todavía por privatizar, en particular la Seguridad Social y las pensiones estatales para los ancianos (aunque en Chile, por ejemplo, am-

bas se han privatizado hace tiempo). El actual énfasis en la austeridad no es por tanto más que un paso más en ese camino hacia la individualización de los costes de la reproducción social. El asalto contra el bienestar de la población anuncia otros, no sólo contra los últimos reductos del poder sindical en muchos países, los sindicatos del sector público, sino también contra los sectores de la población que dependen más directamente de la protección del Estado (como los estudiantes, desde Atenas hasta París, Londres y Berkeley). Ese asalto ha suscitado zozobra y revueltas tales que hasta el FMI ha tratado de advertir a los gobiernos más inclinados hacia la derecha de que corren el riesgo de provocar una importante rebelión social. Las señales de agitación que comenzaron a mostrarse en Europa durante el otoño de 2010 sugieren que el FMI podría estar acertado.

Los argumentos económicos con los que se pretende justificar la política de austeridad son como mucho turbios y en el peor de los casos claramente contraproducentes. Los analistas más responsables estiman que las medidas anunciadas por el gobierno conservador británico recientemente elegido en octubre de 2010 dejarán sin trabajo alrededor de 1,6 millones de personas en los próximos tres años; cerca de 500.000 en el sector público y el otro millón principalmente en la parte del sector privado que mantiene contratos con el gobierno. La idea de que el sector privado cubra el hueco sin ayuda, cuando lo más que ha sido capaz de hacer en cuanto a crear empleos en Gran Bretaña se sitúa en torno a los 300.000 anuales, no es más que un deseo piadoso, por decirlo educadamente. La reciente victoria republicana en la Cámara de Representantes estadounidense augura que los llamados «halcones del déficit» intervendrán notablemente en todo, excepto quizá en la renovación del enorme descuento en los impuestos para los sectores más ricos de la población, pese a su gran influencia en el déficit.

Pero, aunque los demócratas mantuvieran las riendas del poder, no tienen ánimo suficiente como para plantar cara a los halcones del déficit a fin de ayudar al pueblo. El «partido de Wall Street», como yo lo llamo, es demasiado poderoso, dado que financia las campañas electorales tanto de los republicanos como de los demócratas. Y, a medida que pasa el tiempo, va quedando cada vez más claro que el presidente Obama forma parte también de ese partido.

Lo que se está haciendo actualmente en Estados Unidos es de hecho lo mismo que se ha hecho una y otra vez desde principios de la década de los ochenta, tanto en ese país como en otros. En 1982, por ejemplo, una crisis de deuda golpeó a muchos países en desarrollo, siendo México el más perjudicado debido al error de endeudarse mucho con los bancos de inversión de Nueva York. La suspensión de pagos de su deuda habría dañado considerablemente a éstos, por lo que el Tesoro estadounidense y el FMI rescataron a México para que saldara sus deudas con los banqueros, pero lo hizo exigiéndole medidas de austeridad tan severas que dieron

lugar a un descenso del 25 por 100 en el nivel de vida. Rescatar a los bancos y pasarle la cuenta al pueblo ha sido la receta estándar desde entonces. Esto es lo que sucedió en Grecia a principios de 2010 y en Irlanda en otoño. En el caso griego eran los bancos alemanes y franceses los que estaban en riesgo, mientras que en Irlanda los más expuestos eran los bancos británicos. La caída en el nivel de vida de la población griega ha sido palpable e Irlanda no se queda muy atrás. En Estados Unidos el gobierno federal rescató a los bancos el año pasado, por lo que ahora ha llegado el momento de hacerle pagar la cuenta al pueblo más aún de lo que ya se está haciendo en California –con el noveno presupuesto público mayor del mundo–, donde lo único que ha evitado que siguiera el camino de Grecia e Irlanda ha sido el salvaje recorte del presupuesto estatal y las transferencias federales de dinero de los impuestos para apuntalar la Seguridad Social, el seguro médico Medicare y otras cosas por el estilo. La velocidad a la que los inversores comenzaron a retirarse del mercado de bonos exentos de impuestos optando por la deuda local y estatal en diciembre de 2010 sugiere, no obstante, que ése podría ser el foco de la próxima crisis financiera en Estados Unidos. Que se produzcan o no enormes suspensiones de pagos de gobiernos municipales y estatales dependerá de las respuestas del gobierno y la Reserva Federal; pero una crisis de ese tipo sería mucho más difícil de resolver que en el caso del sector bancario, en parte debido a su profundidad y amplitud y, en parte, por razones políticas.

Para Grecia e Irlanda habría sido probablemente mejor declarar la suspensión de pagos; entonces los bancos y los tenedores de bonos habrían compartido las pérdidas con el pueblo. A los tenedores de bonos les habrían «cortado el pelo», como se dice en los círculos financieros. El gobierno argentino lo hizo en 2004, pese a las terribles consecuencias con que lo amenazaban: «Nunca volveréis a ver por aquí a los inversores internacionales»; pero al cabo de un par de años los inversores extranjeros, desesperados por encontrar oportunidades de inversión rentable para su capital excedente, estaban ya alimentando una expansión económica en el país que se mantuvo con breves interrupciones incluso durante los accidentados años de 2007-2009. La austeridad en Grecia e Irlanda ha bloqueado la recuperación económica de esos países, ha empeorado la situación de su deuda y apunta hacia una caída en espiral de austeridad sin fin. A la luz de esa experiencia, voces influyentes en los principales medios de comunicación (incluido un editorial en *The New York Times*) han comenzado finalmente a preguntarse si la suspensión de pagos (educadamente denominada «reestructuración de la deuda») no sería una mejor opción. Hasta Angela Merkel, la canciller alemana, ha apuntado que se esperan después de 2013 serios «cortes de pelo» para los tenedores de bonos, cuando amaine la tempestad en el fondo de rescate europeo. El resultado sería un desplazamiento de al menos una parte de la carga de la crisis sobre los bancos, a los que mucha gente cree que les

corresponde, particularmente dada la inclinación de los banqueros a otorgarse desvergonzadamente tremendas bonificaciones. En el caso griego desplazaría la carga también geográficamente sobre los sistemas bancario francés y alemán –bastante debilitado– y en último término sobre los gobiernos francés y alemán, a los que muchos griegos creen que les corresponde.

Pero descargar el peso de las crisis sobre las espaldas de los trabajadores en beneficio del gran capital es algo que está en la agenda de la derecha y de la clase capitalista desde hace mucho tiempo. El presidente Ronald Reagan contrajo un enorme déficit en la década de los ochenta debido a la carrera de armamentos con la Unión Soviética. También redujo la tasa impositiva a los americanos con mayores ingresos del 72 por 100 a cerca del 30 por 100. Como confesó más tarde su director presupuestario David Stockman, el plan era elevar la deuda y a continuación utilizarlo como excusa para disminuir o demoler la protección y los programas sociales. El presidente George Bush II, otro republicano con el respaldo del Congreso controlado por su partido, siguió el ejemplo de Reagan al pie de la letra. Convirtió el superávit presupuestario de finales de la década de los noventa en un déficit fenomenal entre 2001 y 2009, lanzándose motu proprio a dos guerras, haciendo aprobar un paquete de medidas sobre Medicare que suponían un regalo a las grandes compañías farmacéuticas, así como grandes recortes de impuestos para los más ricos. Según decía la gente de Bush, éstos servirían para acelerar la inversión, pero no fue así (ya que ese dinero se dedicó principalmente a la especulación). También se decía en 2003 que las guerras se costearían por sí mismas con el petróleo iraquí y se atacó despiadadamente, tildándolos de antipatriotas, a los críticos que estimaban que la guerra podía costar 200.000 millones de dólares. Ahora sabemos que han costado dos billones de dólares o más, pero en los años de Bush a nadie le preocupaban las cuentas, porque, como proclamaba fatuamente el vicepresidente Dick Cheney, «¡Reagan nos enseñó que el déficit no importa!».

Lo cierto es que sí importa, pero la mejor forma de reducirlo es estimular el crecimiento. Una parte significativa del déficit actual se debe a la reducción de ingresos debida a la recesión y al creciente desempleo. Comparado con éste, el coste neto de los rescates no ha sido tan grande. En algunos casos el dinero de los rescates se devuelve con intereses. Bastaría reanimar la economía y resolver el problema del crecimiento económico para curar la sangría del déficit mediante el aumento de los ingresos (como se demostró en los años de expansión de la década de los noventa con Clinton). La política de austeridad, como ya he comentado, lleva la economía en la dirección opuesta. Las actuales dificultades económicas en Estados Unidos, Gran Bretaña y gran parte de Europa se ven esencialmente agravadas más por razones políticas que económicas, y la principal es el deseo del capital de desentenderse de la responsabilidad de cubrir los costes de la reproducción social.

El asalto contra el bienestar social de la población proviene del incesante afán de preservar y mejorar la riqueza de los ya acomodados, como reconoce paladinamente Warren Buffett. La desigualdad en los ingresos ha aumentado vertiginosamente en Estados Unidos desde la década de los setenta, hasta el punto de que el 90 por 100 de los estadounidenses posee sólo el 29 por 100 de la riqueza dejando al 10 por 100 restante el control del resto y entre ellos el 1 por 100 más beneficiado posee el 34 por ciento de la riqueza y obtiene el 24 por 100 de los ingresos (tres veces más que en 1970). Todo apunta a que, con algunas excepciones, los más ricos no han salido muy perjudicados de los recientes acontecimientos. Los gestores de los principales fondos de riesgo han aumentado de hecho significativamente su poder (en 2008 George Soros y John Paulson ganaron tres millardos de dólares, por ejemplo). Al tiempo que las autoridades clamaban por la austeridad y la disminución del déficit, los republicanos tuvieron éxito en su empeño de extender las rebajas de impuestos de Bush, que supondrán un regalo de 371.000 dólares anuales cada año al 0,1 por 100 de los contribuyentes estadounidenses más ricos y aumentará el déficit en 700 millardos de dólares durante los próximos diez años. Entretanto, algunos ayuntamientos han cerrado sus departamentos de policía y de bomberos y en algunos casos han apagado incluso la iluminación de las calles por falta de fondos. Cabe imaginar el caos que se produciría si tales recortes draconianos del presupuesto llegaran a las grandes ciudades, con poblaciones ya muy indignadas. Es la peor política que la plutocracia es capaz de imaginar.

La política de proteger a los más pudientes se aplica también en el terreno de las relaciones interestatales. Los países que han superado razonablemente las recientes perturbaciones en razón de su superávit comercial —en particular Alemania y China— se resisten ferozmente a cualquier medida que pueda reducir su ventaja competitiva. Siguen engullendo riqueza a expensas del consumo del resto del mundo. El fracaso del G-20 en cuanto a decidir cualquier medida global coordinada al actual malestar se debe casi enteramente a las diferencias sobre el déficit y superávit comercial apropiado, tipos monetarios y cosas parecidas. La alemana Angela Merkel promueve como principio universal una política de austeridad en lugar de los estímulos a la producción porque eso contribuye a proteger la ventaja exportadora de Alemania. Su ministro de Finanzas llamó recientemente «atolondrado» a un reciente intento de la Reserva Federal estadounidense de estimular la actividad económica y disminuir el desempleo. Tanto los alemanes como los republicanos estadounidenses prefieren que la economía estadounidense permanezca estancada hasta las próximas elecciones. Nuestra primera prioridad —dice Mitch McConnell, el líder republicano del Senado estadounidense— es asegurar que Obama no sea reelegido. La mejor manera de hacerlo es mantener, en nombre del equilibrio presupuestario, una política de austeridad despiadada que impida la recuperación económica. Pero el partido de Wall Street, que ha ganado su batalla por preservar las reducciones de im-

puestos para los más ricos, recobró el sentido. Decidió que dos años de austeridad total era demasiado. Persuadió al Partido Republicano, electoralmente victorioso, a financiar algunas medidas de estímulo pese al déficit, con la esperanza de mantener la recuperación de los beneficios empresariales.

Sin embargo, el mantra de la austeridad no se acepta y practica en todas partes. El mundo se ha bifurcado entre la paranoia del déficit en Norteamérica y Europa y un expansionismo keynesiano en Asia oriental, acaudillada por China. Allí la política es muy diferente y los resultados lo son aún más. La tasa de recuperación del mundo centrado en China, junto con las de la India y Latinoamérica, ha sido notable. Ni el hasta hace poco presidente Luiz Inácio Lula da Silva en Brasil ni la presidenta Cristina Kirchner en Argentina, ni por supuesto el presidente Hu Jintao en China, hablan de austeridad, aunque el último de ellos se siente totalmente feliz alentando a Estados Unidos en su política suicida, como cuestión de simple *Realgeopolitik*.

China, que dispone de un enorme superávit anual y de un sistema bancario fácilmente manipulable por el gobierno central, tendría la posibilidad de llevar a la práctica una política keynesiana aún más radical. El golpe sufrido por los sectores orientados hacia la exportación, la amenaza de un desempleo masivo (recuérdense los tres millones de empleos netos perdidos) y los disturbios a principios de 2009 obligaron al gobierno a actuar con más prudencia. El paquete de estímulos diseñado tenía dos instrumentos: por un lado, se dedicaron cerca de 600 millardos de dólares a proyectos infraestructurales: construcción de autopistas a una escala que deja pequeño el sistema interestatal estadounidense de la década de los sesenta, nuevos aeropuertos, vastos proyectos acuíferos, líneas ferroviarias de alta velocidad y hasta ciudades enteras de nueva construcción; en segundo lugar, el gobierno central obligó a los bancos (los banqueros chinos no tienen la posibilidad de desobedecerlo) a relajar las condiciones del crédito para los proyectos públicos y privados locales.

La cuestión es si esas inversiones incrementarán la productividad nacional. Dado que la integración espacial de la economía china (en particular entre las regiones costeras y el interior) no es ni mucho menos completa, hay razones para creer que así será; pero queda abierta la pregunta de si se podrán saldar las deudas a su debido tiempo o si China se convertirá en el centro de otro crac global. Entre los efectos negativos cabe mencionar la creciente inflación (un frecuente talón de Aquiles en la aplicación de políticas keynesianas) y la desbordante especulación en mercados como el de la vivienda, con una duplicación de los precios en Shanghái y un aumento a escala nacional de más del 10 por 100 en 2009. Hay otras señales perturbadoras de exceso de capacidad en la industria y las infraestructuras —en el centro de China se ha construido una gran ciudad que todavía hay que llenar de residentes— y se rumorea que muchos bancos se han pasado en sus créditos. Las nuevas ciudades construidas en el interior de China buscan desesperadamente a inversores extranjeros, a

juzgar por los centelleantes anuncios en la prensa estadounidense destinados a atraerlos a esta nueva frontera mítica para el capitalismo internacional (que deja en la sombra la turbulenta historia de Dubai World, donde el espectacular exceso en el desarrollo inmobiliario acabó en una bancarrota).

También hay indicaciones del surgimiento de un «sistema bancario en la sombra» que ampara el comercio en activos y préstamos al margen de los canales regulados, repitiendo algunos de los errores que aquejaron al sistema bancario estadounidense desde la década de los noventa. Pero China pasó ya a finales de la década de los noventa por impagos de los créditos que afectaban hasta al 40 por 100 los activos; el gobierno utilizó entonces sus reservas en divisas extranjeras para saldarlos. A diferencia del Plan Paulson de rescate del sistema financiero estadounidense [Programa de Alivio de Activos con Problemas, Troubled Asset Relief Program], aprobado a regañadientes por el Congreso y el presente Bush en octubre de 2008* y que provocó mucho resentimiento público, el gobierno chino puede tomar medidas inmediatas para recapitalizar su sistema bancario, aunque parece más dudoso si podrá o no embridar y controlar el comportamiento del sistema bancario en la sombra. La preocupación por la inflación parece haber aumentado rápidamente en los últimos meses y se han adoptado decisiones, como la de limitar los créditos de los bancos para mantener la tasa anual de crecimiento por debajo del 10 por 100, a fin de frenar la inflación. Esas medidas restrictivas hacen temblar a los mercados globales de valores.

El gobierno chino adoptó finalmente otros aspectos de un programa keynesiano: el estímulo al mercado interno aumentando el empoderamiento de los trabajadores y haciendo frente a las desigualdades sociales. El gobierno central decidió de repente tolerar (o fue incapaz de reprimir) las huelgas espontáneas no organizadas por los sindicatos oficiales controlados por el Partido Comunista, como las de importantes centros como Toyota, Honda y FoxConn (donde un brote de suicidios de trabajadores provocó un escándalo sobre los salarios y las condiciones de trabajo) durante el verano de 2010. Esas huelgas dieron lugar a significativos aumentos salariales (de entre el 20 y el 30 por 100, aproximadamente). La política de contención salarial se invirtió, aunque, si se tiene en cuenta la inflación, la mejora no fue tan impresionante. Pero, a medida que los salarios suben en China, el capital se desplaza a otros lugares donde son menores, como Bangladesh, Camboya y otros países del sudeste de Asia.

El gobierno aumentó las inversiones en cuidados sanitarios y servicios sociales aumentando así el salario social) y ha dado un gran impulso al desarrollo de tecnologías medioambientales, hasta el punto de que China es ahora un líder global en

* Su finalidad era comprar a los bancos los activos tóxicos, reducir la incertidumbre sobre el valor de los restantes y restablecer la confianza en los mercados de crédito; su coste inicial para el Tesoro estadounidense fue de 700 millardos de dólares [N. del T.].

este terreno. El temor a ser llamado socialista o comunista, que enturbia la acción política en Estados Unidos, les suena cómico a los chinos. El mantra estadounidense de que sólo la empresa privada puede tener éxito económico suena hueco, si no ridículo, cuando se confronta al fenomenal crecimiento gestionado por el Estado en China, así como en Singapur, Taiwán y Corea del Sur.

China ha salido claramente de la crisis antes y con más éxito que cualquier otro país. El aumento de la demanda efectiva interna no sólo ha funcionado dentro de China, sino que también ha arrastrado a otras economías, en particular las más cercanas (desde Singapur a Corea del Sur) y a los productores de materias primas (por ejemplo Australia). General Motors fabrica ahora más automóviles y obtiene más beneficios allí que en ningún otro lugar. China consiguió estimular una recuperación parcial del comercio internacional y de la demanda de sus propios artículos para la exportación. Las economías orientadas a la exportación se han recuperado en general, sobre todo en gran parte del este y sudeste de Asia, así como en Latinoamérica, más rápidamente que otras. Las inversiones chinas en deuda estadounidense han contribuido a mantener allí la demanda efectiva para sus productos de bajo coste, aunque hay señales de que las está diversificando gradualmente. El efecto de todo ello ha sido el comienzo de un cambio de hegemonía, desplazándose el poder económico de Occidente a Oriente en la economía global. Aunque Estados Unidos sigue siendo todavía, obviamente, el principal protagonista, ya no puede decidir por sí solo, como quedó claro en la reunión del G-20 en Seúl en noviembre de 2010, en la que Obama apareció aislado y relativamente impotente.

La avidez china de materias primas no sólo ha modificado los términos comerciales en favor de los productores de materias primas (hasta 1990 esos términos eran en general negativos), sino que también ha impuesto una intensificada competencia a largo plazo entre Estados, corporaciones e individuos ricos por el control sobre la tierra, los recursos naturales y otras fuentes relevantes de ingresos rentistas (como los derechos de propiedad intelectual). La política de desposesión vinculada a lo que equivale a una vasta apropiación de tierras a escala global, que comprende gran parte del continente africano, así como de Latinoamérica, Asia central y las pocas regiones vacías que quedan en el sudeste de Asia, ha sido encabezada incuestionablemente por China como recién llegada a esa escena tradicional de competencia entre las grandes potencias y grandes empresas. En algunos países la desposesión de poblaciones enteras, como viene ocurriendo en las regiones ricas en minerales del centro y el nordeste de la India, se ha acelerado pese a la feroz resistencia de los pueblos indígenas. Parece que hay muchos intereses empeñados en asegurarse esos potenciales tesoros para protegerse frente a la amenaza de un eventual colapso económico.

La recuperación de las economías orientadas a la exportación se ha extendido, cabe señalarlo, a la propia Alemania; pero esto nos lleva al problema de las distintas respues-

tas a la crisis en la Unión Europea. Tras un brote inicial de estímulos desde el gobierno, Alemania tomó la dirección, arrastrando junto a ella a una Francia algo más renuente, imponiendo a la Eurozona una política monetaria de reducción del déficit por temor a un rebrote de la inflación. Esa decisión, que encuentra ahora eco en la nueva coalición dirigida por los conservadores en Gran Bretaña, coincidió con un repentino deterioro de las finanzas públicas en otros países. Los llamados PIIGS (Portugal, Irlanda, Italia, Grecia y España) se han visto en graves dificultades financieras, en parte debido a su mala gestión pero también y sobre todo porque sus economías eran particularmente vulnerables al colapso del crédito y al repentino declive de los mercados inmobiliarios y del turismo (financiados en gran medida por el capital especulativo del norte de Europa). Carentes de la base industrial de países como Alemania, no han podido responder adecuadamente a la crisis presupuestaria que amenaza con hundirlos.

Evidentemente, se está abriendo una gran brecha entre las estrategias políticas de unos y otros. Gran parte de Occidente busca el Santo Grial de la reducción del déficit (lo que da lugar a una reducción del nivel de vida) mediante la austeridad, mientras que Oriente, junto con los mercados emergentes del Sur, sigue una estrategia keynesiana expansionista. Si se recupera el crecimiento global, será porque prevalece la vía oriental del estímulo keynesiano.

Pero ahí hay un problema. Como argumento en este libro, una tasa de crecimiento compuesto del 3 por 100 anual para siempre, algo que se acepta empírica y convencionalmente como condición necesaria para un funcionamiento satisfactorio del capitalismo, se está haciendo cada vez menos sostenible. No resulta nada tranquilizadora la forma en que China se está cubriendo de autopistas y automóviles y se está lanzando a una urbanización y construcción de nuevas ciudades a una velocidad vertiginosa, al tiempo que extiende su influencia cada vez más, participando en una vasta apropiación global de tierras y recursos en toda África en particular pero también en otros lugares donde puede encontrar una cabeza de playa, como en Latinoamérica. Las consecuencias medioambientales del ascenso de China son enormes, pero no sólo para China. Su demanda rápidamente creciente de petróleo, carbón, cemento, habas de soja, etc., está transformando gran parte de África, Latinoamérica y Asia central, junto con países como Australia, en productores satélites, sin consideración hacia la degradación de la tierra y el agotamiento de los recursos. En esto los asiáticos orientales están siguiendo meramente, desde luego, las huellas de la trayectoria turbulenta y a menudo bárbara de Occidente en pos de la riqueza y el poder. Pero, si así lo hicimos nosotros, ¿quiénes somos entonces para decirles que deben cejar y desistir, en particular cuando mostramos tan poca voluntad en limitar nuestro propio estilo de vida en virtud de las preocupaciones medioambientales?

El propósito de los programas de estímulo keynesiano no es mantenerse permanentemente, sino cubrir las recesiones coyunturales durante un tiempo, para luego

corregir el déficit cuando mejoren las condiciones. El problema en la década de los sesenta era que resultaba demasiado difícil políticamente corregir el rumbo o reconocer, como dijo en una ocasión William McChesney Martin, presidente durante las décadas de los cincuenta y los sesenta de la Reserva Federal, que la tarea del poder político es «retirar la bandeja cuando la gente todavía se está sirviendo». Ahora estamos sufriendo que Alan Greenspan, el supuesto presidente délfico de la Reserva Federal durante los idílicos años de 1987 a 2006, no hiciera precisamente eso, y ya se verá si los chinos retiran o no la bandeja colmada de manjares en el momento adecuado.

Durante mucho tiempo ha sido evidente, al menos para los observadores desapasionados, que los capitalistas individuales que operan únicamente en su propio interés son dados a comportarse de un modo que lleva colectivamente al capitalismo a una crisis más profunda. Lo mismo se puede decir de los diversos grupos de interés que dominan por un tiempo el poder político y económico: los banqueros ávidos de bonificaciones y los financieros que ahora dictan la agenda de los gobiernos de Washington y Londres; la clase resurgida de los rentistas que extraen rentas, no sólo del control sobre la tierra, inmuebles y recursos, sino también y cada vez más de los derechos de propiedad intelectual, y los capitalistas comerciales como Wal-Mart e Ikea, que someten estrictamente a los productores a su programa de encargos convirtiéndolos en meros peones de sus juegos competitivos. Los individuos y grupos que persiguen su propio interés particular han fracasado casi siempre en cuanto a formular una agenda política coherente y convincente capaz de estabilizar, por no hablar de reanimar, un sistema capitalista achacoso. En todas partes son evidentes las señales de que así está volviendo a suceder ahora. ¿Cómo se puede explicar de otra forma el vasto apoyo financiero dado por los individuos más ricos y los grupos más poderosos de las finanzas y los medios a la política incoherente del Tea Party en Estados Unidos?

Aún más perturbadora es la competencia interestatal por la riqueza y el poder, así como la formación de bloques de poder enfrentados, aunque sólo sea porque los Estados todavía reclaman –y en cierta medida mantienen, ya sea individual o colectivamente (en alianzas como la OTAN)– cierto monopolio sobre los medios de violencia. El mundo político-militar acrecienta con demasiada frecuencia, en lugar de atenuarlas, las contradicciones internas de la acumulación de capital en detrimento de todos excepto los más ricos y más poderosos, peligro bien entendido desde hace mucho tiempo. Como observaba el filósofo político británico William Thompson en 1824, «en comparación con la preservación de esta distribución (de la riqueza), la miseria o felicidad de toda la raza humana se considera algo secundario. Perpetuar los resultados de la fuerza, el fraude y el azar se denomina seguridad y, para mantener esa espuria seguridad, se han sacrificado siempre los poderes productivos de la raza humana». Esto es precisamente lo que ofrece la espuria seguridad de la austeridad, combinada con la del crecimiento acumulativo sin fin.

Lo que ha hecho retroceder en el pasado esa política capitalista incoherente han sido las diversas luchas de los explotados y desposeídos, de los trabajadores contra los capitalistas, de los ciudadanos contra los rentistas y comerciantes depredadores, de poblaciones enteras contra las desvergonzadas exacciones del colonialismo y el imperialismo, junto con luchas más vagas pero no menos influyentes por la justicia, los derechos y un orden social más ético y democrático. Durante los últimos cuarenta años los marcos institucionales organizados de la resistencia frente a los bárbaros afanes del capital se han deteriorado notablemente, dejando tras de sí una extraña combinación de instituciones viejas y nuevas del tipo descrito en el último capítulo, a las que les resulta difícil articular una oposición o un programa alternativo coherente. Esta situación no augura nada bueno ni para el capital ni para el pueblo; suscita una actitud de *après moi le deluge*, del que los ricos fantasean que pueden salvarse en sus arcas bien armadas y aprovisionadas (¿es a eso a lo que apunta la apropiación global de tierras?) dejando que el resto de nosotros le hagamos frente. Pero no pueden esperar flotar por encima del mundo que el capital ha materializado, porque ya no hay literalmente ningún lugar donde ocultarse.

Queda por ver si se puede estructurar en nuestra época otro conjunto de instituciones capaz de salvar al capital de sí mismo y de evitar el resultado que describía Thompson; pero, incluso si se pudieran crear esa política y las instituciones correspondientes, no sólo deberían tener un aspecto muy diferente a las del pasado, sino que tendrían que hacer algo más que esforzarse para generar un capitalismo más civilizado. Habrá que abandonar el intento absurdo de construir un capitalismo ético y justo. En definitiva poco importa, como señaló Adam Smith reconociendo el poder de la mano oculta del mercado para regular el comportamiento humano, si somos gente bien intencionada y con inclinaciones éticas o codiciosos irresponsables y competitivamente destructivos. La lógica de la acumulación sin fin del capital y del crecimiento sin fin nos acompaña permanentemente e internaliza los imperativos ocultos, de los que la mano invisible del mercado sólo es uno, al que nos sometemos de grado o por fuerza, no importa cuáles sean nuestras inclinaciones éticas. Ésa es la praxis dominante, con todas sus subjetividades políticas sutilmente implantadas, contra la que debemos rebelarnos constructivamente si queremos cambiar nuestro mundo de un modo fundamental. Habrá pues que afrontar y superar el problema del crecimiento exponencial asociado a la acumulación sin fin de capital. Ésta es la necesidad esencial de nuestra época.

Desde esa perspectiva a largo plazo, el intento de reanimar el crecimiento capitalista desde el este y el sudeste de Asia y otras regiones como los países ricos del Golfo, generando una versión exagerada del estilo de vida americano («conduce para mantenerte vivo y compra hasta reventar»), es profundamente erróneo. La apropiación de tierras global que se ha desencadenado últimamente es la prueba

irrefutable de ese error. Y, aunque pueda parecer perversamente adecuado, a la luz de los imperativos a largo plazo, condenar a Norteamérica y Europa a un lento crecimiento y a una austeridad sin fin, sólo se hace en defensa de los privilegios de una plutocracia y no permite avanzar ni un milímetro en lo que se refiere a sustituir la imposibilidad del crecimiento exponencial sin fin por las posibilidades infinitas del desarrollo de las capacidades y potencias humanas. El brote de crecimiento capitalista en las economías de mercados emergentes, desde el este y el sur de Asia hasta Latinoamérica, puede contribuir a reequilibrar la distribución global de riqueza y poder y crear así una base más saludable y más igualitaria para lograr una economía global organizada más racionalmente, al tiempo que ofrece un respiro para ir madurando soluciones a más largo plazo. Pero esa oportunidad sólo servirá de algo si se aprovecha para evitar la recaída en los viejos vicios.

Hay que encontrar una alternativa, y es ahí donde resulta decisivo el surgimiento de un movimiento revolucionario conjunto a escala global, no sólo para poner freno a la marea de comportamientos capitalistas autodestructivos (lo que ya de por sí sería un logro significativo), sino también para reorganizarnos a nosotros mismos y comenzar a construir nuevas formas organizativas colectivas, bancos de conocimiento y concepciones mentales, nuevas tecnologías y sistemas de producción y consumo, al tiempo que se experimentan nuevos dispositivos institucionales y nuevas formas de relaciones naturales y sociales y se rediseña una vida cotidiana cada vez más urbanizada.

Aunque el capital nos ha proporcionado abundancia de medios con los que afrontar la tarea de una transición anticapitalista, los capitalistas y sus esbirros harán cuanto esté en su mano para evitar esa transición, por muy imperiosas que sean las circunstancias. Pero la tarea nos corresponde a nosotros, no a los plutócratas. Como decía Shakespeare en su tragedia *Julio César*: «La culpa [...] no es de nuestras estrellas, sino nuestra, porque consentimos ser inferiores». En este momento, como asegura Warren Buffet, su clase va ganando; pero nuestra tarea inmediata es demostrar que no tiene por qué ser así indefinidamente.

David Harvey
Nueva York, enero de 2011

Apéndices

Apéndice I: principales crisis de deuda y rescates, 1973-2009

- 1973-1975 Crac del mercado inmobiliario en Estados Unidos y el Reino Unido, crisis presupuestaria de los gobiernos federales, estatales y locales en Estados Unidos (el de la ciudad de Nueva York estuvo a punto de la quiebra), subida vertiginosa del precio del petróleo y recesión
- 1979-1982 El gran aumento de la inflación y el «tratamiento de choque» del presidente de la Reserva Federal Paul Volcker al elevar los tipos de interés del 10 al 20 por 100 provocaron la llamada Recesión de Reagan, que hizo elevarse el desempleo por encima del 10 por 100 en Estados Unidos y tuvo serias repercusiones en otros lugares
- 1982-1990 Crisis de la Deuda de los Países en Desarrollo (México, Brasil, Chile, Argentina, Polonia, etc.) originada por el «tratamiento de choque» de Paul Volcker. Los bancos de inversión estadounidenses tuvieron que ser rescatados mediante la ayuda a los países deudores organizada por el Tesoro estadounidense y un FMI revitalizado (purgado de keynesianos y armados con programas de «ajuste estructural»)
- 1984 El banco Continental Illinois rescatado por la Reserva Federal y la Corporación Federal de Seguro de Depósitos
- 1984-1992 Quiebras de las instituciones de crédito y ahorro que habían invertido en propiedades inmobiliarias. Cierre y rescate por la Corporación Federal de Seguro de Depósitos de 3.260 instituciones financieras. Recesión en el mercado inmobiliario británico desde 1987

- 1987 Huracán bursátil en octubre de 1987, contrarrestado mediante inyecciones masivas de liquidez de la Reserva Federal y el Banco de Inglaterra
- 1990-1992 Crisis bancaria nórdica y japonesa inducida por el mercado inmobiliario. Rescates del City Bank y del Banco de Nueva Inglaterra en Estados Unidos
- 1994-1995 Rescate del peso mexicano para proteger a los inversores estadounidenses propietarios de deuda mexicana de alto riesgo. Grandes pérdidas en derivados que culminan en la quiebra del Orange County y serias pérdidas para otros gobiernos municipales con parecidas inversiones de alto riesgo
- 1997-1998 Crisis monetaria en Asia (inducida en parte por el mercado inmobiliario). La falta de liquidez obliga a grandes bancarrotas y dispara el desempleo, proporcionando oportunidades a las instituciones depredadoras para obtener grandes beneficios tras los rescates punitivos del FMI (Corea del Sur, Indonesia, Tailandia, etcétera)
- 1998 Rescate del Long Term Capital Management por la Reserva Federal en Estados Unidos
- 1998-2001 Crisis de fuga de capitales en Rusia (que suspende pagos en 1998), Brasil (1999), culminando en la Crisis de la Deuda Argentina (2000-2002) y la devaluación del peso, seguidas de desempleo masivo y agitación política
- 2001-2002 Burbuja punto-com y crac bursátil, quiebras de Enron y WorldCom. La Reserva Federal rebaja los tipos de interés para mantener la subida de la bolsa (comienza la burbuja inmobiliaria)
- 2007-2010 Crisis del mercado inmobiliario en Estados Unidos, el Reino Unido, Irlanda y España, seguida por fusiones y adquisiciones forzadas, bancarrotas y nacionalizaciones de instituciones financieras. Rescates en todo el mundo de instituciones que habían invertido en CDO, fondos de alto riesgo, etc., seguidos de recesión, desempleo y colapsos del comercio exterior a los que se hace frente mediante paquetes de estímulos keynesianos e inyecciones de liquidez por los bancos centrales

Apéndice II: innovaciones financieras y auge de los mercados de derivados en EEUU, 1973-2009

- 1970 Introducción de los títulos respaldados por hipotecas
- 1972 Se inaugura el Mercado de Futuros Monetarios de Chicago
- 1973 Bolsa de Opciones de Chicago; comienza la comercialización de contratos de futuros
- 1975 Comercialización de futuros sobre Letras del Tesoro estadounidense y títulos respaldados por hipotecas
- 1977 Comercialización de futuros sobre los Bonos del Tesoro estadounidense
- 1979 Las operaciones no reguladas *over-the-counter*, en particular en futuros monetarios, se convierten en algo corriente. Surge el «sistema bancario en la sombra»
- 1980 Permutas monetarias
- 1981 Aparecen los seguros de cartera; permutas de los tipos de interés; mercado de futuros en eurodólares, en certificados de depósito y en instrumentos del Tesoro
- 1983 Mercados de opciones monetarias y sobre valores e instrumentos del Tesoro; aparecen las obligaciones garantizadas con títulos hipotecarios (CMO)
- 1985 Ampliación y profundización de los mercados de opciones y futuros; se consolidan las operaciones y modelización informatizada de los mercados; se introducen estrategias de arbitraje estadístico
- 1986 Unificación Big Bang de los mercados de valores, de opciones y monetarios
- 1987-1988 Se introducen las Obligaciones Garantizadas con Deuda (CDO) junto con las Obligaciones Garantizadas con Bonos (CBO) y las Obligaciones Garantizadas con Hipotecas (CMO)
- 1989 Futuros sobre las permutas de tipos de interés
- 1990 Se introducen las permutas de incumplimiento crediticio (CDS) junto con las permutas de tipo de interés y renta variable
- 1991 Se aprueban los instrumentos financieros «fuera de balance» conocidos como «entidades de propósito especial» (SPE) o «vehículos de inversión especial» (SIV)
- 1992-2009 Rápido crecimiento del volumen de operaciones en todos esos instrumentos. El volumen comercializado, insignificante en 1990, ascendió a más de 600 billones de dólares en 2008

Fuentes y lecturas recomendadas

Gran parte de la información detallada que cito a lo largo del texto proviene de fuentes periodísticas, en particular del *New York Times*, el *Guardian* y el *Financial Times*. También me he basado en otros informes sobre la crisis, sobre todo los escritos antes de su estallido durante el verano de 2008, tanto para su análisis teórico como para su comprensión estructural. La idea de una alianza entre los indignados y los desposeídos proviene de Peter Marcuse y le estoy muy agradecido por su formulación. También deseo agradecer a Margit Mayer y a los participantes en mis seminarios de posgrado en el Graduate Center de la City University de Nueva York y en la Freie Universität de Berlín, sus comentarios sobre algunos borradores del texto.

Encontré particularmente útiles como guías teóricas y como fuentes de información detallada las siguientes obras:

- ARRIGHI, G., *The Long Twentieth Century: Money, Power, and the Origins of Our Times*, Londres y Nueva York, Verso, 1994 [ed. cast.: *El largo siglo XX*, Madrid, Akal, 1999].
- ARRIGHI, G. y SILVER, B., *Chaos and Governance in the Modern World System*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 1999 [ed. cast.: *Caos y orden en el sistema-mundo moderno*, Madrid, Akal, 2001].
- BELLAMY FOSTER, J. y MAGDOFF, F., *The Great Financial Crisis: Causes and Consequences*, Nueva York, Monthly Review Press, 2009 [ed. cast.: *La gran crisis financiera: causas y consecuencias*, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 2009].
- BOOKSTABER, R., *A Demon of Our Own Design: Markets, Hedge Funds, and the Perils of Financial Innovation*, Hoboken, NJ, John Wiley, 2007.
- BRENNER, R., *The Boom and the Bubble: The US in the World Economy*, Nueva York, Verso, 2002 [ed. cast.: *La expansión económica y la burbuja bursátil*, Madrid, Akal, 2002].

- COHAN, W., *The Last Tycoons: The Secret History of Lazard Frères & Co.*, Nueva York, Doubleday, 2007.
- DICKEN, P., *Global Shift: Reshaping the Global Economic Map in the 21st Century*, Nueva York, The Guilford Press, 2007. Vale la pena echar un vistazo a ediciones anteriores, a partir de 1986, para apreciar los inmensos cambios geográficos que se han producido en la economía global durante las dos últimas décadas.
- DUMÉNIL, G. y LÉVY, D., *Capital Resurgent: Roots of the Neoliberal Revolution*, Cambridge, MA, Harvard University Press, 2004 (trad. al inglés de D. Jeffers).
- EICHENGREEN, B., YUNG CHUL P. y WYPLOSZ, C. (eds.), *China, Asia and the New World Economy*, Oxford y Nueva York, Oxford University Press, 2008.
- GALBRAITH, J. K., *Money: Whence It Came, Where it Went*, Boston, Houghton, 1975 [ed. cast.: *El dinero*, Barcelona, Ariel, 1996].
- , *A Short History of Financial Euphoria*, Knoxville, TN, Whittle Direct Books, 1993 [ed. cast.: *Breve historia de la euforia financiera*, Barcelona, Ariel, 1993].
- , *The Predator State: How Conservatives Abandoned the Free Market and Why Liberals Should Too*, Nueva York, Free Press, 2008.
- GAUTNEY, H., *Protest and Organization in the Alternative Globalization Era: NGOs, Social Movements, and Political Parties*, Nueva York, Palgrave Macmillan, 2009.
- GREIDER, W., 1989, *Secrets of the Temple: How the Federal Reserve Runs the Country*, Nueva York, Simon and Schuster.
- HARVEY, D., *The Limits to Capital*, Londres, Verso, 2007 [ed. cast.: *Los límites del capitalismo y la teoría marxista*, México, Fondo de Cultura Económica, 1990].
- , *A Brief History of Neoliberalism*, Oxford, Oxford University Press, 2005 [ed. cast.: *Breve historia del neoliberalismo*, Madrid, Akal, 2007].
- HELLEINER, E., *States and the Reemergence of Global Finance: From Bretton Woods to the 1990s*, Ithaca, NY, Cornell University Press, 1994.
- KLEIN, N., *The Shock Doctrine: The Rise of Disaster Capitalism*, Nueva York, Metropolitan Books, 2007 [ed. cast.: *La doctrina del shock: el auge del capitalismo del desastre*, Barcelona, Paidós, 2007].
- MADDISON, A., *Phases of Capitalist Development*, Oxford, Oxford University Press, 1982 [ed. cast.: *Las fases del desarrollo capitalista: una historia económica cuantitativa*, México, Fondo de Cultura Económica, 1986].
- , *Contours of the World Economy, 1-2030 ad: Essays in Macro-Economic History*, Oxford, Oxford University Press, 2007.
- MERTES, T. (ed.), *A Movement of Movements: Is Another World Really Possible?*, Londres, Verso, 2004.
- MILANOVIC, B., *Worlds Apart: Measuring International and Global Inequality*, Princeton, NJ, Princeton University Press, 2005 [ed. cast.: *La era de las desigualdades: dimensiones de la desigualdad internacional y global*, Madrid, Sistema, 2006].

- PANITCH, L. y KONINGS, M. (eds.), *American Empire and the Political Economy of Global Finance*, Nueva York, Palgrave Macmillan, 2008.
- PARTNOY, F., *Infectious Greed: How Deceit and Risk Corrupted Financial Markets*, Nueva York, Henry Holt, 2003 [ed. cast.: *Codicia contagiosa: la plaga que amenaza desde sus cimientos los mercados financieros y la economía mundial*, Buenos Aires, El Ateneo, 2004].
- PEET, R. y WATTS, M. (eds.), *Liberation Ecologies*, Nueva York, Routledge, 2004.
- PHILLIPS, K., *American Theocracy: The Peril and Politics of Radical Religion, Oil and Borrowed Money in the 21st Century*, Nueva York, Viking, 2006.
- , *Bad Money: Reckless Finance, Failed Politics, and the Global Crisis of American Capitalism*, Nueva York, Viking, 2009.
- POLLIN, R., *Contours of Descent: US Economic Fractures and the Landscape of Global Austerity*, Londres, Verso, 2003 [ed. cast.: *Los contornos del declive*, Madrid, Akal, 2005].
- PORTER, P., SHEPPARD, E. et al., *A World of Difference: Encountering and Contesting Development*, Nueva York, The Guilford Press, 2009.
- SILVER, B., *Forces of Labor: Workers' Movements and Globalization since 1870*, Cambridge, Cambridge University Press, 2003 [ed. cast.: *Fuerzas de trabajo: los movimientos obreros y la globalización desde 1870*, Madrid, Akal, 2005].
- SMITH, N., *Uneven Development: Nature, Capital, and the Production of Space*, Athens, GA, University of Georgia Press, 2008.
- SOUSA SANTOS, B. DE, *The Rise of Global Left: The World Social Forum and Beyond*, Londres, Zed Books, 2006.
- (ed.), *Another Production is Possible: Beyond the Capitalist Canon*, Londres, Verso, 2006.
- TURNER, G., *The Credit Crunch: Housing Bubbles, Globalisation and the Worldwide Economic Crisis*, Londres, Pluto, 2008.
- UNITED NATIONS DEVELOPMENT PROGRAM, *Human Development Report* (publicación anual), Nueva York, Palgrave Macmillan, 1989-2009 [ed. cast.: Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, *Informe sobre Desarrollo Humano* (anual), <http://hdr.undp.org/es/>].
- WALKER, R. y STORPER, M., *The Capitalist Imperative: Territory, Technology and Industrial Growth*, Oxford, Wiley-Blackwell, 1989.
- WANG HUI, *China's New Order: Society, Politics and Economy in Transition*, Cambridge, MA, Harvard University Press, 2003.
- WOLF, M., *Fixing Global Finance*, Baltimore, MD, Johns Hopkins University Press, 2008.
- WOLF, R., *Capitalism Hits the Fan: The Global Economic Meltdown and What to Do about It*, Nueva York, Olive Branch Press, 2009.
- THE WORLDWATCH INSTITUTE, *State of the World 2009*, Nueva York, Norton (resulta interesante comparar los informes de los veinticinco años anteriores).

Sitios web útiles

- Tomas Piketty y Emmanuel Saez sobre las diferencias de ingresos y de riqueza en Estados Unidos: <http://elsa.berkeley.edu/~saez/>
- Realtytrac almacena datos locales y nacionales estadounidenses sobre los desahucios: <http://www.realtytrac.com>
- La Mortgage Bankers Association mantiene controles sobre el índice de morosidad y las solicitudes de hipotecas en Estados Unidos: www.mbaa.org/
- David Harvey sobre *El capital* de Marx y los orígenes urbanos de la crisis: <http://DavidHarvey.org>
- Informes y datos globales del Fondo Monetario Internacional: <http://www.imf.org>
- Estudios e informes del Banco de Pagos Internacionales, en particular sobre el diferente impacto geográfico de la crisis: <http://www.bis.org>
- Datos e informes semejantes del Banco Mundial: <http://worldbank.org/>
- El Asian Development Bank es una mina de información y datos sobre lo que está ocurriendo en la región: <http://www.adb.org/Economics/>
- El sitio web de Brad DeLong, aunque no es tan ecuánime y neutral como proclama, ofrece un vivo debate sobre la crisis desde la perspectiva de la economía convencional: <http://delong.typepad.com/main/>
- Archivo de artículos de *The New York Times*: <http://www.nytimes.com/ref/membercenter/nytarchive.html>
- Le Monde Diplomatique* ofrece cobertura global sobre lo que pretende el movimiento altermundialista, además de discusiones críticas sobre una amplia variedad de cuestiones sociales, políticas, medioambientales y económicas: <http://www.monde.diplomatique.fr/>
- The Socialist Register* ha explorado temáticamente durante años muchos de los temas tratados en este libro. Se puede acceder a su archivo en <http://socialistregister.com/index.php/srv/issue/archive>
- La *Monthly Review* mantiene un animado flujo de comentarios críticos e información contemporánea. Véase <http://www.monthlyreview.org/mrzine/>
- Los materiales sobre los precios del suelo en Japón se han tomado de G. Turner, 2008, *The Credit Crunch: Housing Bubbles, Globalisation and the Worldwide Economic Crisis*, Londres, Pluto Press. Los datos de la página 30 sobre el aumento del PIB: el mundo y las principales regiones procede de A. Maddison, 2007, *Contours of the World Economy, 1-2030 ad: Essays in Macro-Economic History*, Oxford, Oxford University Press.

Índice general

| | |
|---|-----|
| <i>Preámbulo</i> | 5 |
| I. El terremoto..... | 7 |
| II. Cómo se reúne el capital | 41 |
| III. El capital busca trabajo | 55 |
| IV. El capital acude al mercado | 93 |
| V. La evolución del capital | 103 |
| VI. La geografía cambiante del capitalismo..... | 119 |
| VII. Destrucción creativa del territorio..... | 155 |
| VIII. ¿Qué hacer? ¿Y quién lo va hacer? | 179 |
| <i>Epílogo</i> | 215 |
| <i>Apéndices</i> | 231 |
| <i>Fuentes y lecturas recomendadas</i> | 235 |

Durante más de tres siglos el sistema capitalista ha dominado y configurado la sociedad occidental, sufriendo implosiones periódicas en las que pueblos y personas quedaban expuestos a perderlo todo. En este lúcido ensayo el profesor David Harvey recurre a su conocimiento sin rival del capitalismo para preguntarse cómo y por qué puede ser así, y si debe seguir siendo así para siempre. Con una argumentación sólida y documentada, el autor muestra que los episodios esporádicos de crisis en el sistema capitalista no sólo son inevitables, sino también esenciales para su supervivencia; las políticas fiscales y monetarias que no tengan eso en cuenta causarán más daño que beneficio. La esencia del capitalismo es el interés egoísta, y hablar de imponerle regulaciones y moralidad es irracional.

El Enigma del Capital presenta una amplia panorámica de la crisis económica actual desde los acontecimientos que llevaron al colapso económico de 2008 hasta hoy y explica la dinámica político-económica del capitalismo. Harvey pronostica el probable desarrollo de la situación actual, describiendo cómo ha evolucionado el capitalismo y cómo se pueden controlar las crisis.

Este oportuno y brillante libro abre con soltura y claridad nuevas vías que podrían conducirnos a un orden social sostenible realmente justo, responsable y humano.

«El análisis marxista más cabal para situar la crisis global en el contexto de las irresolubles tensiones de un sistema basado en la expansión monetaria autosuficiente.»

Paul Mason, *The Guardian*

«Un lúcido y penetrante estudio sobre cómo el poder del Capital condiciona nuestro mundo.»

Andrew Gamble, *The Independent - Book of the Week*

«Una oportuna llamada al derrocamiento del capitalismo [...] elegante [...] entretenimiento de capa y espada.»

John Gapper, *Financial Times*

Huffington Post's Best Social
and Political Awareness Books of 2010

Winner of the Isaac and Tamara Deutscher
Memorial Prize for 2010



www.akal.com



Este libro ha sido impreso en papel ecológico, cuya materia prima proviene de una gestión forestal sostenible.